

05
IDAD AU
CIÓN GE
5

GUÍA
DE
LOS OJOS
ANUNCIAN

BV4205
E3
C.1

101625



1080024160



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Al Sr. Dr. Luis Mo-
rales Presbitero.

M.ª Josefa Montañon



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al apreciable Sr. Cerra D. J.,
de la Luz Guerrero.

GUIA

DE LOS QUE ANUNCIAN

LA DIVINA PALABRA.

Como un recuerdo de su para-
mi, grata permanencia en esta,
le dedico este pequeño obsequio.

Ocampo, Mayo 28 de 1925

Luis M. Morales

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

APROBACION

DEL EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DE LEON,

PRIMADO DE LAS GALIAS.

Nos Luis Santiago Mauricio de Bonald, por la gracia de Dios y la autoridad de la santa sede apostólica presbítero cardenal de la santa iglesia romana, del título de la Santísima Trinidad del monte Pincio, arzobispo de Leon, primado de las Galias etc.

Habiendo leído una obra intitulada *Guia de los que anuncian la divina palabra*, hemos conocido que podia ser utilísima á los pastores de almas, y que un sacerdote que se penetrase bien de las máximas y advertencias que contiene, tendria el consuelo de ver que su ministerio producía los más óptimos frutos de salvacion, entre los pueblos.

Asi recomendamos la lectura de este libro al clero de nuestra diócesis, persuadido que dándole á conocer prestaremos un servicio importante á los pastores y á sus rebaños.

Dado en nuestro palacio arzobispal de Leon á 7 de setiembre de 1843.

† E. J. Mauricio, cardenal de Bonald,
arzobispo de Leon.

GUIA

DE LOS QUE ANUNCIAN

LA DIVINA PALABRA,

en la que se contienen

LA DOCTRINA DE S. FRANCISCO DE SALES, DE LA COMPAÑIA DE JESUS Y DEL SUMO PONTIFICE BENEDICTO XIV Y LOS CONSEJOS DE S. VICENTE DE PAUL

SOBRE EL

MODO DE ANUNCIAR LA DIVINA PALABRA

Y LA IMPORTANCIA DE LAS INSTRUCCIONES FAMILIARES Y LA EXPLICACION DE LA DOCTRINA:

OBRA DISPUESTA POR

EL SEÑOR DE BAUDRY,

Director que fue del seminario mayor de Leon de Francia.



101625

MADRID, 1844.

Imprenta de D. José Félix Palacios, editor,
carrera de S. Francisco, n.º 6.

BV 4205

B3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ADVERTENCIA.

El que está encargado de anunciar la palabra de Dios, no puede tomar mejor guía que los hombres de Dios: siguiendo sus huellas y observando fielmente sus instrucciones podrá recoger abundantes frutos de su ministerio como ellos. Mas las lecciones que nos dieron, estan diseminadas en diferentes obras, y algunas de estas son poco conocidas. Asi es que estos monumentos preciosos de su zelo en publicar la divina palabra no se hallan comunmente en manos de los predicadores, porque les costaria sumas dificultades el proporcionarselos.

Utilidad
de esta
obra.

Con el fin de remediar este inconveniente hemos recopilado en el presente libro la doctrina de varios predicadores distinguidos por su piedad eminente, prefiriendo los mas próximos á nuestro siglo, porque nos ha parecido que sus advertencias eran mas acomodadas á las circunstancias de tiempo y lugar en que vivimos.

Esta recopilacion se divide en tres partes. El primer libro está consagrado á la doctrina de S. Francisco de Sales sobre la predicacion. La innumerable multitud asi de pecadores como de herejes que convirtió en sus dis-

S. Fran-
cisco de
Sales.

008508

cursos, no puede menos de infundir deseos de saber qué método seguía en sus sermones. Hemos reunido cuidadosamente todo lo que hemos podido hallar sobre la materia hasta las mas pequeñas particulas, y ni siquiera hemos suprimido los trozos que contenian una especie de repetición: creemos que los lectores nos agradecerán este escrúpulo. Todo lo que puede contribuir al cabal conocimiento de la doctrina de aquel varon de Dios sobre la predicacion, tiene infinito precio para los que son llamados por la divina providencia á seguir la misma carrera.

Idea del
libro se-
gundo.

Contiene el segundo libro la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion. Esta corporacion religiosa, levantada por Dios para la salvacion de las almas, ha anunciado la divina palabra en todas partes y hasta en los mas apartados confines del mundo, y en todo lugar ha producido frutos incalculables. ¿Qué mejor guía podiamos presentar á los predicadores?

Este libro incluye tres partes con un apéndice y una adición. En la primera se dan las reglas de la compañía de Jesus con respecto á los predicadores, en la segunda los consejos de san Francisco de Borja, tercer general de la religion, á los predicadores, y en la tercera las advertencias del P. Claudio Aquaviva, quinto general, á los mismos. Aunque S. Francisco Javier no fue superior de su instituto, hemos creído que no debiamos omitir los consejos y lecciones que da á los predicadores en algunas cartas, y van

por via de apéndice. Lo mismo hemos hecho con la doctrina del famoso cardenal Belarmino, que se pone en una adición.

No hemos hecho una traduccion literal de estas diferentes instrucciones, sino que hemos abreviado lo que nos parecia demasiado largo, y hemos ampliado lo que teniamos por extremadamente conciso, consultando con la utilidad de los predicadores principiantes en esta traduccion ó si se quiere paráfrasis.

Método se-
guido en
esta obra.

El tercer libro contiene la doctrina del sumo pontífice Benedicto XIV sobre la necesidad y medios de instruir á los pueblos; y como este gran papa hace elogios de la apología de las explicaciones doctrinales por Gerson, nos ha ocurrido la idea de poner un extracto de dicha apología al fin del libro: no será este el trozo menos interesante. Por no desviarnos del objeto de nuestra obra hemos tenido que suprimir la parte de la apología que versaba sobre la importancia de confesar á los niños; mas como de resultas de esta supresion lo restante de aquel opúsculo se hubiera reducido á unos trozos sueltos y descosidos, ha sido preciso para ligarlos entre sí variar algo el orden seguido por Gerson, enlazar trozos que estaban separados, y fijarse mas bien en presentar las ideas del sabio canciller que sus expresiones literales. Para remediar un tanto este inconveniente hemos citado en latin al pie de las páginas algunas de las frases mas notables de la apología: por aqui se verá facilmente que si no siempre traducimos á la letra las palabras, no nos

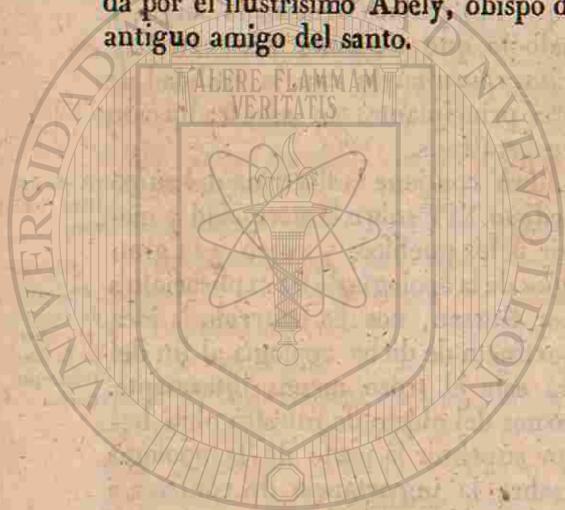
Objeto del
libro ter-
cero.

Apologia
de la ex-
plicacion
de la doc-
trina por
Gerson.

apartamos jamás del fondo de los pensamientos.

Consejos
de S. Vi-
cente de
Paul sobre
la predi-
cacion.

Damos cabo á esta obra con los consejos de S. Vicente de Paul á los misioneros de su congregacion sobre el modo de anunciar la divina palabra: los hemos sacado de su vida publicada por el ilustrisimo Abely, obispo de Rhodéz y antiguo amigo del santo.



DOCTRINA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES

SOBRE LA PREDICACION.



LIBRO PRIMERO.

Observaciones preliminares.

Nadie ignora que la amabilidad y la dulzura parece que habian nacido con S. Francisco de Sales. Sin embargo tambien el zelo debe mirarse mas especialmente como su virtud principal, segun lo advierte santa Juana Francisca Fremiot que tan bien le conocia. «En mi juicio, dice esta en una de sus cartas, me parece que el zelo de la salvacion de las almas era la virtud dominante de mi beato padre. ¡O Dios! ¡qué ternura! ¡qué dulzura! ¡qué sufrimiento! ¡qué trabajo en favor del prójimo! al fin se consumio en él (1).» Uno de los objetos principales de su zelo era anunciar la divina palabra, y sus particulares delicias consistian en evangelizar á los pobres.

Aun no era mas que diácono, y ya su zelo apostólico le movia á correr los pueblos inmediatos á Anneci para instruir á los pobres campesinos: su corazon se conmovia

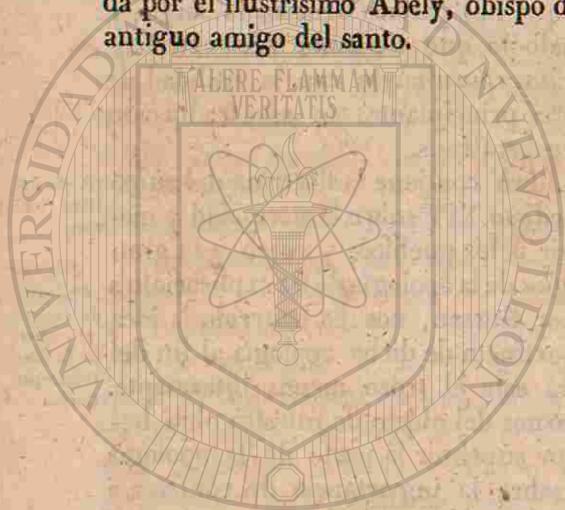
Su aplicacion á instruir á los pobres.

(1) Carta al P. Juan de S. Francisco.

apartamos jamás del fondo de los pensamientos.

Consejos
de S. Vi-
cente de
Paul sobre
la predi-
cacion.

Damos cabo á esta obra con los consejos de S. Vicente de Paul á los misioneros de su congregacion sobre el modo de anunciar la divina palabra: los hemos sacado de su vida publicada por el ilustrisimo Abely, obispo de Rhodéz y antiguo amigo del santo.



DOCTRINA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES

SOBRE LA PREDICACION.



LIBRO PRIMERO.

Observaciones preliminares.

Nadie ignora que la amabilidad y la dulzura parece que habian nacido con S. Francisco de Sales. Sin embargo tambien el zelo debe mirarse mas especialmente como su virtud principal, segun lo advierte santa Juana Francisca Fremiot que tan bien le conocia. «En mi juicio, dice esta en una de sus cartas, me parece que el zelo de la salvacion de las almas era la virtud dominante de mi beato padre. ¡O Dios! ¡qué ternura! ¡qué dulzura! ¡qué sufrimiento! ¡qué trabajo en favor del prójimo! al fin se consumio en él (1).» Uno de los objetos principales de su zelo era anunciar la divina palabra, y sus particulares delicias consistian en evangelizar á los pobres.

Aun no era mas que diácono, y ya su zelo apostólico le movia á correr los pueblos inmediatos á Anneci para instruir á los pobres campesinos: su corazon se conmovia

Su aplicacion á instruir á los pobres.

(1) Carta al P. Juan de S. Francisco.

al ver la ignorancia en que vivian los mas de ellos: hablábales de la bondad de Dios, y los instruía con tanta caridad y mansedumbre, que los buenos aldeanos le miraban como su padre. Así es que hizo frutos asombrosos entre aquellos hombres sencillos: la comarca de Anneci mudó de aspecto, y florecieron la moral y la piedad.

Tan dichosos principios fueron las primicias del fruto que no cesó de sacar S. Francisco de Sales con su zelo: mientras vivió, la instruccion de los pobres y de los ignorantes fue el ejercicio predilecto de su corazón. Notábase el gusto con que explicaba la doctrina á los niños, y esta era su distraccion en medio de los afanes del ministerio episcopal. ¡Cuántas veces se le vió, despues de haber anunciado la divina palabra á los príncipes y monarcas, bajar de la sagrada cátedra para enseñar á los pequeñuelos los primeros rudimentos del cristianismo! ¡Con qué ternura recomendaba á sus párrocos la vigilancia sobre aquellos corazones nuevecitos y la formacion en la piedad desde los primeros años! *Los ángeles de los niños*, decia (1), *aman con particular amor á los que los educan en el temor de Dios y derraman la santa devocion en sus tiernas almas.*

Su frecuente predicacion.

Aunque la instruccion de la gente pobre y de los niños fuese el objeto de su preferencia, no dejaba por eso de anunciar la divina palabra á las personas de todos los estados: tenia una satisfaccion y miraba como un deber subir al púlpito siempre que podia (2). Las ciudades de París, Dijon, Grenoble, Chambery y otras oyeron su voz elocuente y persuasiva todos los dias por espacio de cuaresmas enteras.

(1) Carta del santo á santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

(2) Véase la parte 2.^a, núm. 14.

En sus sermones no temia aterrar á los pecadores con la pintura de su estado criminal; pero al mismo tiempo les mostraba el remedio en la sangre de nuestro divino Salvador: no los tranquilizaba en cuanto á los justos temores de su conciencia; al contrario con las verdades mas terribles infundia en los corazones aquella consternacion que prepara á la penitencia; pero su zelo armado de terror contra el crimen tomaba bien pronto el lenguaje de la bondad y de la ternura para ganar al criminal. ¿Quién podria contar el número de almas que su dulzura persuasiva arrebató al vicio? En cuanto aparecia en la cátedra del Evangelio, la bondad retratada en su semblante, el fuego vivo y penetrante de sus ojos que ardian en zelo de la salvacion de las almas, el timbre tierno y atractivo de su voz, su compasion hácia las miserias de los hombres le abrian todos los corazones (1).

De qué modo predicaba.

Sus palabras tenian una uncion y un tono de dulce persuasion, que penetraba y se insinuaba hasta lo mas íntimo del alma, y hacia una suave y gustosa violencia al corazón. Pintaba con tan vivos colores la tiranía de las pasiones y la desgracia de una alma separada de su Dios, representaba con pinceladas tan persuasivas la alegría de una buena conciencia, las esperanzas de la vida futura y las misericordias infinitas de un Dios salvador, que se apoderaban de todos

(1) A tan excelentes dotes no acompañaba la expedicion en el decir. Su accion y pronunciacion eran algo lentas y pesadas (véase el núm. 3 de la 2.^a parte); mas este defecto natural no le quitó sacar infinito fruto, porque sus discursos eran muy instructivos y llenos de uncion. Hacemos esta advertencia para consuelo de aquellos que como el santo no tuvieron expedicion ni facilidad de hablar en público.

los corazones el arrepentimiento de la vida pasada y el deseo de empezar una nueva.

Fruto de sus sermones.

Conversion de una protestante.

¡Cuántas veces tuvo el consuelo de ver pecadores conmovidos, enternecidos, bañados en lágrimas, que sin poder apenas explicarse mas que con sollozos y gemidos iban á buscar á sus pies el fin de la turbacion que dichosamente les habia infundido! Una calvinista orgullosa que juntaba la obstinacion en la herejía á la presuncion de una falsa ciencia, asistió al sermón el primer domingo de adviento: el santo que era el predicador, hizo una pintura tan viva del juicio final y de los tormentos de una eternidad desgraciada, y sembró tal y tan saludable turbacion en el corazón de aquella mujer, que cayó enferma de peligro. Entonces solicitó con anhelo el auxilio de aquel de quien hablaba antes desdeñosamente: escuchó las verdades de la fé con docilidad: la tranquilidad que recobró con la salud del alma le restituyó bien pronto la del cuerpo, y en adelante se hizo apostol de la iglesia católica, cuya enemiga habia sido tanto tiempo.

Esta conversion causó mucha satisfaccion á san Francisco, quien habla de ella en una carta; pero con aquella profunda humildad que le hacia omitir todas las circunstancias de que podia redundarle gloria. «Estando predicando, dice, en París en la capilla de la reina del dia del juicio, concurrió la señora de Perdreauville que habia ido por curiosidad; pero quedó en las redes, y por aquel sermón tomó la resolución de instruirse: á las tres semanas me trajo á confesar toda su familia, y yo fui padrino de todos en la confirmacion. Vea V.: aquel sermón que no se predicó contra la herejía, respiraba sin embargo una verdad católica de que Dios se valió contra la herejía, porque Dios me dió en aquel momento hablar así en favor de aquellas almas. Desde entonces he dicho siem-

pre que quien predica con amor, predica bastante contra los herejes, aunque no diga una sola palabra de controversia contra ellos (1).»

Sin embargo es necesario que el ministro de Jesucristo posea bien la ciencia de la teología y de la controversia para refutar los sofismas de la mentira y desengañar á las víctimas del error. Por eso decia san Francisco de Sales que en un sacerdote *no hay mucha diferencia entre la ignorancia y la malicia; y que aun es mas temible la ignorancia, porque hace despreciable el estado eclesiástico* (2). ¡Qué lástima en efecto cuando no sabe un sacerdote responder á las objeciones de los enemigos de la religion!»

Máximas del santo sobre la necesidad de la ciencia.

Nuestro santo solia recordar á los eclesiásticos una expresion que habia oido al célebre jesuita Possevino, el cual habia vivido mucho tiempo en países de príncipes herejes, y decia haber visto por sus propios ojos que la ignorancia del clero era la que mas habia contribuido á los progresos de la herejía. Este mismo famoso jesuita, convencido de la necesidad de la ciencia para refutar á los adversarios de la religion, habia puesto todo su esmero en dirigir á S. Francisco de Sales cuando este estudiaba en Padua á la edad de veinte años. Le hacia leer la grande obra de las controversias que acababa de publicar el cardenal Belarmino, y ponía particular empeño en darle á conocer lo especioso de las objeciones y la fuerza de las respuestas. Es creible que á este trabajo continuado por muchos años con infatigable constancia y aplicacion debió el santo la facilidad y la claridad asombrosa con que resolvía las objeciones de los herejes. Estudiaba con tan perseverante zelo, que su familia conservó

Estudios del santo.

- (1) Carta á una viuda.
- (2) Opúsculos.

doce volúmenes en cuarto, compuestos de los cuadernos de teología y jurisprudencia que escribió durante su carrera literaria.

Ciencia del santo.

Quando fue nombrado obispo de Ginebra, queriendo el sumo pontífice Clemente VIII cerciorarse por sí mismo si eran fundados los rumores de la fama acerca de su ciencia, le hizo sufrir un examen á presencia de los cardenales, y quedó tan satisfecho su santidad, que acabó con estas palabras de la sagrada escritura: *Bebe, hijo mio, de tu cisterna y del manantial de tu pozo: derramense fuera tus fuentes, y reparte tus aguas en las plazas públicas* (1).



Conversion de los herejes.

Asi es que los mas de los ministros protestantes estaban tan persuadidos de su ciencia, que desecharon tercamente todas las conferencias á que los brindó en los cinco años de la mision del Chablais. Solamente dos aceptaron: el uno quedó plenamente convencido y no respondió mas que con un torrente de injurias: el otro mas dichoso abrió los ojos á la luz y se convirtió. Fueron tan multiplicadas las conversiones de los otros protestantes, que la fama pública calculaba en setenta mil el número de herejes que S. Francisco había reducido al gremio de la iglesia durante su vida. Este hecho consta en la bula de canonizacion (2).

Se ha atribuido esta multitud de conversiones á su mucha bondad y dulzura, y es verdad que tuvieron estas virtudes gran parte en ellas. Por eso decia el célebre cardenal Du Perron que él se encargaba de convencer á los herejes; pero que á S. Francisco de Sales le tocaba persuadirlos y convertirlos. Sin embar-

(1) *Bibe aquam de cisterná tuá et fluentá putei tui: deriventur fontes tui foras, et in plateis aquas tuas divide* (Prov. V, 15 y 16).
(2) Obras de S. Francisco de Sales.

go es preciso añadir que si la bondad y dulzura de nuestro santo produjeron estos efectos maravillosos, es porque iban acompañadas de la ciencia. La dulzura dispone y abre los corazones; pero se necesita la ciencia para ilustrar el entendimiento. La dulzura de S. Francisco le hacia amar, porque todos conocian que era la efusion de un corazon caritativo y zeloso.

De qué modo los reducía á salir del error.

En sus discursos públicos y en sus conversaciones privadas procuraba persuadir á los herejes sin causarles vergüenza ni confusion: guardaba consideracion con cierto orgullo secreto que nos previene contra las verdades que los otros nos descubren; y vigilaba sobre que las discusiones de controversia no degenerasen en disputa, porque entonces acontece de ordinario que acalorados los entendimientos se aferran en sus opiniones.

No se presentaba como un guerrero que quiere alcanzar la victoria, sino como un buen padre compadecido tiernamente del extravío de sus hijos: lamentaba su desgracia en haber mamado con la leche malas doctrinas, y les manifestaba tan entrañable afecto y un amor tan tierno, que hubiera sido necesario tener entrañas de bronce para no conmoverse, mucho mas cuando en todo esto no había ninguna afectacion. Como formado en la escuela de Jesucristo estaba penetrado de amor al prójimo y de zelo por la salvacion de las almas: pintábanse los sentimientos de su corazon en su rostro, en su voz, en su accion, en toda su conducta: asi conseguia ser oido con gusto, y entonces su ciencia completaba el triunfo que la dulzura había empezado, probando la verdad de un modo tan claro é inteligible, que se disipaban como el humo todos los sofismas del error (1).



(1) Véase parte 2.ª, núm. 16.

Cuán ver-
sado esta-
ba en la
teología
moral.

Este gran santo juntó siempre al estudio de la teología dogmática el mas asiduo de la moral. Es cosa muy sabida que tenia un talento particular para dirigir las almas por los caminos de salvacion; pero pocos saben con qué tenaz trabajo habia cooperado á la gracia de su vocacion, y adquirido el vasto conocimiento de la moral y la rara prudencia que se admiran en sus obras. Debía en mucha parte la exactitud de sus principios y la precision de sus ratiocinios á la infatigable aplicacion con que habia leído, meditado y profundizado la doctrina de Santo Tomas, á quien veneraba como *el mayor de los doctores* (1) y el teólogo mas profundo; y se habia familiarizado tanto con los principios de este, que los aplicaba facilmente en todas las circunstancias.

Sus prin-
cipios pa-
ra la di-
reccion de
las almas.

Así se puede observar sin dificultad en todas sus obras, donde traza con admirable sabiduria reglas fijas y precisas que guardan un justo medio entre una excesiva severidad y una laxidad peligrosa, distinguiendo con claridad lo que es pecado de lo que no lo es, lo que puede tolerarse de lo que debe prohibirse. Su principal conato es refutar el error de los que hacen consistir la virtud en ejercicios extraordinarios, ó proponen prácticas poco convenientes á la condicion y estado de las personas que uno dirige. S. Francisco por el contrario sabe hacer que cada uno halle la santidad mas alta y eminente en la situacion en que le ha colocado la Providencia, y en una vida que no ofrece nada extraordinario exteriormente.

Por un justo temperamento de mansedumbre y zelo proporciona tan cuerdamente la devocion con las atenciones y hasta con los recreos inocentes de cada estado, que se siente uno inclinado á la práctica de una virtud

(1) En una de sus cartas.

tan amable: recomienda á veces una prudente condescendencia y una dulce complacencia con tal que no sea á costa de la religion y de los deberes: quiere que uno siempre caritativo, obsequioso y pronto á ayudar al prójimo procure servirle. Condena la extravagancia, el mal genio y los caprichos que hacen despreciar y á veces aborrecer la piedad en ciertas personas, las cuales juzgan ser devotas sin procurar domar su carácter. Aconseja una santa libertad que no se desvia jamás de las reglas de la virtud, una alegría cristiana que sabe unirse á los deberes mas austeros del Evangelio, y una bondad sin debilidad que se aviene con el heroismo de la santidad.

Esta es la doctrina que hallamos á cada página de sus obras. Dichoso el ministro del Señor que se penetra bien y se instruya de las sabias reglas que allí se contienen. En ellas aprenderá á dirigir las almas sin sacarlas del camino á donde las ha llamado la divina providencia, y sin hacer pesado el yugo que el Señor quiso que fuera suave y ligero (1). Allí beberá con confianza principios seguros y una moral exacta; porque la santa sede antes de canonizar á S. Francisco de Sales mandó examinar todas sus obras, y se hallaron tan llenas del espíritu de Dios y tan propias para producir frutos de salvacion, que se declaró su doctrina tan saludable como la de los padres de la iglesia (2).

La santa
sede reco-
mienda
mucho sus
escritos.

Dichoso pues, repito, el sacerdote que estudia en esta santa escuela y bebe con ansia las aguas de esta excelente doctrina! Sus decisiones, sus consejos, sus prácticas, todo es infinitamente precioso para un director espiritual. Todos sus escritos llevan el sello

(1) *Jugum meum suave est, et onus meum leve* (san Mat. XI, 30).

(2) Vida de S. Francisco de Sales por Cotolendi.

del zelo, de la prudencia y de la piedad. En la bula de su canonizacion, número 16, los compara el papa Alejandro VII á unas aguas abundantes que han regado los corazones de los grandes y del pueblo sencillo, y los han hecho producir una cosecha abundante de virtudes evangélicas (1). El mismo pontífice declara en un breve dirigido á las religiosas de la Visitacion que las virtudes heroicas de S. Francisco de Sales y sus saludables escritos son como otras tantas antorchas encendidas que llevan el fuego y la luz por todo el cuerpo de la iglesia, y que su doctrina es divina (2).

Tenia
ánimo de
componer
un libro
que sir-
viese de
guia á los
predicadores.

Este santo tan versado en la ciencia de la salvacion estaba muy convencido de que el mejor medio de procurar el bien de las almas es formar buenos pastores que las guien con tanta prudencia y sabiduria como zelo por los caminos de la salvacion: por lo cual habia resuelto componer una obra que les sirviese de guia en el ministerio de la predicacion. Véase como habla de este plan en una carta al Ilmo. Sr. de Villars, arzobispo de Viena, fecha en abril de 1609: «Tengo algunos materiales para la introduccion de los aprendices en el ejercicio de la predicacion evangélica, á que quisiera agregar el método de convertir los herejes por medio de este santo ministerio: en este último libro deseara yo como en forma de ejemplo refutar todos los argumentos principales de nuestros adversarios con un estilo no solamente instructivo, sino afectivo, para que sirviera tanto para convertir á los herejes, como para fortificar á los católicos.»

El arzobispo de Viena le respondió el 8 de abril del mismo año, exhortandole á llevar adelante su designio: «Por el plan que medita V. S. I., le decia, pobla-

- (1) Obras de S. Francisco de Sales.
- (2) Vida del santo por Cotelendi.

rá el mundo de predicadores que le imiten; y me atrevo á prometerme, si Dios quiere que saque V. S. I. á luz tan buenos pensamientos, ver tanta multitud de conversiones asi de herejes como de libertinos, que haya forzosamente que confesar no haberse hallado jamás tal método... Haga pues V. S. I. porque su zelo, que es verdaderamente segun la ciencia de los santos, ponga por obra lo que V. S. I. se digna de comunicarme.»

Los deseos de este prelado no se cumplieron, porque las multiplicadas y diversas ocupaciones de nuestro santo no le dejaron nunca ocios para trabajar una obra tan importante. ¡Qué pérdida para los ministros del santuario!

Para suplirla en cuanto está de mi parte he reunido cuanto dijo ó escribió este santo en diversas ocasiones sobre el modo de anunciar la divina palabra, y es lo que forma el objeto del libro que doy ahora al público y divido en dos partes. La primera contendrá todo lo que he hallado en los escritos de S. Francisco de Sales sobre esta materia; y la segunda lo que nos ha transmitido el Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, de las frecuentes conversaciones que tuvo sobre la misma materia con el santo.

Lo mas importante que hay en la primera parte, es la carta núm. 1. Véase con qué ocasion se escribió.

Andrés Fremiot, hermano de santa Juana Francisca Fremiot, habia recibido una educacion esmeradísima, y habia adquirido gran instruccion en las bellas letras, la teología y el derecho real y canónico. Aunque desde sus mas tiernos años manifestó inclinacion al estado eclesiástico, no parece que se ordenó sacerdote hasta la edad de treinta, habiendo sido sucesivamente hasta entonces consejero en el parlamento de Borgoña y consejero de estado en la corte de Enrique IV. Yo no sé precisamente cuándo recibió las sagradas órdenes; pe-

Tratase de
suplir en
algo la
pérdida
con esta
recopilacion.

Exposicion
de los do-
cumentos
que com-
ponen la
primera
parte.

Noticia
acerca del
Ilmo. Sr.
Fremiot,
arzobispo
de Eourges.

ro Marsollier asegura en la *Vida de santa Juana Francisca* que dijo la primera misa el jueves santo del año 1604, y que le asistió en esta augusta ceremonia S. Francisco de Sales, cuyo íntimo amigo era. Los señores de Sainte Marthe dicen en la *Gallia christiana* que nació el 26 de agosto de 1573: que fue nombrado arzobispo de Bourges por Henrique IV en 1602, y consagrado en Paris el 7 de diciembre de 1603; pero que no entró en su ciudad episcopal hasta el 23 de octubre de 1604.

Es cierto que pasó en Dijon la cuaresma de 1604, donde asistió con regularidad á los sermones de S. Francisco de Sales que se hallaba allí predicando. La fecha de la carta que este le escribió (5 de octubre de 1604), indica que antes de partir el ilustrísimo Fremiot para su diócesis le pidió algunos consejos sobre la predicacion, la cual probablemente era un ejercicio nuevo para él, ordenado sacerdote poco tiempo habia segun hemos visto.

La conducta de este prelado en su diócesis fue en un todo digna de la intimidad que siempre reinó entre él y S. Francisco: llenó todos los deberes de un buen pastor, y murió el 13 de mayo de 1641 despues de haber prestado muchos servicios á la iglesia y al estado. Compuso algunas obras, entre las cuales se distingue el *Discurso de las notas de la iglesia contra las herejías* (Véase el Diccionario de Moreri, art. *Fremiot*).

Despues de la carta al arzobispo de Bourges no dejará de leerse con interés el fragmento de la del núm. 2 que contiene instrucciones importantes, siendo de notar en particular un excelente elogio de las obras del V. Fr. Luis de Granada. No he podido descubrir el nombre ni la silla del futuro obispo á quien se dirige esta carta.

El objeto del fragmento de la carta núm. 3 es ha-

cer ver cuán poderosamente contribuyen las oraciones de las almas piadosas á procurar el fruto de los sermones.

El núm. 4 encierra una exhortacion para no cansarse de predicar á pesar de la indocilidad de los pueblos.

El núm. 5 es un encargo de respetar mucho á los predicadores y la palabra divina que anuncian, cualesquier que sean por otra parte su talento y ciencia.

Finalmente en el núm. 6 se da una explicacion de los siete dones del Espíritu Santo con respecto á los predicadores.

La segunda parte se ha sacado del espíritu de san Francisco de Sales, obra en seis volúmenes, en que el Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, reunió muchas cosas que le recordaba su memoria de las conversaciones habidas con el santo. El presbitero Collot extractó los seis volúmenes en uno solo que se ha reimpreso varias veces; pero para reducir asi la obra del obispo de Belley tuvo que hacer muchas supresiones omitiendo á veces cosas útiles é interesantes. De esto se convencerá el que coteje lo que nosotros hemos sacado de la obra del Sr. Camus, por lo que mira á la predicacion, con lo que contiene el libro de Collot sobre el mismo asunto.

Debemos advertir aqui que no respondemos de que S. Francisco de Sales usase precisamente las mismas expresiones que el obispo de Belley pone en su boca en esta segunda parte. El santo murió en 1622: el tomo 1.º del *Espíritu de S. Francisco de Sales* no se publicó hasta 1639; y seria muy extraño que el señor Camus hubiese conservado puntualmente en la memoria todas las palabras del santo; mas no asi en cuanto al fondo de la doctrina. Estamos ciertos de que el señor Camus la presenta con exactitud, y cualquiera que

la coteje con la primera parte sacada de los escritos del santo, observará tan cabal identidad de doctrina entre una y otra, que las mas veces no hallará en la segunda mas que una repetición, una explicación y una ampliación de la primera.

No puedo terminar estas observaciones preliminares de un modo mejor que con las bellas palabras que usa S. Agustín para expresar los caracteres de la caridad pastoral, y que pintan perfectamente la caridad de nuestro santo, como nota Bossuet en el panegírico del mismo: «La caridad, dice S. Agustín, engendra á los unos: se hace debil con los otros: tiene cuidado de edificar á estos: teme ofender á aquellos: se baja hácia unos y se levanta hácia otros: cubre con sus blandas plumas á sus tiernos hijuelos, y llama con una voz ejecutiva á los que se quejan (1).»

(1) S. Agust. *De catech. rud.* c. XV, n.º 25.

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO.

N.º 1.

Carta de S. Francisco de Sales al Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, arzobispo de Bourges, fecha 5 de octubre de 1604.

Ilmo. Sr.—Para el amor no hay nada imposible: yo no soy mas que un predicador miserable y desaliñado, y aquel me hace acometer la empresa de decir á V. S. I. mi parecer sobre el verdadero modo de predicar. No sé si el amor que V. S. I. me profesa es el que saca esta agua de la piedra, ó si el que yo profeso á V. S. I. es el que saca rosas de las espinas. Permítame V. S. I. la palabra *amor*, porque hablo cristianamente, y no le parezca extraño que prometa agua y rosas, porque son calidades que convienen á toda doctrina católica de cualquier manera que se presente. Voy á empezar mi tarea: Dios ponga su mano en ella.

Para hablar con orden considero la predicación en estas cuatro causas: quién debe predicar, por qué fin debe predicar, lo que se debe predicar y el modo con que se debe predicar.

Division
de esta
carta.

la coteje con la primera parte sacada de los escritos del santo, observará tan cabal identidad de doctrina entre una y otra, que las mas veces no hallará en la segunda mas que una repetición, una explicación y una ampliación de la primera.

No puedo terminar estas observaciones preliminares de un modo mejor que con las bellas palabras que usa S. Agustín para expresar los caracteres de la caridad pastoral, y que pintan perfectamente la caridad de nuestro santo, como nota Bossuet en el panegírico del mismo: «La caridad, dice S. Agustín, engendra á los unos: se hace debil con los otros: tiene cuidado de edificar á estos: teme ofender á aquellos: se baja hácia unos y se levanta hácia otros: cubre con sus blandas plumas á sus tiernos hijuelos, y llama con una voz ejecutiva á los que se quejan (1).»

(1) S. Agust. *De catech. rud.* c. XV, n.º 25.

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO.

N.º 1.

Carta de S. Francisco de Sales al Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, arzobispo de Bourges, fecha 5 de octubre de 1604.

Ilmo. Sr.—Para el amor no hay nada imposible: yo no soy mas que un predicador miserable y desaliñado, y aquel me hace acometer la empresa de decir á V. S. I. mi parecer sobre el verdadero modo de predicar. No sé si el amor que V. S. I. me profesa es el que saca esta agua de la piedra, ó si el que yo profeso á V. S. I. es el que saca rosas de las espinas. Permítame V. S. I. la palabra *amor*, porque hablo cristianamente, y no le parezca extraño que prometa agua y rosas, porque son calidades que convienen á toda doctrina católica de cualquier manera que se presente. Voy á empezar mi tarea: Dios ponga su mano en ella.

Para hablar con orden considero la predicación en estas cuatro causas: quién debe predicar, por qué fin debe predicar, lo que se debe predicar y el modo con que se debe predicar.

Division
de esta
carta.

CAPITULO I.

QUIEN ES EL QUE DEBE PREDICAR.

No debe predicar ninguno que no tenga tres condiciones: buena conducta, buena doctrina y mision legitima.

Mision del predicador.

No digo nada de la mision ó vocacion: únicamente advierto que los obispos no solo tienen la mision sino las fuentes ministeriales de ella, y los otros predicadores los arroyos nada mas. Este es su cargo primero é importante, y así se les dice al consagrarlos. A este fin reciben una gracia especial en su consagracion que deben hacer fructifera (1). S. Pablo exclama en calidad de tal: ¡Ay de mí, si no evangelizare (2)! El concilio de Trento dice expresamente: *El principal cargo de los obispos es predicar* (3). Esta consideracion debe alentarnos, porque Dios nos asiste con especialidad en este ejercicio, y es una maravilla cuánta mayor eficacia tiene la predicacion de los obispos sobre la de los demas predicadores. Por abundantes que sean los riachuelos, gusta uno de beber en la fuente.

Doctrina del predicador.

Es menester que la doctrina sea suficiente; pero no se requiere que sea sobresaliente. S. Francisco de

(1) En la consagracion de los obispos dice el pontífice consagrante al presentar el Evangelio al ordenando: *Accipe Evangelium, et vade, prædica populo tibi commisso.*

(2) *Væ mihi est si non evangelizavero* (I ad cor. c. IX, v. 16).

(3) *Præcipuum est episcoporum munus prædicare* (sess. V de reform., c. 2).

Asis no era docto, y sin embargo fue un buen predicador: en nuestros dias S. Carlos Borromeo no tenia mas que una mediana ciencia, y con todo hacia maravillas. Un gran literato (Erasmus) dice que el mejor medio de aprender y hacerse docto es enseñar: predicando se hace uno predicador. Solamente diré una cosa: *el predicador sabe siempre bastante cuando no quiere aparentar que sabe mas de lo que sabe.* Si no sabemos hablar bien del misterio de la Trinidad, no digamos nada. Si no tenemos bastante ciencia para explicar el exordio del Evangelio de S. Juan *In principio erat verbum etc.*, dejémoslo así. No faltan materias utilísimas, y no hay necesidad que uno lo haga todo.

La buena conducta del predicador es necesaria; pero no es preciso que nosotros seamos mejores para ser predicadores que obispos, porque dice S. Pablo: *Oportet episcopum irreprehensibilem esse* (1). Con que ya tenemos esto adelantado.

Buena conducta del predicador.

Mas advierto que no solamente es menester que el obispo y el predicador esten exentos de pecado mortal, sino que ademas eviten ciertos pecados veniales y aun ciertas acciones que no son pecados. Nuestro doctor S. Bernardo dice: *Inter sæculares nugæ nugæ sunt: in ore sacerdotis blasphemica* (2). Un seglar puede jugar, ir de caza y salir de noche á tertulia: nada de esto es reprehensible, y hecho por recreo no es de ninguna manera pecado. Pero en un obispo, en un predicador si estas acciones no van adornadas de cien mil circunstancias que difícilmente pueden encontrarse, son escándalos y grandes. Dice la gente: *¡Qué buena vida tienen! Y ¡cómo se aprovechan!* Si despues va aquel

(1) Epist. I ad Timot, c. III, v. 2.

(2) *De considerat. lib. 2, cap. 13.*

predicador á hablar de mortificacion, se burlarán de él.

No digo que no se pueda jugar á algunos juegos honestos una ó dos veces al mes por recreo; pero con gran circunspeccion.

La caza está enteramente prohibida: lo mismo digo de los gastos superfluos en banquetes, trajes y libros: en los obispos es esto un gran pecado. S. Bernardo se expresa asi (1): *Clamant nudi, clamant famelici: nostrum est quod effunditis: nobis crudeliter subtrahitur quod inaniter expenditur.* ¿Cómo hemos de reprender las superfluidades del mundo si nosotros ostentamos las nuestras?

Dice S. Pablo: *Oportet episcopum esse hospitem* (2). La hospitalidad no consiste en dar convites, sino en recibir con gusto las personas á la mesa, y que esta se sirva con la frugalidad que los obispos deben tener y que el concilio de Trento manda (3). Exceptuo ciertas ocasiones que la prudencia y la caridad saben discernir.

Celebración de la misa y confesion antes de predicar.

Ademas no debe uno predicar jamás sin haber celebrado misa ó querer celebrarla. Nadie puede creer, dice S. Juan Crisóstamo, cuán terrible es para los demonios la boca que ha recibido el santísimo sacramento (4): parece que puede decirse con S. Pablo: *An experimentum queritis ejus, qui loquitur in me Christus* (5)? Tiene uno mas seguridad, ardimiento y luces.

(1) De offic. episcop., cap. 2, n.º 7.

(2) Ep. ad Timof. III, v. 2.

(3) *Episcopi modestá suppellectili et mensá ac frugali victu contenti sint.* Sess. 25 de reform., c. 1.

(4) *Credibile non est quám os illud quod saneta mysteria suscepit, dæmonibus terribile sit.*

(5) Ep. ad cor. XIII, 3.

Quamdiu sum in mundo, dice el Salvador, *lux sum mundi* (1). Es cosa cierta que estando realmente el Señor en nosotros nos da la inteligencia, porque es la luz. Asi se les abrieron los ojos á los discípulos de Emmaus luego que comulgaron (2).

Pero á lo menos es preciso confesarse, segun aquello que dice Dios por boca de David: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum* (3)? Y S. Pablo: *Castigo corpus meum et in servitutum redigo, ne sortè cum aliis predicaverim, ipse reprobus efficiar* (4). Basta de este punto.

CAPITULO II.

DEL FIN QUE DEBE PROPONERSE EL PREDICADOR.

El fin es la causa primordial de todas las cosas: él mueve el agente á la accion, porque todo agente obra por el fin y segun el fin: él da medida á la materia y á la forma: segun el designio de levantar una casa grande ó pequeña asi se preparan los materiales y se dispone la obra.

¿Cuál es pues el fin del predicador? Su fin y su intencion deben ser hacer lo que vino á hacer el Señor á este mundo, y él mismo lo dice: *Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant* (5). Asi el fin del

(1) Joan. VIII, 5.

(2) *Aperti sunt oculi eorum.* Luc. XXIV, 31.

(3) Salmo XLIX, 18.

(4) Epist. ad cor. IX, 27.

(5) Joan. X, 11.

predicador es que los pecadores muertos en la iniquidad vivan á la justicia, y los justos que tienen la vida espiritual la tengan todavía con mas abundancia y se perfeccionen cada vez mas. El predicador está destinado como Jeremías á arrancar y deshacer los vicios y pecados, y plantar y cimentar las virtudes y perfecciones (1). Asi cuando el predicador está en el púlpito, debe decir en su corazon: *Ego veni ut isti vitam habeant et abundantius habeant.*

Se debe enseñar y mover.

Mas para conseguirlo es menester que haga dos cosas, enseñar y mover: enseñar las virtudes que se han de practicar, y los vicios que se han de huir: las primeras para hacerlas amar y seguir, y los segundos para hacerlos detestar, combatir y evitar. En una palabra su objeto debe ser dar luz al entendimiento y calor á la voluntad.

Por eso Dios envió lenguas de fuego á los apóstoles el día de la venida del Espíritu Santo, que fue el de su consagracion episcopal (habiendo recibido la sacerdotal la noche de la cena), para que supieran que la lengua del obispo debe ilustrar el entendimiento de sus oyentes y encender sus voluntades.

No ha de tratar de agradar.

Sé que dicen muchos que el predicador debe agradar; pero yo distingo y digo que hay un agrado que sigue á la doctrina y á la mision; porque ¿qué alma hay tan insensible que no reciba suma satisfaccion de enseñar bien y santamente el camino divino del cielo, y que no sienta un consuelo extremo del amor de Dios? Esta delectacion debe procurarse; pero no se diferencia de la obligacion de enseñar y mover.

Otra especie hay de delectacion, que no solamente

(1) *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna ut evellas, et destruas, et disperdas et dissipes, et aedifices et plantes.* Jerem. I, 10.

puede existir sin que se cuide de enseñar y mover, sino que muchas veces impide que se logre enseñar y mover. Hablo de cierto halago de los oidos, que proviene de una elegancia mundana y profana, de la coordinacion de las cláusulas, de la armonía de las expresiones y palabras, mas breve, que depende enteramente del artificio. En cuanto á esta niego con toda firmeza que deba pensar en ella un predicador: quédese allá para los oradores del siglo, para los charlatanes y cortesanos que se complacen en ella. Esos no predicán á Jesucristo crucificado, sino que se predicán á sí mismos (1). Dice S. Gerónimo: *Non sectamur lenocinia rethorum, sed veritates piscatorum.*

S. Pablo detesta á los oyentes *prurientes auribus* y por consecuencia á los predicadores que quieren complacerles: esto es una pedantería. Yo no quisiera que al acabarse un sermón se dijera: ¡Oh! ¡qué gran orador! ¡Oh! ¡qué buena memoria tiene! ¡Oh! ¡qué docto es! ¡Oh! ¡qué bien habla! Mas yo quisiera que se dijese: ¡Oh! ¡cuán excelente es la penitencia! ¡Cuán necesaria! Dios mío, ¡cuán bueno sois! ¡cuán justo! y cosas semejantes; ó que compungido el oyente solo pudiese dar testimonio de la habilidad del predicador por la enmienda de su vida. *Ut vitam habeant et abundantius habeant* (2).

(1) *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum* (II epist. ad cor. IV, 5).

(2) Véase la parte 2.^a, n.º 12.

CAPITULO III.

DE LA MATERIA DE LA PREDICACION.

La sagra-
da escri-
tura.

En dos palabras lo dice todo S. Pablo á su discipulo Timoteo: *Prædica veròum*. El maestro S. Francisco de Asis, cuya fiesta celebramos hoy, dice: *Prædicate Evangelium*, y explica esto mandando á sus hermanos que prediquen las virtudes y los vicios, el infierno y la gloria. Bastante hay en la sagrada escritura para todo esto, y no se necesita mas.

Los docto-
res cris-
tianos.

Pues ¡qué! ¿no ha de echar uno mano de los doctores cristianos y de los libros de los santos? ¡Oh! sin duda que han de usarse; pero ¿qué otra cosa es la doctrina de los padres de la iglesia sino el Evangelio explicado y la sagrada escritura expuesta? ¿Qué diferencia hay entre la santa escritura y la doctrina de los padres, sino la que hay entre una almendra entera y una almendra partida, cuyos pedazos puede comer cada cual, ó entre un pan entero y un pan partido y distribuido? Es menester pues usarlos, porque fueron los instrumentos por cuyo medio nos comunicó Dios el verdadero sentido de su palabra.

Las histo-
rias de los
santos.

Y ¿puede uno valerse de las historias de los santos? Pues, Dios mio, ¿hay una cosa mas útil ni mas excelente? Ni ¿qué es la vida de los santos sino el Evangelio puesto en práctica? No hay mas diferencia entre el Evangelio escrito y la vida de los santos, que entre una música en cifra y una música cantada.

Las histo-
rias profa-
nas.

Y ¿qué uso puede hacerse de las historias profanas? Son buenas; pero han de usarse como las setas, muy poco y solamente para despertar el apetito, y aun

entonces han de estar bien preparadas, y como dice S. Gerónimo, se ha de hacer con ellas como hacian los israelitas con las mujeres cautivas cuando las querian tomar por esposas: cortarles las uñas y afeitarles la cabeza (1), es decir, acomodarlas enteramente al Evangelio y á la verdadera virtud cristiana quitándoles lo que hay reprehensible en las acciones gentílicas y profanas. Es menester, segun la expresion del profeta (2), *Separare pretiosum à vili*. Puede elogiarse el valor de Cesar; pero debe censurarse su ambicion: alabar el gran corazon de Alejandro; pero condenar su vanidad, altivez y orgullo: encomiar la castidad de Lucrecia; pero reprobar su muerte desesperada.

Las fabu-
las de los
poetas.

Y ¿las fábulas de los poetas? ¡Oh! de estas nada absolutamente, á no que sea tan poco, tan á tiempo y con tanta circunspeccion como contraveneno, que vea cualquiera que no se quiere hacer oficio de esto; y con todo ha de ser uno muy breve. Sus versos son útiles, y á veces los han citado los antiguos padres, aun los mas devotos, sin exceptuar á S. Bernardo, el cual no sé dónde los habia aprendido. En esto siguieron el ejemplo de S. Pablo que citó á Arato y Menandro (3).

Pero en cuanto á las fábulas yo no he encontrado jamás ninguna en ningun sermon de los antiguos, excepto una sola de Ulises y las sirenas que empleó san Ambrosio en uno suyo. Por eso digo nada ó poco menos que nada. No conviene poner el ídolo de Dagon con el arca santa de la alianza.

(1) *Si videris in numero captivorum mulierem, ro-
luerisque habere uxorem, radet cesariem et circumcidet
ungues* (Deuter. XXI, 11 et 12).

(2) Jerem. XXV, 19.

(3) Epist. ad Tit. 1, 12: Act. XVII, 28: I ep. ad
cor. XV, 33.

La historia natural.

¿Y la historia natural? Muy bien; porque el mundo hecho por la palabra de Dios publica esta palabra en donde quiera: todas sus partes cantan las alabanzas del artífice, y es un libro que contiene la palabra de Dios; pero en un idioma que muchos no entienden. Los que le entienden por la meditacion, hacen muy bien de emplearle, como hacia S. Antonio que no tenia otra biblioteca, S. Pablo que dice: *Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur* (1); y David: *Cæli enarrant gloriam Dei* (2).

Este libro es bueno para los símiles, las comparaciones à *minori ad majus* y otras mil cosas. Los antiguos padres están llenos de ellas, y la sagrada escritura en mil lugares: *Vade ad formicam* (3): *Sicut gallina congregat pullos suos* (4): *Quemadmodum desiderat cervus* (5): *Quasi struthio in deserto* (6): *Considerate lilia agri* (7) y cien mil á este tenor. Pero sobre todo guárdese bien el predicador de contar milagros falsos y historias ridículas como ciertas visiones sacadas de autores de ínfima nota. Tales cosas no pueden menos de hacer despreciable nuestro ministerio.

Hé aqui lo que me parece respecto de la materia en grande: ahora me resta hablar en particular de las partes de la materia del sermon.

Cómo ha de emplearse la

La primera parte de esta materia son los pasages de la Escritura, los cuales ocupan indudablemente el primer lugar y forman el fundamento del edificio, por-

- (1) Ep. ad rom. I, 20.
- (2) Salmo XVIII, 2.
- (3) Proverb. VI, 6.
- (4) S. Mat. XXIII, 37.
- (5) Salmo XLI, 1.
- (6) Jeremías, IV, 3.
- (7) S. Lucas XII, 27.

que al fin nosotros predicamos la palabra, y nuestra doctrina se apoya toda en la autoridad. *Ipse dixit, hæc dicit Dominus* (1), decian todos los profetas, y nuestro Señor mismo: *Doctrina mea non est mea; sed ejus qui misit me* (2). Pero es preciso que los pasages se interpreten claramente en cuanto sea posible. Pueden usarse explicándolos de una de las cuatro maneras que notaron los antiguos, y se comprenden en estos dos versos:

Littera facta docet: quid credas allegoria:
Quid speres anagoge: quid agas tropologia.

El sentido literal debe sacarse de los comentarios de los doctores. Esto es cuanto puede decirse; pero al predicador le toca dar valor á aquel, pesar las palabras, su propiedad y su énfasis: como por ejemplo ayer explicaba yo en este lugar el mandamiento: *Diliges Dominum Deum tuum in toto corde, in totá animá, in totá mente* (3); y seguí la explicacion de san Bernardo (4): *in toto corde*, es decir, animosamente, valerosamente, fervorosamente, porque el valor y el denuedo corresponden al corazon: *in totá animá*, es decir, afectuosamente, porque el alma en cuanto tal es el manantial de las pasiones y afectos: *in totá mente*, es decir, entendida y discretamente, porque *mens* es el entendimiento y la parte superior del alma, á la que per-

- (1) Isaias XXI, 36.
- (2) S. Juan VII, 6.
- (3) S. Mat. XXII, 37.
- (4) S. Francisco de Sales cita aquí á S. Bernardo de memoria, y aunque habia retenido las tres divisiones de este santo padre, no se acordaba bien de la aplicacion que hizo. S. Bernardo explica *ex toto corde*, afectuosamente, *ex totá animá* discretamente, *ex totá vir-*

teneen el discernimiento y juicio para tener el zelo *secundum scientiam* (1).

La palabra *diligere* debe pesarse tambien, porque viene de *eligo*, y representa claramente el sentido literal, que es que nuestro corazon, nuestra alma y nuestro entendimiento deben elegir y preferir á Dios sobre todas las cosas: este es el verdadero amor apreciativo, del cual interpretan los teólogos estas palabras.

Cuando hay diversidad de opiniones entre los padres y doctores, es menester abstenerse de citar las opiniones que deben refutarse, porque no se va al púlpito á disputar contra los padres y doctores católicos: no hay necesidad de revelar las debilidades de nuestros maestros y lo que se les escapó como hombres, *ut sciant gentes quoniam homines sunt* (2).

Pero bien pueden presentarse varias interpretaciones alabándolas y haciéndolas valer todas una tras otra, como hice yo la cuaresma pasada con seis opiniones é interpretaciones de los padres sobre estas palabras: *Dicite quia servi inutiles sumus* (3); y sobre las otras pala-

tute, animosamente. Sus palabras son estas: *Mihi videtur amor quidem cordis ad zelum quemdam pertinere affectionis; anima verò amor ad industriam seu iudicium rationis; virtutis autem dilectio ad animi posse referri constantiam vel vigorem. Dilige ergo Dominum Deum tuum toto et pleno cordis affectu: dilige totá rationis vigilantia et circumspectione: dilige et totá virtute ut nec mori pro ejus amore pertimescas* (Serm. 20 in cantic. n.º 4). Es de advertir que el texto explicado por S. Bernardo es el del Deuteronomio c. 6, v. 5, donde se lee *ex totá fortitudine tuá*, y S. Francisco explica el texto de S. Mateo que dice *in totá mente tuá*.

- (1) Epist. ad rom. X, 2.
- (2) Salmo IX, 21.
- (3) S. Luc. XVII, 16.

bras: *Non est meum dare vobis* (1), porque si V. S. I. se acuerda, saqué bonísimas consecuencias de cada una; pero me parece que callé la de S. Hilario, y si no lo hice cometí una falta, porque debía callarla en razon á que no es probable.

En cuanto al sentido alegórico es menester que el predicador observe cuatro ó cinco puntos. El primero es que el sentido alegórico no sea forzado, ni se imite á aquellos que todo lo alegorizan: este sentido ha de salir de la letra como hace S. Pablo alegorizando de Esaú y Jacob al pueblo judío y gentil (2), de Sion ó Jerusalem á la iglesia (3).

En segundo lugar cuando no hay grandísima probabilidad de que una cosa haya sido figura de la otra, no han de tratarse los pasages como figura el uno del otro, sino simplemente por via de comparacion; por ejemplo muchos interpretan alegóricamente de la cruz el enebro, al pie del cual se durmió Elias (4); pero yo preferiria decir así: A la manera que Elias se durmió al pie del enebro del mismo modo debemos nosotros descansar al pie de la cruz de nuestro Señor con el sueño de la santa meditacion. No diré que Elias signifique el cristiano, y el enebro la cruz. Yo no quisiera asegurar que el uno significa el otro, sino solamente compararlos entre sí, porque el discurso es así mas firme é irreprochable.

En tercer lugar la alegoría ha de ser decente y honesta; por lo cual son reprehensibles muchas que alegorizan la prohibicion de coger al hombre por sus partes pudendas, que la Escritura hace á la mu-

- (1) S. Mat. XX, 23.
- (2) Ep. ad rom. IX, 13.
- (3) Ibid. XII, 22.
- (4) Lib. III de los Reyes XIX, 5.

jer (1), y dicen que representa el mal que causa la sinagoga recordando á los gentiles su origen y reprochándoles que no son hijos de Abraham. Esto puede tener probabilidad; pero no es decente, porque dicha prohibicion lleva el ánimo del oyente á pensar en cosas peligrosas.

En cuarto lugar no han de ser las alegorías prolijas, porque pierden la gracia por la prolijidad y parece que tiran á afectacion.

En quinto se ha de hacer la aplicacion con claridad y mucho juicio para demostrar bien la proporcion que guardan entre sí las dos partes.

Casi las mismas reglas hay que observar tocante á los sentidos anagógico y tropológico: el anagógico ve en las historias de la Escritura un emblema de lo que pasará en la otra vida, y el tropológico de lo que pasa en el alma y en la conciencia. Pondré un ejemplo que sirva para todos cuatro sentidos.

Las palabras de Dios hablando de Esaú y Jacob *duæ gentes sunt in utero tuo, et duo populi ex ventre tuo dividuntur: populusque populum superabit, et major serviet minori* (2), se entienden literalmente de los dos pueblos que salieron segun la carne de Esaú y Jacob, á saber, los idumeos é israelitas: estos que fueron el pueblo menor, vencieron en tiempo de David al de Idumea, que fue el mayor y el primogénito.

Alegóricamente Esaú representa al pueblo judío

(1) *Si habuerint inter se jurgium viri duo, et unus contra alterum rixari cæperit, volensque uxor alterius crucere virum suum de manu fortioris, miseritque manum et apprehenderit verenda ejus; abscindes manum illius, nec flecteris super eam ullã misericordiã* (Deuter. XXV, 11).

(2) Genes. XXV, 23.

que fue el primogénito en el conocimiento de la salvacion, porque los judíos fueron los primeros á quienes se predicó el Evangelio. Jacob representa á los gentiles que fueron los segundos; sin embargo estos aventajaron á los judíos.

Anagóricamente Esaú representa el cuerpo, que es el mayor, porque antes que fuese criada el alma fue formado el cuerpo así en Adán como en nosotros: Jacob significa el espíritu que es el segundo. En la otra vida el alma superará y dominará al cuerpo, que servirá plenamente y sin contradiccion al alma.

Tropológicamente Esaú es el amor propio de nosotros mismos, y Jacob es el amor de Dios en nuestra alma. El amor propio es el mayor porque ha nacido con nosotros, y el amor de Dios es el segundo porque se adquiere por medio de los sacramentos y las buenas obras; sin embargo es menester que el amor de Dios domine, y cuando está en una alma, el amor propio sirve y es inferior.

Pues estos cuatro sentidos dan materia grandiosa, noble y buena para la predicacion, y se prestan admirablemente á la doctrina: por lo cual ha de echarse mano de ellos; pero con las mismas condiciones que he dicho se requieren para el uso del sentido alegórico (1).

Despues de las sentencias de la Escritura ocupan el segundo lugar las de los santos padres y concilios: en cuanto á estas digo solamente que á no ser muy rara vez deben elegirse cortas, precisas y enérgicas. Los predicadores que las usan largas, perjudican al calor del discurso y cansan la atencion de la mayor parte del auditorio, fuera del riesgo que corren de que se les vayan de la memoria. Las sentencias breves y enérgicas son co-

Cómo han de emplearse los textos de los santos padres.

(2) Véase el n.º 1.º de la 2.ª parte.

mo las de S. Agustin: *Qui fecit te sine te, non salvabit te sine te*; y la otra: *Indulgentiam tibi Deus promisit: crastinum diem tibi nemo promisit* (1); y otras por el estilo. En S. Bernardo se hallan infinitas; pero despues de citarlas en latín es menester decirlas en idioma vulgar con unción, y darles valor parafraseandolas y sacando deducciones.

Siguen las razones que un entendimiento bueno puede emplear muy bien: estas se encuentran en los doctores y sobre todo en santo Tomás mas facilmente que en ningun otro. Siendo bien deducidas producen muy buen efecto. Si se quiere hablar de una virtud, regístrese la tabla de santo Tomás y véase en qué lugar trata de ella; mírese lo que dice, y se hallarán varias razones que sirvan de materia; pero no se han de emplear estas sino en cuanto sean claramente inteligibles á lo menos para un mediano oyente.

Cómo deben usarse los ejemplos.

Los ejemplos tienen una fuerza admirable y sazanan bien un sermón; pero deben ser propios y bien propuestos y aplicados. Es preciso escoger buenas historias capaces de hacer impresion en los ánimos, proponerlas clara y distintamente, y aplicarlas con calor. Véase cómo proponen los santos padres el ejemplo de Abraham, que sacrifica á su hijo para enseñarnos que no debemos perdonar ningun medio cuando se trata de cumplir la voluntad de Dios: notan todo lo que puede hacer recomendable la obediencia de Abraham.

Abraham, dicen, el viejo Abraham, que no tenia otro hijo que aquel, tan hermoso, tan prudente, tan virtuoso y amable; sin embargo le lleva á la montaña sin replicar, ni murmurar, ni vacilar, y él mismo quiere sacrificarle con sus propias manos. Y por cierto que todavia hacen la aplicacion con mas energía. ¡Y tú,

(1) S. Agust. in psalm. 101.

cristiano, estás tan poco resuelto á inmolar no digo tu hijo ó hija, todos tus bienes ó buena parte de ellos, sino un solo escudo para socorrer á los pobres que te piden limosna en nombre de Dios! No quieres sacrificar por el servicio de Dios una hora de tus pasatiempos: no quieres renunciar al menor afecto etc.

Pero ha de cuidarse de no hacer vanas descripciones como muchos principiantes que en vez de proponer simplemente la historia para sacar una buena moralidad, se ponen á describir la hermosura de Isaac, el afilado cuchillo de Abraham, el lugar del sacrificio y otras cosas inútiles. No ha de ser uno ni demasiado breve, á riesgo de que el ejemplo no penetre, ni demasiado largo para que no canse.

Tambien ha de evitarse el introducir coloquios entre las personas de la historia, á no ser que esten sacados de las palabras de la Escritura ó sean muy probables. No hay que imitar á cierto predicador que introducía á Isaac lamentándose sobre el altar é implorando la compasion paterna para esquivar la muerte, y á Abraham batallando interiormente y quejándose. Tales necedades son contrarias á la verdad, y dan falsa idea del valor y resolucion de uno y otro. Así los que han encontrado coloquios por la meditacion, deben observar dos reglas en la predicacion: la una ver si se funda sólidamente en una probabilidad aparente; y la otra no proponerlos muy largos, porque esto enfria al predicador y al oyente.

Los ejemplos de los santos son admirables y sobre todo los de la provincia donde se predica, como los de S. Bernardo en Dijon.

Restame decir una palabra de las comparaciones, que tienen una eficacia increíble para ilustrar el entendimiento y mover la voluntad.

Se sacan de las acciones humanas pasando de la una

De las comparaciones.

á la otra, como de lo que hacen los pastores, lo que deben hacer los obispos y guardianes del rebaño místico: así hizo nuestro Señor en la parábola de la oveja perdida (1). También se sacan de la historia natural, de las yerbas, de las plantas, de los animales, de la filosofía, en fin de todo.

Las comparaciones tomadas de las cosas triviales, si se aplican sutilmente, son excelentes, como hace nuestro Salvador en la parábola de la semilla (2).

Las que se sacan de la historia natural, si el asunto es bueno y la aplicación también, tiene doble lustre, como la que saca la Escritura de la renovación ó rejuvenecimiento del águila para figurar nuestra penitencia (3).

Mas hay un secreto en esto que es sumamente provechoso al predicador, y es hacer comparaciones sacadas de ciertos lugares de los libros santos donde pocas personas saben notarlos, y esto se hace meditando las palabras de la sagrada escritura: por ejemplo hablando David de los mundanos dice: *Periit memoria eorum cum sonitu* (4). Yo saco dos comparaciones de dos cosas que se pierden con el sonido. Cuando se rompe un vaso, al romperse se destruye haciendo ruido: así perecen los malos con un poco de ruido, y se habla de ellos al tiempo de su muerte. Pero á la manera que se inutiliza el vaso quebrado, así aquellos miserables quedan perdidos para siempre sin esperanza de salvación.

La otra: cuando muere un potentado ó un rico, se tocan todas las campanas y se le hacen magníficas

(1) S. Luc. XV, 4.

(2) S. Luc. VIII, 5.

(3) Salmo CII, 5.

(4) Salmo IX, 7.

exequias; pero pasado el sonido de la campana ¿quién le bendice? ¿quién habla de él? Nadie.

S. Pablo, hablando del que no tiene caridad, pero practica algunas buenas obras, dice que *factus est velut aes sonans et cymbalum tinniens* (1). Se saca una comparación de la campana que llama los demás á la iglesia y ella no entra, porque así un hombre que hace obras sin caridad, edifica á los otros y los lleva á la gloria, y él no va.

Mas para hallar estas comparaciones hay que considerar las palabras si no son metafóricas, porque cuando lo son, al punto hay una comparación para quien sabe descubrirlas. Por ejemplo: *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum* (2): es menester considerar las palabras *dilatasti* y *cucurri*, que ambas son una sola metáfora. Veamos ahora las cosas que caminan con mas celeridad por dilatación, y hallaremos algunas como los navios cuando el viento hinche sus velas. A la manera pues que una nave que se endereza al puerto cuando sopla el viento propicio é hinche sus velas, camina rápidamente; así cuando entra en nuestro corazón el viento favorable del Espíritu Santo, nuestra alma corre á vela llena por el mar de los mandamientos.

Ciertamente el que observa todo esto hará con fruto muchas y preciosas comparaciones; pero es menester guardar decencia y no decir ninguna cosa vil, deshonesta ó abyecta.

Soy de parecer que puede usarse de la Escritura por aplicación con muy buen suceso, aunque muchas veces no sea el verdadero sentido lo que se saca de ella, como cuando decía S. Francisco que las limosnas

(1) I ep. ad corinth. XIII, v. 1.

(2) Salmo CXVIII, 32.

eran *panis angelorum*, porque los ángeles las proporcionaban por medio de sus inspiraciones, y aplicaba el pasage *panem angelorum manducavit homo* (1); pero en esto hay que ser discreto y sobrio.

Necesidad del método.

Es menester proceder con método en todas las cosas, y no hay una que mas ayude al predicador, que haga la predicacion mas provechosa, y que agrade tanto al auditorio.

El método debe ser claro.

Apruebo que el método sea claro y evidente, y censuro á los que creen que es una pincelada de maestro hacer de modo que nadie conozca el método: ¿de qué sirve este, pregunto yo, si no se le ve, ni el oyente le conoce?

Ejemplo de asuntos tratados metódicamente.

Para facilitar algun auxilio en esto diré que ó se quiere predicar alguna historia como de la Natividad, Resurreccion ó Asuncion, ó alguna sentencia de la Escritura como *omnis qui se exaltat humiliabitur* (2), ó todo un Evangelio en que hay muchas sentencias, ó la vida de algun santo con alguna sentencia.

Cuando se predica una historia, puede usarse uno de estos métodos.

1.º Considerar cuántos personajes hay en la historia que se quiere predicar, y luego sacar algunas consideraciones de cada uno. Ejemplo: en la resurreccion veo yo las Marías, los ángeles, los soldados de guardia en el sepulcro y nuestro amable Salvador: en las Marías veo el fervor y la diligencia, en los ángeles la alegría y el júbilo en sus vestiduras blancas y resplandecientes, en los soldados la debilidad de los hombres que atientan contra Dios, y en Jesus la gloria, el triunfo de la muerte y la esperanza de nuestra resurreccion.

(1) Salmo LXXVII, 25.

(2) S. Luc. XIV, 11.

2.º Puede tomarse en un misterio el punto principal como en el ejemplo precedente la resurreccion, y luego considerar lo que precedió y acompañó á este punto, y lo que se siguió de él. A la resurreccion preceden la muerte, la bajada á los infiernos, la libertad de los padres que estaban en el seno de Abraham, y el temor de los judíos de que sea robado el cuerpo: va acompañada de la gloria y bienaventuranza del cuerpo de Jesucristo; y se siguen á ella el terremoto, la aparicion de los ángeles, las diligencias de las santas mujeres y la respuesta de los ángeles; y en todas estas partes hay maravillas que decir y por buen orden.

3.º En todo misterio pueden considerarse estos puntos: ¿quién? ¿por qué? ¿cómo? ¿Quién resucita? Nuestro señor: ¿por qué? por su gloria y nuestro bien. ¿Cómo? glorioso é inmortal etc. ¿Quién ha nacido? el Salvador: ¿por qué? para salvarnos: ¿cómo? pobremente, desnudo, con frio, en un establo y en la edad infantil.

4.º Despues de proponer la historia en una breve paráfrasis pueden á veces sacarse tres ó cuatro consideraciones.

La primera: qué es lo que ha de aprenderse de aqui para afirmar nuestra fé: la segunda para acrecentar nuestra esperanza: la tercera para inflamar nuestra caridad: la cuarta para imitar y obrar.

En el ejemplo de la resurreccion: en cuanto á la fé vemos la omnipotencia de Dios, penetrar un cuerpo la piedra y hacerse inmortal, impasible y en un todo espiritual: ¿con cuánta firmeza debemos creer que en el santísimo sacramento este mismo cuerpo no ocupa lugar, no puede recibir lesion por la fraccion de las especies, y está allí de un modo espiritual aunque real. En cuanto á la esperanza: si Jesucristo ha resucitado, nosotros resucitaremos, dice S. Pablo: él nos

ha abierto el camino (1). En cuanto á la caridad: aunque resucitado habita sin embargo en la tierra para instruir á la iglesia, y por amor nuestro retarda el tomar posesion del cielo, lugar propio de los cuerpos resucitados. ¡Oh! ¡qué amor! Tocante á la imitacion: resucitó al tercer dia: ¿por qué no resucitamos nosotros por la contricion, la confesion y la satisfaccion? El fuerza las piedras: venzamos nosotros todas las dificultades.

Cuando quiera predicarse una sentencia, hay que considerar á qué virtud se refiere, como por ejemplo: *Qui se humiliat exaltabitur* (2): aqui está bien claro el asunto de la humildad. Pero hay otras sentencias en que no se descubre tanto, como *Quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem* (3): aqui tenemos la caridad, pero cubierta de un vestido, porque la vestidura nupcial es la caridad.

Asi pues descubierta en la sentencia que se quiere explicar la virtud á que mira, podrá reducirse á un método el sermón, considerando en qué consiste aquella virtud, las verdaderas señales que la caracterizan, sus efectos y el medio de adquirirla ó ejercitarla. Hé aqui el método que yo he seguido siempre, y me ha servido de consuelo hallar conforme á este método la obra del P. Rossignol, jesuita. Este libro intitulado *De actionibus virtutum* é impreso en Venecia aprovechará mucho al predicador.

Otro método hay que consiste en demostrar cuán honrosa, útil y deleitable es la virtud de que se trata, que son los tres bienes que pueden apetecerse.

Tambien se puede tratar de los bienes que esta vir-

(1) II ep. ad cor. IV, 14.

(2) S. Luc. XIV, 11.

(3) S. Mat. XXII, 12.

tud da, y de los males que el vicio opuesto acarrea: pero el primer método es mas util.

Cuando se trata un Evangelio en que hay muchas sentencias, es menester mirar aquellas en que uno quiere fijarse, ver de qué virtudes tratan, exponer succinctamente una sola sentencia del mismo modo que yo la he expuesto, y recorrer y parafrasear las otras.

Pero este método de pasar por todo un Evangelio sentencioso es menos fructifero, mayormente cuando no pudiendo el predicador detenerse sino muy poco en cada sentencia, no las explica bien, ni inculca tan sólidamente lo que desea en el ánimo del oyente.

Igualmente se pueden seguir diversos caminos para el elogio de los santos.

Cuando se trata de la vida de uno, el método es diverso: el que yo he observado en la oracion fúnebre del señor de Mercœur es bueno porque es de S. Pablo, *ut piè erga Deum, sobriè erga se ipsum, justè erga proximum vixerit* (1). Es menester poner las partes de la vida del santo cada una en su lugar, ó bien considerar lo que hizo *agendo*, que son sus virtudes, *patiendo*, sus padecimientos ya de martirio, ya de mortificacion, *orando*, sus milagros; ó bien considerar cómo venció al demonio, el mundo y la carne, ó tambien cómo combatió el orgullo, la avaricia y la concupiscencia de la carne que es la division de S. Juan (2); ó como hice yo en Fontanes hablando de S. Bernardo, cómo se ha de honrar á Dios en su santo y al santo en Dios: cómo se ha de servir á Dios á imitacion de su santo: cómo se le ha de pedir por la intercesion de su santo; y asi ir tocando por encima la vida del santo de que se trata, y poner cada cosa en su lugar.

(1) Ep. ad Tit. II, 12.

(2) I Ep. Joan. II, 16.

Hé aqui bastantes métodos para empezar, porque con un poco de ejercicio se formarán otros propios de cada uno y mejores. Réstame decir en cuanto al método que yo pondria de buena gana los pasajes de la Escritura los primeros, las razones las segundas, los símiles los terceros y los ejemplos los cuartos, siendo sagrados, porque si son profanos, no son á propósito para cerrar un discurso: el discurso sagrado ha de terminar con una cosa sagrada.

El método exige tambien que el principio del sermón hasta el medio enseñe al oyente, y que desde el medio hasta el fin mueva: por lo cual los afectos deben colocarse al fin.

Cómo han de hallarse los materiales del sermón.

Pero despues de todo esto debo decir cómo han de llenarse los puntos del sermón; por ejemplo quiere uno tratar de la virtud de la humildad y ha dispuesto los puntos de esta suerte: 1.º en qué consiste esta virtud: 2.º sus señales: 3.º sus efectos: 4.º medios de adquirirla.

Para llenar cada punto de estos busquese en la tabla de los autores la voz *humilitas*, *humilis*, *superbia*, *superbus*, y se verá lo que dicen; y halladas las descripciones y definiciones se pondrán bajo el título *en qué consiste esta virtud*, y se procurará ilustrar bien este punto manifestando en qué consiste el vicio contrario.

Para llenar el punto segundo se verá en la tabla *humilitas ficta*, *humilitas indiscreta* y otras voces semejantes, y por aqui se mostrará la diferencia entre la humildad falsa y la verdadera. Si hay ejemplos de lo uno y lo otro, se anotarán, y así de los otros dos puntos: *intelligenti pauca*.

Los autores en que se hallan estas materias son Santo Tomas, S. Antonio, Guillermo, obispo de Leon, *Summa de virtutibus et vitiis*, *Summa prædicantium*, Felipe Diez y todos los sermonarios, Osorio, el V. Fray

Luis de Granada en sus obras espirituales, Hylaret en sus sermones, *Estela in Lucam*, Salmeron y Barradas, jesuitas, sobre los evangelios. Entre los antiguos se aventajan S. Gregorio, S. Juan Crisóstomo y S. Bernardo.

Pero si he de decir mi opinion, entre todos los que han escrito sermones Diez me ha agradado infinito: va á la buena fé, tiene el espíritu de predicacion, inculca y explica bien los pasajes, hace buenas alegorías y símiles é hipotíposis de nervio (1), aprovecha la ocasion de decir cosas admirables, y es devotísimo y muy claro. Le falta lo que tiene Osorio, que es orden y método, porque él no sigue ninguno; pero me parece conveniente familiarizarse con él al principio. Digo esto no por haberle usado yo mucho, porque no le he visto hasta largo tiempo despues, sino porque le tengo por tal, y me parece que no me equivoco. Un español compuso un libro abultado que se llama *Sylva allegoriarum*, utilísimo para quien sepa manejarle bien, lo mismo que las concordancias de *Benedicti* (2). Queda dicho á mi juicio lo principal de lo que me ocurre en esta materia.

(1) La hipotíposis es una figura retórica que describe una cosa, la pone delante de los ojos y la da á conocer de una manera vivísima y patética.

(2) Vease mas adelante el núm. 2.

CAPITULO IV.

DE LA FORMA DE LA PREDICACION Y CÓMO SE HA DE PREDICAR.

Aqui es donde mas deseo que se me crea, porque no sigo la opinion comun, y sin embargo lo que yo digo es la verdad misma.

De las cualidades de la accion.

La forma, dice el filósofo Aristóteles, da el ser y el alma á la cosa. Diganse maravillas; pero no se digan bien, y no sirve de nada: digase poco y bien, y es mucho. ¿Cómo pues se ha de proceder en la predicacion? 1.º Es menester abstenerse de los circunloquios y largos periodos de los pedantes, de sus ademanes, gestos y movimientos: todo esto es la peste de la predicacion. 2.º La accion debe ser libre, noble, generosa, natural, enérgica, santa, grave y algo pausada.

Mas ¿qué se ha de hacer para tenerla? Es menester hablar afectuosa y devotamente, simple y cándidamente y con confianza, y estar bien empapado en la doctrina que se enseña, y en lo que quiere persuadirse. El sumo artificio es no tener ninguno: es menester que nuestras palabras vayan inflamadas no por medio de gritos y acciones descomedidas, sino por el afecto interior, y que salgan del corazon mas que de la boca. Por mas que se diga, el corazon habla al corazon, y la lengua solamente á los oidos.

1.º Digo que la accion ha de ser libre en contraposicion de cierta accion forzada y estudiada de los pedantes.

2.º Digo noble en contraposicion de la accion rústica de algunos que acostumbran de dar puñadas,

meter ruido con los pies y dar con el vientre en el púlpito, gritando y prorumpiendo en extraños alaridos, las mas veces fuera de tiempo.

3.º Digo generosa contra los que emplean una accion tímida como si hablaran á sus padres y no á sus hijos y discípulos.

4.º Digo natural contra todo artificio y afectacion.

5.º Digo enérgica contra cierta accion de muerte afeminada y sin eficacia.

6.º Digo santa para excluir los cumplimientos mundanos, los discursos de ostentacion y todo lo que trasciende al espíritu del siglo.

7.º Digo grave contra algunos que hacen tantos saludos con el bonete y tantas reverencias al auditorio, y luego usan tantas charlatanerías enseñando las manos y la sobrepelliz y haciendo otros movimientos indecorosos.

8.º Digo un poco pausada para excluir cierta accion breve y rápida, que mas bien entretiene la vista que hiera el corazon.

Lo mismo digo del lenguaje, que debe ser claro, puro y sencillo sin ostentacion de voces griegas ni hebreas, nuevas ni afectadas.

El estilo debe ser natural, sin preámbulo ni afectacion, y apruebo que se diga primero en el punto primero, segundo en el segundo para que el pueblo vea el orden.

Me parece que los predicadores y sobre todo los obispos no deben usar de lisonja con los asistentes, si quiera fuesen reyes, príncipes y papas.

Hay ciertos rasgos propios para captarse la benevolencia, que pueden emplearse cuando habla uno por primera vez á su pueblo. Soy de parecer que se manifiesten deseos de su bien, que se empiece por saluciones y bendiciones y deseos de poder coadyuvar á su

salud espiritual: que se manifieste tambien amor á la patria; pero esto breve y cordialmente y sin palabras estudiadas.

Nuestros antiguos padres y todos los que han sacado fruto, se han abstenido de todo farrago, de toda erudición y sutilezas mundanas. Hablaban con el corazón al corazón, con el alma al alma, como los buenos padres á sus hijos (1).

Los títulos ordinarios con que se ha de apellidar al auditorio, debe ser *hermanos míos, pueblo mío* (si lo es del predicador), *mi amado pueblo, cristianos oyentes*.

El obispo debe dar al fin la bendición con el bonete puesto, y luego saludar al pueblo.

Se ha de acabar con expresiones cortas; mas animadas y vigorosas. Apruebo las mas veces la recapitulacion despues de la cual se dicen cuatro ó cinco palabras de fervor á manera de súplica ó deseo.

Es bueno tener ciertas exclamaciones familiares juiciosamente pronunciadas y empleadas, como ¡O Dios! ¡Buen Dios! ¡O bondad de nuestro Dios! ¡O mi Dios y señor! ¡O Dios mío!

Apruebo que la preparacion del sermón se haga por la noche, y que á la mañana medite uno para sí lo que quiere decir á los otros. La preparacion hecha delante del santísimo sacramento tiene mucha eficacia, dice el V. Fr. Luis de Granada, y lo creo.

Yo gusto de la predicacion que huele mas á amor del prójimo que á indignacion, aun cuando se predique contra los hugonotes, á quienes se debe tratar con gran compasion, no halagandolos, sino lamentando su suerte.

Siempre vale mas que el sermón sea corto que largo, en lo cual he faltado hasta ahora y quiero en-

(1) Vease el núm. 6 de la segunda parte.

mendarme, porque con tal que el sermón dure media hora basta (1).

No se ha de mostrar disgusto, si es posible, y menos enojo, como hice yo el día de Nuestra Señora cuando tocaron la campanilla antes que acabase. Sin duda esta fue una falta con otras muchas.

No me gustan las chanzas ni los apodos, porque el púlpito no es lugar de eso.

Concluyo diciendo que la predicacion es la declaracion de la voluntad de Dios hecha á los hombres por el que es legitimamente enviado para enseñarlos y moverlos á servir á su divina magestad en este mundo para salvarse en el otro.

CONCLUSION DE LA CARTA.

¿Qué dirá V. S. I. de esto? Suplico que me perdone, he escrito *calamo currente* sin cuidado de escoger las expresiones y llevado del solo deseo de manifestar á V. S. I. cuán obediente le estoy. No he citado los autores que he alegado en ciertos lugares, porque hallandome en el campo no los tengo á mano. Me he alegado á mí mismo, porque V. S. I. quiere mi opinion y no la de los demas; y cuando yo practico una cosa, ¿por qué no he de decirla?

Antes de cerrar la carta debo conjurar á V. S. I. ^{Predicacion frecuente} que no la enseñe á nadie que me mire con ojos menos propicios que V. S. I., añadiendo mi humildísima súplica que no se deje V. S. I., llevar de ninguna especie de consideracion que le retraiga de predicar ó se lo haga diferir. Quanto mas antes empiece V. S. I., mas antes logrará su deseo: no hay otro medio que la frecuente predicacion para hacerse maestro. V. S. I.

(1) Vease el núm. 2, parte segunda.

puede y debe llegar á serlo. Su voz es adecuada, su doctrina suficiente, su continente decoroso, su clase muy ilustre en la iglesia: Dios lo quiere y los hombres lo esperan: esa es la gloria de Dios y la salvacion de V. S. I.: resolucion, ilustrisimo señor, y ánimo por el amor de Dios (1).

El cardenal Borromeo sin tener la décima parte de las dotes que V. S. I. tiene, predica, edifica y se santifica (2). Nosotros no debemos buscar nuestra honra, sino la de Dios; y dejemos obrar al Señor que él buscará la nuestra. Empiece V. S. I. una vez en las órdenes, otra en alguna comunión: diga cuatro palabras y luego ocho y luego doce hasta media hora: suba despues V. S. I. al púlpito: para el amor no hay nada imposible. Nuestro Señor no preguntó á S. Pedro para decirle *pasci oves meas*: ¿eres docto y elocuente? sino *amas me?* Basta amar bien para decir bien. S. Juan ya cercano al sepulcro no sabia mas que repetir cien veces en un cuarto de hora: Hijos míos, amaos unos á otros: y con esta provision subia á la cátedra (3); y nosotros tenemos escrúpulo de subir á ella si no llevamos flores de elocuencia. Deje V. S. I. hablar á los que aleguen la habilidad de su predecesor: alguna vez empezó como V. S. I.

Pero, Dios mio, ¿qué dirá V. S. I. de mí que tan simplemente me dejo ir con V. S. I.? El amor no puede callar cuando está interesado aquel á quien se ama. Yo he jurado fidelidad, y se sufre mucho de un servidor fiel y apasionado. ¿Va V. S. I. á su rebaño? ¡Ah! ¿que no me sea permitido acudir ahí á asistirle

(1) Vease núm. 14, parte segunda.

(2) Aquí se habla de Federico Borromeo, primo y sucesor de S. Carlos. Murió en 1631.

(3) Vease el núm. 15 de la segunda parte.

como tuve la honra de hacerlo en su primera misal. Acompañaré á V. S. I. con mis ruegos y deseos. Su pueblo le espera para ver á V. S. I. y ser visto y revisto de su pastor. Por el principio juzgarán de lo demas: empiece V. S. I. desde luego á hacer lo que debe hacer siempre.

¡Oh! ¡cuán edificados quedarán cuando vean á menudo á V. S. I. sacrificar en el altar por su salud, tratar de su edificacion con los párrocos, y anunciar en el púlpito la palabra de reconciliacion! Ilustrisimo señor, yo no he dejado jamas de encomendar á V. S. I. á nuestro Señor en el altar: dichosísimo yo si merezco que alguna vez me tenga V. S. I. en su memoria. Soy y seré toda mi vida de corazon y de alma &c.

Me he avergonzado al leer esta carta, y si fuera mas corta la volveria á hacer; pero tengo tanta confianza en la firmeza del cariño de V. S. I., que allá va tal cual es. Por amor de Dios ámeme siempre V. S. I., y tengame por tau servidor suyo como el que mas, porque lo soy.

N.º 2.

Fragmento de una carta de S. Francisco de Sales á un obispo electo: la fecha 5 de junio de 1605.

Debe V. formar una firme resolucion de predicar á su pueblo. El santo concilio de Trento despues de todos los antiguos determinó que el cargo primero y principal del obispo es predicar, y no debe distraerle á V. de él ninguna consideracion contraria. No predique V. por llegar á ser gran predicador, sino simplemente porque es deber de V. y Dios lo quiere: el sermón paternal de un obispo vale mas que todo el artificio de los sermones armoniosamente trabajados de otro predicador.

Un obispo necesita muy poco para predicar bien,

Predicacion frecuente.



porque sus sermones no deben ser cosas curiosas y estudiadas, sino necesarias y útiles: sus palabras deben ser sencillas, no afectadas, su accion paternal y natural sin arte ni cuidado; y por breve que sea, por poco que diga, siempre es mucho. Veo que escribe V. tan bien por sus cartas, que por poca resolucion que tenga, hará V. buenos sermones; y sin embargo digo á V. que es menester tener mucha resolucion, y buena é invencible.

Leccion de las obras de Fray Luis de Granada.

Ruego á V. que tenga todas las obras de Fr. Luis de Granada, y que sean su segundo breviario. El cardenal Borromeo no tenia otra teologia que esta para predicar, y sin embargo predicaba muy bien. Pero no es ese su principal uso, sino que formará su alma de V. en el amor de la verdadera devocion y en todos los ejercicios espirituales que V. necesita. Mi opinion es que empezase V. á leer por la Guia de pecadores, que pasase V. en seguida al Memorial y luego á las demas obras; pero para leerlas con fruto no se ha de proceder con precipitacion, sino pesar todo lo que dice, rumiarle capitulo por capitulo, y aplicarle al alma de V. juntando fervorosas oraciones á unas reflexiones profundas. Han de leerse con respeto y devocion como un libro que contiene las inspiraciones mas útiles que puede recibir el alma de arriba, y que es propísimo para reformar todas las potencias, purificarlas de todas sus malas inclinaciones, y convertirlas á su verdadero fin por medio de grandes y firmes resoluciones.

Se aconseja la leccion de otros libros.

Despues de Fr. Luis de Granada le aconsejo á V. que lea á Estela, señaladamente de la vanidad del mundo y todas las obras del jesuita Francisco Arias. Las confesiones de S. Agustin le serán á V. sobremanera útiles. En el P. Bellentini, capuchino, hallará V. muchas consideraciones excelentes sobre los misterios de nues-

tra fé. Tambien podrá V. leer con fruto el P. Coster, jesuita, y sobre todo las cartas espirituales del V. Juan de Avila, donde encontrará V. muchas consideraciones buenas y provechosas para sí y para los demas. Tambien le recomiendo á V. las cartas de S. Gerónimo en su excelente latin; pero sobre todo no se le caigan de las manos el concilio de Trento y su catecismo:

N.º 3.

Extracto de una carta de S. Francisco de Sales á una monja que le habia manifestado por cuán feliz le tenia en anunciar la divina palabra.

U Mi amada hija, la envidia que V. me tiene procede de que yo predico las alabanzas de Dios. ¡Oh! ¡qué gran contentamiento recibe algunas veces el corazon en publicar la bondad de aquel á quien se ama! Pero si V. desea predicar conmigo, le ruego que lo haga siempre, hija mia, pidiendo á Dios que me dé palabras segun su corazon y los deseos de V. ¡Cuántas veces sucede que decimos buenas cosas porque alguna buena alma nos las alcanza! ¡No predica esta entonces, y con la ventaja de que no sabiendo nada del bien que hace, no se envanece? Nosotros nos parecemos á los órganos: el que entona es en verdad el que lo hace todo, y no recibe ninguna alabanza. Ore V. pues á menudo por mí, hija mia, y predicará conmigo.

Influencia de la oracion en la predicacion.



Carta al Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, exhortándole á que no dejara la predicacion á pesar del poco fruto de sus sermones: su fecha á 7 de marzo de 1604.

Ilmo. Sr. = Me regocijo con el pueblo de V. S. I. que tiene la dicha de recibir de su boca las aguas saludables del Evangelio, y me regocijaria mucho mas si las recibiese con el afecto y reconocimiento debidos al trabajo que V. S. I. se toma de derramarlas tan abundantemente.

Pero, ilustrísimo señor, hay que sufrir mucho con los niños cuando son de menor edad; y aun cuando muerdan algunas veces el pecho que los cria, no por eso se les ha de quitar. Las cuatro palabras del gran apostol deben servirnos de epitema (1) para fortificar nuestro corazon: *opportunè, importunè, in omni patientiâ et doctrinâ*. Pone la paciencia la primera como la mas necesaria y sin la cual no sirve de nada la doctrina. Quiere que suframos el parecer importunos, supuesto que nos enseña á importunar, *importunè*. Continuemos cultivando, porque no hay terreno tan ingrato que el amor y perseverancia del labrador no fertilicen.

(1) El epitema es una especie de fomento espirituoso y un remedio externo que se aplica en las regiones del corazon y del hígado para fortificarlos ó corregir alguna intemperancia de humores.

Extracto de la décima quinta plática de S. Francisco de Sales á las religiosas de la Visitacion.

Quisiera yo, mis amadas hijas, que honraseis mucho á los que os anuncian la divina palabra: ciertamente tenéis grande obligacion á hacerlo, porque son como unos mensajeros celestiales que vienen de parte de Dios á enseñaros el camino de la salvacion. Como tales se los ha de considerar y no como simples hombres, porque aunque no hablen tan bien como los santos del cielo, no se ha de rebajar nada de la humildad y respeto con que debeis recibir la palabra de Dios, que siempre es la misma, tan pura, tan santa como si la anunciaran los ángeles.

Yo observo que cuando escribo á una persona en mal papel, y por consiguiente con mala letra, me da las gracias con tanto afecto como cuando le escribo en el mejor papel y con una bonita letra. Y ¿por qué es esto? Porque no repara en el papel, ni en la letra, sino solamente en mí que se lo escribo. Lo mismo se ha de hacer con respecto á la palabra de Dios, y no mirar quién es el que nos la anuncia: debe bastarnos que Dios se vale de aquel predicador para enseñarla; y una vez que vemos que Dios le honra hasta el punto de hablar por su boca, ¿cómo podriamos nosotros dejar de honrarle y de respetar su persona?

Respeto á la palabra de Dios, aun cuando los que la anuncian no brillen por sus dotes.

®

N.º 6.

Extracto del tratado del amor de Dios por S. Francisco de Sales, lib. XI, cap. 45 y 46, sobre el modo cómo deben los predicadores subir y bajar la escala de Jacob.

De los siete dones del Espíritu Santo.

La caridad es para los predicadores otra escala de Jacob (1), compuesta de los siete dones del Espíritu Santo como otros tantos escalones por los cuales suben desde la tierra al cielo estos hombres sagrados para unirse con el corazón encendido del Dios omnipotente, y bajan del cielo á la tierra para coger de la mano al prójimo y guiarle al cielo. En efecto subiendo el primer escalon el temor los hace abandonar el mal: en el segundo la piedad los excita á querer hacer el bien: en el tercero la ciencia los hace conocer el bien que hay que practicar y el mal que hay que huir: en el cuarto por la fortaleza cobran ánimo para vencer todas las dificultades que hay en su empresa: en el quinto por el consejo escogen los medios propios para salir bien: en el sexto unen á Dios su entendimiento para ver y penetrar los rasgos de su bondad infinita: en el séptimo unen á Dios su voluntad para saborear y expresar las dulzuras de su bondad incomprendible, porque en lo mas alto de esta escala, inclinándose Dios hácia nosotros, nos da el ósculo de paz.

Pero si habiendo disfrutado deliciosamente estos amorosos favores quieren volver á la tierra para atraer el prójimo á la misma felicidad, del primero y mas alto escalon en que llenaron su voluntad de un zelo ar-

(1) Genes. XXVIII, 12.

dentísimo y perfumaron su alma con los perfumes de la suma caridad de Dios, bajan al segundo escalon, donde su entendimiento toma una claridad admirable y se abastece de los pensamientos y máximas mas excelentes para gloria de la belleza y bondad divinas. De allí vienen al tercero, donde por el don de consejo escogen los medios para inspirar al prójimo la afición y estima de la divina suavidad. En el cuarto se alientan y fortalecen recibiendo una santa fortaleza para superar las dificultades de este ministerio. En el quinto empiezan á predicar por el don de ciencia, exhortando á las almas á ir en pos de la virtud y huir el vicio. En el sexto procuran imprimir en ellas la santa piedad para que los hombres, reconociendo á Dios por padre amabilísimo, le obedezcan con un temor filial. Y en la última grada ó escalon los estrechan para que teman los juicios de Dios, con el fin de que mezclando los hombres este temor de condenarse con el respeto filial, dejen con mas anhelo la tierra para subir al cielo. Oid una palabra sobre este temor de Dios.

Ved cómo una señora hace con seda de diferentes colores un bordado en raso blanco que realza con adornos de oro y plata. Esta obra se hace con una aguja metiéndola donde quiera que ha de hacer pasar la seda, el oro y la plata; sin embargo no entra la aguja en el raso para quedarse allí, sino solamente para introducir aquellos materiales, y á medida que entran estos en el raso, se saca la aguja. Así la divina bondad, queriendo introducir gran diversidad de virtudes en el alma humana y realzarlas con su amor sagrado, se sirve de la aguja del temor servil y mercenario, que es la que de ordinario pica primeramente nuestros corazones; pero por eso no queda allí; al contrario á medida que las virtudes toman posesion del alma, sale de ella

El temor de Dios introduce las otras virtudes.

el temor servil y mercenario (1) segun la máxima del discípulo amado, que la *caridad perfecta* echa fuera el temor (2).



(1) *Sicut videmus per setam introduci linum quando aliquid suitur: seta prius intrat; sed nisi exeat non succedit linum; sic timor primò occupat mentem; non autem ibi remanet timor, quia ideo intravit ut introduceret charitatem* (S. Agust. in ep. Joan.)

(2) *Perfecta charitas foras mittit timorem* (1 ep. Joan. IV, 18).

PARTE SEGUNDA

DEL LIBRO PRIMERO.

NOTA. Como todo lo que digamos en esta segunda parte está sacado de los escritos del Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, citaremos sus palabras: asi no se olvide que en todo lo que vamos á referir, él es siempre quien habla.

N.º 1.

Uso de la sagrada escritura en los sermones (1).

S. Carlos Borromeo leia siempre de rodillas la sagrada escritura como si estuviera oyendo á Dios cuando hablaba en el Sinaí entre relámpagos y truenos, y nuestro santo queria que se tratase de ella con sumo respeto, ya al hablar en público, ya al escribir, ya al leer privadamente. No queria que un predicador se metiese desde luego en el sentido místico sin haber explicado antes el sentido literal: lo contrario decia que era edificar el tejado de una casa antes del cimientto. La santa escritura debe tratarse con mas solidez y veneracion, porque no es una tela que pueda cortar uno á su antojo para hacer adornos de moda.

(1) Espiritu de S. Francisco de Sales.

el temor servil y mercenario (1) segun la máxima del discípulo amado, que la *caridad perfecta* echa fuera el temor (2).



(1) *Sicut videmus per setam introduci linum quando aliquid suitur: seta prius intrat; sed nisi exeat non succedit linum; sic timor primò occupat mentem; non autem ibi remanet timor, quia ideo intravit ut introduceret charitatem* (S. Agust. in ep. Joan.)

(2) *Perfecta charitas foras mittit timorem* (1 ep. Joan. IV, 18).

PARTE SEGUNDA

DEL LIBRO PRIMERO.

NOTA. Como todo lo que digamos en esta segunda parte está sacado de los escritos del Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, citaremos sus palabras: asi no se olvide que en todo lo que vamos á referir, él es siempre quien habla.

N.º 1.

Uso de la sagrada escritura en los sermones (1).

S. Carlos Borromeo leia siempre de rodillas la sagrada escritura como si estuviera oyendo á Dios cuando hablaba en el Sinaí entre relámpagos y truenos, y nuestro santo queria que se tratase de ella con sumo respeto, ya al hablar en público, ya al escribir, ya al leer privadamente. No queria que un predicador se metiese desde luego en el sentido místico sin haber explicado antes el sentido literal: lo contrario decia que era edificar el tejado de una casa antes del cimien- to. La santa escritura debe tratarse con mas solidez y veneracion, porque no es una tela que pueda cortar uno á su antojo para hacer adornos de moda.

(1) Espiritu de S. Francisco de Sales.

Luego que se había explicado el verdadero sentido literal, entonces permitía sacar moralidades y hacer aplicaciones; y aun así quería que fuese con mucha discreción sin traer las figuras por los cabellos: de lo contrario las llamaba figuras desfiguradas y moralidades semejantes al repique de campanas, á las que se hace decir lo que se quiere.

Véase aquí un ejemplo de su puntualidad en esta parte. Predicando yo un día delante de él me aconteció aplicar al contagio de las malas compañías este dicho del profeta: *Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris, et cum electo electus eris, et cum perverso perverteris* (salmo 17, v. 26 y 27); lo cual se dice con bastante frecuencia.

Al instante eché de ver que el santo no estaba contento, y cuando nos hallamos solos me preguntó por qué había dado tormento á aquel pasaje sabiendo que no era ese su sentido literal. Le dije que era por alusión. Así lo entiendo bien, repuso; pero á lo menos debía V. decir que no era aquel el sentido literal, supuesto que á la letra se entiende de Dios que es bueno, esto es, misericordioso con los buenos, y malo, esto es, severo con los malos, castigando con el mal de pena á los que cometan el mal de culpa.

Júzguese por aquí cuán exacto era cuando él trataba la divina palabra, supuesto que lo era tanto para con los otros, siendo incomparablemente mas indulgente con los demás que consigo mismo.

N.º 2.

Brevidad de los sermones.

Aprobaba sobremanera la brevedad en los sermones, y decía que la prolijidad era el defecto mas general de los predicadores de su tiempo.

¿Llama V. esto un defecto? le decía yo: ¿y da V. el nombre de escasez á la abundancia?

Cuando la viña, replicaba, produce muchos sarmientos, entonces es cuando lleva menos fruto. La muchedumbre de palabras no produce grandes efectos. El buen S. Francisco de Asis manda en su regla á los predicadores de su orden que sean breves.

Creame V., digo esto por experiencia y dilatada: cuanto mas diga V., menos retendrá el auditorio, y cuanto menos diga V., mas aprovechará aquel. A fuerza de cargar la memoria de los oyentes se destruye, como se apagan las lámparas echándoles demasiado aceite, y se sofocan las plantas con el riego excesivo.

Cuando un discurso es largo en demasía, el fin hace olvidar el medio, y el medio el principio.

Los predicadores medianos son pasaderos con tal que sean breves, y los excelentes molestan cuando son demasiado largos.

Su máxima era que se ha de decir poco y bueno. Así no solamente quería que se dijese pocas cosas, sino útiles y bien escogidas; para lo cual encargaba que se atendiese á las homilias de los antiguos, breves en palabras y llenas de pocos documentos; pero importantísimos.

Aprobaba la regla siguiente, y deseaba que la siguiesen todos los predicadores: *Hora integra inepto prædicatori prælonga, idoneo satis longa videtur: tres horæ quadrantes à bonis æstimatoribus horæ integræ præferuntur* (1).

(1) Fr. Juan de Jesus y María, carmelita descalzo, en sus opúsculos espirituales.

N.º 3.

Auditorio poco numeroso.

Cuando al subir al púlpito, decia, vea V. poca gente, y el auditorio sea escaso, reciba V. gran contento.

Pero una vela, le decia yo, no se gasta mas por alumbrar á muchas personas que por alumbrar á pocas; y en las aguas abundantes es donde puede hacerse mayor pesca.

Una experiencia de treinta años en este ejercicio, me respondia, es la que me hace hablar así, y siempre he notado mayores efectos para el servicio de Dios en los sermones que he predicado á poca gente, que en las grandes concurrencias.

Cuando yo era preboste (1), me envió el obispo mi antecesor con otros eclesiásticos á predicar en el Chablais. Todavía no podíamos ejercer el ministerio de la religion católica en las poblaciones, porque estaban llenas de hugonotes, y nos saliamos á algunas capillas bastante distantes á celebrar nuestras reuniones y ejercicios de piedad.

Un domingo que hacia muy mal tiempo, solo concurrieron siete personas á oír mi misa. Yo acostumbraba predicar siempre despues; y en aquella ocasion como habia tan pocos oyentes, me dijo uno que no me molestara en predicar. Yo respondí que ni los muchos oyentes me alentaban, ni los pocos me desanimaban, y que con tal que saliese edificado alguno, bastaba.

Subí pues al púlpito, y me acuerdo que mi sermón versaba sobre la oracion á los santos, y traté

(1) Asi se llama el dean del cabildo de Annecy.

este asunto muy sencillamente y sin forma de controversia, porque V. sabe que no es mi costumbre, y no me gusta nada que huele á disputa. Yo no decia ninguna cosa patética ni vehemente; sin embargo uno de los concurrentes, y no de los menos notables, empezó á llorar con mucha amargura y aun á sollozar y suspirar recio. Cref que se habia puesto malo y le manifesté que no se violentara, diciéndole que yo estaba pronto á suspender el sermón y á servirle si lo necesitaba. Me respondió que estaba bueno en lo físico, y que continuase yo hablando porque aplicaba el remedio en el paraje donde estaba la enfermedad.

Acabado el sermón, que fue muy breve, vino á echarse á mis pies gritando en alta voz: «Señor preboste, señor preboste, V. me ha dado la vida y ha salvado hoy mi alma. ¡Oh! bendita sea la hora en que he venido y he oído á V.: esta hora me valdrá una eternidad.» Y acto continuo contó delante de la gente que habiendo conferenciado con algunos ministros (protestantes) sobre la oracion á los santos, se la habian pintado como una horrible idolatria, tanto que habia señalado el jueves siguiente para abjurar la religion católica y volver á ellos (porque era un nuevo católico recién convertido): luego añadió que se habia instruido tan bien con el sermón que acababa de oír y se habia curado tan bien de todas sus dudas, que detestaba de buena gana la promesa hecha á los ministros hugonotes, y protestaba de nuevo obediencia á la iglesia romana.

No puedo decir á V. la impresion que este gran ejemplo ocurrido en una reunion tan corta causó en toda la comarca, y cuántos corazones hizo dóciles y capaces de recibir la palabra de vida y verdad.

Pudiera citar á V. otros semejantes y aun mas notables, que me han dado tanto cariño á las reuniones

escasas, que nunca estoy mas contento que cuando subo al púlpito y veo poca gente.

N.º 4.

Falta de memoria.

Habiendo llegado á Annecy cierto religioso, predicador de fama, pidió á S. Francisco de Sales licencia para predicar delante de él. Parece que no era ageno de su pretension el deseo de lucir su habilidad y talento en presencia de un obispo tan distinguido por su mérito; pero Dios castigó bien su orgullo.

Nuestro santo, que no negaba el púlpito, ni cerraba sus oidos á ningun predicador ortodoxo, condescendió facilmente con los deseos de aquel, y asistió en su trono rodeado de sus canónigos, clero y pueblo á aquel sermon tan estudiado, para el cual no habian dejado de convidar á toda la ciudad muchos amigos del predicador.

Mas el religioso confundido en sus ideas por un secreto juicio de Dios se turbó en tal manera, que despues de hablar un rato con interrupciones sin saber lo que decia, al cabo enmudeció, por no sugerirle su memoria otra cosa mejor que el silencio.

Asi salió extraordinariamente abochornado, y tomó tan á pechos este bochorno, que le entró una melancolía muy cercana del frenesí y de la desesperacion. Decia cosas que estremecian: llegó al extremo de desear la muerte por no poder soportar aquella afrenta: *el qué dirán* le absorvia y mortificaba en tales términos, que no podia pegar los ojos de día ni de noche. A la pérdida del descanso quiso añadir la privacion de alimento para dejarse morir de hambre; y no pudiendo sus hermanos de religion persuadirle á que

tomara algun sustento, tuvieron que llamar al santo obispo para que le consolara y le obligar á comer.

Nuestro santo que me contó este caso, me dijo que no hubiera discurrido jamás tanta inmortificacion en un religioso de un instituto muy austero. Por fin con mucho trabajo y á fuerza de amenazas de condenacion le resolvió á comer; pero con la condicion de que le prometieran mudar no solo de provincia, sino de nacion, y que le dieran la obediencia para ir á acabar sus dias en Italia.

Sobre esto me dijo el santo que hubiera deseado en aquel religioso menos desnudez corporal y mas espiritual, menos austeridad exterior y mas mortificacion interior. Yo desearia en él, me decia, un poco menos de la ciencia que hincha, y un poco mas de la caridad que edifica, un poco menos de talento y un poco mas de humildad.

N.º 5.

De la imitacion.

Le tenia yo en tanta estima, que me admiraban todas sus maneras de obrar, y me ocurrió el imitarle en su modo de predicar. No por eso se figure nadie que quisiese yo imitarle en la alteza de sus pensamientos, en la profundidad de su doctrina, en la solidez de sus racionios, en la bondad de su juicio, en la dulzura de sus expresiones, en el orden y enlace tan justo de sus discursos y en aquella amabilidad incomparable que sacaba las peñas de su silio. Nada de esto estaba á mis alcances.

Yo hice como las moscas, que no pudiendo agarrarse á la tersa luna de un espejo se quedan en el marco. Me entretuve, y como vais á oir, me engañé que-

riendo conformarme con su accion exterior, sus ademanes y su pronunciacion: todo esto era en él pausado y lento, por no decir pesado, á causa de su constitucion física que le obligaba á obrar así. La mia era enteramente otra, é hice una metamórfosis tan extraña, que no habia quien me conociese: no era yo: en vez de aquella viveza y prontitud que se veian antes en mí, parecia que me habia vuelto de hielo. Habia estropeado mi propio original por hacer una copia muy mala de aquel á quien queria imitar.

Nuestro santo que supo todo este misterio, quiso aplicar la medicina al mal, y me dijo un dia, despues de andar dando vueltas á la perdiz para asegurar mejor el tiro: «A propósito de sermones hay muchas noticias: me han dicho que se le ha antojado á V. remedar al obispo de Ginebra cuando predica.» Yo rechacé este asalto diciéndole. «Y ¡qué! ¿es tan malo el modelo en dictamen de V.? ¿no predica mejor que yo?»

«¡Ahl replicó, ciertamente vea V. aqui una embes-tida de fama; pero lo peor es que me han dicho que le imita V. tan mal que no se conoce sino una prueba muy imperfecta, que echando á perder el obispo de Belley no representa absolutamente al de Ginebra; de suerte que seria necesario hacer como aquel pintor que escribia el nombre de lo que queria pintar al pie de las figuras que chafarrinaba.»

«Dejelo V. andar, repuse yo, y verá cómo poco á poco de aprendiz se hace maestro, y al fin sus copias pasarán por originales.»

«Chanzas aparte, replicó, V. se echa á perder y destruye un buen edificio por querer levantar otro contra todas las reglas de la naturaleza y del arte; y luego á su edad cuando haya V. cogido un mal doblez como el camelote, no será facil deshacerle. A mí me cuesta trabajo hallar palabras, y mas aun el pro-

nunciarlas. Soy mas pesado que un tronco: no puedo moverme ni mover á los demas: sudo mucho y no adelanto apenas: V. va á vela llena y yo al remo: V. vuela y yo rastreo ó ando como una tortuga; y ahora dicen que pesa V. las palabras, que cuenta los periodos, que arrastra las alas, que se muere y consume á sus oyentes.

N.º 6.

Flores de elocuencia.

En el año 1610 fui convidado para predicar la cuaresma al senado de Saboya en Chambéry, que es la capital de la provincia: apenas hacia seis meses que nuestro santo me habia consagrado obispo. Yo no tenia entonces mas que veintiseis años de edad, y conservaba muy fresca la memoria de lo que habia aprendido en las escuelas, principalmente en literatura á que he sido siempre aficionadísimo; de modo que no pudiendo decir sino lo que sabia, no sacaba de los tesoros de mi corazon mas que lo que habia en el arca de mi memoria.

Contaronle al bienaventurado obispo que residia en su ciudad de Annecy, distante siete leguas, que mis discursos eran todo flores y perfumes, que atraian á todos los oyentes como las abejas que vuelan al azucar y á la miel. El, que juzgaba de muy diverso modo y era habil en este arte, me hubiera deseado mas letras divinas y menos humanas, mas espíritu de piedad que expresiones ingeniosas.

Sobre esto me escribió una excelente carta en que me advertia que el olor de nuestros aromas se exhalaba hasta él, y que se parecia á Alejandro, el cual navegando hácia las islas Fortunadas barruntó su proximidad por los buenos olores que el viento agitan-

do la superficie del mar llevaba hasta sus naves. Pero despues de esconder el filo en estos algodones empapados de aceite me clavó la lauceta diciendo que tras de tantos mensajeros diarios que le contaban que nuestro lecho estaba todo cubierto de flores y nuestros muebles eran de cipres y cedro, que nuestras viñas en flor esparcian un olor suave por todas partes, que en nuestro jardin no habia mas que flores, y que por todos lados se reía la primavera, esperaba él otros que fuesen á darle nuevas del estío y del otoño, de la cosecha y la vendimia. Estoy escuchando, decia, *an flores fructus parturiant*. En suma me recomendaba que limpiase mi viña de los pámpanos superfluos de las bellas letras, *tempus putationis advenit*, que la pódase y quitase tantas galas extrañas, y que aunque fuera loable destinar los vasos de los egipcios al servicio del tabernáculo, sin embargo debia ser con sobriedad: que Raquel era á la verdad mas agradable; pero menos fértil que Lia: que la interpretacion del Evangelio debia ser conforme al estilo y simplicidad de este: que era preciso guardarse muy bien de alterar la palabra de Dios: y otras muchas lecciones por este orden que me hicieron mucho mas cauto en adelante.

N.º 7.

Alabanza en los sermones.

S. Gregorio dijo muy bien que cuando se alaba al sabio delante, se afligen sus oídos y se atormenta su corazón (1). Así era nuestro santo. El que abrazaba tan amorosamente á los que le decian injurias, las hu-

(1) *Sapiens dum laudatur in ore, flagelatur in aure, cruciatur in mente.*

biera dicho con gusto al que hacia la menor alabanza de él.

Predicando yo un dia á su presencia en Annecy se me escapó una ligera alusion á su nombre, y dije que era la sal (*Sales*) con que se condimentaba toda la masa de aquel pueblo: se afligió tanto con este elogio, que á la vuelta emprendió conmigo en un tono y con un acento que hubiese sido riguroso si él hubiera sido capaz de hablar así.

¡V. iba tan derecho, me dijo, y corria V. tan bien! ¿qué le movió á V. á hacer este despropósito? ¿Sabe V. que todo lo ha echado á perder, y que esa sola expresion es capaz de desacreditar todo su sermón? El introducir la palabra de los hombres en la palabra de Dios ¿no es alterar el oro puro de esta y falsificar la buena moneda? Y la alabanza de los vivos ¿no es la palabra de los hombres? Por ventura ¿no está escrito: *No alabes á ningun hombre antes de su muerte* (1)? ¡Buena sal soy yo! Soy una sal insípida y corrompida, que no sirve mas que para tirarla á la calle, y que la pisen los que pasan. Siento que tanta semilla buena se haya sofocado con un puñado de cizaña. Cierro que si ha dicho V. esto para cubrirme de confusion, ha hallado el verdadero secreto; pero otra vez guarde V. consideracion con sus amigos.»

Le dije para disculparme que me habia venido á la memoria la expresion que una vez le habia dicho el obispo de Saluces, y que se me habia escapado sin deliberacion ni designio.

«Es menester, repuso, que no se escapen semejantes cosas en el púlpito. Bien veo que se le escapó á V.; pero es menester no cometer tales desmanes.»

(1) *Ante mortem ne laudes hominem quemquam* (Eccl. XI, 31).

Acaso desee el lector saber cuál fue el dicho del obispo de Saluces, y voy á satisfacer su deseo. Un dia que caminaba S. Francisco por el Piamonte en peregrinacion á nuestra señora de Montdeay, pasó por Saluces cuyo obispo le recibió con mucha distincion, y le rogó que predicara en su iglesia. Acabado el sermón le dijo el obispo: «Verdaderamente, ilustrísimo señor, *tu sal es* (aludiendo al apellido de Sales), y añadió: *ego neque sal, neque lux* (por alusion á Saluces).»

N.º 8.

Otro elogio en los sermones vituperado.

Cuando iba yo á visitar á nuestro santo á Annecy, que era su residencia ordinaria, pasabamos todo el tiempo en oracion, sermones, pláticas piadosas, visitas de enfermos ó santuarios, porque estos eran sus recreos.

Un dia prediqué en el monasterio de la Visitacion; y sabiendo que asistiría nuestro santo con mucha concurrencia, pensé un poco en el sermón (si he de decir la verdad), y me preparé formalmente.

Mi texto era un pasaje del Cantar de los cantares que apliqué á aquellas religiosas, y de aqui tomé ocasion de hacer un gran elogio de la piedad y devocion de tan santo instituto, cuyas virtudes embalsaman el huerto del esposo celestial.

El discurso pareció excelente á mi auditorio compuesto de buenos saboyanos; pero no juzgó así el santo prelado. Cuando nos retiramos á su casa y estuvimos solos me dijo: «Vaya, hoy ha dejado V. grandemente satisfecha á la gente, que se iba diciendo maravillas del bello y bien peinado panegírico de V. Solo uno he hallado que no estaba contento.»

«Pues ¿qué es lo que yo he dicho, repuse, que ha podido chocarle? No pregunto quién es, porque no me aguja el deseo de saber su nombre.»

«Pero yo tengo, replicó, mucha gana de nombrarsele á V.»

«Pues ¿quién es? pregunté, para procurar contentarle.»

«Si no tuviera yo tanta confianza en V., me respondió, no se le nombraría; pero le conozco á V. demasiado y sé que tiene bastante valor para sufrir esta lancetada ó navajazo. ¿Le ve V. ahí?»

Miré á mi rededor, y no viendo mas que él le dije: «¿Con que es V.?»

«Yo mismo,» repuso.

A la verdad que es muy admirable: turbado de la alegría de mi triunfo, yo hubiera preferido la aprobacion sola de V. á la de toda la concurrencia. Alabado sea Dios: he caido en una mano que no hiere mas que para curar. Pero ¿qué es lo que V. ha reparado? porque sé que por amor á mí no me perdona V. nada.»

«Amo á V. demasiado, me dijo, para adularle; y si de esa manera hubiese V. amado á nuestras hermanas, no se hubiera entretenido en ensoberbecer sus almas en vez de edificarlas, ni en alabar su condicion, de que ya tienen ellas una opinion muy alta y bastante estimacion, sino que les hubiera V. anunciado una doctrina mas saludable, y hubiera sido mas saludable si hubiera sido mas humillante. Este es el defecto de las personas de comunidad, poner siempre su instituto por cima de las nubes, y levantar su condicion abatiendo la de los demas; en lo cual se parecen al fariseo que decia que no era él como los otros hombres. Dios las preserva de esta vanidad, á la que me temo hayais dado entrada con vuestro lindo pane-

gírico. Acuértese V. que el aceite del que nos aplaude, nos pierde (1). Sucede con el sustento espiritual como con el del cuerpo: los manjares que halagan son flatulentos, y los flatulentos son vanos á manera de las legumbres. Cuando se predica, es menester ofrecer no un alimento pasajero cuya memoria se acaba con el sonido, sino un alimento que permanece para la vida eterna (2).

«Ademas nunca ha de subir uno al púlpito sin tener un designio particular de edificar algun ángulo de las murallas de Jerusalem enseñando la práctica de alguna virtud ó el apartamiento de algun vicio, porque todo el fruto de la predicacion está en arrancar el pecado y restaurar la justicia. *Enseñaré tus caminos á los inicuos*, decia David al Señor (3), *y se convertirán á tí los impios.*»

«¿Qué conversion, le dije, habia yo de predicar á unas almas acostumbradas á vencer á sus enemigos, el mundo, el demonio y la carne, y que sirven á Dios en la santidad?»

«Convenia enseñarlas, me respondió, á estar sobre sí para no caer ya que estan en pie, á obrar su salvacion segun el consejo del Espiritu Santo con temor y temblor, y á no dejar de temer hasta por los pecados perdonados. V. nos las ha pintado como unas santas: como que no le cuesta nada canonizar á unas personas vivas. No se han de poner asi almohadas debajo de los

(1) *In misericordiá justus increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguabit caput meum* (Salm. CXL, 5).

(2) *Operamini non cibum qui perit; sed qui permanet in vitam æternam* (Joan. VI, 27).

(3) *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (Salm. L, v. 15).

codos, ni dar leche á los que necesitan acíbar y agenjos.

«Lo he hecho, repuse, por animarlas y fortificarlas en su santa empresa, porque la alabanza nos sirve de estímulo para avanzar en el bien.»

«Esta máxima, replicó, es enteramente humana y no conviene á la moral cristiana, que nos desprende del amor de nuestra propia gloria, y únicamente nos hace buscar la de Dios.

«Es menester dar ánimo sin exponer aquella persona al peligro de la presuncion y la vanidad. Siempre es mas seguro humillar al oyente que hablar de su condicion en términos pomposos, capaces de infundirle una idea elevada de sí propio. ¡Oh! Bien sé que otra vez pondreis cuidado en esto y hareis lo que dice el salmista: *El justo me reprenderá en su misericordia* (1).

«Será V. fiel á ejemplo del profeta en levantar su voz como una trompeta; ¿y para qué? para reprender sus maldades á la casa de Jacob (2). Asi como hay manchas en la luna, tambien hay siempre algunas que corregir en las sociedades mas perfectas.»

N.º 9.

Fin de la predicacion.

Tambien me hizo otro cargo, ó hablando con mas exactitud, me dió otro consejo caritativo por este ser-

(1) *In misericordiá justus increpabit me* (Salmo CXV, 5).

(2) *Clama, ne cesses: quasi tuba exulta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum et domui Jacob peccata eorum* (Isaias LVIII, 1).

gírico. Acuértese V. que el aceite del que nos aplaude, nos pierde (1). Sucede con el sustento espiritual como con el del cuerpo: los manjares que halagan son flatulentos, y los flatulentos son vanos á manera de las legumbres. Cuando se predica, es menester ofrecer no un alimento pasajero cuya memoria se acaba con el sonido, sino un alimento que permanece para la vida eterna (2).

«Ademas nunca ha de subir uno al púlpito sin tener un designio particular de edificar algun ángulo de las murallas de Jerusalem enseñando la práctica de alguna virtud ó el apartamiento de algun vicio, porque todo el fruto de la predicacion está en arrancar el pecado y restaurar la justicia. *Enseñaré tus caminos á los inicuos*, decia David al Señor (3), *y se convertirán á tí los impíos.*»

«¿Qué conversion, le dije, habia yo de predicar á unas almas acostumbradas á vencer á sus enemigos, el mundo, el demonio y la carne, y que sirven á Dios en la santidad?»

«Convenia enseñarlas, me respondió, á estar sobre sí para no caer ya que estan en pie, á obrar su salvacion segun el consejo del Espiritu Santo con temor y temblor, y á no dejar de temer hasta por los pecados perdonados. V. nos las ha pintado como unas santas: como que no le cuesta nada canonizar á unas personas vivas. No se han de poner así almohadas debajo de los

(1) *In misericordiâ justus increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguabit caput meum* (Salm. CXL, 5).

(2) *Operamini non cibum qui perit; sed qui permanet in vitam æternam* (Joan. VI, 27).

(3) *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (Salm. L, v. 15).

codos, ni dar leche á los que necesitan acíbar y agenjos.

«Lo he hecho, repuse, por animarlas y fortificarlas en su santa empresa, porque la alabanza nos sirve de estímulo para avanzar en el bien.»

«Esta máxima, replicó, es enteramente humana y no conviene á la moral cristiana, que nos desprende del amor de nuestra propia gloria, y únicamente nos hace buscar la de Dios.

«Es menester dar ánimo sin exponer aquella persona al peligro de la presuncion y la vanidad. Siempre es mas seguro humillar al oyente que hablar de su condicion en términos pomposos, capaces de infundirle una idea elevada de sí propio. ¡Oh! Bien sé que otra vez pondreis cuidado en esto y hareis lo que dice el salmista: *El justo me reprenderá en su misericordia* (1).

«Será V. fiel á ejemplo del profeta en levantar su voz como una trompeta; ¿y para qué? para reprender sus maldades á la casa de Jacob (2). Así como hay manchas en la luna, tambien hay siempre algunas que corregir en las sociedades mas perfectas.»

N.º 9.

Fin de la predicacion.

Tambien me hizo otro cargo, ó hablando con mas exactitud, me dió otro consejo caritativo por este ser-

(1) *In misericordiâ justus increpabit me* (Salmo CXV, 5).

(2) *Clama, ne cesses: quasi tuba exulta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum et domui Jacob peccata eorum* (Isaias LVIII, 1).

mon á las religiosas de la Visitacion, porque como tenia un zelo tan ardiente por mi bien espiritual, no me perdonaba nada. Me preguntó pues cuál habia sido el fin de mi sermón. Quedéme un poco sorprendido; pero al cabo le dije que habia tenido intencion de mover aquellas buenas religiosas á ser fieles y puntuales en la observancia de su instituto; y que yo habia creído que era un buen medio para eso elogiarles mucho su instituto. Mas no solamente censuró este medio, segun he dicho antes, sino que me hizo notar que yo no habia reducido todo mi discurso á este fin, y al contrario parecia que mi objeto no habia sido otro que recoger flores y quemar incienso.

Otras muchas veces me preguntó despues de oirme cuál habia sido el fin particular de mi sermón, y me decia francamente si le habia conseguido ó no.

Fijarse en un objeto particular.

Me recomendaba á menudo que no me limitara al designio general de convertir á los pecadores y santificar á los justos, sino que al subir al púlpito tuviera siempre un fin particular, por ejemplo explicar algun misterio, aclarar un punto de la fé, combatir un vicio, enseñar una virtud, mover al ejercicio de una buena obra.

No puede V. creer hasta qué grado es importante este consejo, y cuántos sermones bien trabajados y estudiados son inútiles por falta de enderezarse á un fin particular. Hay predicadores cuyos sermones estan llenos de buenos y saludables documentos; pero no insisten bastante en cada uno, y las verdades que anuncian se sofocan unas á otras por su muchedumbre y variedad: se parecen á la semilla que aprovecha poco cuando se siembra muy espesa.

Pero cuando no se lleva mas que un fin, y todas las razones y afectos hieren allí, es mucho mas fuerte la impresion y capaz de ablandar los corazones mas duros.

Los abejorros que andan revoloteando por todas las flores, no sacan miel; pero la abeja no hace así, sino que se detiene en cada una el tiempo necesario para sacar bien el jugo. Si sigue V. esta máxima, hará muy fructíferos sus sermones, y será uno de los fieles dispensadores de la palabra de vida.

Deciame tambien el santo que despues de clamar enérgicamente contra un vicio era preciso enseñar la práctica de la virtud contraria, porque todo predicador es enviado como el profeta Jeremias y puesto sobre los pueblos para arrancar y destruir y luego para plantar y edificar.

Por último me recomendaba que me dedicase principalmente á persuadir y mover; porque así como los maestros de la vida espiritual enseñan que en la oracion no se ha de gastar demasiado tiempo en discursos y razonamientos, sino darse principalmente á los afectos del corazón, del mismo modo en la predicacion ha de ponerse mas bien la mira en mover el corazón que en ilustrar el entendimiento: no sin duda porque haya de omitirse la instruccion que es una parte principal de la predicacion, sino que el predicador debe tirar mas bien á hacer buenos á sus oyentes que doctos, imitando al sol que produce mas efectos con su calor que con su luz.

Dedicarse á persuadir y mover.

N.º 10.

Predicacion útil.

Al otro dia de haber predicado á las religiosas de la Visitacion me hizo predicar el santo á las monjas de santa Clara, que hacen una vida muy ejemplar y observan una austeridad pasmosa. La concurrencia no fue menor que el dia antes, y tambien asistió el santo

prelado. Yo me guardé muy bien de dar en el escollo que me habia manifestado, y dije un discurso muy sencillo en ideas y en expresiones, poniendo únicamente la mira en la edificacion. Procedí con mucho orden y insté bien en la materia.

A la vuelta vino el santo á verme á mi habitacion que era la suya (porque siempre que yo le visitaba me la cedia), y abrazandome cariñosamente me dijo: «En verdad que ayer le amaba á V. mucho; pero hoy le amo mas: V. es segun mi corazon, y si no me equivoco, tambien segun el de Dios, y creo que ha tenido por aceptable el sacrificio de V. No creia yo que era V. tan docil y condescendiente. Cierito; *el varon obediente contará victorias* (1): V. se ha vencido hoy á sí mismo. ¿Sabe V. que los mas de los oyentes decian: todos los dias no son iguales; y que no iban tan contentos como ayer, y que el que ayer no estaba satisfecho, lo está hoy extraordinariamente? Aqui le traigo á V. un jubileo general por todas sus culpas pasadas. V. ha obrado hoy enteramente á mi gusto, y si continúa, prestará mucho servicio al señor de la viña. No se le dé á V. cuidado de los hombres: casi ninguno entiende de esto, y los hace hablar la prudencia de los hijos del siglo: los hijos de la luz deben seguir otras máximas.

La predicacion no ha de fundarse en palabras é ideas de la sabiduría humana. Siga V. fielmente esta conducta, y Dios hará sus tareas honrosas y cumplidas: será V. prudente en la palabra mística, y poseerá la ciencia de los santos, la ciencia que hace los santos. ¿Y qué queremos saber nosotros sino Jesus y Jesus crucificado?

(1) *Vir obediens loquetur victoriam* (Prov. XXI, 28).

N.º 11.

Vida edificante del predicador.

Quando le decian á nuestro santo que algun predicador lo hacia perfectamente, preguntaba: ¿En qué virtudes sobresale? ¿en humildad, en mortificacion, en mansedumbre, en fortaleza, en devocion y otras tales? Quando le respondian que se hablaba de que predicaba bien, replicaba: Eso es decir y no hacer: lo uno es mas facil que lo otro. ¡Cuántos dicen y no hacen, y destruyen con su mal ejemplo lo que edifican con su lengua! ¿No es monstruoso el hombre que tiene la lengua mas larga que el brazo?

Una vez dijeron de uno que habia asombrado á todo el mundo: Hoy ha hecho maravillas. El santo respondió: El que hace maravillas, es aquel, dice la sagrada escritura, que fue hallado sin mancha, que no corrió tras del oro, ni esperó en el dinero y los tesoros (1).

Otra vez le dijeron que aquel predicador se habia superado á sí mismo. ¿Qué renuncia interior ha hecho? dijo el santo: ¿qué injuria ha sufrido? En tales ocasiones es cuando se vence uno á sí mismo (2).

(2) *Beatus dives qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic? et laudabimus eum, fecit enim mirabilia in vita sua* (Eccl. XXXI, 8).

(2) Para la cabal inteligencia de este pasage conviene advertir á los que no conocen la lengua francesa, que en ella la expresion *se surmonter soi-même* tiene dos significaciones, *excederse á sí mismo*, es decir, hacer mas de lo que se espera de uno, y *vencorse*. Los que ponde-

N.º 12.

Señal de una predicacion buena.

¿Quiere V. saber, añadió, en qué conozco yo la excelencia y el precio de un predicador? Cuando los que acaban de oírle dicen dándose golpes de pecho: Yo obraré bien, y no cuando dicen: ¡Oh! ¡qué bien que lo ha hecho! ¡qué buenas cosas ha dicho! Sí, porque decir cosas buenas y con elocuencia es ostentar la ciencia ó la elocuencia humana; pero cuando se convierten los pecadores y se apartan de sus malos caminos, es señal que Dios habla por boca de aquel predicador, que tiene la verdadera ciencia de la voz, la ciencia de los santos, y que anuncia de parte de Dios la ley inmaculada que convierte las almas (1). El verdadero fruto de la predicacion es que se borre el pecado y vuelva la justicia (2); y por la justicia de que habla el profeta, se han de entender la justificacion y la santificacion. Para eso envia Dios los predicadores como Jesucristo sus apóstoles, para que hagan fruto y este fruto permanezca (3).

En una ocasion en que se hablaba á su presencia de predicadores que hacian maravillas, dijo una cosa

rabán al predicador en cuestion, usaban la palabra *surmonter* en la primera acepcion (excederse á sí mismo), y el santo en su réplica la toma en la segunda (vencerse).

(N. del T.)

(1) *Lex Domini immaculata convertens animas* (Salmo XVIII, 8).

(2) *Ut deleatur iniquitas et adducatur justitia.*

(3) *Posui vos ut eatis, et fructum asseratis, et fructus vester maneat* (Joan. XV, 16).

parecida. ¿Cuántas personas, pregunto, se han convertido por su predicacion? porque la conversion de las almas es una obra mas milagrosa que la resurreccion de los muertos, supuesto que es un tránsito de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Respondieronle que por estas maravillas se entendian la elocuencia, la ciencia, la memoria, la excelencia de la accion y otras prendas del orador. Estas dotes, replicó, son las de un orador, y puede adquirirlas la industria humana; pero los enviados de Jesucristo deben ser unos hombres en quienes el Espíritu Santo que les es dado, haya derramado la ciencia de la voz del cielo, que es la ciencia de la salvacion y de los santos.

Cuando sale V. del sermon, no se entretenga en recoger estos vacios aplausos populares: ¡Oh! ¡qué bien lo ha hecho! ¡Oh! ¡precioso pico! Es un pozo de ciencia. ¡Qué memoria tan admirable! ¡Oh! ¡qué orador tan elegante! ¡Qué gusto da oír á este hombre! Nunca he asistido á un espectáculo como este. Todo eso no es mas que una vana charla de cabezas sin juicio.

Los predicadores cristianos, decia S. Gerónimo, no deben buscar los artificios de los retóricos, sino las sencillas palabras de los pescadores, es decir, de los apóstoles. Si S. Pablo condena á los oyentes que tienen *comezon en los oidos* (*prurientes auribus*); ¿cuánto mas desecha á los predicadores que se los lisonjean con palabras escogidas, periodos numerosos y discursos acabados?

Pero si al salir del sermon halla V. algunos que dándose golpes de pecho como el centurion dicen: Verdaderamente este hombre es de Dios, predica á Jesucristo crucificado, nos enseña á arrepentirnos de nuestros pecados: si no abandonamos nuestros pecados, no consistirá en él: este sermon se nos imputará en el

dia del juicio si no hacemos buen uso de él; ó si dicen: ¡Oh! ¡cuán necesaria es la penitencia para el que quiere salvarse! ¡cuán excelente es la virtud! ¡qué amable es el peso de la cruz! ¡cuán ligero el yugo de la fé! ¡cuán feo y aborrecible el pecado! antes morir que pecar; ó si los oyentes sin tantas palabras dan testimonio del fruto de los sermones por la enmienda de su vida; júzguese entonces de la bondad y habilidad del predicador no en gloria suya, sino en gloria de aquel que le envía que es Dios, el cual habla por su boca y le llena de su espíritu.

Me confirmó esto con un ejemplo diciéndome: Un día vino á verme á Annecy un predicador muy célebre, y habiéndole pedido yo que predicase un sermón me lo concedió. Se remontó á las nubes, ostentó pensamientos sublimes, usó términos muy pomposos y desplegó una elocuencia tan magnífica, que dejó atónitos á todos nuestros buenos montañeses. Al acabarse el sermón todo eran palabras de asombro y admiración. No se ofrecieron nunca á ningun mortal tantos perfumes de alabanzas. A porfía andaban los oyentes sobre quién diría mas y quién ensalzaria mas al predicador. Yo que habia asistido al sermón y sabia cuán superior era á la capacidad de los admirados oyentes, llamé aparte á algunos de los que andaban mas solícitos y asombrados, queriendo tal vez de este modo pasar por personas hábiles é inteligentes; y despues de congratularlos por su admiración los rogué me dijese alguna particularidad de lo que habian retenido, y me explicasen qué utilidad habian reportado de un discurso tan raro; pero no pude sacarles ninguna razon sólida: únicamente se exhalaban en exclamaciones, elogios y transportes de admiración, en una palabra humo. Uno de ellos mas ingénuo que los demas respondió: Si yo le hubiera comprendido y pudiera citarle, no hubiera he-

cho el predicador mas que una cosa comun y vulgar: nuestra ignorancia es la causa de nuestra admiración, porque ha dicho cosas tan altas y sublimes que exceden nuestros alcances; y esto nos hace estimar mas la grandeza de los misterios de nuestra religion. Alabé su ingenuidad, y hallé que habia sacado algun fruto del sermón; pero ¡qué poco era! No se reduce todo á que la primavera sea florida si el otoño no da fruto. El predicador que no tiene mas que hojas de lenguaje y buenas ideas, corre riesgo de ser clasificado entre aquellos árboles infructíferos á quienes se amenaza en el Evangelio con el hacha y con el fuego (1).

N.º 13.

Quejas contra los ausentes.

S. Francisco asistia un dia al sermón de un predicador muy docto; pero que tenia poco séquito porque pronunciaba muy mal sus discursos. Como le costaba mucho el componerlos, no se alegraba de verse casi sin auditorio. Por esta razon se quejó amargamente en el púlpito y empleó una buena parte del tiempo en clamar contra los que no iban á oír el sermón: declaró que los que despreciaban la palabra de Dios no eran hijos de Dios (2): pasó luego á las invectivas y concluyó amenazando dejarlo todo y abandonar la predicación, supuesto que no valia la pena de echar la semilla de la divina palabra en un terreno tan ingrato y estéril de oyentes.

(1) *Jam securis ad radicem arborum posita est: omnis ergo arbor quæ non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur* (S. Mat., cap. III, v. 10).

(2) *Vos non auditis quia ex Deo non estis* (Joan VIII. 47).

Nuestro santo dijo á uno de sus amigos de confianza al salir de la iglesia: «¿A quién se dirige este buen hombre? Nos ha zurrado por una falta que no habíamos cometido, porque estábamos presentes: ¿quería acaso que nos hicieramos pedazos para llenar los otros asientos que estaban vacíos? Se dirigía á los ausentes, y estos no serán mas puntuales porque no le han oido. Si deseaba hablarles, debiera haber ido por las calles ó plazas de la ciudad para instar á los que las ocupan, que entraran en su banquete espiritual. Ha corrido gritando tras los inocentes, y ha dejado á los culpados. *Dat veniam corvis, vexat censura columbas.*»

N.º 14.

Predicacion frecuente.

Llegó á oidos de S. Francisco que me criticaban porque predicaba en mi diócesis la cuaresma, el adviento y los domingos y fiestas; á lo que respondió que censurar á un labrador ó á un viñador por cultivar muy bien sus tierras ó sus viñas era darle verdaderos elogios.

Hablandome sobre esto y para que aquellas críticas no me desalentasen, me dijo: «Yo tenia el mejor padre del mundo; pero habia pasado gran parte de su vida en la corte y en campaña, y sabia mejor las máximas mundanas y militares que las de la teología. Cuando yo era preboste, predicaba á cada instante así en la catedral como en las parroquias hasta en las cõfradías menos visibles: yo no sabia negarme. *Qui petit à te, da ei* (S. Mat., v. 42). Mi buen padre oyendo tocar á sermon preguntaba quién predicaba y le decian: ¿Quién ha de ser sino su hijo de V.? Un día me llamó aparte y me dijo: Preboste, tú predicas demasiado á menu-

do: yo oigo hasta en dias de trabajo tocar á sermon, y siempre me dicen: Es el preboste, el preboste. En mi tiempo no era así: los sermones eran mucho mas raros; pero tambien ¡qué sermones! Dios lo sabe: eran doctos, bien estudiados y se decian maravillas: mas textos griegos y latinos se alegaban en uno que tú ahora en diez. Todo el mundo quedaba admirado y edificado: corrian al sermon á bandadas: cualquiera hubiese dicho que se iba á recoger el maná. Ahora vulgarizas tú tanto este ejercicio, que ya no se hace caso de él y no te tienen en tanta estima. «Ya ve V., este buen padre hablaba como él lo entendia, y puede V. figurarse si seria porque me quisiese mal; pero me hablaba segun las máximas del mundo. Todas estas pláticas no son mas que invenciones de la prudencia humana, que es una verdadera locura delante de Dios: si agradáramos á los hombres, no seriamos siervos de Dios (1). Las máximas evangélicas son de muy diferente temple. Jesucristo que es el espejo de la perfeccion y el modelo de los predicadores, no usó de todas estas circunspecciones, ni los apóstoles que siguieron sus huellas. ¿No decia S. Pablo al nuevo obispo Timoteo: *Prædica verbum, insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientiâ et doctrinâ?*

Creame V., por mucho que se predique, nunca se predicará bastante: *et nunquam satis dicitur quod nunquam satis discetur*. Por lo cual si V. me cree, debe cerrar los oidos á esos falsos consejos de los sabios mundanos y escuchar lo que dice S. Pablo (2). *Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ.*

(1) *Si hominibus placerem, Christi servus non essem* (Ep. ad galat. I, 10).

(2) II Ep. ad Timot. V, 5.

ministerium tuum imple. Y la expresion *sobrius esto* que añade, se entiende de la templanza en el alimento y no de la sobriedad en el ejercicio del ministerio pastoral. ¡Dichoso el pastor que se ocupa en vigilar y apacentar su rebaño! En verdad os digo que el gran señor le pondrá sobre todos sus bienes (1) y que el príncipe de los pastores le ceñirá por su mano una corona inmarcesible (2).

VALERE FLAMMAM
VERITATIS N.º 15.

Repetición de las mismas verdades.

Un día se criticaba delante de nuestro santo á un predicador célebre, y la tacha que se le ponía, era porque repetía á menudo las mismas verdades: sus censores decían que este modo de predicar era mazorral y fastidioso. En eso, respondió el santo, es en lo que me parece loable, porque observa exactamente el precepto de S. Pablo: *insta opportunè, importunè.* Importa muy poco que se ofendan los oídos de las personas delicadas, con tal que se mueva el corazón de los oyentes: es preciso hablar al corazón de Jerusalem y reducir á su deber los prevaricadores si se puede. Y ¿qué medio de traerlos á su deber si no se remachan con frecuencia las mismas verdades para grabarlas en sus duras cabezas y en sus corazones de piedra é incircuncisos? Nunca se ha de cansar uno de inculcar á los pueblos las doctrinas que pueden guiarlos á la salvación.

(2) *Beatus ille servus quem cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis quoniam super omnia bona sua constituet eum* (S. Mat. XXIV, 46).

(1) *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inmarcesibilem gloriae coronam* (I Epist. Petr. V, 4).

¿Cómo predicaba Jonas si no diciendo y repitiendo sin cesar: *Cuarenta dias mas, y Ninive será destruida* (1)? Las palabras de salvación son buenas, aunque se repitiesen diez veces. Los médicos no cesan de recetar las mismas medicinas hasta que venzan la enfermedad. Es preciso despreciar los juicios de los entendimientos limitados, que no miran las cosas mas que superficialmente. ¿Qué importa su desprecio ó estimación, con tal que sea anunciado Jesucristo y edificadas las buenas almas (2)?

Se han de decir pocas cosas, pero buenas, é inculcarlas cuidadosamente sin curarse de esas almas estragadas que se incomodan cuando un predicador repite y remacha lo mismo. Para hacer la herradura de un caballo ¿cuánto hay que machacarla y volverla á machacar! Para hacer una pintura ¿cuántas veces hay que pasar y repasar el pincel! Pues ¿cuánto mas para grabar estas verdades eternas en unos corazones donde se ha arraigado el mal, y en unos cerebros duros!

N.º 16.

De las controversias.

El juicio de nuestro santo sobre esta materia es indudablemente de mucho peso, porque Dios se valió de él para convertir un número asombroso de herejes.

Su dictamen era que en los sermones no habian de tratarse las materias de controversia directamente y por forma de disputa. Nunca me ha salido bien este

En los sermones no se ha de tratar directamente la controversia.

(1) *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (Jon. III, 4).

(2) *Quid enim? Dum Christus annuntietur, in hoc gaudeo* (Ep. ad philip. I, 18).

ministerium tuum imple. Y la expresion *sobrius esto* que añade, se entiende de la templanza en el alimento y no de la sobriedad en el ejercicio del ministerio pastoral. ¡Dichoso el pastor que se ocupa en vigilar y apacentar su rebaño! En verdad os digo que el gran señor le pondrá sobre todos sus bienes (1) y que el príncipe de los pastores le ceñirá por su mano una corona inmarcesible (2).

VALERE FLAMMAM
VERITATIS N.º 15.

Repetición de las mismas verdades.

Un día se criticaba delante de nuestro santo á un predicador célebre, y la tacha que se le ponía, era porque repetía á menudo las mismas verdades: sus censores decían que este modo de predicar era mazorral y fastidioso. En eso, respondió el santo, es en lo que me parece loable, porque observa exactamente el precepto de S. Pablo: *insta opportunè, importunè.* Importa muy poco que se ofendan los oídos de las personas delicadas, con tal que se mueva el corazón de los oyentes: es preciso hablar al corazón de Jerusalem y reducir á su deber los prevaricadores si se puede. Y ¿qué medio de traerlos á su deber si no se remachan con frecuencia las mismas verdades para grabarlas en sus duras cabezas y en sus corazones de piedra é incircuncisos? Nunca se ha de cansar uno de inculcar á los pueblos las doctrinas que pueden guiarlos á la salvación.

(2) *Beatus ille servus quem cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis quoniam super omnia bona sua constituet eum* (S. Mat. XXIV, 46).

(1) *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inmarcesibilem gloriae coronam* (I Epist. Petr. V, 4).

¿Cómo predicaba Jonas si no diciendo y repitiendo sin cesar: *Cuarenta dias mas, y Ninive será destruida* (1)? Las palabras de salvación son buenas, aunque se repitiesen diez veces. Los médicos no cesan de recetar las mismas medicinas hasta que venzan la enfermedad. Es preciso despreciar los juicios de los entendimientos limitados, que no miran las cosas mas que superficialmente. ¿Qué importa su desprecio ó estimación, con tal que sea anunciado Jesucristo y edificadas las buenas almas (2)?

Se han de decir pocas cosas, pero buenas, é inculcarlas cuidadosamente sin curarse de esas almas estragadas que se incomodan cuando un predicador repite y remacha lo mismo. Para hacer la herradura de un caballo ¿cuánto hay que machacarla y volverla á machacar! Para hacer una pintura ¿cuántas veces hay que pasar y repasar el pincel! Pues ¿cuánto mas para grabar estas verdades eternas en unos corazones donde se ha arraigado el mal, y en unos cerebros duros!

N.º 16.

De las controversias.

El juicio de nuestro santo sobre esta materia es indudablemente de mucho peso, porque Dios se valió de él para convertir un número asombroso de herejes.

Su dictamen era que en los sermones no habian de tratarse las materias de controversia directamente y por forma de disputa. Nunca me ha salido bien este

En los sermones no se ha de tratar directamente la controversia.

(1) *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (Jon. III, 4).

(2) *Quid enim? Dum Christus annuntietur, in hoc gaudeo* (Ep. ad philip. I, 18).

método, decia, y lo mismo he observado de mis compañeros para la conversion del Chablais. Los sermones en que se combate de frente la doctrina de nuestros hermanos disidentes, los enfurecen en vez de amansarlos. Cuando ven que se los acomete, se ponen en defensa, y cuando se les arrima demasiado la luz á los ojos, se resisten á ella: desconfian de los discursos en que aquel que hace la objecion da tambien la respuesta, y el predicador dice lo que quiere sin que nadie le haga cara.

Utilidad de los sermones de moral aun para convertir á los herejes.

Por mi parte juzgo que esto es lo que llama S. Pablo azotar el aire (1): me parece que la cátedra evangélica se hizo para edificar el edificio de salud, persuadiendo las buenas costumbres y no disputando y altercando. Los sermones de moral acompañados y animados de afectos de devocion me parecen mucho mas propios para la conversion no solamente de los pecadores, sino hasta de los herejes, que todas las agudezas y desabrimiento de la controversia: las moscas no se cazan con vinagre, sino con miel.

En los treinta y tres años que há que me llamó Dios al ministerio sagrado de partir el pan de su palabra, he observado que los sermones de moral tratados con piedad y zelo son otros tantos carbones encendidos que se arrojan al rostro de los protestantes cuando concurren: que los toman en buena parte, quedan edificados y se vuelven mas dóciles y tratables cuando se llega á ilustrar en conferencia los puntos en que difieren de nosotros. No es este dictamen mio solo, sino de los predicadores mas célebres que he conocido, y convienen en que el púlpito no es el campo de batalla de la controversia, y que mas se destruye que se edifica si se quie-

(1) *Curro non quasi in incertum: pugno non quasi acrem verberans* (Ep. ad cor. IX, 26).

ren tratar en él las disputas de religion como no sea de paso.

Pero se dirá: si se destruyen las objeciones de los adversarios en presencia de los católicos, es por afirmar á estos en su creencia. La experiencia da á conocer la poca eficacia de esta razon especiosa, porque ademas de las muchas y espinosas dificultades que se encuentran en estas fatales disputas, el espíritu humano por la corrupcion de la naturaleza tiene tanta propension al mal, que se fija mas bien en la objecion que en la solution de ella, y asi toma la serpiente por el pan.

Peligro de los sermones de controversia aun para los católicos.

El método de nuestro santo asi en sus sermones como en sus conferencias particulares con los protestantes era explicar las verdades simples y desnudas de la fé con la claridad y facilidad naturales en él, diciendo que la verdad con su ingenua sencillez tenia gracias y atractivos capaces de captarse el amor de las almas mas rebeldes.

Esta conducta le salia tan bien, que con tal que pudiese conseguir una audiencia tranquila y pacífica de un protestante, no solo le dejaba caer las armas de la mano, y le quitaba las objeciones antes que las hiciese, sino que si no le ganaba en el acto, le heria á lo menos tan profundamente, que bien pronto volvía el hereje á buscar el remedio y la curacion de la mano que le habia herido con tanto acierto.

Gustaba mucho de tener estas conferencias pacíficas y amistosas con ellos, y por este medio redujo tantas almas al seno de la iglesia. Veamos la conducta que observaba de ordinario en estas conversaciones con los herejes. Dejabalos hablar de su religion con mucha paciencia sin manifestar ningun fastidio ni desprecio de las necedades y ridiculeces que solian salir de boca de ellos: asi los disponia á oírle, aunque fuese por breve rato. Cuando se le daba espacio para hablar, se guar-

Conducta del santo en las conferencias con los herejes.

Los exponia con sencillez la doctrina católica.

daba muy bien de perder un tiempo cuyos instantes le eran preciosos, en refutar sus objeciones, sino que fijandose en el asunto que el hereje habia tratado en algun otro artículo de nuestra fé que reputaba mas importante, exponia breve, clara y muy sencillamente lo que la iglesia católica enseñaba, sin ninguna expresion que oliese á controversia, y de la misma manera que se trata de los artículos de fé en las catequesis.

Sufria con paciencia sus malos modales.

Sufria con una paciencia increíble las rechiflas, burlas, desprecios é interrupciones de aquellas pobres gentes, y sin alterarse continuaba su plática cuando le daban tiempo.

No puede V. creer, me decia, cuán bellas son las verdades de nuestra santa fé cuando se consideran con espíritu de tranquilidad: nosotros las sofocamos á fuerza de revestirlas, y las ocultamos por querer hacerlas demasiado visibles: proponerlas simplemente es un medio excelente para persuadir las, con tal que los oyentes no se resistan al Espíritu Santo: todas las pruebas exteriores son flacas si el Espíritu Santo no alumbra los ojos del alma con su luz sobrenatural, y se sofoca la accion interior del Espíritu Santo amontonando argumentos apoyados en la razon.

Uno de sus mayores males (los de los herejes) es que sus ministros les desfiguran nuestra creencia y se la pintan diversa de como es. Por ejemplo dicen que no hacemos caso de la sagrada escritura, que adoramos las imágenes, que privamos al pueblo de la participacion de la sangre de Jesucristo, y otras mil calumnias semejantes que hacen nuestra religion aborrecible á estos pueblos mal informados.

En cuanto les damos á conocer la rectitud de nuestra creencia sobre todos estos artículos, se les caen las escamas de los ojos, y ven que sus predicadores les han ocultado la verdad, y han sustituido las tinieblas á la luz.

Ordinariamente empiezan meneando la cabeza y burlandose de nosotros, porque estan habituados á despreciar nuestros dogmas, y á veces tambien porque se persuaden que queremos desfigurarles nuestra verdadera creencia; pero cuando se retiran y tienen tiempo de reflexionar sobre lo que les hemos dicho, los atormenta el deseo de aclarar las cosas é instruirse mas á fondo: vuelven á pedirnos nuevas luces, y al cabo vienen á convencerse de la verdad. Poco á poco caen los unos á la derecha, los otros á la izquierda, y el Espíritu Santo los trae asi á la verdadera iglesia.

El santo me alegaba infinitos ejemplos de conversiones ocurridas asi en sus manos durante los cinco años que trabajó en el Chablais. Decia que por el contrario las disputas en materia de religion no obraban conversiones, ni producian otro efecto que ostentar la ciencia ó la habilidad de los disputantes. Si se empieza, decia, por el intento de sostener la religion, se entra al tercer argumento en deseos de mantener su fama, y se quiere á toda costa defender su opinion y hacerla prevalecer sobre la de su adversario: no se busca ya á Dios, sino á sí mismo, porque el guardar moderacion en la disputa es una cosa mas de apetecer que de esperar. El espíritu tempestuoso y borrascoso, como es el de la disputa, no es á propósito para conducir al puerto de la verdad. Dios habita en la paz, y quiere que nosotros obremos unos con otros en espíritu de paz y tranquilidad.

No le gustaban las disputas en materia de religion.

No quiere decir esto que no hayan de sostenerse las verdades católicas y refutarse los errores, porque las armas de la milicia espiritual y de la palabra de Dios son poderosas para destruir la falsedad que se levanta contra la verdad y vencer la desobediencia (1); pero es

Quería que se defendiesen las verdades católicas con zelo;

(1) *Arma militiæ nostræ sunt potentia ad destructio-*

pero sin disputa.

menester guardarse muy bien de usarlas como los guerreros, que con sable en mano descargan á derecha é izquierda: al contrario es preciso manejarlas con suma destreza como los cirujanos que usan las lancetas y otros instrumentos de su arte con toda la habilidad posible para que los enfermos sufran lo menos que puedan.

Secreto admirable para refutar las objeciones de los herejes sin disputa y sin que ellos sospechen que se quiere controvertir.

Pues ¿de qué secreto se ha de usar para manejar diestramente las materias controvertidas, ya predicando, ya conversando familiarmente con los protestantes? Vease aquí uno que encierra muchas ventajas: 1.º esconde la lanceta en el algodón, y mientras se aparenta frotar el absceso con aceite, no hay mas que apretar encima y se le revienta: 2.º quita el tedio y la impopularidad que de ordinario llevan consigo los discursos espinosos de las disputas: 3.º sorprende satisfactoriamente á los que le escuchan, y los hace admitir la verdad, no solo sin dificultad, sino con deleite: 4.º es simple, y sin embargo en su simplicidad contiene una energía maravillosa convirtiendo las armas ofensivas en defensivas y sacando pruebas para la defensa de la verdad de las objeciones mismas que hacen los herejes.

Practicase de esta manera. Siendo conformes con las verdades que la iglesia enseña, las respuestas de los católicos á las objeciones que sacan los protestantes de las escrituras, no hay mas que echar la solucion la primera, y explicada bien esta por via de raciocinio, sin que aparezca que es respuesta á una objecion, viene despues el pasaje objetado á hacer la prueba de la verdad sentada. Vease aquí un ejemplo que pondrá la cosa en evidencia.

nem munitionum, consilia destruentes et omnem altitudinem extollentem se adversus scientiam Dei (II ep. ad cor. X, 4).

Los protestantes objetan comunmente este pasaje contra la presencia real: *El espíritu es el que vivifica: la carne no sirve de nada*; á lo cual damos nosotros dos respuestas, una de S. Juan Crisóstomo y otra de San Agustin. La primera es que la carne sola sin el espíritu, es decir, sin la divinidad no aprovecharia: la otra que la inteligencia carnal, grosera y tal como la de los cafarnaitas, que creian que Jesucristo cortaria su carne en pedazos para darsela á comer, no sirve de nada para comprender las intenciones del Salvador.

Para poner por obra este arbitrio no hay mas que pintar la flaqueza de la carne sola sin su union, es decir, sin la union con la divinidad, y demostrar que esta es la que da á la humanidad el poder de influir en sus miembros que son los fieles, y derramar en ellos la gracia que se le comunica en calidad de cabeza: asi este espíritu de la divinidad es el que vivifica la sagrada carne de Jesucristo y las almas que por su comunión se hacen participantes de él.

Segun el segundo sentido no hay mas que pintar cuán grosera era y cuán indigna de la magestad de este misterio la opinion de los cafarnaitas, y cuánto se aparta de esta la creencia católica.

Despues de exponer bien la doctrina católica sobre ambos puntos se prueba que esta doctrina es verdadera alegando en confirmacion la expresion del Salvador: *La carne no sirve de nada*. Asi se halla que esta expresion en vez de ser una objecion contra la doctrina católica la confirma, y que se ha reducido suavemente á los protestantes á oír estas palabras en su sentido verdadero en vez del falso que quieren darle sus ministros para convertirla en arma contra la iglesia romana.

(1) *Spiritus est qui vivificat: caro non prodest quidquam (Joan. VI, 64).*

S. Francisco de Sales (añade el obispo de Belley) me dijo que habia empleado muchísimo tiempo este método, y que encubria en tal forma las controversias, que aunque no se predicara otra cosa era difícil que lo notasen los oyentes cuando no se les advertia.

Predicó un adviento y una cuaresma en Grenoble donde hay muchos protestantes, los cuales eran mas asistentes á los sermones de aquel que á los de sus propios ministros, porque decian que no tenia el espíritu de disputa que estos; no obstante siempre empleaba la primera parte de sus sermones en exponer las verdades de la doctrina católica; pero del modo que acabo de decir, destinando la segunda parte á la moral y la piedad. Los protestantes no echando de ver su destreza y método estaban en un asombro continuo al ver que probaba los artículos de fé de la iglesia romana con los mismos pasajes de la Escritura, de que intentaban valerse sus ministros para hacer sus principales objeciones.

LIBRO SEGUNDO.

DOCTRINA

DE

LA COMPAÑIA DE JESUS

SOBRE LA PREDICACION.

Habiendose instituido la compañía de Jesus para proporcionar la mayor gloria de Dios, *ad majorem Dei gloriam*, quiso su fundador que se consagrarse á la santificacion de las almas. Asi dispuso que los jesuitas anunciassen la divina palabra con gran zelo, y mirasen la predicacion y la explicacion de la doctrina como dos medios que debian emplear incesantemente para hacer reinar á Jesucristo en los corazones (1). Hé aqui cómo expone el elocuente apologista de los jesuitas los designios de S. Ignacio sobre este objeto.

La predicacion, dice el santo fundador de la compañía de Jesus, es un medio todavía mas util que la

(1) *Proponatur verbum Dei populo assidue in ecclesiis, in concionibus, in lectionibus et in christianá doctrinâ per eos quos superior probaverit, et ad tale munus destinaverit, et quidem iis temporibus et modo qui eidem ad majorem Dei gloriam et animarum edificationem expedire videbitur* (Const. part. 7, c. 4).

Bosquejo de la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion por el autor de la apologia del instituto de los jesuitas.



S. Francisco de Sales (añade el obispo de Belley) me dijo que habia empleado muchísimo tiempo este método, y que encubria en tal forma las controversias, que aunque no se predicara otra cosa era difícil que lo notasen los oyentes cuando no se les advertia.

Predicó un adviento y una cuaresma en Grenoble donde hay muchos protestantes, los cuales eran mas asistentes á los sermones de aquel que á los de sus propios ministros, porque decian que no tenia el espíritu de disputa que estos; no obstante siempre empleaba la primera parte de sus sermones en exponer las verdades de la doctrina católica; pero del modo que acabo de decir, destinando la segunda parte á la moral y la piedad. Los protestantes no echando de ver su destreza y método estaban en un asombro continuo al ver que probaba los artículos de fé de la iglesia romana con los mismos pasajes de la Escritura, de que intentaban valerse sus ministros para hacer sus principales objeciones.

LIBRO SEGUNDO.

DOCTRINA

DE

LA COMPAÑIA DE JESUS

SOBRE LA PREDICACION.

Habiendose instituido la compañía de Jesus para proporcionar la mayor gloria de Dios, *ad majorem Dei gloriam*, quiso su fundador que se consagrara á la santificacion de las almas. Asi dispuso que los jesuitas anunciassen la divina palabra con gran zelo, y mirasen la predicacion y la explicacion de la doctrina como dos medios que debian emplear incesantemente para hacer reinar á Jesucristo en los corazones (1). Hé aqui cómo expone el elocuente apologista de los jesuitas los designios de S. Ignacio sobre este objeto.

La predicacion, dice el santo fundador de la compañía de Jesus, es un medio todavía mas util que la

(1) *Proponatur verbum Dei populo assidue in ecclesiis, in concionibus, in lectionibus et in christianá doctrinâ per eos quos superior probaverit, et ad tale munus destinaverit, et quidem iis temporibus et modo qui eidem ad majorem Dei gloriam et animarum edificationem expedire videbitur* (Const. part. 7, c. 4).

Bosquejo de la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion por el autor de la apologia del instituto de los jesuitas.



confesion (1): esta cura el mal, aquella le previene; así se ejercitarán desde los primeros estudios en componer sermones de una manera propia para edificar al pueblo (2): no se elegirán para predicadores sino los que tengan una verdadera disposicion y el zelo necesario: se prescribirán reglas al zelo, y se cultivará el talento en toda su extension (3).

Se acostumbraba bastante en aquel tiempo introducir la aficion á la disputa en la cátedra de la verdad: el instituto quiere que se sustituya la persuasion de la elocuencia á las sutilezas contenciosas de la escolástica (4). El lenguaje de los predicadores de entonces era á veces mas bien el de la erudicion profana que el de la simplicidad evangélica: el instituto exige á los predicadores un estudio diario y un uso continuo de la sagrada escritura y de los santos padres (5). Otras veces se reducian á la explicacion de los preceptos: segun el instituto se debe juntar la exposicion de los medios (6). Para sobresalir en un arte es preciso primero consultar los modelos: el instituto quiere que se oiga á los buenos predicadores para formarse por sus ejem-

(1) *Aliquæ occupationes (sunt) universalioris boni et quæ se ad pluriùm auxilium extendunt, ut concionari.... aliæ magis particulares ut confessiones audire.... si utrisque vacari non potest, priores præferantur* (Const. part. 7, c. 2).

(2) *In concionibus eo modo proponendis qui ædificationi populi conveniat.... se etiam exerceant* (scholastici) (Const. p. 1, c. 8).

(3) *Instructio pro concionatoribus*, núm. 1 y 10.

(4) *Regulæ concionatorum*, núm. 19.

(5) *Reg. concionat.*, núm. 4. *Instruct. pro concionatori.*, núm. 7.

(6) *Regul. concionat.*, núm. 4.

plos: despues se han de estudiar los preceptos: el instituto quiere que se profundicen los mejores escritos relativos á la predicacion. Ademas es preciso ensayar el talento: el instituto prescribe ensayos, ya secretos (que son los mas fáciles), ya públicos (que son los mas decisivos). Por último se ha de oír á los críticos: el instituto quiere que haya un buen censor para ilustrarse con sus luces (1). El talento de pensar es la primera parte del talento de predicar: el instituto exige la doctrina mas exacta y sólida en los sermones. El talento de escribir es la segunda: el instituto exige un cabal conocimiento de la lengua patria. El talento de declamar es la tercera: el instituto exige una atencion particular en perfeccionar la voz y arreglar la accion (2). Suele acontecer que por seguir á los otros se aparta uno, digamoslo así, de sí mismo, y de prudente imitador se convierte en copiante ridiculo: el instituto al recomendar que se consulten los modelos quiere que se consulte mas la disposicion natural de cada uno. El deseo de ganar celebridad es las mas de las veces uno de los motivos de la predicacion: segun el instituto el único motivo debe ser el deseo de hacerse útil. Es de temer que las miras del interes desluzcan las obras del zelo: el instituto exige el desinterés mas puro con el zelo mas ardiente. El triunfo produce por lo ordinario el orgullo: el instituto prescribe la mayor modestia en medio de los mayores triunfos. Es natural que la competencia inspire zelos: segun el instituto no debe inspirar mas que generosidad y con-

(1) *Reg. concionat.* núm. 5.

(2) *Doctrina exacta et sólida et modus eam proponendi populo in concionibus diligenter curanda sunt* (Const. p. 10).... *Studeant ad id munus obeundum linguam populæ vernaculam bene ediscere* (Const. p. 1, c. 8).

descendencia. La costumbre de ejercer un ministerio de lucimiento hace muchas veces que se desdeñe todo oficio que no le tiene: el instituto quiere que esten todos prontos á pasar de la predicacion mas distinguida á la explicacion mas vulgar de la doctrina (1). Entre los predicadores hay algunos que se contentan con predicar las virtudes: el instituto quiere que se practiquen mejor que se prediquen. Algunos son unos disertadores que prefieren siempre el método mas sabio y los asuntos menos comunes: el instituto quiere que se prefiera siempre el método mas inteligible y los asuntos mas interesantes. Otros son unos sofistas fecundos en paradojas ó filósofos apasionados de novedades: el instituto proscribire de la cátedra de la verdad toda opinion aventurada y todo sistema arbitrario (2). Estos son unos escritores elegantes que piensan mas en adornar el altar que en sostenerle: el instituto excluye el vano ornato de la erudicion y las afectaciones pueriles de la retórica. Aquellos son unos declamadores que todo lo exageran, el bien y el mal: el instituto no quiere que se exagere el uno ni el otro (3). Se ha visto á unos transformar la elocuencia en una pitonisa, y pasar de los movimientos del zelo á las convulsiones del furor: el instituto previene que se temple la vehemencia con la gravedad, y que se acomode la accion al asunto. Se ha visto á otros mezclar con el tono sublime del Evangelio el tono bajo de la adulacion ó el furioso de la sátira: el instituto proscribire hasta la apariencia de la primera y la sospecha de la segunda.

(1) *Reg. concionat.* 2, 7, 8, 18. *Instruct. pro concionat.* 6. *Superior offerenti declarat nihil præter id quod ad concionatoris sustentationem ei viaticum fuerit expensum, accipi à nobis posse* (Decr. congr. 12).

(2) *Reg. concionat.* 3, 9, 11, 14.

(3) *Ibid.* 20, 21.

Se ha visto á otros degradar la magestad de la religion con indecentes chanzas ó ridículas pantomimas, y dar asi un espectáculo en un sermón: el instituto quiere que se instruya y no se divierta: que se mueva con razones y no que se seduzca con estratagemas: que el predicador sea un apostol y no un comediante: que se predique el cristianismo en un templo, y no se represente en un teatro (1). Hasta ha habido algunos que en vez de hacer hablar en el púlpito al Dios de paz y de obediencia han hecho clamar al demonio de la discordia y la rebelion: el instituto, no contento con prohibir del modo mas terminante á los predicadores toda inyectiva contra la autoridad ya secular, ya eclesiástica, los manda expresamente predicar la sumision que se debe á los obispos, y la obediencia que se debe á los soberanos, como que son los que representan la divinidad en la tierra (2).

Ciertamente esta rápida ojeada de la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion habrá inspirado á los lectores el deseo de profundizarla mas. Asi se hará en este segundo libro que contiene tres partes con un apéndice.

La primera presentará las reglas de la compañía de Jesus concernientes á los predicadores: la segunda el excelente tratado de S. Francisco de Borja, tercer general de la compañía de Jesus, sobre el modo de predicar; y la tercera las instrucciones que dió á los predicadores de la misma religion su quinto general el P. Claudio Aquaviva.

Aunque S. Francisco Javier no fue jamas superior general de la compañía, sin embargo su emi-

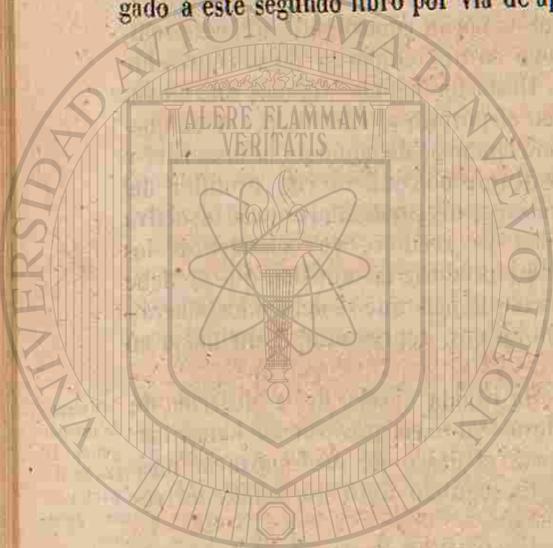
(1) *Regulæ concionat.* 13, 16, 21, 22.

(2) *Reg. concionat.* 10, 12.

Division
de este se-
gundo li-
bro en tres
partes y
un apén-
dice.

®

nente santidad y las innumerables conversiones que obró con sus discursos, eran un motivo para no omitir las importantes advertencias que da sobre la predicación en algunas de sus cartas. Por eso le hemos agregado á este segundo libro por via de apéndice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

REGLAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS PARA LOS
PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

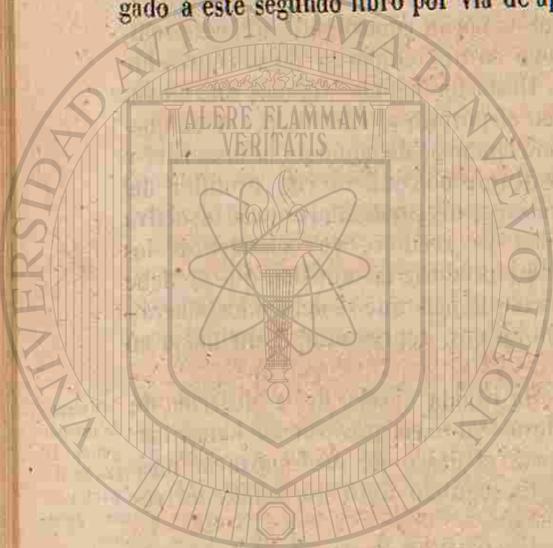
S. Ignacio no conoció inmediatamente despues de su conversion los grandes designios que el cielo tenia sobre él. Sus primeros pasos en la santa carrera fueron retirarse á la soledad de Manresa, hacer una vida humilde, penitente y mortificada, y dedicarse únicamente á su salvacion, y no llevaba sus miras mas allá de su propia perfeccion; pero otras consideraciones mas profundas le infundieron otros pensamientos y diversos planes.

Consideró que habiendo costado tan caro las almas al Salvador, no podia hacerse cosa mas grata para él que impedir la perdicion de aquellas. Comprendió que la gloria de la magestad divina resplandecia mas en la salvacion de las almas rescatadas con la sangre de un Dios, y este conocimiento encendió su zelo. *No basta, decia, que yo sirva al Señor: es menester que en cuanto*

S. Ignacio se consagra á la salvacion de las almas.

(1) Extracto de la vida de S. Ignacio por el P. Bouhours.

nente santidad y las innumerables conversiones que obró con sus discursos, eran un motivo para no omitir las importantes advertencias que da sobre la predicación en algunas de sus cartas. Por eso le hemos agregado á este segundo libro por via de apéndice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

REGLAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS PARA LOS
PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

S. Ignacio no conoció inmediatamente despues de su conversion los grandes designios que el cielo tenia sobre él. Sus primeros pasos en la santa carrera fueron retirarse á la soledad de Manresa, hacer una vida humilde, penitente y mortificada, y dedicarse únicamente á su salvacion, y no llevaba sus miras mas allá de su propia perfeccion; pero otras consideraciones mas profundas le infundieron otros pensamientos y diversos planes.

Consideró que habiendo costado tan caro las almas al Salvador, no podia hacerse cosa mas grata para él que impedir la perdicion de aquellas. Comprendió que la gloria de la magestad divina resplandecia mas en la salvacion de las almas rescatadas con la sangre de un Dios, y este conocimiento encendió su zelo. *No basta, decia, que yo sirva al Señor: es menester que en cuanto*

S. Ignacio se consagra á la salvacion de las almas.

(1) Extracto de la vida de S. Ignacio por el P. Bouhours.

dependa de mi, le amen todos los corazones y le bendigan todas las lenguas.

En cuanto volvió sus miradas hácia el prójimo, abandonó la soledad, aunque le era tan grata, y por no desviar á aquellos que queria atraer á Dios, corrigió su aspereza exterior. Ademas habiendo conocido que el que trabaja en la salvacion de las almas necesita conservar la salud y las fuerzas, moderó sus austeridades.

Fue á la Palestina con designio de dedicarse á la conversion de los pueblos de Oriente; pero la Providencia permitió que no pudiese fijarse en aquel pais, y así se volvió á Europa.

Estudios del santo por qué artificios trató el demonio de impedir que saliera con su empresa.

Entonces quiso estudiar las materias necesarias para tomar el estado eclesiástico. Tenia treinta y tres años de edad y ninguna inclinacion natural al estudio, porque se habia dedicado á la profesion de las armas desde su juventud. Sin embargo se puso á estudiar los rudimentos de la lengua latina, y todos los dias iba al aula con los muchachos. La esperanza de poder algun dia procurar la gloria de Dios con ventaja sostenia su valor; pero el demonio se valió de un ardid ingenioso para detener los progresos de sus estudios. Consistió este en inclinarle á prácticas de piedad y tiernos sentimientos hácia Dios, de modo que casi todo el tiempo del estudio se pasaba en aspiraciones devotas, y el nuevo estudiante no aprendia nada, ó si aprendia algo, pronto se borraba con otras ideas. S. Ignacio que tenia una ilustracion particular para el discernimiento de los espíritus, no tardó en descubrir el lazo del demonio, y para poner remedio fue á buscar á su maestro de latin, le pidió perdon de su pereza, le confesó la tentacion, y le rogó que le tratara severamente cuando no cumpliera su deber, y no le guardase mas consideracion que al último estudiante.

Viendo el demonio trastornados sus proyectos cesó

de combatir los del santo de aquella manera; pero mas adelante recurrió á otro artificio, porque cuando San Ignacio acabó el latin, le persuadió el espíritu malo que el medio de avanzar mucho y abreviar la carrera literaria era aprender simultáneamente muchas cosas. En la universidad de Alcalá se explicaba la lógica de Soto, la física de Alberto el Grande y la teología del maestro de las sentencias; el santo oia estas tres lecciones una tras de otra y estudiaba sin interrupcion dia y noche; pero tantas materias diferentes confundieron su entendimiento, y todo este gran trabajo vino á parar en no saber nada. Lo pasmoso es que S. Ignacio fuese por mucho tiempo el juguete de esta ilusion á pesar de su buen juicio natural.

Pasó despues á estudiar á la universidad de Paris, y observó mas orden y mejor método. Allí echó los primeros cimientos de su compañía por los votos que hizo en Montmartre con algunos compañeros que se habia asociado. A este acto los preparó con un discurso en que les dijo entre otras cosas que su designio era imitar á nuestro Señor Jesucristo con toda la perfeccion posible: que este hombre Dios no se habia propuesto mas que la redencion del género humano en todo el curso de su vida: que para seguirle de cerca era preciso trabajar en la salvacion del prójimo: que la soledad era ciertamente mas agradable; pero que todo debia ceder á los intereses de la gloria de Dios: que ademas por un poco de tranquilidad que se perdia, se ganaban infinitas gracias y méritos; y que en suma no importaba ganar ó perder con tal que se salvaran algunas almas: que los apóstoles habian vivido así á ejemplo de su maestro, y que este género de vida era el mas noble y perfecto. Pronunció el santo este discurso con tanto enardecimiento, que su rostro estaba inflamado: así es que todos sus compañeros protestaron de

Discurso del santo á sus compañeros para animarlos á trabajar en la salvacion de las almas.

Predica el
santo en su
patria.

corazon que tenian las mismas intenciones que él.

De allí á poco tiempo hizo S. Ignacio un viaje á su patria. La primera vez que predicó dijo á su auditorio que una de las razones que le habian obligado á volver despues de muchos años de ausencia, era para tranquilizar su conciencia respecto de un pecado de su juventud. Y contó que habiendo entrado un dia con otros mozos de su edad en un huerto, robaron mucha fruta é hicieron gran destrozo; y que un pobre hombre fue acusado de aquel robo, reducido á prisión y condenado á pagar los daños. Este hombre se hallaba presente al sermon, y S. Ignacio le llamó por su nombre, y públicamente le pidió perdon, añadiendo luego en alta voz: *Sean pues todos los presentes que para indemnizar al inocente que sufrió la injusticia, le doy dos haciendas que me corresponden.*

Un predicador que obra así, persuade facilmente, y en cuanto predicó contra el lujo y la inmodestia de las mujeres, desaparecieron la riqueza de los trajes y las modas indecentes. Habiendo emprendido la explicacion de los diez mandamientos de la ley de Dios durante los diez dias que median entre la Ascension y Pentecostes, lo hizo tan bien, que al segundo extinguió las blasfemias y juramentos falsos muy usados en el pais. El sexto dia se convirtieron muchas mujeres de mala vida: algunas hicieron largas peregrinaciones á pie por penitencia; y la mas famosa de todas se retiró á un hospital y consagró el resto de sus dias al servicio de los enfermos.

El santo predicaba con mucha unción: su costumbre era exponer simplemente las verdades del Evangelio, y las introducía en el corazon por la pasión con que hablaba de ellas; viva expresion de un corazon profundamente herido. Así es que las personas piadosas que asistian á sus sermones, acostumbraban decir

que las palabras de salud pronunciadas de una manera sencillísima por el hombre de Dios rebosaban magestad y vehemencia en su boca.

Las delicias de nuestro santo eran llamar á su lado una turba de muchachos y explicarles la doctrina. Su hermano se apesadumbró pareciéndole que era envilecerse demasiado para un caballero y que deshonoraba á la familia: para disuadirle le decia que nadie iria á oírle. *Aun cuando no viniese mas que un solo muchacho á la doctrina*, respondió S. Ignacio, *siempre seria para mí bastante auditorio.*

Su zelo para la explicacion de la doctrina cristiana.

El objeto principal de su conato fue siempre la instruccion de los niños. Cuando le nombraron general de la compañía de Jesus, se obligó por voto, así como sus demas compañeros, á enseñar la doctrina cristiana á los niños, y dió principio á su cargo explicándola en una iglesia de Roma. Aunque esta explicacion no era mas que para los niños, concurrían personas de todas clases, hasta hombres y mujeres de distincion y teólogos y canonistas. Explicaba en italiano los misterios de la fé y los mandamientos de la ley de Dios con claridad y de un modo acomodado á la inteligencia del pueblo, y salpicaba la explicacion con historias morales, enérgicas y tiernas: aunque no sabia hablar bien la lengua italiana, hacia tanta mella en los ánimos, que la gente se retiraba silenciosa con las lágrimas en los ojos y la compuncion en el corazon. A veces era tan sensible el dolor, que los que querian confesarse despues de oír la doctrina, no podían apenas pronunciar una palabra. Continuó este ejercicio por cuarenta y seis dias en la misma iglesia: á su ejemplo explican la doctrina los superiores de la compañía cuarenta dias cuando comienzan su cargo.

Las bulas expedidas por los papas Paulo III y Julio III á favor de la compañía de Jesus hacen mencion

Los papas elogian el

zelo con expresa de que uno de los principales ministerios de que se entregan los jesuitas á la predicacion y á la explicacion de la doctrina. la misma es instruir á los pueblos, ya predicando la palabra de Dios en el púlpito, ya enseñando los primeros elementos de la religion á los niños y personas rudas: *verbum Dei publicè prædicando, pueros et personas rudes ea quæ ad christianam hominis institutionem sunt necessaria docendo.* Se encomian los sentimientos de la compañía, principalmente sobre la explicacion de la doctrina que parece la menos aparente; pero que en realidad es la mas provechosa: *primo aspectu minus speciosam, cum tamen re verâ nulla sit fructuosior, vel proximis ad ædificationem, vel catechisticis ad charitatis et humilitatis simul officia exercenda.*

Las reglas de la compañía compuestas segun el espíritu de S. Ignacio y aumentadas algo por la séptima congregacion general son un monumento de sabiduría, prudencia y zelo: de ellas hemos sacado el capítulo siguiente que contiene las reglas para los predicadores.

RESUMEN DE LAS REGLAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS (1).

1. Los predicadores llenen con el mayor cuidado los deberes de sacerdotes.
2. Acuerdense que su vocacion es traer las almas á su criador: esta es la obra mas difícil de todas; por lo cual aquellos que el cielo eligió por instrumentos de ella, deben estar unidos íntimamente con Dios y obrar siempre bajo la direccion del Espíritu Santo. Aplíquense pues con infatigable zelo á todo lo que puede ponerlos en esta santa union con Dios; y para eso fijense en las virtudes sólidas y sobre

(1) *Corpus institutorum societatis Jesu: Antuerpiæ, t. 1, p. 605.*

todo en el amor divino, en la intencion pura de servir á Dios, en la familiaridad con este Señor en los ejercicios espirituales de devocion y en el zelo sincero de la salvacion de las almas para gloria de la divina magestad.

3. Pongan su conato con la gracia de Dios en ser el modelo de los demas para atraer el prójimo á todas las virtudes con el ejemplo de su vida, no menos que con el vigor de sus palabras.

4. La leccion de la sagrada escritura y de los santos padres sea su principal ocupacion. Hé aqui tambien tres cosas que les serán muy útiles. La primera es haber profundizado con particular esmero los evangelios de los domingos y fiestas del año, y haber puesto por escrito lo que hallen acomodado para su uso. La segunda haber formado un compendio de la explicacion de las cosas necesarias á la fé y á la vida cristiana; y la tercera haber extendido en lugares comunes (1) todo lo que pertenece á la alabanza de las virtudes y á la detestacion de los pecados.

5. Tres prácticas les serán muy provechosas: la primera haberse imbuido bien en los preceptos que han dado sobre el modo de predicar los que han ejercido bien este ministerio: la segunda haber asistido á los sermones de los buenos predicadores: la tercera haberse ejercitado en la predicacion en nuestras casas ó en otros lugares donde haya pocos oyentes.

(1) En términos de retórica se llaman lugares comunes las fuentes generales de donde saca un orador los pensamientos y pruebas. Asi el consejo que aqui se da, es que se formen unos cuadernos en que por orden de materias y bajo diferentes títulos se reúnan las verdades generales que pueden servir para la alabanza de las virtudes y la detestacion de los pecados, para poder recurrir facilmente á ellos cuando haya que anunciar la divina palabra.



Vida ejemplar.
Preparacion remata para la predicacion.



Utilidad de las advertencias.

6. Deben desear ser advertidos si aquellos que el superior ha diputado para este fin, hallan algo que reprehender en sus sermones, y deben recibir estas advertencias con humildad y gratitud.

Gustar de instruir á las personas rudas.

7. Aunque deben aplicarse con gusto á la predicacion, aun la de mas lucimiento, no menos dispuestos y solícitos han de mostrarse siempre para enseñar á los niños é instruir á las otras personas rudas.

Ceder el puesto á otro predicador.

8. Si acontece que otro quiera predicar al mismo tiempo, le cederán con gusto el puesto en cuanto esté de su parte.

Acomodar-se á la capacidad de los oyentes.

9. Enseñen cosas acomodadas á la capacidad é inteligencia de los oyentes, é insistan sobre los deberes del cristianismo, la extirpacion del vicio y la práctica de las virtudes, absteniéndose de las materias sutiles.

Cosas que han de recomendar-se.

10. Deben recomendar el uso frecuente de la confesion y comunión, el adelantamiento en las buenas obras y la perseverancia, todo lo concerniente al culto divino, la observancia de las ceremonias eclesiásticas y en general la obediencia á los superiores eclesiásticos y seculares que ocupan el lugar de Dios en la tierra.

11. Tambien recomendarán particularmente las obras de penitencia y misericordia, la oracion y los otros ejercicios de devocion, la leccion de buenos libros y la buena educacion de los hijos.

No reprehender en el púlpito á los eclesiásticos, ni á los magistrados.

12. Es una verdad que enseña la experiencia, y una máxima de nuestro padre S. Ignacio, que no se saca ningun provecho de los sermones en que se declara en particular contra los vicios de los príncipes y magistrados ó contra los de los eclesiásticos: queremos que nuestros predicadores se abstengan de este género de reprimendas.

Manifestar grande respeto á

13. Deben manifestar gran respeto á los religiosos de las otras órdenes y evitar todo lo que pudiera

tener traza de criticarlos, aunque sea tácitamente. los religiosos.

14. Las cosas nuevas y que no se fundan en pruebas sólidas, no deben entrar nunca en nuestros discursos, aun cuando pasasen por indudables en el ánimo del pueblo: con mayor razon se han de desterrar de la predicacion todas las cosas dudosas é inciertas. No se debe sentar ninguna cosa incierta.

15. Cuando tienen que anunciar alguna cosa al pueblo ó recomendar ciertos pobres ú otras obras de misericordia, deben antes preguntar al superior cómo lo harán. Consultar al superior antes de publicar una cosa.

16. Eviten con cuidado hacer despreciable la predicacion y excitar la risa de los oyentes con chanzas ó contando cosas inútiles. Guardense tambien de presentar á sus oyentes alguna cosa extraordinaria ó desusada para moverlos á compuncion, á no ser que el superior despues de bien pesadas las circunstancias lo reputa por util en un caso particular para edificacion comun. Nada de chanzas ni de cosas extraordinarias.

17. Antes de predicar preparen con cuidado lo que tienen que decir, en cuanto se lo permita el tiempo, y recurran á Dios por medio de la oracion. Preparacion próxima para la predicacion.

18. Eviten nuestros predicadores con el mayor cuidado la arrogancia y la ostentacion, y todo en su exterior lleve el caracter de una profunda humildad, á la que deben aficionarse de lo intimo de su corazon. Y si se vieren precisados á decir algo para su propia justificacion ó la de su compañía, haganlo con tanta modestia que se vea claramente que defienden la causa de Jesucristo y no la suya. Humildad.

19. En un sermón no se han de exponer las verdades del mismo modo que en las aulas de teología, á persuadir. Dedicarse á persuadir. sino que el predicador cuidando de instruir ha de dirigir sus esfuerzos principales á persuadir y mover el corazon. Cuando haya que tratar alguna cuestion relativa á la fé ó las costumbres, no se han de propo-

ner las objeciones de un modo que pueda escandalizar á las personas sencillas; sin embargo se podrán esforzar áquellas si se habla delante de un auditorio escogido y lo exigen las circunstancias. Fuera de este caso se limitará el predicador á explicar las cosas con tanta claridad, que los mismos oyentes hallen la resolución fácil de las objeciones que les han ocurrido ú oído hacer á otros.

No buscar los adornos del estilo.

20. No tenga nada de afectado el estilo de nuestros predicadores, ni busquen la elegancia de las expresiones: el deseo de adquirir la belleza del estilo no los familiarice con la lectura de ciertos libros que huelen algo al siglo y pueden perjudicar á los adelantamientos de la vida espiritual.

Evitar la lisonja.

21. Eviten toda especie de lisonja y toda exageración en las alabanzas y vituperaciones.

De la acción y de la voz.

22. No sea su acción irregular, notándose constantemente una gravedad religiosa: la voz sea siempre acomodada á las cosas que traten, y así cuiden de no levantarla ó bajarla extraordinariamente sin motivo suficiente.

Duración del sermón.

23. Sus discursos no duren mas de una hora.

Comida frugal.

24. Cuando prediquen en un lugar donde no haya colegio de la compañía, han de comer en un paraje decente para un religioso, y si puede ser en casa de un eclesiástico. Su comida ha de ser sobria y frugal, como conviene á religiosos.



SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

TRATADO DE SAN FRANCISCO DE BORJA SOBRE EL MODO DE PREDICAR.

Observaciones preliminares.

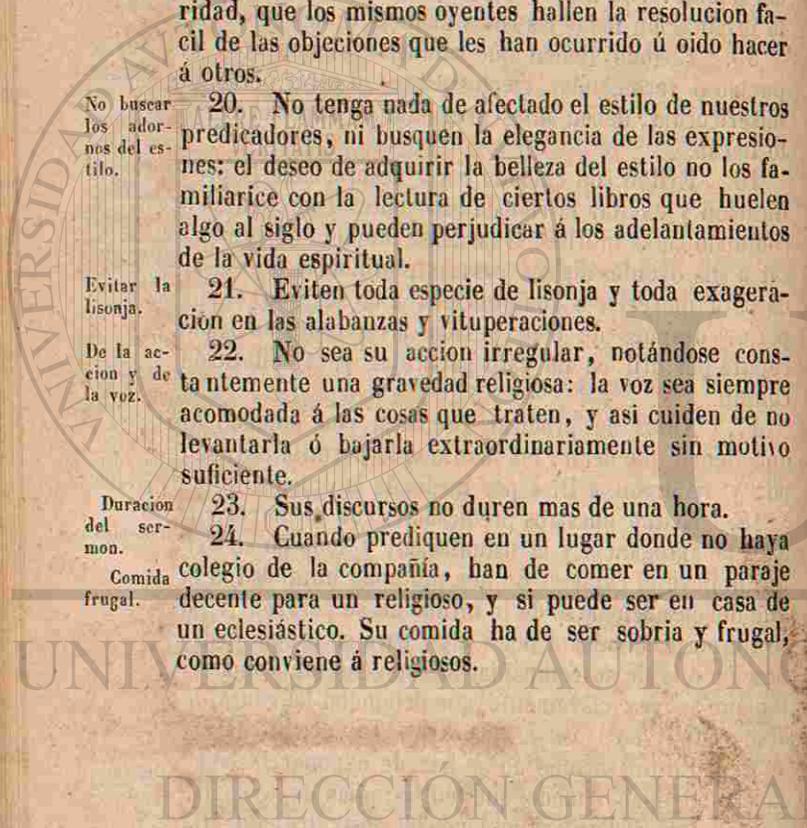
S. Francisco de Borja fue tan distinguido por su rara prudencia como por su eminente santidad; y esto es lo que da tanto precio á las instrucciones que nos ha dejado sobre la predicacion, porque este oficio del santo ministerio no requiere solamente ciencia y piedad, sino tambien suma prudencia: constituye una parte esencial del gobierno de las almas, que es el arte de las artes, *ars artium regimen animarum*, como dijo con tanta verdad S. Gregorio el Grande. Y lo que aumenta todavia el valor de las instrucciones de este santo, es que tenia gran conocimiento de los hombres. Habia vivido mucho tiempo en el mundo antes de tomar el estado religioso, y gobernado con una prudencia admirable el ducado de Gandia de que era poseedor, y el vireinato de Cataluña á nombre del emperador Carlos V.

Prudencia de San Francisco de Borja.

Su conocimiento del corazón humano.

Quando conoció S. Francisco que Dios le llamaba á la compañía de Jesus, se lo escribió á S. Ignacio que era el general. El santo en su respuesta alabó la

Reglas que le da S. Ignacio para el es-



ner las objeciones de un modo que pueda escandalizar á las personas sencillas; sin embargo se podrán esforzar áquellas si se habla delante de un auditorio escogido y lo exigen las circunstancias. Fuera de este caso se limitará el predicador á explicar las cosas con tanta claridad, que los mismos oyentes hallen la resolución fácil de las objeciones que les han ocurrido ú oído hacer á otros.

No buscar los adornos del estilo.

20. No tenga nada de afectado el estilo de nuestros predicadores, ni busquen la elegancia de las expresiones: el deseo de adquirir la belleza del estilo no los familiarice con la lectura de ciertos libros que huelen algo al siglo y pueden perjudicar á los adelantamientos de la vida espiritual.

Evitar la lisonja.

21. Eviten toda especie de lisonja y toda exageración en las alabanzas y vituperaciones.

De la acción y de la voz.

22. No sea su acción irregular, notándose constantemente una gravedad religiosa: la voz sea siempre acomodada á las cosas que traten, y así cuiden de no levantarla ó bajarla extraordinariamente sin motivo suficiente.

Duración del sermón.

23. Sus discursos no duren mas de una hora.

Comida frugal.

24. Cuando prediquen en un lugar donde no haya colegio de la compañía, han de comer en un paraje decente para un religioso, y si puede ser en casa de un eclesiástico. Su comida ha de ser sobria y frugal, como conviene á religiosos.



SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

TRATADO DE SAN FRANCISCO DE BORJA SOBRE EL MODO DE PREDICAR.

Observaciones preliminares.

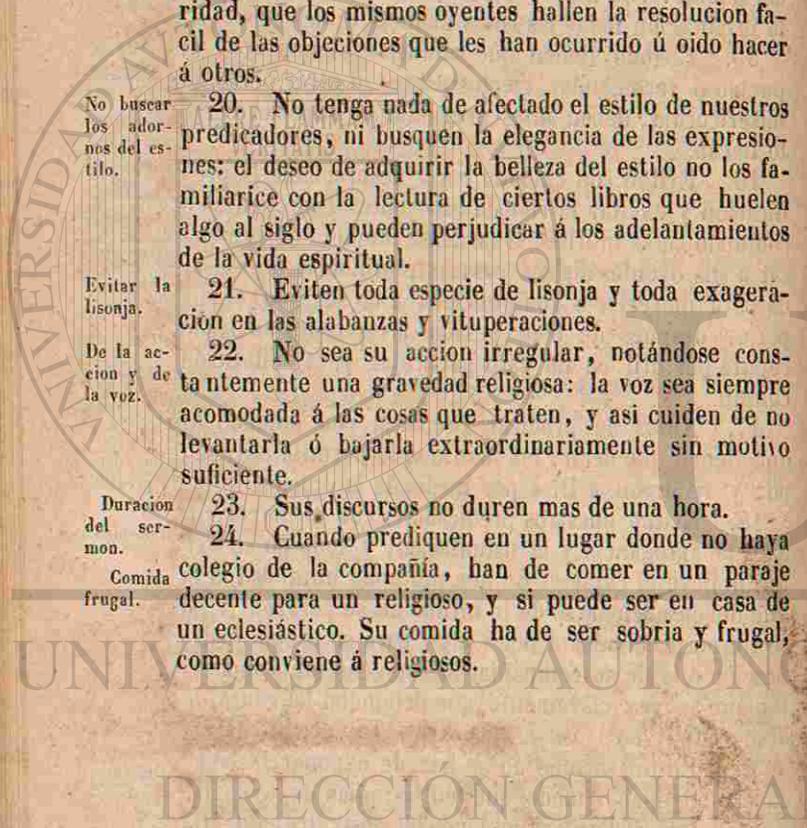
S. Francisco de Borja fue tan distinguido por su rara prudencia como por su eminente santidad; y esto es lo que da tanto precio á las instrucciones que nos ha dejado sobre la predicacion, porque este oficio del santo ministerio no requiere solamente ciencia y piedad, sino tambien suma prudencia: constituye una parte esencial del gobierno de las almas, que es el arte de las artes, *ars artium regimen animarum*, como dijo con tanta verdad S. Gregorio el Grande. Y lo que aumenta todavia el valor de las instrucciones de este santo, es que tenia gran conocimiento de los hombres. Habia vivido mucho tiempo en el mundo antes de tomar el estado religioso, y gobernado con una prudencia admirable el ducado de Gandia de que era poseedor, y el vireinato de Cataluña á nombre del emperador Carlos V.

Prudencia de San Francisco de Borja.

Su conocimiento del corazón humano.

Quando conoció S. Francisco que Dios le llamaba á la compañía de Jesus, se lo escribió á S. Ignacio que era el general. El santo en su respuesta alabó la

Reglas que le da S. Ignacio para el es-



estudio de la teología.

fidelidad de Borja en seguir la vocacion del cielo, y le trazó las reglas que debia observar hasta que sus negocios le permitieran abandonar totalmente el mundo. Véase cómo le habla respecto del estudio de la teología:

«Supuesto que tan adelantado estais ya en las ciencias, no podeis hacer mejor uso que consagrarlas á Dios levantando sobre este cimientto humano el edificio sagrado de la teología. Deseo mucho que os apliqueis á ella con todo conato, porque espero que Dios saque su gloria de ahí, y quisiera tambien si fuera posible que os graduaseis de doctor en vuestra universidad de Gandía (1).»

Como ejecutó San Francisco de Borja los consejos de san Ignacio.

Para seguir S. Francisco estos consejos se retiró cerca de su colegio á un aposento que habia mandado construir de intento. Allí estudiaba asiduamente la sagrada escritura, la teología escolástica, los escritos de los santos padres y los cánones de los concilios. Veíase con admiracion á aquel duque, grande de España y privado del emperador, asistir con regularidad á las lecciones de sus profesores, consultar humildemente todas las dificultades que encontraba, responder en el aula y sostener tesis públicas para estampar mejor en su mente lo que habia aprendido, y en una palabra no omitir ningun medio de cuantos ponen los estudiantes en las escuelas para aprovechar las lecciones de los maestros.

Junta al estudio de la teología escolástica el de la ascética.

Mientras que nuestro santo estudiaba á fondo la teología escolástica, defendía tesis sobre las cuestiones mas difíciles, en que su profundo saber admiraba á los mas doctos, y se sujetaba á todos los exámenes y pruebas para tomar la borla de doctor por no

(1) Vida de S. Francisco de Borja por el P. Antonio Verjus, jesuita.

querer gozar el menor privilegio; no descuidaba aquella parte de la teología llamada ascética, cuyo objeto es la vida espiritual é interior. Sabia que la teología escolástica, estudiada como debe estudiarla un hombre piadoso, es el fundamento de la ascética: así sus estudios teológicos eran el apoyo de su oracion y le servian para penetrar mejor en los secretos de la vida espiritual. Para reducir la teología escolástica á ascética su piedad ingeniosa habia puesto en forma de letanías y aspiraciones á Dios toda la primera parte de la suma de santo Tomas. Tenia otros varios arbitrios semejantes para santificar su trabajo y sostener su devocion: así se fortalecia contra el estudio seco y árido de la teología escolástica, en que acostumbrándose el alma á considerar nuestros santos misterios de un modo puramente especulativo correria riesgo de volverse casi insensible á ellos.

Concluidos sus estudios recibió el orden sacerdotal, y el dia que dijo la segunda misa (la primera la habia dicho en la capilla de Loyola), viendo que asistia innumerable pueblo, se volvió á ellos y les dirigió un discurso tan tierno que todos los que le oian se deshacian en lágrimas. Los que no podian oirle por estar á demasiada distancia del púlpito, no dejaban de llorar como los otros; y cuando les preguntaban la razon respondian aquellas buenas gentes que estaban arrepentidos de sus pecados y movidos del deseo de enmendar su vida viendo á aquel santo predicador, y que el amor de Dios pintado en el semblante y en todas las acciones de él les hacia una impresion que llegaba hasta lo íntimo del corazon.

Iba con muchísima frecuencia al campo con una campanilla en la mano llamando á los niños para enseñarles la doctrina cristiana. Pero no eran los niños solos los que le seguian, sino que sus padres y otras

Sermon que dijo despues de su segunda misa.

Enseña la doctrina cristiana.

personas de toda edad acudian al sonido de la campanilla para oír al santo varón á quien llamaban *el hombre bajado del cielo*, y escuchaban sus palabras como si efectivamente hubieran sido oráculos celestiales y divinos.

El santo los instruía con el mayor zelo, y ponía su principal conato en acomodar las lecciones á la capacidad de sus oyentes. Sin arredrarse jamás por la rudeza de los unos ni por la frivolidad de los otros no se cansaba de repetirles las verdades de la religión y preguntarlos sobre cada una para grabarselas mas en la memoria. Se alegraba de enseñar á los pobres campesinos á quienes hallaba mas dóciles y dispuestos á oír las máximas santas del Evangelio, que á los habitantes de la ciudad y los cortesanos cuyo corazón está de ordinario mas apegado á la tierra por las riquezas que poseen.

Predica en Valladolid con maravilloso fruto.

Sin embargo no descuidaba la salvación de estos últimos; al contrario trabajaba en ella con un zelo siempre nuevo, y Dios se sirvió á veces derramar las mas copiosas bendiciones sobre sus afanes. Así se vió particularmente en Valladolid, que fue uno de los pueblos donde el santo predicó mas á menudo. La corte y la ciudad acudian con anhelo á oír sus sermones. Como él habia vivido en medio del mundo y le conocia perfectamente, hacia una pintura tan admirable de sus peligros y combatía sus desórdenes en unos discursos tan vigorosos, que todos quedaban conmovidos. Preguntábase de dónde podia venir una elocuencia tan persuasiva, tan sólida y tan llena de erudición eclesiástica en un hombre que habia pasado toda su vida en la corte ó en elevados cargos; y se aumentaba la admiración de todos respecto de él cuando sabian lo que se habia afanado por espacio de muchos años para prepararse á un ejercicio tan diverso de su primera pro-

fesión. Pero lo que daba sobre todo una virtud maravillosa á sus palabras, era el ejemplo de su vida. Se vió á algunos señores distinguidos de la corte tan convertidos con sus sermones, que desde entonces empezaron á hacer una vida enteramente cristiana, y cuando se les preguntaba la razón, respondían que las virtudes del padre Francisco, sus austeridades y su humildad quitaban todo pretexto á la cobardía, y que nadie podia negarse á hacer lo que pedia supuesto que él hacia mucho mas.

Habia en Valladolid una señora de la primera distinción prendada de los atractivos del mundo, en el que nadie brillaba mas que ella por las gracias de la juventud, extraordinaria hermosura y galas exquisitas. Un dia quiso asistir al sermón del padre Francisco, cuya fama volaba de boca en boca, y quedó tan convertida, que desde el punto que volvió á su casa se quitó todos los vanos adornos, se cortó los cabellos, tomó un traje sencillo y modesto, y fue desde entonces ejemplo de piedad y cordura como antes lo habia sido de ostentación y frivolidad. Se consagró enteramente á los ejercicios piadosos y caritativos, y despues de la muerte de su marido fundó un monasterio de religiosas en el que estableció muy estrecha observancia: allí se retiró y acabó santamente sus dias. Este hecho no es mas que un ejemplo de las innumerables y sorprendentes conversiones que el padre Francisco de Borja produjo con sus sermones. No bastarian abultados volúmenes, dice el autor de su vida, si yo quisiera referir en particular todas las maravillas que obró Dios por los discursos de su siervo, todas las enemistades y odios irreconciliables, todos los pleitos y escándalos públicos de que limpió la corte, en fin todas las personas que atrajo á una vida nueva y verdaderamente cristiana; muchas de ellas renunciaron del todo al

Conversion notable de una señora de la corte.

mundo para consagrarse á Dios en fervorosos monasterios.

Método del santo para persuadir.

Su gran máxima era que el predicador debe estar bien penetrado de lo que dice, para que su corazón sea el que hable al corazón de los oyentes. Así es que en sus discursos no se veía nada afectado, nada que sorprendiese ó pareciese estudiado, nada que aficionase el ánimo del oyente á la disposición y elección de las palabras mas bien que al sentido de ellas. Persuadía y movía tanto mas, cuanto menos procuraba agradar; y al contrario parecia que cierta noble negligencia que no tenia nada de inculto, lejos de disminuir el vigor de su elocuencia contribuía á las victorias que alcanzaba de los pecadores mas empedernidos. Todo su fin era dar á conocer y hacer amar á Jesucristo crucificado y mover á todo el mundo á imitarle. Como los oyentes estaban seguros que no tenia otra mira, y que todo lo que decia propendía á este fin; no buscaban otra cosa al ir á oírle, tan persuadidos de que este era el efecto ordinario de sus sermones, que el querer asistir á ellos era querer convertirse.

Su discurso era nervioso, y se sostenía por un enlace de raciocinios tan convincentes y plausibles, que habia costumbre de decir que era necesario rendirse á cuanto decia á no renunciar á la razón. Su moral era austera; pero templaba esta austeridad con una caridad tan ardiente y animada de un amor tan tierno de la salvación de aquellos á quienes hablaba, que la cosas mas difíciles y duras venian á ser fáciles y suaves para los que le escuchaban. Pero lo que daba maravillosa fuerza á sus razones y afectos era cierto uso devoto y persuasivo de la sagrada escritura, la cual empleaba con tanto acierto que no parecia sino que el Espíritu Santo hablaba por su boca y le

inspiraba todavía aquellas mismas palabras que habia inspirado en otro tiempo á los profetas ó á los apóstoles. Verdad es que los libros santos fueron siempre su estudio predilecto.

Habiendo sido promovido á la dignidad de general de la compañía de Jesus por su eminente mérito, fue uno de sus mayores cuidados formar bien á los jesuitas jóvenes que estaban destinados al ministerio de la predicación. Los hacia considerar sus estudios como consagrados de un modo particular á la gloria de Dios, no solo porque debian servirles para alcanzar un conocimiento mas grande de Dios y de sus divinas perfecciones, sino tambien porque les eran necesarios para el buen logro de todos los afanes que se toma la compañía para dilatar el reino de Jesucristo.

Su diligencia para formar los jesuitas jóvenes destinados á la predicación.

Mas no solamente les aconsejaba que tuviesen esta mira en general: queria tambien que en todos sus estudios prevaleciese este espíritu; y se ve por sus cartas que nunca les recomendaba el adelantamiento en las ciencias sin hacerlos conocer al mismo tiempo la necesidad de adelantar todavía mas en la virtud. «La doctrina, les decia, debe servir á la piedad, y la piedad debe perfeccionar la doctrina. La virtud sin ciencia no es la virtud de un hombre llamado por Jesucristo á salvar las almas rescatadas con su sangre; pero la ciencia sin la virtud, bien lejos de ser una cualidad laudable y ventajosa en un sacerdote, tiene algo de monstruoso á los ojos de Dios y de los hombres. No hay nada que tanto nos desvie de la perfección á que debemos encaminarnos en nuestro estado, como un estudio árido y estéril que se hiciese por la propia satisfacción y gloria de uno, y en que se buscase otra cosa que la gloria de Dios. Es menester persuadirnos bien que el estudio de la virtud y el estudio de las ciencias deben ser entre

Les recomienda el adelantamiento en la virtud y en la ciencia.

nosotros como dos hermanos inseparables, que lejos de entorpecerse y perjudicarse uno á otro pueden auxiliarse mutuamente en todo, cuando se sabe ponerlos en armonía. Tenemos un ejemplo insigne de esta uníon en la persona del P. Santiago Lainez de feliz memoria, que sobresalió en todas las virtudes; pero que fue principalmente admirable por el cuidado constante que tuvo toda su vida de reunir á una gran doctrina una devocion tierna, una humildad profunda y una ardiente caridad.»

El santo no se limitó á estas instrucciones generales dadas en sus cartas particulares, sino que puso en manos de sus religiosos el excelente tratado sobre el modo de predicar. Creese que su intencion en esta obra fue dirigir á los predicadores nuevos: este á lo menos es el sentir de Godescardo (1), quien juzga que el tratado *de ratione concionandi* fue uno de los últimos opúsculos de nuestro santo. Al contrario Alegambis parece que dice que le compuso antes de ser promovido al sacerdocio (2). Quizás pudieran conciliarse ambas opiniones diciendo que S. Francisco de Borja, cuando todavía no era sacerdote compuso este tratado como regla que se proponia seguir, y cuando fue general de la compañía le usó para instruccion de los novicios de la misma.

Diferentes ediciones del tratado del santo sobre el método de predicar.

Como quiera, lo cierto es, que S. Francisco de Borja escribió esta obra en español, y que se publicó primeramente en esta lengua. Luego la tradujo en latin el P. Andres Schott, jesuita flamenco, que la puso al fin de una vida del santo traducida tambien del idioma latino é impresa en Amberes el año 1598.

(1) Vidas de los santos 10 de octubre.

(2) *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu*, art. Franciscus Borgia.

El P. Binsfeld, jesuita, la insertó asimismo en latin en la obra impresa en Douny bajo el título de *Enchiridion theologiae pastoralis*, cuya tercera edicion es del año 1632. Finalmente se halla en la hermosa edicion latina en folio de las obras de S. Francisco de Borja, que sacó á luz en Amberes D. Francisco de Borja, pariente del santo, en el año 1675.

En el de 1672 dió el P. Verjus, jesuita, una vida de nuestro santo, y en ella se halla un resumen de las reglas principales contenidas en el tratado sobre el método de predicar. Nos ha sorprendido muchísimo ver allí varias reflexiones importantes que no se encuentran en el texto latino. ¿Tenia el P. Verjus á la vista una edicion española mas extensa, ó bien juzgó conveniente ingerir en su resumen algunas instrucciones sacadas de las cartas del santo? Esto es lo que no hemos podido comprobar; pero para no perder ninguna de las preciosas lecciones de S. Francisco de Borja hemos puesto en nuestra traduccion todas las instrucciones añadidas en el compendio del P. Verjus. Asi no extrañarán nuestros lectores hallar aqui varios trozos que buscarian inutilmente en el texto latino de la edicion de Amberes de 1675.

TRATADO

SOBRE EL MÉTODO DE PREDICAR

POR S. FRANCISCO DE BORJA.

CAPITULO PRIMERO.

EL TEMOR Y LA CONFIANZA EN DIOS SON NECESARIOS PARA PREDICAR CON FRUTO.

Los ministros del Señor que por su cargo ó de orden de sus superiores se dedican á anunciar á los pueblos la divina palabra desde el púlpito, deben con justa razon exclamation como el profeta David (salmo IV, v. 6): *Timor et tremor venerunt super me*: el temor á causa de toda la importancia de este cargo, y el terror, porque examinandome bien á mí mismo conozco que debo practicar lo que enseño, si no quiero oír esta amenaza del mismo profeta (salmo XLIX, v. 16 y 17): *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum? Tu verò odisti disciplinam, et projecisti sermones meos retrorsum.*

Por otro lado si guardando silencio entierro el talento que me entregó el Señor, tiemblo y temo tener que aplicarme aquellas palabras del profeta Isaías:

Vae mihi quia tacui! En efecto ¿no es una inhumanidad negar á los hijos de Dios la leche de la divina doctrina cuando tanto necesitan este alimento? Los que cometen tal crueldad, ¿no exceden en barbarie á los animales mas feroces, como se queja el Señor en el profeta Jeremias? Las fieras sacaron sus tetas y dieron de mamar á sus cachorros; pero la hija de mi pueblo, cruel como el avestruz en el desierto, abandonó á sus hijos y los dejó sin ningun auxilio: *Lamiae nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis quasi strutio in deserto* (Lament. de Jerem., IV, 3).

Si subo al púlpito, temo no haberme preparado bastante y carecer de zelo por la gloria de Dios y la salvacion del prójimo: temo pecar por ambicion ó por vanagloria, dos vicios que acompañan ordinariamente á una alma vana y ciega del amor de sí misma. Si quiero desempeñar este ministerio como buen predicador, es decir, como hombre verdaderamente apostólico; necesito una asistencia especial del Espíritu Santo y la abundancia de sus gracias; pero ¿quién soy yo para esperar que el Espíritu Santo se digne de habitar en mi corazon, que es una cueva de ladrones, un nido de serpientes, la guarida de los demonios? Si Moises y Jeremias procuran excusarse y rehusan hablar en nombre del Señor reputándose indignos de tal ministerio é incapaces de ejercerle, y hasta confesando que no son mas que unos niños que solo saben tartamudear; si Isaías necesita que un angel queme y purifique sus labios con un carbon encendido antes de anunciar al pueblo las órdenes que ha recibido del cielo; si hasta el precursor de Jesucristo se ejercita desde su niñez en todos los rigores de la penitencia y se retira á la soledad mas austera para poder mostrar con el dedo al divino redentor del mundo, al cordero de Dios; por último si el Salvador mismo antes de empezar á predicar el Evangelio

quiere ser bautizado en el Jordan y que se abra el cielo para que todo el mundo oiga al padre celestial dar á su hijo el derecho de enseñar por medio de estas palabras: *Ipsum audite*, oidle (1); si Jesucristo pasa ayunando cuarenta dias en el desierto, sostiene los asaltos del demonio, y consigue la victoria; ¿cómo no he de temer yo que no me he retirado á la soledad? ¿Cómo no me he de sobrecoger de terror yo que lejos de ver los cielos abiertos y ser digno de oír la voz de Dios padre, no merezco oír mas que las injurias de los ángeles de tinieblas? ¿yo que lejos de resistir á todas las tentaciones del demonio me he dejado vencer tantas veces de este enemigo de mi salvacion?

El doctor de las naciones cae en tierra, y para que en adelante no atraiga ya el mundo sus miradas, pierde el uso de la vista. Asi quiere Dios que se humillen los predicadores, y asi les prohíbe fijar los ojos en los objetos terrenos. Pero yo orgulloso, que estoy ciego para todas las cosas del cielo y no veo mas que las de la tierra, ¿con qué cara me atreveré á subir á la cátedra de santidad y hablar de cosas que no comprendo? ¿Cómo me atreveré á enseñar lo que yo no practico?

Así el predicador considerando la sublimidad del ministerio que ejerce, debe atender á despreciarse á sí

(1) S. Francisco de Borja que citaba de memoria la sagrada escritura, se equivoca aquí confundiendo las palabras que dijo el padre celestial cuando la transfiguracion de Jesucristo, con las que dijo al tiempo de su bautismo. Estas palabras *ipsum audite* no se dijeron sino en el acto de la transfiguracion; y así no es cierto que Jesucristo no empezara su predicacion hasta despues de pronunciadas. Hemos creído que el amor á la verdad no permitía pasar en silencio esta ligera distraccion del santo.

mismo por medio de un humilde conocimiento de su nada y de su bajeza. Pero es menester tener cuidado que no se desanime, que el temor no entibie el ardor de su zelo, que no se vuelva flaco y tímido en sus instrucciones y reprensiones, y que no pierda aquella santa libertad, aquella autoridad y aquel zelo tan necesarios para este género de ministerio. Por lo tanto es menester que el ardor á Dios y su gran confianza en él templen y corrijan su temor: que la fuerza que da el Espíritu Santo reanime su valor; y que la alegría enteramente divina que derrama en los corazones levante su alma triste y abatida.

Recuerde pues el predicador cuán hermosos son á los ojos de Dios y de toda la corte celestial los pies de los que anuncian el Evangelio, como nos lo enseña el Espíritu Santo por el profeta Isaias (capítulo III, v. 7): *Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona*. Desconfiando de su talento y de su ciencia ponga toda la confianza en Dios solo: pídale la sabiduría, la gracia, la virtud y la magnanimidad, y dígale de lo íntimo del corazón y con grande humildad: *Domine, non est sermo in lingua meá* (salmo CXXXVIII, v. 4). *Domine, labia meá aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam* (salmo L, v. 17). O Dios mio, si vienes en mi ayuda, yo reformaré mi conducta y guiaré á mis hermanos por el camino de tus mandamientos. Los extravíos de mi vida pasada de que me habré corregido, servirán de remedio y preservativo para los demas: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (salmo L, v. 15). Y si tú mismo, Dios mio, dijiste que no es bueno poner el vino nuevo del Evangelio en vasijas viejas y usadas cual es mi alma manchada de tantos crímenes, renúvela y hermoseela tu mano, para que no desperdicie el licor celestial de tu doctrina, y el prójimo no se vea privado de los efec-

tos de tu misericordia: *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis* (Salmo L, v. 12). Entonces aunque por la malicia de mis acciones me parezca á Esaú, mi voz será la de Jacob: hablaré de tus grandezas y misericordias, y atraeré tu bendicion sobre mis hermanos y sobre mí.

Lleno de esta confianza ve, ministro de Dios, armado de la espada de la divina palabra, y pide con vivo ardor al Espíritu Santo que penetre el corazón de los que te escuchan, que se insinúe él mismo al tiempo que tus palabras hieran los oídos de aquellos, y que derrame la unción de su gracia el que únicamente tiene en su mano la llave de los corazones y sabe abrirlos cuando quiere: *ut detur tibi sermo*, como dice el Apóstol, *in apertione oris tui cum fiducia notum facere mysterium Evangelii, pro quo legatione fungeris, ita ut in ipso audeas, prout oportet loqui* (Ep. ad Ephes. VI, v. 19 et 20). Porque verdaderamente haces el oficio de embajador siempre que anuncias la divina palabra, ya en virtud de tu cargo, ya por obedecer á tus superiores.

CAPITULO II.

EL CUIDADO QUE SE HA DE PONER EN LA PREDICACION.

Después de haberse dispuesto así por la oración y el conocimiento de sí mismo lea el predicador el Evangelio que trata de explicar; pero cuidando de purificar su corazón con el examen de conciencia antes de abrir el libro; porque el pecado semejante á una nube de polvo quita la vida espiritual y el discernimiento necesario al que es órgano y voz de Dios según el testimonio de Jeremías.

Después de la lección del Evangelio consulte la in-

terpretación que de él han dado los santos padres y antiguos doctores de la iglesia así como los intérpretes modernos, escogiendo aquellos cuyo carácter es más conforme al suyo. Pida á Dios una participación del espíritu que comunicó á los santos para la interpretación del Evangelio; porque sin esta asistencia del Espíritu Santo muchas veces el orador sagrado hablará friamente y no producirá ningún fruto en sus oyentes. Evite con cuidado usar las frases y expresiones de los herejes. Lea con atención los escritos de los santos padres; pero no eche mano sin discernimiento de todo lo que encuentre en ellos, porque aunque considerando los tiempos en que escribían y el fin que se proponían no incurrieron en el error, sin embargo á veces aventuraron cosas que no hubieran dicho del mismo modo si hubiesen escrito en nuestros días. Es menester pues tener presente que para comprender el verdadero sentido de los santos padres no se han de considerar únicamente sus palabras, sino penetrar el espíritu y las circunstancias de tiempo y de cosas en que escribieron: por falta de prudente precaución los herejes han abusado muchas veces de los escritos de los santos padres, y transformado en errores groseros las verdades divinas que salieron de boca de estos. Es útil invocar con confianza á los santos padres cuyas obras se consultan, para alcanzar por su intercesión la gracia de penetrar sus sentimientos sobre las materias que se quieren tratar.

No cite el predicador en el púlpito las palabras de los santos para combatirlas y refutarlas; lo cual sería faltar al respeto debido á su santidad y ofender la piedad de los fieles, sino antes bien mirelos con humildad como sus maestros y adhiera á ellos: dese el parabién de poder proporcionar á aquellos santos una gloria accidental resucitando en sus sermones la santa doctri-

na que enseñaron y que nos dejaron en sus escritos para gloria de Dios, aumento del Evangelio y salud de las almas.

Evitará como un escollo peligroso el anunciar á los pueblos las producciones de su entendimiento y los frutos de su imaginacion: se guardará muy bien de imitar á ciertos predicadores que hacen un uso enteramente profano de la Escritura forzandola y acomodandola á todo lo que se les antoja, y torciendo el verdadero sentido de los textos para aplicarlos á sus vanos conceptos, á alusiones poco sólidas, á juguetes de imaginacion mas propios para extraviar el entendimiento que para mover el corazon. Lejos de hacer un uso tan poco respetuoso de la sagrada escritura el predicador debe atenerse á la interpretacion mas comunmente recibida, y se persuadirá que el mejor modo de explicarla es interpretar sus textos por medio de otros pasajes de los libros santos y cotejando entre sí las diferentes interpretaciones de los padres.

Siga escrupulosamente el sentido de la Vulgata ateniéndose á las interpretaciones de S. Agustin, S. Gerónimo, S. Gregorio, S. Ambrosio y S. Juan Crisóstomo, y no desprecie tampoco la glosa llamada comunmente interlineal ú ordinaria.

Guardese bien de explicar la escritura antes de haber comprendido su sentido: considerela con gran respeto como una cosa sellada: con esta mira santifique con la humildad el estudio de ella, al que ha preceder siempre la oracion y acompañar un cuidado proporcionado á la excelencia y dificultad de la cosa de que se trata. Así merecerá que Dios descubra á sus ojos las verdades ocultas, y le manifieste á las claras las que estan como cubiertas de tinieblas; porque Dios acostumbra revelar á los pequeños y simples las cosas que oculta á los grandes y sabios de este siglo; y lo que no

pueden alcanzar los hombres orgullosos y llenos de curiosidad, lo da á los humildes.

Despues de leidos atentamente los intérpretes sagrados ha de rumiar con cuidado sus explicaciones y poner en orden lo que haya hallado, imprimiendo tambien en su corazon esta doctrina sagrada por medio de una meditacion atenta y afectuosa, y enriqueciendo su alma con los tesoros de Dios y de los santos padres amigos de Dios. Acuerdese de entregar la llave de ella á Dios y encomendarle la guarda de su corazon como una arca sagrada donde está encerrada la doctrina celestial, para que pueda decir verdaderamente con el real profeta (salmo CXVIII, v. 11): *In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi.*

Enriquecido así con los bienes de Dios si se deja vencer alguna vez por el demonio, lo cual puede acontecer á causa de la flaqueza humana, humillese al punto, haga penitencia, y recurra á la confesion como á una áncora segura.

Acuerdese tambien el predicador que lleva el tesoro de la ciencia en un vaso muy fragil, y pida á Dios con instancia que se sirva ponerle bajo su guarda para que este tesoro esté seguro de las tentativas del demonio y de la vanagloria, á ejemplo de S. Francisco de Asis que decia á Dios con frecuencia: Señor, guarda tú mismo tus tesoros, porque conozco que soy un ladron; de lo contrario ó los robaré, ó los entregaré al enemigo: *Custodi, Domine, tuos ipse thesauros; cognovi enim furem me esse; alioqui eos ipse vel furto auferam, vel hosti tradam.* (R)

CAPITULO III.

DE LA MEDITACION QUE DEBE PRECEDER Á LA PRE- DICACION.

No se contente el predicador con leer, estudiar cuidadosamente y aprender de coro las verdades que debe anunciar: acuerdese del ejemplo de Elias, el cual despues de haber preparado todo lo necesario para el sacrificio pidió á Dios que enviara desde el cielo el fuego que debia consumir la víctima; y el fuego del Señor, dice la Escritura (libro tercero de los Reyes, capítulo XVIII, v. 38) *bajó, y consumió el holocausto, la leña y hasta las piedras de que estaba construido. Ore pues tambien, y ¡ojalá pueda decir con Jeremías (Tren. cap. 1, v. 13): De excelso misit ignem in ossibus meis et erudivit me!*

Persuadase bien que si carece de este fuego celestial, no dará á sus oyentes mas que un alimento insípido, indigesto y sin gusto; mas este fuego solo puede alcanzarle por la oracion y por una fervorosa meditacion, como lo habia experimentado el profeta cuando decia (Salm. XXXVIII, v. 4): *In meditatione mea exardescet ignis.*

Fortalecido el predicador con esta meditacion es menester que saque del Evangelio que tiene en la mano, los atributos de Dios para exponerlos á los pueblos, su poder que resplandece en sus innumerables maravillas, su sabiduría en sus preceptos y consejos y su bondad en los efectos de su misericordia. Tambien ha de sacar de alli las virtudes de la fé, la esperanza y la caridad, así como la humildad, la paciencia, la magnanimidad, la castidad, la misericordia etc.

Haga la experiencia, y probará por sí mismo que

no hay ningun evangelio que no pueda inspirar á un hombre interior las excelentes virtudes de que acabamos de hablar. Examine cuidadosamente todos los pensamientos y palabras, quién es el que habla y á quién habla, con qué fin, en qué tiempo y en qué ocasion; porque si Dios le da la llave de la inteligencia de las divinas escrituras, descubrirá en toda la vida del Salvador un fondo inagotable de verdades y luces y ejemplos de virtudes bien persuasivos, de modo que cavando este tesoro por la meditacion siempre hallará algo nuevo que admirar é imitar. Dios que es eterno, nos habló primero por los profetas y despues por su hijo, y este divino hijo no nos tiene un lenguaje mudo en los santos evangelios, sino que habla con abundancia y claridad á los que tienen oidos para oír.

Figurese estar presente á los discursos de Jesucristo y trasládelos fielmente á sus oyentes, mas por el tono de la voz que por la accion. Sírvasse de las amenazas de Jesucristo para infundir el temor: recuerde con este Dios salvador las misericordias y beneficios divinos para mover á su amor, porque el temor nos aparta de los vicios, así como el amor por el contrario nos inclina á la virtud.

Es menester que el predicador se penetre bien de los sentimientos que quiere comunicar á los que le escuchan, y en vano tratará de mover á los demas si él no experimenta ninguna emocion y no arde, por decirlo así. Esta es la causa por qué dijo un antiguo poeta: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

La consideracion de nuestro Señor Jesucristo anunciando á los pueblos la divina palabra será para el predicador un motivo de consuelo en sus afanes. Acuérdese tambien que Jesucristo pidió por los que oyeran algun dia esta divina palabra, y espere que las suyas apoyadas en tal proteccion producirán algunos frutos:

ofrézcalas á Dios padre como su divino hijo le ofreció las suyas: pídale que como verdadero médico de las almas se digne de comunicar á sus oyentes los remedios saludables del Evangelio segun su necesidad que sabe perfectamente; y suplique á este caritativo médico que se sirva multiplicar en sus manos para alimento de sus oyentes el pan de la divina palabra que en su indigencia acaba de repartir á los pueblos desde el púlpito. Expóngale que sin la bendicion celestial ni el que planta ni el que riega son capaces de producir algunos frutos; y que al contrario la predicacion tornará en perjuicio del orador del mismo modo que un médico daña á su enfermo cuando le administra medicamentos mal preparados por ignorancia ó negligencia.

Hacia el fin de la meditacion ha de considerar cuánto dolor siente Dios ofendido por el pecado, y de qué zelo debe estar él animado para hallarse pronto á morir, ya por amor de Dios, ya por la salud de las almas encomendadas á su cuidado.

Si conoce que ha adelantado algo en esto, es una prueba de que su meditacion ha producido en él el mismo efecto que produjo en el apostol san Juan el libro misterioso de que habla en su Apocalipsis, que le causó grande amargura en las entrañas, aunque en su boca fue dulce como la miel. Sepa pues que cuantas mas lágrimas vierta, mas hará gustar á sus oyentes el amargor de la mirra, es decir, la severidad de la doctrina evangélica. Por fin Dios iluminará su inteligencia con un rayo de luz divina, segun está escrito (Salmo CXVIII, v. 130): *Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*. Pero es necesario que reciba esta luz sagrada con humildad y accion de gracias, y reconozca que es un puro don de la bondad de Dios, y que él no lo merece de ninguna manera. Si no recibiere otro fruto de su meditacion que aprender

á humillarse, contétese con esto acordándose que es una gracia y un don de Dios, y persuadase que si hace buen uso de ello recibirá cosas mayores.

No olvide ademas que un maestro no da ordinariamente nuevas lecciones á sus discípulos sin que sepan bien la primera. Esta primera leccion que Dios quiere que aprendamos, es la humildad, fundamento de todas las virtudes. Si el predicador no sintiendo ningun efecto de la meditacion en sí mismo sabe humillarse entonces á vista de su miseria, sacará no liviana utilidad.

CAPITULO IV.

DE LA DISPOSICION DEL DISCURSO.

Es necesario que el predicador coordine las cosas que haya leído y meditado. No es decible cuánto ayudan á la memoria el orden y la disposicion; porque en vano el predicador amontona muchos materiales y lleva al púlpito un rico conjunto de conocimientos diversos: si todo esto está en bruto, mal digerido y sin orden, no podrá explicarse sino confusamente, y lejos de ser útil á sus oyentes les causará tedio. Los unos no le entenderán: los otros no retendrán lo que haya dicho; y las verdades cristianas presentadas sin orden ni discernimiento no tendrán la fuerza de persuadir y mover los corazones.

Dios en la creacion del universo y un arquitecto en la construccion de un edificio nos enseñan la necesidad de proceder con orden para hacer que el Espiritu Santo baje al corazon de los fieles por medio de la predicacion.

Dios crió primero (asi se cree) la materia primera sin ninguna forma: despues hizo la luz y la tierra y las otras cosas que son los ornamentos de la materia

ofrézcalas á Dios padre como su divino hijo le ofreció las suyas: pídale que como verdadero médico de las almas se digne de comunicar á sus oyentes los remedios saludables del Evangelio segun su necesidad que sabe perfectamente; y suplique á este caritativo médico que se sirva multiplicar en sus manos para alimento de sus oyentes el pan de la divina palabra que en su indigencia acaba de repartir á los pueblos desde el púlpito. Expóngale que sin la bendicion celestial ni el que planta ni el que riega son capaces de producir algunos frutos; y que al contrario la predicacion tornará en perjuicio del orador del mismo modo que un médico daña á su enfermo cuando le administra medicamentos mal preparados por ignorancia ó negligencia.

Hacia el fin de la meditacion ha de considerar cuánto dolor siente Dios ofendido por el pecado, y de qué zelo debe estar él animado para hallarse pronto á morir, ya por amor de Dios, ya por la salud de las almas encomendadas á su cuidado.

Si conoce que ha adelantado algo en esto, es una prueba de que su meditacion ha producido en él el mismo efecto que produjo en el apostol san Juan el libro misterioso de que habla en su Apocalipsis, que le causó grande amargura en las entrañas, aunque en su boca fue dulce como la miel. Sepa pues que cuantas mas lágrimas vierta, mas hará gustar á sus oyentes el amargor de la mirra, es decir, la severidad de la doctrina evangélica. Por fin Dios iluminará su inteligencia con un rayo de luz divina, segun está escrito (Salmo CXVIII, v. 130): *Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*. Pero es necesario que reciba esta luz sagrada con humildad y accion de gracias, y reconozca que es un puro don de la bondad de Dios, y que él no lo merece de ninguna manera. Si no recibiere otro fruto de su meditacion que aprender

á humillarse, contétese con esto acordándose que es una gracia y un don de Dios, y persuadase que si hace buen uso de ello recibirá cosas mayores.

No olvide ademas que un maestro no da ordinariamente nuevas lecciones á sus discípulos sin que sepan bien la primera. Esta primera leccion que Dios quiere que aprendamos, es la humildad, fundamento de todas las virtudes. Si el predicador no sintiendo ningun efecto de la meditacion en sí mismo sabe humillarse entonces á vista de su miseria, sacará no liviana utilidad.

CAPITULO IV.

DE LA DISPOSICION DEL DISCURSO.

Es necesario que el predicador coordine las cosas que haya leído y meditado. No es decible cuánto ayudan á la memoria el orden y la disposicion; porque en vano el predicador amontona muchos materiales y lleva al púlpito un rico conjunto de conocimientos diversos: si todo esto está en bruto, mal digerido y sin orden, no podrá explicarse sino confusamente, y lejos de ser útil á sus oyentes les causará tedio. Los unos no le entenderán: los otros no retendrán lo que haya dicho; y las verdades cristianas presentadas sin orden ni discernimiento no tendrán la fuerza de persuadir y mover los corazones.

Dios en la creacion del universo y un arquitecto en la construccion de un edificio nos enseñan la necesidad de proceder con orden para hacer que el Espiritu Santo baje al corazon de los fieles por medio de la predicacion.

Dios crió primero (asi se cree) la materia primera sin ninguna forma: despues hizo la luz y la tierra y las otras cosas que son los ornamentos de la materia

y le dan brillo, y puso cada cosa en su lugar antes de criar al hombre. Asi creo yo que debe proceder el predicador. Primeramente ha de elegir el asunto, y luego ha de trazar un plan haciendo entrar en él una idea general de las instrucciones que quiere dar y de las cosas que quiere persuadir: ha de buscar lo que han enseñado sobre este objeto los santos padres: ha de meditar el Evangelio y despues colocar cada cosa en su lugar y ponerlo todo en buen orden, de modo que cada una de las partes se encamine al fin comun y vaya dirigida con sabiduria é inteligencia.

Para esto tenga á la mano buen número de lugares comunes que le suministren la abundancia de las máximas, el peso de las autoridades, la fuerza de las pruebas, los tropos y figuras, los ejemplos de la sagrada escritura, las historias y las comparaciones. Hay muchas obras en que estan reunidos estos lugares comunes; pero aprovechará mucho mas al predicador formar por sí una coleccion que sea el fruto de sus tareas y vigilijs. Cuide sin embargo de no salir de la materia, y sepa que las cosas mas agradables y útiles cuando están en su lugar, dejan de agradar y causar impresion si se presentan inoportunamente.

Los pasajes de los profetas bien desenvueltos sirven mucho para instruir, excitan la admiracion y producen mucho fruto, sobre todo cuando los autores sagrados nos pintan á Dios entrando en cuentas con los hombres y reprendiéndoles sus crímenes. Las profecías especialmente que vemos cumplidas en la ley de gracia, mueven sobremanera al auditorio.

Será bueno de cuando en cuando explicar el Evangelio del dia por orden y cada texto sucesivamente, cuidando que resalten de todas partes lecciones de moral, porque todo el trabajo del orador cristiano debe referirse principalmente á la práctica de las virtudes.

Otras veces despues de parafrasear el Evangelio será bueno elegir un texto ó una máxima, que expuesto con claridad dé abundante materia á la instruccion de los oyentes.

Por lo demas en esta clase de instrucciones puede haber tantos géneros diferentes como entendimientos y personas, porque no solamente lo que agrada á unos suele desagradar á otros, sino que tambien muchas veces aprobamos un dia lo que desaprobamos al siguiente, de suerte que lo que nos agrada al tiempo de la composicion, lo desechamos despues. Es prudente escribir los sermones, peligroso no hacerlo y muy util para en adelante el haberlo hecho.

En cuanto al método varía segun las personas: unos no hacen mas que una especie de compendio y se contentan con anotar los puntos principales: otros escriben sus sermones á la larga y no se atreven á hablar en público sin fiar sus discursos al papel para decorarlos íntegros; lo cual es muy trabajoso, y lo practican mas bien los tímidos principiantes que los que ya tienen alguna experiencia en el ministerio de la palabra. En efecto me parece que atarse así á las expresiones es entorpecer la fuerza del discurso y atajar su fuego y vehemencia, y que el predicador que se sujeta de este modo reprende los vicios con menos libertad y valentia, y habla con menos vigor, porque no puede seguir los movimientos que le inspira el espíritu de Dios al tiempo del sermón, y que son muchas veces capaces de mover y mas acomodados á las disposiciones actuales de los oyentes. Otros (y yo apruebo este método) guardan un medio entre estos dos géneros, y reducen metódica y compendiosamente á una sola página el asunto sobre que deben predicar, añadiendo tal vez las palabras mas propias para expresar sus pensamientos, y disponiéndolo todo con orden: así tienen campo mas libre para

desenvolver las partes del discurso cuando se presente la ocasion y dar vuelo á la fuerza de la elocuencia y al calor de un discurso vivo y animado, donde todo mana de su origen, y que no entibiándose por los esfuerzos de la memoria es mucho mas á propósito para hacer mella en los oyentes. En mi dictámen este es el método mas seguro y usado. No se han de emplear frases, ni expresiones, ni modos de hablar que huelan á afectacion y sean demasiado estudiados, porque este exceso de cultura del lenguaje seca la devocion del predicador y del oyente; mas tambien ha de huirse de un lenguaje descuidado, trivial, tosco, bárbaro y anticuado. Cuidese pues de castigar el estilo de manera que ningun inteligente halle nada que reprender.

Despues de escrito el sermon se ha de repetir algunas veces no solo para grabarle en la memoria, sino para arreglar la accion, el tono de la voz y todo el porte exterior antes de presentarse en público, sobre todo si no poseemos la facultad natural ó adquirida por el arte de predicar con gracia, y no tenemos costumbre de subir al púlpito.

Algunos para ayudar la memoria se sirven de signos ó imágenes, de que ciertas personas han compuesto una ciencia llamada memoria artificial, y que se supone ser para uso de los oradores; pero yo he visto muchas veces que el número de estos signos lejos de aliviar la memoria no hace mas que confundirla. Conviene pues tambien seguir en esto un justo medio y hacer á la margen del cuaderno en seis ú ocho parajes principales algunas señales, como por ejemplo cruces, letras ó números, de suerte que si como suele acontecer se olvidan las cosas que se habian aprendido, ó se turba uno durante el sermon, pueda recurrir á aquellas señales, como se echan anclas en el mar para evitar que el bajel sea juguete de los vientos.

El tiempo mas favorable para aprender un discurso es la víspera por la noche antes de entregarnos al descanso y de tomar el sueño necesarios para que al despertar nos ocurran inmediatamente las ideas impresas en nuestro entendimiento. Es preciso que al levantarnos pidamos á la memoria lo que no habiamos hecho mas que fiarle, por decirlo asi, el dia antes.

El predicador podrá tambien tomar por asunto de la oracion de la mañana la materia misma de su discurso para persuadirse de las verdades que trate de persuadir á sus oyentes, porque nunca atrae el orador con mas facilidad estos á sus sentimientos que cuando él está íntimamente penetrado de los mismos.

No menos cuidado se ha de poner en lo que se ha de callar que en lo que se ha de decir. Asi cuando se trata de una cosa controvertida y de alguna importancia, no tenga la imprudencia de contradecir las doctrinas de la teología escolástica. Si como puede acontecer soltase sin reflexion algunas palabras ó proposiciones poco exactas en los términos y que puedan echarse á mala parte; al punto antes de pasar mas adelante es menester que explique con claridad en qué sentido las entiende, no sea que los fieles se disgusten y escandalicen figurándose que el predicador tiene malos sentimientos en materia de religion (1); porque el real pro-

(1) Me parece que hay otro inconveniente mas comun, y es engañar á oyentes poco instruidos, los cuales oyendo la proposicion en un sentido falso y persuadidos que todo lo que dice el predicador es verdad, concebirian ideas falsas sobre lo que toca á la doctrina católica, de modo que el predicador en vez de iluminarlos los dejaria ciegos. Este sin duda es un motivo poderosísimo para seguir el consejo que da aqui S. Francisco de Borja; á saber, que se explique al punto lo que se ha querido decir.

feta dijo hablando de la palabra de Dios: *Eloquia Domini eloquia casta.*

CAPITULO V.

DE LA PREPARACION PRÓXIMA PARA LA PREDICACION.

Una madre para criar á su hijo con su propia leche empieza por nutrirse á sí misma, y tiene un cuidado particular de su salud; y cuando empieza á dar un alimento sólido á su hijo, antes le desmenuza ella con sus dientes. Asi obra un ministro zeloso de Jesucristo lleno de amor hácia los cristianos, que son para él como niños que necesitan un alimento espiritual, y le masca primero, por decirlo asi, antes de repartirsele.

Celebre pues el predicador el santo sacrificio con devocion, ore, ayune, vele, llore, castigue su cuerpo, dómele por la mortificacion, y sujétele al espíritu. Asi logrará echar de tanta multitud de personas los pecados que se han apoderado de ellas como otros tantos demonios; porque como dijo el mismo Jesucristo, esta clase de demonios no se echan sino por la oracion y el ayuno: *Hoc genus dæmoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunium* (S. Mateo, cap. XVII, v. 28). Estando nuestro Señor á punto de dejar la tierra decia á su padre: Padre santo, guardalos en tu nombre. Y no te pido solamente por ellos, sino por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo. Non pro eis autem rogo tantum sed pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me* (S. Juan, cap. XVII, v. 13 y 20).

Estas palabras son como unas cartas de recomendacion que nos dejó Jesucristo al volver á su padre: sirvamonos de ellas, recordemoslas al padre celestial quien seguramente no puede menos de acojerlas con bondad,

y unámonos con confianza á Jesucristo que rogaba por aquellos á quienes vamos á dirigir la divina palabra.

Implore tambien el predicador con instancia el auxilio de los santos ángeles y pida á los serafines su amor, á los querubines su ciencia y sus luces y á todos los demas coros una parte de los dones particulares que Dios les ha dado; pero sobre todo pida á los ángeles custodios de sus oyentes licencia para enseñar á los que estan encomendados á su cuidado. Ruboricese de atreverse asi á enseñar á unas personas á quienes Dios ha dado tales maestros y tales custodios. ¡Oh! si la diligencia de estos buenos ángeles ha sido infructuosa con ellos, ¿cómo podeis esperar que les aproveche la vuestra no teniendo experiencia y siendo un miserable pecador? Pedidles pues que se sirvan suplir con sus santas inspiraciones lo que falte á vuestras instrucciones por vuestra incapacidad é ignorancia.

Finalmente para que no merezcáis oir de boca de vuestro mismo angel de la guarda estas palabras: *Meditate, cura te ipsum*; observad la ley que predicáis á los pueblos, y haced primero lo que recomendáis á los demas. Asi vuestros discursos serán utilísimos para la salud de vuestra alma.

Poned pues todo vuestro conato en desempeñar el cargo de un buen preceptor que observa los preceptos que da. Esto hemos aprendido de Jesucristo, el doctor bajado del cielo, del cual se dice que empezó á practicar y luego á enseñar.

Cuando queráis recomendar mas especialmente la práctica de alguna virtud, implorad antes el auxilio particular de un santo que haya sobresalido en ella durante su vida: asi si habláis de la paciencia, encomendaos al santo Job: si tratáis de la penitencia, invocad á santa María Magdalena: si de la castidad, recurrid á S. José; y si la caridad es la materia de

vuestro discurso, dirigíos al discípulo amado de Jesús: porque sus méritos é intercesion para con Dios son muy eficaces para alcanzar las virtudes de que nos dejaron tan grandes ejemplos. Recurrid pues á ellos para que Dios en su misericordia haga que el pueblo que os escucha, no solamente entienda, sino practique la divina palabra.

Mas como la vanidad asalta de ordinario á los predicadores y logra con demasiada frecuencia introducirse en su alma, sobre todo si acude gran concurso á oírlos; es menester que el ministro se provea de las armas necesarias y que combata fuertemente á este enemigo, que semejante á la víbora destila un veneno sutil capaz de romper el corazon mas sano y la sangre mas pura: que hé aquí por qué medios podreis defenderos de él. Antes de subir al púlpito penetraos de vergüenza y confusion, como si fuerais á desaprobá vuestro conducta pasada y retractar todo lo que habeis dicho hasta entonces. En efecto bien examinada la cosa ¿no haceis una retractacion cuando alabais la virtud y la recomendais á los fieles? ¿No desaprobais entonces las acciones criminales que cometisteis en el tiempo en que ofendiais á Dios con tanta frecuencia? Sea pues el predicador acusador y juez de sí mismo y de sus obras, y sea tambien elregonero que publique la sentencia, y el ministro que la ejecute. Despues de esto ¿ó ceniza infeliz! ¿cómo podrias ensoberbecerte en el instante mismo en que retractas públicamente tus extravíos pasados? ¿Y tomarias motivo de gloriarte cuando tú mismo condenas tu antigua vida?

En los tres días que precedan á la predicacion, procurad encomendaros especialmente á cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad. El primer día encomendad vuestra memoria á Dios padre y pedidle tambien que grabe vuestras instrucciones en la memo-

ria de vuestros oyentes. El segundo encomendad vuestro entendimiento al hijo de Dios, y suplicadle que ilumine á vuestros oyentes con sus divinas luces. El tercero consagraad vuestra voluntad al Espíritu Santo, y rogadle que ilustre é inflame la voluntad de vuestros oyentes. Esta práctica es muy santa, y los que sean fieles á ella no tardarán en sentir sus dichosos efectos.

Si como suele acontecer la memoria retiene con dificultad lo que se le quiere fiar, dirigíos al padre celestial: si teneis que explicar algun pasaje difícil, y quereis desentrañar algun secreto de la sagrada escritura, recurrid al Hijo: por último cuando os sintais árido y sin devocion, suplicad al Espíritu Santo que encienda el fuego de su amor en vuestro corazon. De esta manera consagradas á Dios todas las potencias de vuestra alma vendrán á ser en vuestras manos unos instrumentos mucho mas propios para publicar las alabanzas y procurar la gloria del Señor.

CAPITULO VI.

DE LA PREPARACION INMEDIATA PARA PREDICAR.

El predicador estando á punto de subir al púlpito debe pensar especialmente en la pureza de su alma, examinar si sus intenciones son rectas y si su conciencia se halla en buen estado, recordar la cuenta rigurosa que dará del sermon que va á predicar, y trasladarse en espíritu al tribunal en que el Dios de justicia le comunicará un día su sentencia. Es pues prudente que el que va á predicar modifique su conciencia por medio de la contricion como si fuera á morir, y en efecto debe estar pronto á hacerlo en defensa de las verdades que va á predicar.

Acuerdese pues que Jesucristo, hijo de Dios, subió á la cruz como á una cátedra para recibir la muerte, y que el apostol S. Andres predicó desde su cruz, la colmó de alabanzas y exhaló en ella el último suspiro (1). Así el verdadero predicador de Jesucristo crucificado debe subir al púlpito en disposición de padecer todo género de tormentos y aun desear morir en testimonio y defensa de la palabra divina que anuncia, y de la iglesia católica romana nuestra madre y maestra.

Considerese también como un instrumento, una máquina de guerra de que Dios quiere servirse para destruir y derribar los muros de la soberbia Babilonia, y como la pólvora que es una materia vil, negra y sucia que mancha los dedos de los que la tocan, y no puede servir sino cuando se le prende fuego. Conozca la necesidad que tiene de que el Espíritu Santo encienda en él el fuego celestial y le inflame, como inflamó el corazón de los apóstoles el día de Pentecostes. Para conseguir este don precioso, este fuego sobrenatural, esta luz divina rece con humildad y confianza el himno *Veni, creator Spiritus.*

CAPITULO VII.

DEBER DEL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

No se turbe ni se disguste el predicador que subiendo al púlpito ve un reducido auditorio; antes debe extrañar que haya un solo hombre que quiera tener la

(1) Estas circunstancias de la muerte de S. Andres son muy inciertas: estan tomadas de las actas de su martirio, que parecieron sospechosas á Tillemont y otros varios críticos hábiles.

paciencia de escucharle. Considere que aunque sea corto el número de sus oyentes, no por eso tendrá él menos mérito; al contrario ganará el estar menos expuesto á la vanidad.

Figúrese entonces á Jesucristo, nuestro soberano maestro enviado del cielo para anunciarnos la palabra divina, y no se avergonzó de predicar delante de algunos discípulos y aun delante de una sola pobre mujer de baja extracción, y eso á pesar de estar causadísimo por el largo camino que habia andado á pie.

Esté igualmente pronto á callar en cuanto reciba la señal de su compañero (1), aun cuando no haya acabado la mitad de su discurso, porque vale mas callar por obediencia que decir las cosas mas preciosas sin esta virtud.

Sin embargo será prudente disponer su sermón de modo que no dure mas de una hora: si no el oyente no saca provecho de lo que se dice por la demasiada prolijidad, se cansa y concibe hastío á la divina palabra.

En cuanto á los ademanes y movimientos del cuerpo deben ser acomodados á la persona que habla, á su clase y dignidad y proporcionados al asunto que se trate. Cuidé el predicador de ser moderado en los ademanes por no parecerse á un actor de teatro; pero tampoco esté inmovil, de manera que parezca una estatua en el púlpito. Acuérdese que la acción y la pronunciación son lo principal del orador y como el alma del discurso segun testimonio de Demóstenes: así deben ser vivas; pero al mismo tiempo arregladas y modestas. Es menester que el ademan sea como una segunda espe-

(1) Esto se refiere á una costumbre particular de los jesuitas.

Acuerdese pues que Jesucristo, hijo de Dios, subió á la cruz como á una cátedra para recibir la muerte, y que el apostol S. Andres predicó desde su cruz, la colmó de alabanzas y exhaló en ella el último suspiro (1). Asi el verdadero predicador de Jesucristo crucificado debe subir al púlpito en disposicion de padecer todo género de tormentos y aun desear morir en testimonio y defensa de la palabra divina que anuncia, y de la iglesia católica romana nuestra madre y maestra.

Considerese tambien como un instrumento, una máquina de guerra de que Dios quiere servirse para destruir y derribar los muros de la soberbia Babilonia, y como la pólvora que es una materia vil, negra y sucia que mancha los dedos de los que la tocan, y no puede servir sino cuando se le prende fuego. Conozca la necesidad que tiene de que el Espíritu Santo encienda en él el fuego celestial y le inflame, como inflamó el corazón de los apóstoles el día de Pentecostes. Para conseguir este don precioso, este fuego sobrenatural, esta luz divina rece con humildad y confianza el himno *Veni, creator Spiritus.*

CAPITULO VII.

DEBER DEL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

No se turbe ni se disguste el predicador que subiendo al púlpito ve un reducido auditorio; antes debe extrañar que haya un solo hombre que quiera tener la

(1) Estas circunstancias de la muerte de S. Andres son muy inciertas: estan tomadas de las actas de su martirio, que parecieron sospechosas á Tillemont y otros varios críticos hábiles.

paciencia de escucharle. Considere que aunque sea corto el número de sus oyentes, no por eso tendrá él menos mérito; al contrario ganará el estar menos expuesto á la vanidad.

Figurese entonces á Jesucristo, nuestro soberano maestro enviado del cielo para anunciarnos la palabra divina, y no se avergonzó de predicar delante de algunos discípulos y aun delante de una sola pobre mujer de baja extraccion, y eso á pesar de estar causadísimo por el largo camino que habia andado á pie.

Esté igualmente pronto á callar en cuanto reciba la señal de su compañero (1), aun cuando no haya acabado la mitad de su discurso, porque vale mas callar por obediencia que decir las cosas mas preciosas sin esta virtud.

Sin embargo será prudente disponer su sermón de modo que no dure mas de una hora: si no el oyente no saca provecho de lo que se dice por la demasiada prolijidad, se cansa y concibe hastío á la divina palabra.

En cuanto á los ademanes y movimientos del cuerpo deben ser acomodados á la persona que habla, á su clase y dignidad y proporcionados al asunto que se trate. Cuidé el predicador de ser moderado en los ademanes por no parecerse á un actor de teatro; pero tampoco esté inmovil, de manera que parezca una estatua en el púlpito. Acuérdese que la accion y la pronunciacion son lo principal del orador y como el alma del discurso segun testimonio de Demóstenes: asi deben ser vivas; pero al mismo tiempo arregladas y modestas. Es menester que el ademan sea como una segunda espe-

(1) Esto se refiere á una costumbre particular de los jesuitas.

cie de expresion, que ayude á la palabra, y que aunque diga menos que esta dé á entender mas.

Evite las prolijidades no contando historias que fatigan al oyente y hacen perder un tiempo que se emplearia mejor en instruirle.

Cuando reprende á los pecadores piense en reprenderse á sí mismo, porque es menester que se tenga por el mayor de todos; lo cual le será facil supuesto que no conoce á nadie, ni aun entre sus oyentes, que haya cometido tantos pecados como los de que le acusa su conciencia. Asi al paso que instruya á los otros y les sea util, hallará él mismo su propio provecho.

Evite la vanidad de no querer decir nada que hayan dicho otros, y no tenga reparo en valerse de lo que halle bueno, no solo en los antiguos sino en los modernos, porque Jesucristo siendo la sabiduría del Padre no se desdenó de repetir lo que el Bautista su precursor habia predicado sobre la penitencia á orillas del Jordan.

Aprenda tambien por este ejemplo á hablar á menudo de la penitencia, ya en público, ya en particular, y á exhortar los pueblos á practicarla, porque arrastrados por sus sentidos y por las costumbres depravadas casi siempre estan apasionados de las delicias y deleites del mundo. Observe que Dios por boca de Jeremias llama falsos profetas á los que no predicán la penitencia.

Si durante el sermón se oyese por casualidad algun ruido, sufrale con paciencia, no se inquiete, y sobre todo no manifieste ningun sentimiento de ira, no sea que exhortando los demas á la paciencia se refute él mismo con el ejemplo público que da del vicio contrario. Acuérdesese que con su impaciencia pondria mayor obstáculo á la palabra de Dios que los que hacen el ruido: si es necesario decir algo para que cese este, dí-

galo, pero con modestia, sin alterarse y sabiendo conciliar al mismo tiempo la autoridad y la humildad que convienen á su ministerio.

Sea muy prudente y modesto en reprender las malas costumbres y los vicios, porque si las palabras que emplea ofenden los ánimos, si es áspero y duro en sus correcciones, lejos de ser estas útiles y producir la enmienda serán por el contrario muy perjudiciales.

Un médico habil sabe dorar la píldora para hacerla tragar con mas gusto á un estómago debil, y aunque está dorada no deja por eso de obrar su efecto. La correccion fraterna debe hacerse con franqueza y cordialidad, para que claramente aparezca que procede de un corazon piadoso y cristiano de veras, que se mueve á compasion y no busca mas que la salud de aquel á quien reprende.

Diga que no es su ánimo designar á nadie, y que no cree que ninguno de sus oyentes sea culpado de los pecados contra los cuales clama; pero que su intencion es precaverlos de los vicios de que habla: Mida de tal modo sus palabras, que si alguno se ofendiere de ellas y lo llevare á mal, pueda decirle en verdad que no ha hablado por él.

Podrá templar esta correccion fraterna citando algunos pasajes ó ejemplos de la sagrada escritura ó de los santos padres, en los cuales se clame contra los mismos vicios; porque como entonces no habla el predicador, sino el Espíritu Santo no podrán los oyentes quejarse de que ha dicho aquel cosas ofensivas contra estos. En lo demas la correccion ha de respirar comiseracion y no indignacion, y no ha de contener nada que huela á odio ó acepcion de personas: es preciso, segun el precepto de S. Pablo, hablar á los ancianos como á padres, y á las mujeres ancianas como á madres. Es indecible con cuánto empeño procura el demonio que en

las correcciones se sustituya el amargor de la hiel á la dulzura de la miel evangélica para desviar así á muchas personas de oír la palabra de Dios y excitar el odio y la envidia contra los eclesiásticos zelosos. Si ocurriere una circunstancia en que fuese necesario para la salud de aquel á quien se quiere corregir, descubrir la llaga y emplear el hierro y el fuego en su curacion; acuérdesse el predicador de añadir el aceite de la mansedumbre. Así hizo Dios en otro tiempo con el empedernido Faraon: le castigaba con muchas plagas, y en seguida las suspendía para que pudiese tranquilamente volver en sí y enmendarse.

Si mientras el predicador está en el púlpito, le ocurren algunas ideas nuevas en las que no había reflexionado antes, no se aventure á exponerlas, porque no están bastante maduras. El demonio acostumbra muchas veces sugerir así pensamientos sobre cosas de poca monta para turbar al predicador ó desviarle del asunto que trata: sin embargo si el que habla fuese un hombre de disposicion y pudiese apoyarse en la solidez de su juicio, podría usar aquellos pensamientos nuevos, con tal que convengan tan perfectamente á la materia que no pueda omitirlos sin escrúpulo.

En este último caso vuelva cuanto antes le sea posible á lo que preparó antes por respeto á la doctrina sagrada, no sea que contando demasiado consigo mismo caiga en algun error.

Es menester tratar con mucha prudencia las cuestiones de controversia, porque si se citan las objeciones de los herejes para refutarlas, las personas poco instruidas no sacarán ningun provecho, y aun cuando los oyentes tuvieran bastantes luces para poder seguir estas disputas, no convendría tampoco detenerse en ellas. La experiencia nos ha enseñado que la malicia y astucia del demonio superan mucho á la vigilancia y prudencia de los hombres.

Será pues deber de un eclesiástico prudente presentar con solidez las pruebas que confirman la fé católica, y refutar los errores opuestos sin tener trazas de que responda á una objecion. Por ejemplo sentará la obediencia debida á la iglesia romana: probará por la Escritura y con sólidas razones la excelencia de la virginidad y la necesidad del celibato clerical: expondrá las ventajas de la vida religiosa y los importantes servicios que prestan los religiosos. Explicará el mérito de las buenas obras y de la penitencia: exhortará á la obediencia hácia los superiores eclesiásticos y seculares: hablará del fruto que se saca de las indulgencias, ya para los vivos, ya para los difuntos, de la utilidad que nos trae la intercesion de los santos, encomendará su invocacion á los fieles, y los excitará también á la devocion á las reliquias de los santos y á los altares que les están consagrados.

Un eclesiástico prudente y animado de un santo zelo hablará sobre todo esto en tales términos, que el que conoce los errores opuestos pueda entender con qué raciocinios se refutan, y el que no tenga ninguna idea de aquellos, conserve su simplicidad y continúe ignorando las objeciones de los herejes; y sin embargo tenga á la mano con qué defenderse si por casualidad le asaltasen interior ó exteriormente algunas tentaciones contra la fé.

En las provincias inficionadas de la herejía es inútil esta precaucion; al contrario han de descubrirse los errores, obcecacion y ardidés de los herejes con las entrañas de la caridad y el acento del dolor (1). Sin em-

(1) S. Francisco de Sales, mas experimentado en los combates contra los herejes, prueba con mucha solidez, como hemos visto mas arriba, que aun en los países infestados de ellos no debe el predicador refutar directamente las objeciones de los mismos.

bargo cuide el predicador antes de subir al púlpito de preparar la materia y fortalecer las pruebas con cuanto puedan sugerirle su entendimiento y la fuerza de la verdad, no sea que queriendo aplicar el remedio aumente por el contrario el mal valiendose de razones fútiles y poco concluyentes.

Tambien debe evitar el tratar delante de oyentes poco ilustrados de los diferentes grados de la perfeccion, de la sublimidad de la oracion y de la contemplacion. Pocas personas le entenderian, y muchas se desalentarian con una luz demasiado fuerte. Cuando el comun de los fieles ve que no alcanza el objeto propuesto por el predicador, juzga que las buenas obras no tienen mérito: otros por el contrario esclavos de la carne se burlan de todo esto y no creen facilmente en toda aquella sublimidad de la oracion y de la contemplacion. Asi sucede que el predicador se expone al peligro de la vanagloria, y el autor se vuelve á su casa con el corazon vacio y seco. Será pues muy conveniente acomodar y proporcionar sus instrucciones á la capacidad de aquellos á quienes haya de instruirse.

El predicador debe tambien evitar las exageraciones é hipérboles desmedidas: la elocuencia del púlpito se diferencia de cualquier otra principalmente en que está consagrada á la verdad pura, y que el predicador ha de aparecer como un testigo fiel de esta misma verdad que no necesita nunca de disfraz, y no como un sofista artificioso que trata de corromperla para hacerla mas agradable. El predicador debe abstenerse tambien de las comparaciones odiosas sobre la excelencia de la virtud de un santo respecto de la de los otros, porque ademas de no producir estos discursos ningun fruto entre los fieles pudieran acarrear lances fatales al predicador si se pesaran y examinaran en todo rigor. Es pues mas seguro y cuerdo

hablar de los santos con simplicidad y moderacion. No basta alabar á estos y ensalzar sus virtudes, sino que hay que indicar á los oyentes los medios y caminos que han de seguirse para imitarlos, y manifestar al mismo tiempo las espinas que obstruyen y dificultan la senda de la vida eterna. Conviene indicar varios medios diferentes y fáciles, para que cada uno pueda tomar el que mas le cuadre.

En los lugares donde los fieles van con gusto y en gran número á oír atentamente la palabra de Dios, entonces el predicador puede exponer mas resueltamente las verdades de claro en claro, y tambien puede con mas libertad reprender los vicios y corregir los abusos, acordándose de lo que hizo nuestro divino Salvador el dia mismo en que le recibieron los judíos con mas pompa con palmas y ramos y cantando: Hosanna en lo mas alto de los cielos: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; porque en aquel mismo dia echó Jesucristo del templo á los vendedores y compradores con un látigo.

El predicador evitará en el ejercicio de su ministerio dejarse llevar de los respetos humanos, de la esperanza del lucro ó de alguna otra ventaja temporal, si no quiere que se le pegue la lepra de los pecados de que trata de curar á los pueblos, como leemos que sucedió al avaro Giezi que quedó cubierto de la lepra de que se habia curado por la bondad de Dios Nahaman convertido.

CAPITULO VIII.

LO QUE DEBE HACER EL PREDICADOR DESPUES DEL SERMON.

En cuanto vuelva el predicador á su aposento despues del sermon, dará gracias á Dios de haberle em-

pleado en un ministerio tan sublime y por un fin tan útil. En seguida repasará dentro de sí mismo las faltas que se le han escapado durante su discurso para humillarse profundamente y evitarlas en lo sucesivo. Esto le servirá de preservativo contra los elogios y la lisonja de los hombres, y le ayudará á repeler los asaltos del amor propio y de la vanagloria, cuyos artificios, por evidentes que sean, no dejan de seducirnos y cegarnos si no tenemos en herencia el espíritu de humildad y una idea baja de nosotros mismos.

Pero para humillarse mas, anonadarse mejor á vista de su propia nada y evitar los tiros mortales de la lisonja debe exclamar: ¡Gran Dios! ¡cuántas veces yo indigno pecador he pronunciado hoy mi condenacion! ¡Qué oposicion entre mis obras y mis palabras! ¡Tibio y muy mirado para conmigo solamente tengo severidad para reanimar y corregir á los otros. ¡Qué blandura y qué condescendencia para mí! ¡Qué facilidad para disculpar mis faltas! Y al contrario ¡qué rigor para las de los demas! ¡Cómo, Dios mio, este transgresor de vuestros mandamientos, este hombre tan distante de la perfeccion evangélica se atreve á dar lecciones á los otros? Parezcome al leon que con la cola borra las huellas de sus pies: mis obras desmienten la doctrina que enseño.

Si os dicen vuestros amigos que vuestros discursos producen fruto, decid con la humilde virgen María: *Magnificat anima mea Dominum*; ó con el real profeta: *Dico ego opera mea regi*; porque todo lo que encierra la bóveda del cielo, pertenece á su rey, y le es debida toda gloria. El fruto de la palabra evangélica es el fruto de la semilla que cayó en tierra y murió para resucitar y fructificar. Nosotros no somos mas que unos siervos inútiles que hemos hecho lo que debiamos.

Si por el contrario oís decir que vuestros sermones

no producen ningun fruto; basteos haber cumplido las órdenes de vuestros superiores, que no es poca ganancia para vuestra alma, y decid: Señor, aunque yo no sirva para nada, sin embargo puedo servir de testigo é intérprete de vuestra divina voluntad anunciando vuestra ley á los hombres, para que un dia seais justificado en vuestras palabras, y en el gran dia de vuestra justicia podais tomar venganza del desprecio que hayan hecho los hombres de ellas.

Tened tambien el consuelo de que aunque los hombres no descubran ningun fruto, no deja Dios á veces de sacarle obrando en los corazones, cuyo único escudriñador y señor es, y cuyos pliegues no puede sondear el hombre. Recordad que los apóstoles, discípulos de Jesucristo, al anunciar el Evangelio al universo, produjeron pocos frutos y movieron pocos corazones, y que los grandes frutos del Evangelio que habian sembrado en los corazones de los hombres, no se cogieron hasta despues de su muerte cuando aquella semilla fecunda creció (1).

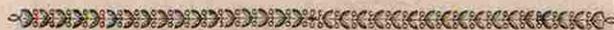
Si sabeis por casualidad que se ha levantado alguna murmuracion contra vos, no os inquieteis si no habeis dado motivo á ella: mas aun, dad gracias á Dios de que ois contra vos las blasfemias y murmuraciones que se proferian contra él cuando predicaba en la tierra, aunque habia merecido bien de los judíos por sus discursos y por la curacion de los enfermos. Y si vuestros sermones son

(1) Creo que esta idea se le escapó á S. Francisco de Borja en un momento de distraccion, porque la conversion de tres mil hombres en el primer sermón de los apóstoles, la de cinco mil algunos dias despues y la fundacion de innumerables iglesias, modelos de piedad y fervor, en los pueblos mas remotos, son sin duda frutos muy preciosos y abundantes de la divina palabra.

inútiles para los demas, sabed que no os serán inútiles á vos mismo, y Dios os los remunerará.

Ved cuánto os obliga la predicacion del Evangelio á observar los preceptos que dais á los otros, porque si vuestras obras discuerdan de vuestras palabras, pareceréis á los sepulcros blanqueados y hermosos por fuera, y dentro estan llenos de huesos de muertos y de podredumbre.

Con semejantes reflexiones se conservará el predicador en la humildad, y quanto mas humilde sea, mas abundantes frutos producirá, y se hará acepto á Dios bondadosísimo y poderosísimo y á Jesucristo, que es el modelo mas perfecto de la predicacion evangélica y el único doctor de los predicadores humildes, á quien sean tributados honor y gloria, asi como al Padre y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.



TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.



ADVERTENCIAS DEL P. CLAUDIO AQUAVIVA, QUINTO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, Á LOS PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

Claudio Aquaviva nació en Nápoles en 1542, y fue hijo de Juan Aquaviva, duque de Astria. Siendo camarero de honor del papa S. Pio V renunció á las esperanzas del siglo para consagrarse á Dios en la compañía de Jesus á la edad de 25 años. Por su eminente mérito fue promovido al cargo de general en 1581, aunque solo contaba 38 de edad. Los resultados probaron el acierto de esta eleccion. Nunca trabajó mas ningun general en beneficio de la compañía, ni mas tiempo, ni en circunstancias mas difíciles ni con mas acierto. Noticia del P. Claudio Aquaviva.

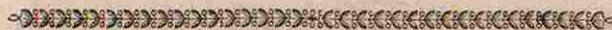
Admirábase especialmente en él una union continua con Dios que le hacia superior á todos los acontecimientos de la vida, de modo que recibia con igual

(1) Alegambis, *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu*, art. *Claudius Aquaviva*.

inútiles para los demas, sabed que no os serán inútiles á vos mismo, y Dios os los remunerará.

Ved cuánto os obliga la predicacion del Evangelio á observar los preceptos que dais á los otros, porque si vuestras obras discuerdan de vuestras palabras, pareceréis á los sepulcros blanqueados y hermosos por fuera, y dentro estan llenos de huesos de muertos y de podredumbre.

Con semejantes reflexiones se conservará el predicador en la humildad, y quanto mas humilde sea, mas abundantes frutos producirá, y se hará acepto á Dios bondadosísimo y poderosísimo y á Jesucristo, que es el modelo mas perfecto de la predicacion evangélica y el único doctor de los predicadores humildes, á quien sean tributados honor y gloria, asi como al Padre y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.



TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.



ADVERTENCIAS DEL P. CLAUDIO AQUAVIVA, QUINTO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, Á LOS PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

Claudio Aquaviva nació en Nápoles en 1542, y fue hijo de Juan Aquaviva, duque de Astria. Siendo camarero de honor del papa S. Pio V renunció á las esperanzas del siglo para consagrarse á Dios en la compañía de Jesus á la edad de 25 años. Por su eminente mérito fue promovido al cargo de general en 1581, aunque solo contaba 38 de edad. Los resultados probaron el acierto de esta eleccion. Nunca trabajó mas ningun general en beneficio de la compañía, ni mas tiempo, ni en circunstancias mas difíciles ni con mas acierto.

Noticia del P. Claudio Aquaviva.

Admirábase especialmente en él una union continua con Dios que le hacia superior á todos los acontecimientos de la vida, de modo que recibia con igual

(1) Alegambis, *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu*, art. *Claudius Aquaviva*.

serenidad lo próspero y lo adverso. Sabía conservar esta union con Dios á pesar de los infinitos afanes á que se dedicaba con infatigable teson para el buen gobierno de la compañía: siempre hallaba tiempo para los ejercicios de piedad que eran su descanso y su esparcimiento, y en ellos gustaba las delicias del amor divino con tanto fervor, que solian descubrirse á las claras en sus suspiros y lágrimas. No emprendía jamás niugun asunto importante sin haber consultado á Dios en la oracion. Su corazon le inclinaba á un tierno afecto hácia la santa humanidad de Jesucristo, los misterios de su pasion y muerte y el augusto sacramento de la Eucaristia. Tenia un amor filial y una viva devocion á la Virgen Santísima, á quien recurria principalmente para alcanzar por su intercesion tres virtudes de su especial aprecio, gran pureza de conciencia, una profunda humildad y un zelo ardiente por la gloria de Dios. Murió el 31 de enero del año 1615 despues de haber gobernado unos treinta y cuatro la compañía de Jesus con una caridad paternal y una solicitud pastoral, que le tenían continuamente ocupado en el bien espiritual de sus hijos. Su zelo ingenioso le sugeria los medios mas cuerdos, para infundirles á todos el espíritu de su estado. Uno de los principales que empleó, fue renovar á menudo su fervor dirigiéndoles varias epístolas llenas del espíritu de Dios para instruirlos en sus deberes, ilustrarlos en sus dudas, dar nuevo impulso á su piedad y formar dignos miembros de la compañía de Jesus: estas epístolas son un modelo de prudencia y sabiduría. A cada renglon se conoce al hombre de consumada experiencia y de un discernimiento exquisito que arde en amor de Dios; pero cuyo discreto zelo no quiere que se haga nada que pueda corromper la obra del Señor. Enseña á los hombres consagrados á la salud de los hombres cómo deben dirigir los espíritus, insinuar-

se en los corazones y hacerse todo para todos con el fin de ganar todo el mundo para Jesucristo. Los dirige con el mayor cuidado respecto de la pureza de intencion, y siempre teme que venga á introducirse algun motivo humano en obras en que tanto importa buscar únicamente la gloria de Dios: en una palabra no omite nada de lo que puede formarlos en la prudencia, el zelo y la humildad. Esto es lo que se observa entre otras en su epístola á los provinciales de la compañía sobre el modo de formar buenos predicadores; que es la que vamos á copiar aqui porque abunda en las mas sabias instrucciones.

En ella se remite el P. Aquaviva á una instruccion para los predicadores que habia publicado mucho tiempo antes. Como muchas cosas de esta no tienen relacion mas que con los predicadores de la compañía, hemos creido que no debiamos traducirla íntegra y nos hemos limitado á los trozos mas esenciales ingiriendolos por via de notas en la traduccion de la epístola del P. Aquaviva.

EPISTOLA

DEL

P. CLAUDIO AQUAVIVA,

GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Á LOS PROVINCIALES DE LA MISMA, QUE CONTIENE INSTRUCCIONES PROPIAS PARA FORMAR BUENOS PREDICADORES: FECHA Á 28 DE MAYO DE 1613.

Supuesto que el objeto de nuestra compañía no es solamente trabajar para nuestra salvacion y perfeccion, sino tambien para la salvacion y perfeccion del prójimo, y el ministerio de la predicacion, si se desempeña bien, es uno de los medios mas propios para ganar almas; debemos formarnos en él con un zelo que corresponda á la dignidad é importancia de este oficio. Para esto nos será útil pesar bien tres cosas: 1.º los auxilios que nos ayudan á alcanzar el objeto de la predicacion: 2.º los obstáculos que se oponen á él: 3.º ciertos arbitrios que sirven mucho para hacernosle conseguir satisfactoriamente.

CAPITULO I.

DE LOS MEDIOS QUE NOS AYUDAN A ALCANZAR EL OBJETO DE LA PREDICACION.

¹ Fama de santidad.

1. El primero es una fama de virtud y santidad, porque como observa S. Agustin, *la vida del predicador habla con mas elocuencia que sus discursos para mover*

— 155 —

á sus oyentes á que le obedezcan (1). Sea pues todo edificante en nosotros: evitemos con la mayor diligencia todo lo que pudiera oler á espíritu de disipacion, el demasiado cuidado de nuestro cuerpo, el amor de las alabanzas, en una palabra todo lo que se aparte de las reglas de la perfeccion evangélica, porque aunque los seglares no estén exentos de estos defectos, con todo cuando los echan de ver en un predicador, se disminuye mucho su estimacion hácia él. Por la misma razon es menester procurar no vivir familiarmente con los seglares ni hablar con ellos, sino en tanto que lo exija su salud espiritual, porque cuanto mas cerca nos vean, mas notarán nuestros defectos.

El segundo medio consiste en la buena direccion de los estudios, de los que se aleje en cuanto sea posible todo lo que pudiera ser un motivo de distraccion. Este es el modo de adquirir una doctrina sólida y poder hablar con seguridad; porque ¿qué hombre sensato no sería tímido si tuviera que hablar tocante á una cuestion que no hubiera estudiado profundamente, y sobre la que temiera con razon decir cosas poco exactas?

El tercer medio consiste en el estudio de la sagrada escritura y en la leccion de los santos padres (2).

² Estudios bien dirigidos.

⁵ Estudio de la sagrada es-

(1) *Habet autem ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis majus pondus vita dicentis.* De doctr. christ. lib. 4, c. 27.

(2) El P. Aquaviva manda en la instruccion núm. 7 para los predicadores que se deje á los jóvenes que despunten para la predicacion, la facultad de repasar por dos años la teología despues de concluido su estudio, y que por el espacio de un año á lo menos respecto de los que hayan repasado la teología, y de dos para los que no la hayan repasado, se los aplique únicamente al estudio de la sagrada escritura, á la leccion de los santos padres y á la medita-

EPISTOLA

DEL

P. CLAUDIO AQUAVIVA,

GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Á LOS PROVINCIALES DE LA MISMA, QUE CONTIENE INSTRUCCIONES PROPIAS PARA FORMAR BUENOS PREDICADORES: FECHA Á 28 DE MAYO DE 1613.

Supuesto que el objeto de nuestra compañía no es solamente trabajar para nuestra salvacion y perfeccion, sino tambien para la salvacion y perfeccion del prójimo, y el ministerio de la predicacion, si se desempeña bien, es uno de los medios mas propios para ganar almas; debemos formarnos en él con un zelo que corresponda á la dignidad é importancia de este oficio. Para esto nos será útil pesar bien tres cosas: 1.º los auxilios que nos ayudan á alcanzar el objeto de la predicacion: 2.º los obstáculos que se oponen á él: 3.º ciertos arbitrios que sirven mucho para hacernosle conseguir satisfactoriamente.

CAPITULO I.

DE LOS MEDIOS QUE NOS AYUDAN A ALCANZAR EL OBJETO DE LA PREDICACION.

¹ Fama de santidad.

1. El primero es una fama de virtud y santidad, porque como observa S. Agustin, *la vida del predicador habla con mas elocuencia que sus discursos para mover*

á sus oyentes á que le obedezcan (1). Sea pues todo edificante en nosotros: evitemos con la mayor diligencia todo lo que pudiera oler á espíritu de disipacion, el demasiado cuidado de nuestro cuerpo, el amor de las alabanzas, en una palabra todo lo que se aparte de las reglas de la perfeccion evangélica, porque aunque los seglares no estén exentos de estos defectos, con todo cuando los echan de ver en un predicador, se disminuye mucho su estimacion hácia él. Por la misma razon es menester procurar no vivir familiarmente con los seglares ni hablar con ellos, sino en tanto que lo exija su salud espiritual, porque cuanto mas cerca nos vean, mas notarán nuestros defectos.

El segundo medio consiste en la buena direccion de los estudios, de los que se aleje en cuanto sea posible todo lo que pudiera ser un motivo de distraccion. Este es el modo de adquirir una doctrina sólida y poder hablar con seguridad; porque ¿qué hombre sensato no sería tímido si tuviera que hablar tocante á una cuestion que no hubiera estudiado profundamente, y sobre la que temiera con razon decir cosas poco exactas?

El tercer medio consiste en el estudio de la sagrada escritura y en la leccion de los santos padres (2).

2. Estudios bien dirigidos.

5. Estudio de la sagrada es-

(1) *Habet autem ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis majus pondus vita dicentis.* De doctr. christ. lib. 4, c. 27.

(2) El P. Aquaviva manda en la instruccion núm. 7 para los predicadores que se deje á los jóvenes que despunten para la predicacion, la facultad de repasar por dos años la teología despues de concluido su estudio, y que por el espacio de un año á lo menos respecto de los que hayan repasado la teología, y de dos para los que no la hayan repasado, se los aplique únicamente al estudio de la sagrada escritura, á la leccion de los santos padres y á la medita-

eritura y de los santos padres.

4. Lecion de los buenos libros.

5. Advertencias de los hombres juiciosos.

6. Asistir á los sermones de los buenos predicadores.

7. Ventajas sacadas de la manera como hablamos de los oyentes á quienes nos dirigimos, y de la autoridad divina del ministerio que ejercemos.

El cuarto medio es la leccion de buenos libros compuestos por autores católicos ya para la explicacion de la sagrada escritura, ya sobre otras materias piadosas, de los cuales pueden sacarse con poco trabajo grandes tesoros.

El quinto auxilio consiste en las advertencias que nos hacen los hombres experimentados y juiciosos: por lo cual se manda en la compañía de Jesus á los que se dedican á la predicacion, ejercitarse pronunciando algunos discursos delante de sugetos capaces de juzgar, que les reprendan libremente sus defectos. El P. Aquaviva recomienda ademas á los predicadores que se dediquen ellos mismos por medio de continua reflexion á descubrir todos los defectos de su predicacion.

El sexto es asistir á los sermones de los buenos predicadores; pero es preciso no equivocarse y tomar por verdadero mérito lo que no es mas que un relumbron, porque resultaria que los predicadores nuevos frecuentando estos sermones corromperian el gusto en vez de formarle.

El séptimo medio consiste en el modo como hablamos, en los oyentes á quienes nos dirigimos, y en la autoridad divina del ministerio que ejercemos. Los oradores mas célebres de la antigüedad profana, los Demóstenes y Cicerones, no hablaban mas que por los intereses de algunos particulares ó á lo sumo por los intereses temporales de la república; pero el predicador habla del negocio mas importante ó por mejor decir del único importante para cada uno de los oyentes.

Así ¡cuán fácil le es conseguir los tres fines del orador, enseñar, deleitar y mover. En efecto ¿qué es lo que enseña? Una doctrina divina. ¿A quién? A unos hombres criados en el seno de la religion, á quienes su fé hace atentos y dóciles y dispone á recibir facilmente las lecciones que se les dan.

orador, enseñar, deleitar y mover. En efecto ¿qué es lo que enseña? Una doctrina divina. ¿A quién? A unos hombres criados en el seno de la religion, á quienes su fé hace atentos y dóciles y dispone á recibir facilmente las lecciones que se les dan.

En cuanto al cuidado de deleitar es preciso distinguir. Hay un deleite anejo á la palabra de Dios que hacia decir al profeta: *Dilexi mandata tua super aurum et topazion*; y asimismo: *Quàm dulcia faucibus meis eloquia tua! super mel ori meo*. A mas de este deleite inherente para todo hijo de Dios á las palabras aun las mas simples de la sagrada escritura, que siempre son las palabras de nuestro buen padre, se halla tambien en los libros santos una variedad de historias, de que pueden los predicadores hacer un uso excelente para que sus instrucciones sean agradables á los oyentes. Ademas en la belleza de las metáforas, en la poesia de los salmos, en las sentencias de los libros sapienciales se encuentra una vena abundante de cosas propias para causar una sensacion agradable en el ánimo de los oyentes. Por este medio un predicador cristiano deleita á su auditorio.

Pero hay otra especie de deleite de que debe huir un predicador y es el que consiste en palabras floridas y armoniosas: no es propio de la dignidad de un orador sagrado tratar de agradar con tales ornatos. *Nec illa suavitas, dice S. Agustín, delectabilis est, quæ exigua et frigida spumæ verborum ambitu ornantur, quali nec magna et stabilia decenter et graviter ornarentur* (1).

Por último si consideramos el fin tercero y principal del orador que es persuadir y mover el corazón, ¿puede nadie dudar que la palabra de Dios es como una flecha aguda y penetrante, *sagitta tuæ acutæ*? San

(1) De doct. christ., lib. 4, c. 5.

Agustin testifica que hasta los filósofos y retóricos han confesado que el que habla con sabiduría es preferible al que habla con elocuencia; pero sin sabiduría. Pues bien, continúa el santo doctor, *sapienter dicit homo tantò magis vel minùs, quantò in scripturis sacris profecit.*

¿Qué es mover al oyente? *Es*, responde tambien S. Agustin, *hacerle amar lo que prometes, hacerle temer aquello con que le amenazas, hacerle aborrecer lo que condenas, hacerle abrazar lo que recomiendas* (1). Hé aqui indudablemente copiosa materia para el orador cristiano, y hay que convenir en que para alcanzar este fin tiene grandes medios que faltan á los oradores profanos.

Pero lo que acaba de darle mucha ventaja sobre estos, es que habla en la cátedra de la verdad á nombre del Señor y soberano maestro y en calidad de embajador de Jesucristo: *pro Christo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos* (2). Las cosas que tratan los oradores profanos, unas veces son pequeñas, otras medianas; pero todo lo que constituye la materia de nuestros discursos, es infinitamente grande, porque siempre se trata en ellos de los intereses eternos del hombre.

Concluiré este capítulo con estas excelentes expresiones de S. Bernardo: *El pensar bien, hablar dignamente y confirmar las palabras con las obras es un cordón tríplice difícil de romper para sacar las almas del*

(1) *Sicut delectatur auditor si suaviter loquaris, ita flectitur si amet quod polliceris, timeat quod minaris, oderit quæ arguis, quæ commendas amplectatur* (de doctrin. christ., l. 4, c. 12).

(2) II Ep. ad cor. V, v. 20.

cautiverio del demonio, y traerlas en pos de uno al reino celestial (1).

CAPITULO II.

DE LOS OBSTÁCULOS QUE NOS IMPIDEN CONSEGUIR EL FIN DE LA PREDICACION.

El primero es no tener pureza de intencion: ; Desgraciado el predicador que busca la alabanza en vez de buscar únicamente la gloria de Dios y la utilidad de los oyentes! Semejante motivo no solo disminuye ó destruye en un todo el mérito de una obra tan grande, sino que es increíble cuánto se alteran y corrompen los medios, es decir, cuán poco provechosa se hace la palabra de Dios extraviándose así con respecto al fin. Si los que buscan de este modo las alabanzas, logran adquirir los aplausos por la elegancia de su estilo, su belleza en el decir ó cualquier otra dote natural, el acierto los envanece siempre mas, y los hace mas sordos para oír las advertencias y mas aferrados en sus opiniones. Si al contrario no salen bien, es indecible cuánto desmayan y se entristecen viendo frustrada su esperanza. Al contrario los que tienen recta intencion, por medio de que sea el talento que han recibido del Señor, le emplean todo en su servicio y en la salud de las almas: los triunfos no los envanece, ni los reveses los acobardan: plantan, riegan y

1. No tener pureza de intencion.

(1) *Est funiculus triplex qui difficile rumpitur, ad extrahendas animas de carcere diaboli et trahendas post se ad regna cælestia, si rectè sentias, si dignè proloquaris, si vivendo confirmes* (in cantic. serm. 16).

dejan al Señor el cuidado de dar el incremento que tenga por conveniente: siempre estan contentos, y llenan su ministerio con nuevo ardimiento. Por eso Dios bendice á menudo sus afanes con frutos asombrosos, y no pocas veces una semilla pequeña produce abundante cosecha en sus manos.

2. Aplicacion á estudios mal elegidos.

El segundo obstáculo es la aplicacion á estudios mal elegidos. Se adquirirán vastos conocimientos en los autores profanos, en las historias y en los poetas: se aprenderán las matemáticas, la medicina y la astronomía; y no causará rubor hacer ostentacion de una ciencia, de que seria mas glorioso para un orador sagrado carecer.

5. Estudio mal dirigido.

El tercer obstáculo es un estudio mal dirigido é inconstante: registra uno acá y acullá diferentes artículos de un libro sin fijarse en ninguna parte: no le profundiza para sacar los tesoros encerrados en él; y asi se pierde mucho tiempo y no se adorna la cabeza de los profundos conocimientos que necesita un predicador.

4. No meditar la sagrada escritura.

El cuarto obstáculo es limitarse á leer la sagrada escritura en vez de meditarla atentamente y despacio. Asi son perdidas para nosotros las riquezas escondidas allí, y citamos estos libros divinos debil y superficialmente, porque no sabemos explicar los sentidos admirables que contienen.

3. No profundizar los santos padres.

El quinto obstáculo es recorrer rápidamente los santos padres sin pararnos á sacar materiales para usarlos en lo sucesivo. No puedo menos de notar aqui el error grosero de algunos, que despues de haber formado un plan de sermones tal cual en su cabeza, y determinado las ideas que quieren introducir, registran los santos padres únicamente para buscar con qué apoyar sus propias invenciones. ¿No seria mucho mas util y conveniente que bebiesemos en estas fuen-

tes augustas las aguas con que habiamos de regar despues los corazones de nuestros oyentes, formándonos en la escuela de los santos padres, imbuyéndonos en sus pensamientos sólidos y profundos, y aprendiendo de ellos las verdades que importa enseñar, y el modo de exponerlas?

El sexto obstáculo es una ostentacion de memoria que se verifica: 1.º cuando se recarga un sermón de hechos sacados de la historia profana, siendo asi que deben ser raros y traídos únicamente para inspirar á los cristianos una noble emulacion á vista de los ejemplos de virtud que nos dieron los mismos paganos: 2.º tambien es un defecto amontonar textos de la sagrada escritura y de los santos padres en un sermón, limitándose á citarlos sin explanar é inculcar las grandes máximas que en ellos se contienen. Esto es bueno en un libro donde se indican á un predicador los textos de que puede valerse; pero en un sermón ha de prepararse este alimento bien preparado y como masticado para que el oyente pueda digerirle con facilidad.

6. Ostentacion de memoria.

El séptimo obstáculo está en la lectura de ciertos sermonarios llenos de pensamientos vanos y fútiles que tienen una apariencia de brillantez, pero nada de sólido en el fondo: sus autores parece que se complacen á medida que aquellos pensamientos son mas nuevos y extraordinarios, como si solo su ingenio hubiera sido capaz de producirlos. A veces algunos predicadores nuevos se dejan deslumbrar tanto con este falso brillo, que creen empleado mas utilmente el tiempo en la lectura de estos sermones que en la de las obras de los santos padres, porque dicen que en estos no encuentran semejantes pensamientos, y tienen razon en confesar que los santos padres estuvieron muy lejos de escribir en este estilo. El de aquellos sabios varones abunda en cosas sabiamente pensadas: sus

7. Lectura de los sermonarios brillantes.

pruebas son claras y patentes: en sus escritos se siente la unción del Espíritu Santo: no tratan de asombrar á los oyentes con la singularidad de las ideas, sino de atraerlos con la fuerza de la verdad; y como sus discursos van al corazón, tienen el don de agradar porque tienen el de persuadir.

8. Ornato estudiado.

El octavo obstáculo es un estilo lleno de adornos estudiados y afectados. En efecto ¿qué diremos de un predicador que aglomera epítetos sobre epítetos, cuyas frases y giros son poéticos y elegantes, que emplea metáforas frecuentísimas y muy atrevidas, que se vale de largas perífrasis por no llamar las cosas por su nombre sencillo y natural, que se complace en hacer enumeraciones sin término, y en repetir de un modo lo que ya ha dicho de otro, que adorna su estilo, unas veces de palabras anticuadas que quiere resucitar, otras de neologismos de poetas ú otros escritores modernos? ¿Qué diremos de tal predicador sino que se aparta enteramente no solo de lo que conviene á un orador cristiano, sino hasta de las reglas que trazaron los maestros de la elocuencia profana? Pudiera yo citar á Aristóteles, Séneca y Ciceron, que dicen que los discursos de un filósofo no deben estar cargados de adornos, sino ser graves y llenos de dignidad; pero me contento con citar un hecho traído por Plutarco. Preguntaban al filósofo Melantio cuál era su parecer acerca de la tragedia de Diógenes, y respondió que estaba tan oscurecida con las palabras, que no habia podido llegar á ver las cosas; denotando con esto que un estilo demasiado cargado de adornos ofusca la vista de los oyentes y les quita ver el fondo de las cosas.

Mas ¿qué pensaremos de ciertos predicadores que gustan de decir cosas que no pueden entender los oyentes, y creen que cuanto mas ininteligibles sean,

son mas dignos de admiracion? No diremos otra cosa sino que merecen el desprecio de los hombres sensatos, que es de ordinario el justo castigo del abuso que hacen de la palabra de Dios.

El noveno obstáculo es querer meter en el discurso cosas que hemos leído en otra parte y que nos gustan, aun cuando no vengan bien con lo demas del sermón; porque los oyentes entendidos que lo echarán de ver facilmente, juzgarán que el predicador tiene poco meollo cuando se ve obligado á buscar tela ajena tan mal acomodada.

9. Plagios mal colocados.

El décimo obstáculo es un sermón superficial en que se habla vagamente del Evangelio del día ó de cualquier otra materia, cuando al subir al púlpito debe uno proponerse siempre un asunto particular para persuadirle á sus oyentes, y encaminarse á él constantemente exponiéndole y explicándole con claridad, apoyándole con buenas pruebas, sentando principios que se apliquen despues exactamente, y todo esto de una manera capaz de engendrar en el oyente los sentimientos que se le quieren inspirar. De lo contrario la predicacion no producirá ningun fruto: el predicador habrá vagado al acaso y azotado el aire sin tener blanco á donde asestar sus tiros; y los oyentes se volverán vacíos sin sacar del sermón el entendimiento instruido ni el corazón conmovido.

10. Predicacion superficial.

El obstáculo undécimo para el buen suceso de la predicacion tiene mucha conexión con el anterior, y es cuando no se rumia bastante lo que ha de decirse. Algunos creen haber predicado bien cuando han hablado de una porción de cosas diferentes, y aun se figuran que esto es dar pruebas de vasta ciencia y de una feliz abundancia, como si la verdadera y la única abundancia que puede fertilizar la palabra de Dios, no consistiera en saber considerar las diferentes relaciones

11. No rumiar lo que se ha de decir.

del objeto que se trata, clasificarlas por medio de divisiones exactas, probar cada cosa con mucha claridad y fuerza, insistir en lo que se quiere, persuadir al oyente, producir en él los sentimientos que se le quieren inspirar, en una palabra convencer su entendimiento y mover su corazón. Vean el modelo de una verdadera fecundidad en el excelente maestro S. Juan Crisóstomo: insiste sobre los artículos que se propone inculcar á sus oyentes, los explana con ejemplos bien escogidos, los explica con metáforas ingeniosas, los prueba con argumentos de mayor á menor ú otros, demuestra sus ventajas, su necesidad, placer, facilidad &c., cita oportunamente textos de la Escritura, los amplifica y hace conocer su fuerza. Este es el hombre verdaderamente elocuente.

12. Imitacion servil de los predicadores célebres.

El obstáculo duodécimo es querer imitar en todo á los predicadores de gran fama, porque lo que conviene á un predicador suele no convenir á otro por la diferencia de edad, temperamento, talento &c. Por lo cual decia S. Agustin que no hay verdadera elocuencia sino la que conviene á la persona que habla (1).

Otro inconveniente de esta imitacion consiste en to-

(1) No basta pues ver algo bueno en un predicador para tratar de imitarle, sino que es menester que aquello sea una cosa conforme á nuestras dotes naturales; sin lo cual será uno una copia desfigurada de un buen modelo, y nada mas. Es menester ajustar nuestro estilo, accion y tono de voz á las dotes que hemos recibido de la naturaleza: en una palabra es menester que cada cual saque el mejor partido posible de lo que le dió la naturaleza, y que no trate de seguir otro camino, en el cual no podria menos de dar pasos en falso no teniendo las disposiciones naturales que se requieren (Instruccion número 6 del P. Aquaviva para los predicadores de su religion).

mar por juez de la bondad del predicador los aplausos del pueblo, que suele equivocarse, y estima mas ciertas cualidades brillantes que las que merecen verdadero aprecio. Por eso dicen san Gregorio Nazianzeno, san Agustin y san Gerónimo que el buen sermón no es aquel de que salen los oyentes alabando al predicador, sino cuando lloran sus pecados y forman un propósito sincero de enmendar su vida.

El obstáculo décimo tercero es la buena opinion de sí mismo y el apego á su propio dictamen: de donde resulta la obstinacion en no ceder á las advertencias que se nos hacen, só pretexto de que no son predicadores hábiles los que nos aconsejan, cuando deberia repararse que así como no es necesario ser habil pintor para advertir los defectos mas notables de una pintura, tampoco se necesita ser un gran predicador para echar de ver las faltas mas señaladas de un sermón.

13. Buena opinion de sí mismo.

El obstáculo décimo cuarto son las costumbres defectuosas que se contraen desde la juventud; porque como el hábito viene á ser entonces una segunda naturaleza, es muy difícil corregirse. A veces no quieren algunas personas advertir á un predicador nuevo por no desanimarle; pero esto es hacerle un verdadero perjuicio. Alentadle enhorabuena alabando lo que tenga de bueno; pero advertidle tambien sus defectos mientras está en edad de corregirlos facilmente.

14. Costumbres defectuosas.

El obstáculo décimo quinto es cuando uno no está intimamente persuadido de las cosas que va á predicar; porque es imposible mover al oyente si no tiene este la persuasion de que el predicador habla de lo íntimo de su corazón.

15. No estar intimamente persuadido de lo que se predica.

El obstáculo décimo sexto es cuando el predicador no se prepara al sermón por la oracion; porque no está obligado á pedir á Dios la gracia de exponer

16. No prepararse á la predicacion.

cion por la oracion. **bien** la divina palabra y el don de docilidad para sus oyentes, de modo que penetre la palabra de verdad en el corazon de estos, germine y fructifique abundantemente?

CAPITULO III.

DE LOS ARBITRIOS PARA ALCANZAR EL FIN DE LA PREDICACION.

1. Evitar los obstáculos precedentes.

El primero es obrar al contrario de lo que manifiestan todos los obstáculos indicados mas arriba. Asi una vez que hay que evitar el estudio ligero, vago y superficial, habrá de ponerse mucho cuidado, orden y constancia en los estudios. Supuesto que no es conveniente leer la sagrada escritura sin meditarla, habrá de leerse con aplicacion, rumiarla y apropiarsela por medio de profundas consideraciones &c.

2. Gran piedad.

El segundo arbitrio consiste en penetrarse bien de esta verdad acreditada por una constante experiencia: que se ven muy á menudo predicadores que con mediana ciencia y gran piedad producen mucho fruto, mientras que de ordinario los que tienen gran talento y saber, pero una piedad mediana, hacen poco efecto para la salud y santificacion de las almas. Debe pues el predicador dedicarse principalmente á adelantar en la piedad, que es el verdadero medio de dar un principio de vida y salud á sus sermones.

3. Buen uso de la sagrada escritura.

El tercer arbitrio es relativo al modo de emplear la sagrada escritura. Es bueno comparar entre sí los diferentes textos que se refieren al mismo objeto, porque ademas de corroborarse mutuamente se explican

el uno por el otro y dan mas fuerza y gracia al discurso. Es preciso leer con cuidado lo que han dicho los santos padres sobre los textos de la Escritura que se quieren emplear. En la aplicacion de estos es bueno atenerse sobre todo al sentido literal, el mas propio para persuadir; sin embargo no se ha de despreciar el alegórico, moral y anagógico, que suele producir bonísimo efecto. No quiere decir esto que hayan de emplearse uno tras de otro, sino que ha de examinarse si alguno de ellos puede convenir á nuestro sermón, y entonces nombrar el autor de quien se ha sacado aquel sentido.

Tambien puede examinarse con utilidad de qué modo se ha traducido este versículo en las diferentes versiones y colacionarlas con el texto hebreo ó el griego, no porque sea nunca permitido abandonar la version de la Vulgata; pero se echa mano de las otras para ilustrar una palabra ó darle mas fuerza y energia. Asi explicando el principio del salmo XVII: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*, puede notarse que la voz hebrea traducida por *diligam* significa *yo ocultaré en mis entrañas ó amaré del fondo de mi corazon*; lo cual es mas enérgico que decir simplemente *diligam*. Sin embargo tales observaciones deben ser rarisimas para evitar hasta la sospecha de que se quiere hacer alarde de ciencia. Cinco ó seis en un sermón serian de mas. Tambien ha de evitarse el descender á discusiones minuciosas sobre este objeto, que convienen mas á una cátedra de Escritura que al púlpito, porque el auditorio se cansa muy pronto de todo lo que tiene apariencias de gramatical.

El cuarto arbitrio es fijarse en dos ó tres puntos sobre los cuales gira todo el sermón, y aplicarse únicamente ó á persuadir como la limosna, la oracion, la frecuencia de sacramentos, ó á disuadir como la ava-

4. Limitarse á persuadir dos ó tres cosas.

cion por la oracion. bien la divina palabra y el don de docilidad para sus oyentes, de modo que penetre la palabra de verdad en el corazon de estos, germine y fructifique abundantemente?

CAPITULO III.

DE LOS ARBITRIOS PARA ALCANZAR EL FIN DE LA PREDICACION.

1. Evitar los obstáculos precedentes.

El primero es obrar al contrario de lo que manifiestan todos los obstáculos indicados mas arriba. Asi una vez que hay que evitar el estudio ligero, vago y superficial, habrá de ponerse mucho cuidado, orden y constancia en los estudios. Supuesto que no es conveniente leer la sagrada escritura sin meditarla, habrá de leerse con aplicacion, rumiarla y apropiarsela por medio de profundas consideraciones &c.

2. Gran piedad.

El segundo arbitrio consiste en penetrarse bien de esta verdad acreditada por una constante experiencia: que se ven muy á menudo predicadores que con mediana ciencia y gran piedad producen mucho fruto, mientras que de ordinario los que tienen gran talento y saber, pero una piedad mediana, hacen poco efecto para la salud y santificacion de las almas. Debe pues el predicador dedicarse principalmente á adelantar en la piedad, que es el verdadero medio de dar un principio de vida y salud á sus sermones.

3. Buen uso de la sagrada escritura.

El tercer arbitrio es relativo al modo de emplear la sagrada escritura. Es bueno comparar entre sí los diferentes textos que se refieren al mismo objeto, porque ademas de corroborarse mutuamente se explican

el uno por el otro y dan mas fuerza y gracia al discurso. Es preciso leer con cuidado lo que han dicho los santos padres sobre los textos de la Escritura que se quieren emplear. En la aplicacion de estos es bueno atenerse sobre todo al sentido literal, el mas propio para persuadir; sin embargo no se ha de despreciar el alegórico, moral y anagógico, que suele producir bonísimo efecto. No quiere decir esto que hayan de emplearse uno tras de otro, sino que ha de examinarse si alguno de ellos puede convenir á nuestro sermón, y entonces nombrar el autor de quien se ha sacado aquel sentido.

Tambien puede examinarse con utilidad de qué modo se ha traducido este versículo en las diferentes versiones y colacionarlas con el texto hebreo ó el griego, no porque sea nunca permitido abandonar la version de la Vulgata; pero se echa mano de las otras para ilustrar una palabra ó darle mas fuerza y energia. Asi explicando el principio del salmo XVII: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*, puede notarse que la voz hebrea traducida por *diligam* significa *yo ocultaré en mis entrañas ó amaré del fondo de mi corazon*; lo cual es mas enérgico que decir simplemente *diligam*. Sin embargo tales observaciones deben ser rarisimas para evitar hasta la sospecha de que se quiere hacer alarde de ciencia. Cinco ó seis en un sermón serian de mas. Tambien ha de evitarse el descender á discusiones minuciosas sobre este objeto, que convienen mas á una cátedra de Escritura que al púlpito, porque el auditorio se cansa muy pronto de todo lo que tiene apariencias de gramatical.

El cuarto arbitrio es fijarse en dos ó tres puntos sobre los cuales gira todo el sermón, y aplicarse únicamente ó á persuadir como la limosna, la oracion, la frecuencia de sacramentos, ó á disuadir como la ava-

4. Limitarse á persuadir dos ó tres cosas.

ricia, el odio, la sensualidad. A esto se ha de reducir todo su discurso y hacer eleccion de buenas y sólidas razones capaces de convencer al oyente, á las que se agregará todo lo que pueda inculcarle las verdades que se predicán, y grabarlas profundamente en su corazón. Deberá pues evitarse el defecto de algunos predicadores que creen haber hecho bastante para la conversion de los pecadores con proponer una ó dos veces una verdad capaz de causar sensacion. De ordinario acontece que esta impresion se borra bien pronto, y se frustra el fin del sermón. Asi se ha de imitar á S. Juan Crisóstomo que se fija mucho tiempo en una misma verdad, cuidando de proponerla y probarla de muchos modos diferentes. Por este medio se insinúa la verdad en el ánimo de los oyentes, y penetran profundamente que es difícil que salga de ellos; de la misma manera que para clavar un clavo en un madero no se contenta uno con dar uno ó dos martillazos, sino muchos, y tantos mas cuanto el madero es mas duro y se quiere que el clavo agarre mas fuertemente.

5. Evitar los respetos humanos.

El quinto arbitrio es evitar los respetos humanos que mueven á halagar á los oyentes, siendo asi que el ministerio eclesiástico se instituyó para reprenderlos de sus faltas con libertad y confianza evangélicas. Sin embargo se ha de alejar cuidadosamente toda personalidad, ya recaiga sobre un particular, ya sobre un estado especial, por ejemplo sobre los obispos ó los magistrados. Las correcciones personales nunca deben hacerse sino en particular; pero pueden reprenderse en el púlpito los pecados que las personas de todos estados cometen generalmente; y aun en estas ocasiones se ha de usar de mucha circunspeccion y pesar bien los términos que se emplean, para no irritar á los pecadores en vez de convertirlos.

El sexto arbitrio consiste en no hablar sin estar muy preparado y haber premeditado las cosas que han de decirse y el modo como han de decirse; sin embargo conviene no habituarse á escribirlo todo. El embarazo de la memoria disminuye ordinariamente el fuego de la peroracion, y perjudica á cierto descuido que sirve mucho para probar al oyente que se le habla de lo íntimo del corazón. Además si se acostumbra uno á escribir á la larga lo que predica, puede suceder que le falte la memoria, y entonces se queda cortado. Si saca su cuaderno, le miran los oyentes como un hombre que no predica verdades de que esté íntimamente penetrado; y esta idea es perjudicialísima al fruto de la predicacion.

6. No hablar sin estar bien preparado.

El séptimo arbitrio es reducir á lugares comunes y bajo ciertos títulos todo cuanto se halle útil para los sermones en los libros que se lean, para tenerlo á la mano siempre que haya que preparar un sermón.

7. Reducir á lugares comunes el fruto de sus lecciones.

El octavo arbitrio es leer entre los santos padres á S. Juan Crisóstomo con particularidad, donde se hallará no solamente el fondo de las cosas, sino también la manera de tratarlas, exponerlas y persuadirlas.

8. Aficionarse á las obras de S. Juan Crisóstomo.

El noveno arbitrio es observar exactamente la instruccion para los predicadores (1).

9. Remision á la instruccion.

(1) Además de lo que hemos extractado en las notas precedentes, hé aqui lo que nos ha parecido mas importante de la instruccion á los predicadores.

Los que se destinan á la predicacion, deben ejercitarse en la humildad y en las otras virtudes: fundamento necesario para un ministerio que si no, expondria á muchos peligros (n.º 1).

Para ejercer el oficio de predicador con mas fruto es

cion para los predicadores.

40. Traducir y recitar el sermón de un santo.

44. Dos obras útiles á los predicadores.

42. Recomendacion á los superiores para que se dediquen á formar los

El décimo es un consejo que se da á los predicadores nuevos, y consiste en elegir un sermón notable de algun santo, traducirle y pronunciarle en lengua vulgar, como si fuera obra propia suya, delante del superior, el cual examinará con cuidado de qué modo desempeña el principiante el ministerio de la predicacion.

El arbitrio undécimo es leer cuidadosamente dos obras que para instruccion de los predicadores compusieron dos sugetos versadísimos en la predicacion. El autor de la primera, que es la mas larga y muy util, es el P. Carlos Regio. La segunda, muy breve, pero recomendable por su método y excelentes advertencias, fue compuesta por el P. Mazarini.

El arbitrio duodécimo mira á los superiores, á quienes se recomienda que velen con la mayor diligencia para formar buenos predicadores y sobre todo para hacer cumplir exactísimamente todo lo que se ha determinado sobre los estudios, su método y tiempo que ha de emplearse en ellos. Asimismo se les reco-

preciso ser fiel á todo lo que prescriben nuestras reglas, y dedicarse con diligencia á alimentar en su corazon un zelo ardiente por la santificacion de las almas, un santo amor de Dios, una devocion sólida y el espíritu de oracion. Importa tener á menudo dias de retiro, en los cuales se procurará reanimarse y perfeccionarse en todas estas virtudes.

Tambien se ha de huir, en cuanto sea posible, de todo lo que puede distraer del trabajo necesario para la predicacion, y mas aun de todo lo que puede disminuir en nosotros el espíritu interior y la devocion: tales son las conexiones de amistad con los seglares y sus frecuentes visitas. Asimismo se ha de evitar el recibir regalos de ellos. Se insiste sobre esta instruccion, especialmente con respecto á las mujeres (n.º 8).

mienda elegir un buen prefecto de estudios, poner la atencion en que se hagan advertencias formales á los nuevos predicadores para corregirlos de sus defectos, y separar de la predicacion á los jóvenes superficiales asi como á los que andan en busca de adornos afectados si no se enmiendan. predicadores nuevos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

cion para los predicadores.

40. Traducir y recitar el sermón de un santo.

44. Dos obras útiles á los predicadores.

42. Recomendacion á los superiores para que se dediquen á formar los

El décimo es un consejo que se da á los predicadores nuevos, y consiste en elegir un sermón notable de algun santo, traducirle y pronunciarle en lengua vulgar, como si fuera obra propia suya, delante del superior, el cual examinará con cuidado de qué modo desempeña el principiante el ministerio de la predicacion.

El arbitrio undécimo es leer cuidadosamente dos obras que para instruccion de los predicadores compusieron dos sugetos versadísimos en la predicacion. El autor de la primera, que es la mas larga y muy util, es el P. Carlos Regio. La segunda, muy breve, pero recomendable por su método y excelentes advertencias, fue compuesta por el P. Mazarini.

El arbitrio duodécimo mira á los superiores, á quienes se recomienda que velen con la mayor diligencia para formar buenos predicadores y sobre todo para hacer cumplir exactísimamente todo lo que se ha determinado sobre los estudios, su método y tiempo que ha de emplearse en ellos. Asimismo se les reco-

preciso ser fiel á todo lo que prescriben nuestras reglas, y dedicarse con diligencia á alimentar en su corazon un zelo ardiente por la santificacion de las almas, un santo amor de Dios, una devocion sólida y el espíritu de oracion. Importa tener á menudo dias de retiro, en los cuales se procurará reanimarse y perfeccionarse en todas estas virtudes.

Tambien se ha de huir, en cuanto sea posible, de todo lo que puede distraer del trabajo necesario para la predicacion, y mas aun de todo lo que puede disminuir en nosotros el espíritu interior y la devocion: tales son las conexiones de amistad con los seglares y sus frecuentes visitas. Asimismo se ha de evitar el recibir regalos de ellos. Se insiste sobre esta instruccion, especialmente con respecto á las mujeres (n.º 8).

mienda elegir un buen prefecto de estudios, poner la atencion en que se hagan advertencias formales á los nuevos predicadores para corregirlos de sus defectos, y separar de la predicacion á los jóvenes superficiales asi como á los que andan en busca de adornos afectados si no se enmiendan.

predicadores nuevos.

UNI

OMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

®

CUARTA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

ADVERTENCIAS DE S. FRANCISCO JAVIER Á LOS PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

Males espirituales de los pueblos de las Indias.

Si hubo jamás un espectáculo capaz de inflamar el zelo de un varon apostólico, fue el que se presentó á S. Francisco Javier cuando arribó á las Indias. Poblaciones enteras yacian en la idolatria; pero no era esto solo lo que tenia que llorar la fé. Los mas de los cristianos no observaban mejor conducta que los paganos: la corrupcion de las costumbres habia llegado á su colmo: la avaricia habia multiplicado los fraudes de toda clase: un asesinato se tenia por una bagatela, y aun se jactaba el asesino como si hubiera hecho una cosa loable. Habia hombres hasta de edad muy avanzada que ignoraban los rudimentos de la religion. Habiase abolido en cierto modo el uso de la confesion y comunion, y si alguno por casualidad impelido de los remordimientos de su conciencia queria reconciliarse con Dios á los pies de un sacerdote, no se atrevia por respetos

(1) Véase la vida de S. Francisco Javier por el P. Bouhours, jesuita.

humanos á hacerlo sino de noche y ocultamente.

Para remediar S. Francisco Javier tan grandes males imitó el ejemplo de los apóstoles: orar con fervor y anunciar la divina palabra. Estas son las armas que empleó para destruir el imperio del demonio: *nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Act. VI, 4).

El dia 6 de mayo de 1542 desembarcó el santo en Goa, capital de las Indias (1), y fue á hospedarse al hospital, siendo inútiles todas las instancias para que aceptara una habitacion mas cómoda. Allí pasaba la mayor parte de la noche en oracion y no daba al descanso mas que tres ó cuatro horas. Al rayar el dia volvia á ponerse en oracion y luego decia misa. Empleaba toda la mañana en visitar y consolar á los enfermos, y por la tarde iba á ejercer el mismo deber de caridad con los presos.

A la vuelta recorria la ciudad con una campanilla en la mano, y rogaba en alta voz á los padres de familia que enviaran por amor de Dios sus hijos y esclavos á oír la doctrina. Estaba bien persuadido de que si los niños llegaban á instruirse sólidamente en las verdades de la religion y formarse en los ejercicios de piedad, poco á poco resucitaria el cristianismo en Goa, en vez de que si continuaban sin instruccion ni disciplina, nunca se lograria reducir á unas gentes

Instrucciones doctrinales y sermones del santo en Goa.

(1) La ciudad de Goa está situada al otro lado del Ganges en una isla que lleva el mismo nombre: era la residencia del obispo y del virey y el lugar mas considerable de todo el Oriente para el comercio. La edificaron los moros cuarenta años antes que pasasen los europeos á las Indias. D. Alfonso de Albuquerque, apellidado el Grande, se la quitó á los infieles el año 1510 y la sometió á la corona de Portugal.

que mamaban la inmoralidad y el vicio casi con la leche.

Los niños rodeaban al santo en cuadrillas, ya acudiesen ellos espontaneamente por una curiosidad natural, ya los enviasen sus padres por el respeto que profesaban á aquel, aunque eran tan viciosos. S. Francisco los llevaba á la iglesia, donde les explicaba el símbolo de los apóstoles, los mandamientos de Dios y las prácticas de piedad usadas entre los fieles. Aquellas tiernas plantas recibían fácilmente las impresiones que nuestro santo les daba, y por los niños empezó la ciudad á mudar de aspecto, porque oyendo todos los días al varon de Dios se volvieron modestos y devotos: su modestia y devocion eran una censura tácita de la disolucion de las personas entradas en años. A veces daban los hijos lecciones á sus padres que hacían á estos entrar en sí y les infundían una santa confusion de su vida criminal.

Entonces empezó S. Francisco Javier á predicar públicamente, y todo el pueblo concurría á sus sermones, y para que los indios comprendiesen sus instrucciones tan bien como los portugueses, hablaba un dialecto medio portugués y medio indio que era el de los indígenas. Pintaba la muerte, el juicio y el infierno con unos colores tan vivos y un tono tan inspirado, que estas grandes verdades hacían profunda mella en los oyentes. El silencio religioso con que le escuchaban, y la consternacion retratada en los semblantes mostraban á las claras la turbacion interior de las conciencias despedazadas por los remordimientos. Las palabras del santo eran oídas como las de un hombre bajado del cielo, y despues del sermón algunos pecadores, á veces los mas escandalosos, iban arrepentidos de sus enormes crímenes á rogarle que los confesara. El ejemplo de estos desvaneció enteramente los

respetos humanos que apartaban á otros muchos de la confesion. Bien pronto se vió cercado el confesonario del santo por una multitud de penitentes, que se echaban á sus pies detestando sus pecados con sollozos y gemidos y solicitando con lágrimas la divina misericordia; y fueron tantos, que en una carta escrita á la sazón manifestaba el santo que aun cuando hubiera podido dividirse en diez lugares, en todas partes hubiera tenido suficiente ocupacion.

Los frutos de penitencia correspondieron á tan dichosos principios. Se rompieron los tratos criminales: se restituyó la hacienda mal adquirida: se introdujo la piedad en todas partes: se frecuentaron los sacramentos de la penitencia y eucaristía tanto como antes se habian despreciado: en una palabra los cristianos de Goa tomaron tan buenas costumbres y mudaron de conducta en tales términos, que parecía que eran otros hombres.

El santo emprendió despues la conversion de los idólatras. La relacion de sus afanes y viajes que seria prolijo individuar aquí, nos le muestra donde quiera como un apostol infatigable que repartía el tiempo entre la oracion, la instruccion de los pueblos y la administracion de los sacramentos. Nadie ignora los ópimos frutos de su predicacion.

Volvió á Goa el 20 de marzo de 1548, y en este mismo año tuvo el consuelo de ver arribar cinco misioneros jesuitas que le enviaban de Europa. Uno de ellos era el P. Gaspar Barzeo, de nacion flamenco: el santo habia oído ya hablar de él como de un excelente operario y de un predicador bonísimo; pero conoció mejor su mérito por la alta estimacion, la confianza y el cariño que habia infundido á todos sus compañeros de navegacion, entre los cuales muchos caballeros persuadidos de los ejemplos y discursos del P. Gaspar fue-

Noticia
del P. Gas-
par Bar-
zeo.

ron á echarse á los pies de S. Francisco solicitando ser admitidos en la compañía de Jesus. De este número fueron el capitán del navío y el gobernador de una de las principales fortalezas que los portugueses poseían en las Indias. En algunos halló el santo tan felices disposiciones que no dilató su admisión: la de otros la dejó para mas adelante. Al cuarto día del arribo del P. Barzeo le hizo predicar, y le sirvió de mucho consuelo ver por sus propios ojos cuán apto era para anunciar la divina palabra.

Le detuvo pocos meses en Goa, y luego le envió á Ormuz, ciudad considerable á la entrada del golfo Pérsico. Reinaban entonces en ella enormes vicios, que habia introducido la mezcla de naciones y sectas diversas. Aunque el santo tenia ventajosa idea de la sabiduría y virtud del P. Barzeo, no dejó de darle instrucciones particulares por escrito para ayudarle á conducirse bien en una mision tan importante.

Después de la partida del P. Barzeo S. Francisco se puso en camino para el Japon, á donde aportó el 15 de agosto de 1549. Allí residió poco mas de dos años, y luego tuvo que volver á Goa para ciertos asuntos que reclamaban necesariamente su presencia: el principal era este.

Noticia
del P. Antonio Gomez.

Antes de emprender el viaje al Japon habia nombrado rector del colegio de Goa al P. Antonio Gomez segun la intencion ó mas bien por orden del P. Simon Rodriguez, que habia enviado á Gomez á las Indias á los tres años de concluido su noviciado, y tenia una autoridad absoluta respecto de aquellas misiones por ser provincial de la provincia de Portugal de la cual dependian las Indias.

Gomez tenia eminentes prendas que no suelen hallarse reunidas. Era versadísimo en la filosofía, en la teología y en los cánones, excelente predicador, muy

habil para gobernar, inflamado en zelo por la conversion de las almas, siempre dispuesto á trabajar en las misiones mas penosas y siempre infatigable en el trabajo; pero era muy apegado á su propio dictamen, no seguia mas que sus miras y obraba mas por la viveza de su temperamento que por el espíritu de Dios.

En cuanto tomó posesion del oficio de rector, empezó á ejercerle segun su capricho aun á vista de San Francisco Javier, que no habia partido todavía para el Japon, y que viendo cuán poco conforme era el gobierno de Gomez al espíritu de la compañía quiso enviarle á Ormuz. Mas el virey cuya gracia habia sabido captarse Gomez, se opuso á que saliese de Goa y á que se le quitara su empleo.

Asi que se marchó el santo, Gomez lo trastornó todo en el colegio. Empezó arreglar los estudios por el plan de la universidad de Paris donde él habia estudiado: todos los dias hacia cambios y novedades con una altanería y rigor inflexible. Todavía mas: prescribia prácticas de la mas perfecta piedad á los niños que se educaban en el colegio; y como no las desempeñaban bien, los castigaba severísimamente. De aqui se originaban entre aquellos jóvenes quejas, intrigas y disgusto hasta tal punto que muchos saltaron de noche las tapias y se escaparon. Entonces Gomez á quien irritaban las contradicciones, despidió á todos los niños del colegio.

En seguida fue á la ciudad de Cochin donde le habian ofrecido la fundacion de otro. El capitán de la fortaleza le dió desde luego una iglesia contra la voluntad del vicario general de Cochin y no obstante la oposicion de una hermandad á quien pertenecia la iglesia. Se disputó la validez de la donacion ante los tribunales, y á Gomez exasperado con la resistencia se le puso en la cabeza seguir el pleito y conseguir la iglesia

á toda costa; lo cual indignó tanto al pueblo de Cochin, que escribió en queja al rey de Portugal.

Noticioso S. Francisco de lo que pasaba, volvió del Japon á toda prisa y se encaminó á Cochin en derechura. Allí suplicó al vicario general, al magistrado de la ciudad y á toda la cofradía que se reunieran en el coro de la catedral, y cuando estuvieron congregados se echó á sus pies, les pidió perdon de lo ocurrido, les presentó las llaves de la iglesia y se la cedió enteramente. Entonces se vió cuánto mas facil es conseguir las cosas con la sumision que arrebatarlas con la altanería. Los cofrades entregaron las llaves al santo é hicieron donacion auténtica de la iglesia al colegio de la compañía.

Terminado felizmente este asunto volvió á Goa, reunió los niños que pudo, ya de los despedidos, ya de los que se habian marchado voluntariamente, los hizo volver al colegio, y puso por rector en lugar de Gomez al P. Barzeo, á quien habia llamado de Ormuz, y dió además el cargo de vice-provincial de la de Jesus en las Indias. En vano protestó abiertamente el P. Barzeo que no tenia talento para gobernar. El santo que conocia muy bien sus excelentes cualidades, le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase ambos cargos. Mas para consolar algo su humildad le dió por escrito instrucciones amplísimas sobre el modo de gobernar á sus inferiores y conducirse él mismo. Todo esto pasó en 1152.

No restaba mas que castigar al culpado. S. Francisco le habló primero con mucha blandura del castigo que habia merecido; pero la altivez de Gomez se irritó al oír la palabra castigo, respondió con arrogancia, y no se mostró dispuesto á obedecer. Esta resistencia determinó al santo á despedirle de la compañía. Sin embargo no quiso quitarle el hábito en Goa por no dar es-

cándalo y le envió á la fortaleza de Diu con orden para que los jesuitas residentes allí le notificaran su expulsion y le obligaran á regresar á Portugal. En efecto se embarcó; mas habiendo naufragado la nave en que iba, pereció. Este fue el desastroso fin de un hombre colmado de los dones de la naturaleza y de la gracia, y que lo convirtió todo en su ruina por faltarle la humildad y la obediencia.

Ordenadas todas las cosas en Goa partió S. Francisco Javier para la China; mas no pudo llegar allá y murió en la isla de Sannan el dia 1.º de diciembre del año 1552.

Sus cartas reunidas cuidadosamente despues de su muerte serán un monumento eterno de su zelo y prudencia: el santo las escribió en portugues, y las tradujeron en latin los padres Turselino y Pousinet, jesuitas. El ilustrísimo Abelly, obispo de Rhodéz, las tradujo en frances el año 1660; pero esta version sobre floja é incorrecta era muy incompleta. En 1828 se publicó una nueva traduccion mucho mas completa y escrita con calor y elegancia: en el prólogo se hace un magnífico elogio de las cartas del santo; pero no se exagera nada. Todo descubre en estas cartas un apostol lleno de prudencia, de piedad y de zelo. Podrá formarse juicio por los trozos que hemos sacado de ellas y damos á continuación, en que el santo enseña el modo de anunciar la divina palabra.

El núm. 1 es un extracto de lo que dice el santo sobre este objeto en las instrucciones que dió al P. Barzeo al enviarle á Ormuz.

El núm. 2 contiene un plan de conducta trazado al mismo religioso sobre los medios de conservar la humildad entre los triunfos de la predicacion.

En el núm. 3 recomienda el santo templar el zelo con la dulzura. Este trozo está sacado de una carta es-

Cartas del santo.

Indicacion de los documentos que componen la cuarta parte de este libro.

crita al P. Barzeo cuando el santo le nombró rector del colegio de Goa.

El núm. 4 es un extracto de una carta al P. Heredia, jesuita. Este que residía en Ormuz, desempeñaba mal el ministerio de la predicacion por culpa suya: el santo le da consejos utilísimos sobre las cosas que debe reformar para aprovechar á los otros.

El núm. 5 contiene un extracto de una carta al P. Nuñez, rector del colegio de Bazin. Este religioso no tenia disposicion natural para predicar. El santo le manifiesta que á pesar de eso serán muy útiles sus sermones con tal que sepa ganar la confianza y el amor de los pueblos.

Por último el núm. 6 es el extracto de una carta escrita al jesuita Juan Rodriguez, residente en Ormuz. Del fin de la carta aparece que era un hombre avanzado en la perfeccion, y sin embargo habia cometido grandes faltas por su caracter altanero y áspero: se habia malquistado con muchas personas, y en particular con el vicario general de Ormuz á quien habia faltado al respeto y obediencia: queria llevarlo todo por arrogancia: no guardaba ningun miramiento en el calor de sus sermones, y no reparaba en irritar los ánimos y enemistarlos contra él por sus modales imperiosos. S. Francisco le da graves reprensiones y hasta le amenaza con despedirle de la compañía si no varía enteramente de conducta. Le manda en particular que vaya á echarse á los pies del vicario general, y que le pida perdon y le prometa completa obediencia para lo sucesivo.



EXTRACTO

DE VARIAS CARTAS

DE S. FRANCISCO JAVIER.

N.º 1.

Extracto de una carta escrita en Goa al P. Gaspar Barzeo en marzo del año 1549 al enviarle á la mision de Ormuz.

§. 1. Buscad siempre con vivo zelo los oficios mas humildes: en esta aficion particular á todo lo que parece vil á los ojos del mundo, se conoce el espíritu de un verdadero ministro de Jesucristo. Cuanto mas os ocupeis en esta clase de oficios, mas adquirireis y acrecentareis la virtud de la humildad. Os recomiendo pues que no fieis á nadie, sino que ejerzais por vos mismo un cargo despojado de todo brillo exterior, y es el de los doctrineros que enseñan á los pequeñuelos y á las personas simples las oraciones que todos los cristianos deben saber de memoria. Hacedselas repetir palabra por palabra con mucha paciencia á los hijos de los portugueses, luego á sus esclavos y por último á los indigenas. Los que os vean complaceros en este ejercicio y dedicaros á él con zelo, conocerán que no sois altanero, y la opinion que conciban de vuestra modestia les

Dedicarse á explicar la doctrina.



crita al P. Barzeo cuando el santo le nombró rector del colegio de Goa.

El núm. 4 es un extracto de una carta al P. Heredia, jesuita. Este que residía en Ormuz, desempeñaba mal el ministerio de la predicacion por culpa suya: el santo le da consejos utilísimos sobre las cosas que debe reformar para aprovechar á los otros.

El núm. 5 contiene un extracto de una carta al P. Nuñez, rector del colegio de Bazin. Este religioso no tenia disposicion natural para predicar. El santo le manifiesta que á pesar de eso serán muy útiles sus sermones con tal que sepa ganar la confianza y el amor de los pueblos.

Por último el núm. 6 es el extracto de una carta escrita al jesuita Juan Rodriguez, residente en Ormuz. Del fin de la carta aparece que era un hombre avanzado en la perfeccion, y sin embargo habia cometido grandes faltas por su caracter altanero y áspero: se habia malquistado con muchas personas, y en particular con el vicario general de Ormuz á quien habia faltado al respeto y obediencia: queria llevarlo todo por arrogancia: no guardaba ningun miramiento en el calor de sus sermones, y no reparaba en irritar los ánimos y enemistarlos contra él por sus modales imperiosos. S. Francisco le da graves reprensiones y hasta le amenaza con despedirle de la compañía si no varía enteramente de conducta. Le manda en particular que vaya á echarse á los pies del vicario general, y que le pida perdon y le prometa completa obediencia para lo sucesivo.



EXTRACTO

DE VARIAS CARTAS

DE S. FRANCISCO JAVIER.

N.º 1.

Extracto de una carta escrita en Goa al P. Gaspar Barzeo en marzo del año 1549 al enviarle á la mision de Ormuz.

§. 1. Buscad siempre con vivo zelo los oficios mas humildes: en esta aficion particular á todo lo que parece vil á los ojos del mundo, se conoce el espíritu de un verdadero ministro de Jesucristo. Cuanto mas os ocupeis en esta clase de oficios, mas adquirireis y acrecentareis la virtud de la humildad. Os recomiendo pues que no fieis á nadie, sino que ejerzais por vos mismo un cargo despojado de todo brillo exterior, y es el de los doctrineros que enseñan á los pequeñuelos y á las personas simples las oraciones que todos los cristianos deben saber de memoria. Hacedselas repetir palabra por palabra con mucha paciencia á los hijos de los portugueses, luego á sus esclavos y por último á los indigenas. Los que os vean complaceros en este ejercicio y dedicaros á él con zelo, conocerán que no sois altanero, y la opinion que conciban de vuestra modestia les

Dedicarse á explicar la doctrina.



infundirá grande estimacion de vos como acontece de ordinario, de suerte que oirán vuestras instrucciones con mas gusto, y se tendrán por dichosos en aprender de boca vuestra los misterios de la religion cristiana.

Verdades sobre las cuales hay que predicar.

§. 7. Instruid al pueblo lo mas á menudo que podais, porque no hay cargo mas universalmente util ni mas fecundo en frutos copiosos para la gloria de Dios y la salud de las almas.

§. 8. Cuidad de no aventurar jamás en vuestras instrucciones proposiciones dudosas acerca de las cuales estan divididos los teólogos. Todo quanto se proponga al pueblo ha de ser claro y cierto, y todo ha de conducir á reformar las costumbres y corregir los vicios. Manifestad cuán abominable es el pecado: pintad el exceso de la injuria que hace á la suprema magestad de Dios el hombre que se mancha con un pecado mortal: infundid en las almas un saludable terror de la terrible condenacion que se fulminará contra los reos convictos en el dia grande del juicio: retratad con vivos colores los horrorosos tormentos del infierno: amenazad con la muerte, sobre todo con una muerte inopinada y repentina, á los que no se cuidan de servir á Dios, y duermen tranquilos con la conciencia cargada de los crímenes mas execrables.

Aprovechad al mismo tiempo los momentos oportunos para traer á la memoria de los pecadores la cruz de Jesucristo, sus llagas y su muerte, por la cual se dignó de expiar nuestras ofensas. Anímese entonces vuestro discurso con los sentimientos mas vivos y los afectos mas tiernos: expresadlos con figuras patéticas, apóstrofes y coloquios propios para mover profundamente á vuestros oyentes y hacerlos sentir tal dolor del pecado en vista de la ofensa de Dios, que corran lágrimas, si es posible, de los ojos de todos vuestros oyentes: entonces hacellos concebir un firme propósito de

purificar cuanto antes su conciencia por medio de la penitencia y celebrar su reconciliacion con Dios por la santa recepcion de la Eucaristia. Hé aqui, mi amado hermano, el verdadero y único retrato de una predicacion provechosa: deseo con ansia que le tomeis por regla y le tengais siempre delante de los ojos.

§. 9. Nunca podré encomendaros bastante que cuando reprendeis los vicios en el púlpito no nombreis nunca ni designeis á las personas, sobre todo á los magistrados y oficiales principales. Si os ha desagradado algo en su conducta y teneis por conveniente advertirselo, hacdeles una visita para hablarles en particular y secretamente, ó bien esperad la ocasion que vayan á confesarse para comunicarselo en la intimidad del tribunal de la penitencia. Pero no os acontezca bajo ningun pretexto reprenderlos públicamente, porque sabed que son hombres muy delicados é irritables, y que las reprensiones que les hicieseis en público producirian el mismo efecto en ellos que las picaduras del tábano en los toros, que los enfurecen de modo que se los ve dar brincos con impetuosidad y arrojarse en los precipicios. Asi estos hombres se precipitan mas y mas en los excesos que se les reprenden, como para vengarse del predicador, ademas de conservar un odio implacable contra el ministro del Señor y hacerle sentir los efectos de él en todas ocasiones.

Evitar las personalidades.

§. 22. Preferid siempre los empleos cuyo fruto se extiende mas lejos, á otros que son mas limitados: segun esta regla no dejareis nunca un sermón público por oír una confesion: tampoco omitireis la explicacion de la doctrina, ni alterareis la hora señalada por visitar á una persona particular ó por cualquier otra buena obra de la misma naturaleza.

§. 39. Donde quiera que tengais que ejercer las funciones del ministerio, aunque no sea mas que de

Informarse de las costumbres

de aque-
llos á
quienes se
predica.

paso y por poco tiempo, informaos con cuidado de los hombres de bien y experimentados, qué vida hacen comunmente los habitantes del pais: dedicaos á averiguar con la mayor exactitud que sea posible, no solo los crímenes que allí se cometen, los fraudes y los diversos artificios que se usan para hacer injusticias y engañar en la negociacion, sino tambien los usos admitidos entre el pueblo, las opiniones generalmente divulgadas, las inclinaciones de la nacion, las costumbres particulares de la religion, el estado del foro, la forma de proceder, las trampas de los curiales y litigantes, en una palabra todo lo que pasa en la sociedad civil y la manera con que los hombres acostumbran obrar entre sí. Fiaos de mi experiencia: no hay conocimiento mas util para el médico de las almas, el cual aprende así á conocer las enfermedades, sabe mejor emplear remedios propios para sanar las heridas, y se proporciona los medios de tener siempre en la mano especificos acomodados á todas las enfermedades que encuentra.

§. 40. Así sabreis sobre qué debeis insistir con mas frecuencia en vuestros sermones. Este conocimiento os servirá tambien mucho en las conversaciones que tengais con los hombres: hará que nada os admire ni os coja de susto: os dará una admirable presencia de ánimo en los varios casos de conciencia que os ocurran, una prudente destreza para dirigir los espíritus en las multiplicadas relaciones que tendreis con muchos, y grande autoridad para con todos. Los hombres del siglo suelen despreciar nuestras amonestaciones por la idea de que no conocemos lo que pasa en el mundo, y así no nos hallamos en estado de juzgar bien de ello; pero cuando ven por experiencia que alguno de nosotros está tan versado y tan ducho como ellos en los usos de la vida civil, le admiran, se entregan á él con confianza, no vacilan en violentarse por ceder á sus advertencias,

y ejecutan con gusto lo que se les aconseja, aunque sea muy duro á la naturaleza.

Ya veis el inmenso fruto de esta ciencia del mundo. Persuadios pues que debeis poner tanto cuidado en adquirirla, como pusisteis en otro tiempo para aprender la filosofia ó la teología en las aulas. Ademas no habeis de beberla en los libros muertos, escritos en papel ó en pergamino, sino en los libros vivos, es decir, en vuestras conversaciones con hombres que esten al corriente de los sucesos, y que conozcan bien las costumbres del pueblo. Con ayuda de esta ciencia pronunciareis discursos mas útiles que si recitais al pueblo bibliotecas enteras de razonamientos especulativos.

§. 46. Durante la navegacion predicad todos los domingos, y en los demas dias lo hareis segun os parezca conveniente. Me remito á vuestra prudencia, porque esto depende mucho de las circunstancias, que os recomiendo peseis cuidadosamente. En los sermones no hagais vano alarde de erudicion ni de memoria hacinando un monton de textos: deben bastaros unas cuantas citas, pero bien escogidas. Emplead la mayor parte del sermón en hacer una viva pintura del estado interior y de la turbacion de las almas pecadoras: haced que todos reconozcan en vuestras palabras y vean como en un espejo la inquietud de sus proyectos, la frivolidad de sus pensamientos, la nada de sus vanas esperanzas, las picardías artificiosas, los fraudes diestramente disfrazados que meditan en su ánimo. A esto añadireis las funestas resultas de sus culpables intentos: respondereis á los sofismas capciosos que los sugiere el enemigo de todo bien: les enseñareis el modo de desenredarse de sus redes; é insistireis en los castigos que Dios impondrá á los que sean sordos á la voz de la conciencia.

§. 47. Este género de instrucciones es utilísimo, porque nada oyen los hombres con tanta atencion como

Pintar con
vivos colo-
res el esta-
do de los
pecadores.



aquellas cosas cuya verdad los hace conocer el testimonio íntimo de su conciencia. Las especulaciones sublimes, las cuestiones espinosas y las discusiones teológicas sobrepujan la inteligencia de los hombres vulgares, los cuales no hacen ningun caso de ellas: es un vano sonido que hiere el aire, palabras estériles que no producen ningun fruto. Si quereis pues que os escuchén con atencion, hacedles un retrato fiel de lo que pasa dentro de ellos mismos. Pero para pintar así lo que pasa en su corazon es necesario conocerlos bien; y el único modo de conocerlos bien es estar mucho con ellos, examinar, observar y profundizar. Así estudiad cuidadosamente estos libros vivos, de los que sacareis con que enseñar de una manera eficaz, y adquirireis mucho dominio sobre los pecadores para atraerlos á vos, hacerlos gustar la verdad, apartarlos de su mal camino y persuadirles cuanto sea necesario para la salud de su alma.

§. 48. Sin embargo no os prohibo la lectura de los libros muertos; al contrario os recomiendo que empleeis parte del tiempo en consultar diligentemente la sagrada escritura, los santos padres de la iglesia, los sagrados cánones, los libros piadosos y los tratados de moral; porque de ellos se sacan remedios contra las tentaciones y pruebas sólidas para confirmar las verdades cristianas. Los grandes ejemplos que nos ofrecen los hechos de los santos, tienen una fuerza particular para inspirar sentimientos heroicos, y las alabanzas que se les dan forman materia de instrucciones muy útiles; pero todo esto es frio y casi no produce fruto si los oyentes no tienen el entendimiento y el corazon abiertos para que la semilla de la salud penetre profundamente. Pues un habil predicador se sirve de la llave propia para abrirlos cuando conociendo bien el corazon humano y estando perfectamente al corriente de

las costumbres de aquellos á quienes habla, pinta el estado interior de cada uno, y pone su conciencia como desnuda delante de sus propios ojos.

N.º 2.

Carta sin fecha escrita al P. Gaspar Barceo.

§. 1. Me decís, mi amado Gaspar, que supuesto que yo acostumbro insistir mucho en las alabanzas de la humildad, y vos mismo conoceis su importancia infinita, esperais que no rehusaré trazaros un método para la práctica de esta virtud. Es verdad que gusto platicar de esta materia, y aun añado que como os amo mucho y oigo en todas partes los elogios de vuestros sermones, el amor que os tengo no me deja tranquilo, y tiemblo que á fuerza de agradar á todo el mundo dejes poco á poco de desagradaros á vos mismo. Por lo cual cedo á vuestros deseos, y voy á poner por escrito lo que me ocurra y sea propio para serviros de antidoto contra el veneno halagüeño é insinuante del orgullo, que se introduce tan sutilmente en un corazon con la ayuda de la estimacion y de los aplausos del público cuando no se le opone un contraveneno eficaz.

§. 2. Ante todas cosas dedicaos con empeño á tomar ocasion del buen suceso de vuestras instrucciones para abalirlos mas y mas, conociendo claramente que nada de esto os pertenece. Sed pues fiel en referir toda la alabanza á Dios, único autor de vuestro talento y ciencia, cualquiera que sea, y de todo el provecho que saquen vuestros oyentes. Todavía mas, debeis reconocer que vuestros mismos oyentes son los que alcanzan para vuestros sermones el fruto que se admira, porque podeis y debeis creer que movido Dios de la devocion de este buen pueblo que busca con tanto ardor la ciencia

Medios de conservar la humildad en medio de los triunfos de la predicacion.

de la religion y de la salvacion, os da, aunque seais indigno, las luces y fuerzas para enseñarlos como conviene y corresponder á sus ardientes deseos. Por tanto no debeis ser á vuestros propios ojos mas que el ministro de un beneficio que de ningun modo viene de vos, supuesto que la claridad y la fuerza con que anunciáis la palabra divina, asi como los sentimientos que produce en vuestros oyentes y la docilidad que les infunde, son dones de Dios, concedidos no á vuestros méritos, sino á las oraciones de la iglesia y á la piedad del pueblo. Y este debe ser un motivo mas para que ameís á este pueblo en agradecimiento de que el Señor por consideracion á él os comunica la ciencia y elocuencia cristianas, porque si contaseis entre vuestras riquezas el don de anunciar bien la divina palabra, seriais injusto é ingrato para con el pueblo que os ha alcanzado dicho don y en favor del cual se os ha otorgado.

§. 3. Ademas es preciso os persuadais que el fruto de vuestros afanes es efecto de las oraciones que no cesan de elevar á Dios los miembros de la compañía de Jesus esparcidos por el universo en favor de sus hermanos ocupados en recoger la mies evangélica, y que como oran con ardiente caridad y con una humildad profunda, consiguen que Dios se digne de valerse de los hijos de la compañía para procurar su gloria y la salud de las almas. Si se graba bien esta idea en lo hondo de vuestro corazon, no os harán vacilar los aplausos ni las alabanzas, sino antes cuanto mas os ensalcen, mas os abatireis sabiendo con certeza que algun dia respondereis estrechamente del don que se os ha confiado de vuestra cuenta y riesgo para provecho de los demas: temblareis reflexionando que en la dispensacion de este don precioso nada os pertenece en propiedad excepto las muchas faltas de imprudencia, negligencia é ingratitud para con Dios que os le ha dado, para con el pueblo en

cuya utilidad se os ha dado, y para con vuestra madre la compañía de Jesus, cuyas oraciones han alcanzado de Dios que vuestras tareas sean coronadas de algun triunfo.

§. 4. Tambien os será muy ventajoso comparar el fruto actual de vuestros sermones, cualquiera que sea, con el muy mas abundante que cogeriais si no lo impidiese vuestra culpa: por lo cual debeis hacer las mayores instancias á Dios para alcanzar que os manifieste con un vivo rayo de la luz celestial cuántos obstáculos poneis á las operaciones de la divina bondad en vos por vuestras culpas y pecados diarios. ¡Oh! ¡con qué confusion vereis entonces que la imperfeccion y las manchas del instrumento que Dios emplea, impiden á este buen maestro conseguir plenamente lo que desea, se oponen al deseo que tendria de manifestarse mas á las claras, y le hacen desistir de las grandes cosas que habia resuelto ejecutar por vuestro ministerio para su gloria y la salud de las almas! No se queden estos sentimientos en vuestra boca para rechazar las lisonjas de los hombres, sino que penetren hasta lo mas íntimo de vuestra alma y os cubran de una vergüenza saludable en presencia de Dios, escudriñador de los corazones. Esto será como otros tantos agujones para reprimir la vanagloria y despertar vuestra atencion sobre vos mismo, de modo que no caigais en un sueño engañoso y en una peligrosa seguridad, sino que por el contrario veleis con cuidado sobre vos mismo, y tengais siempre abiertos los ojos mirando á todas partes para no cometer ninguna imprudencia ó dar en algun lazo del demonio ó faltar á vuestros deberes con respecto al pueblo, ya prediqueis en público, ya habléis en particular.

§. 5. Al recomendaros que os ocupeis en estos pensamientos insisto en otro consejo muy importante; y es que pongais por escrito los conocimientos que

Importancia de que un predicador pon-

ga por es-
crito sus
pensamien-
tos.

Dios os dé, porque este buen maestro acostumbra iluminar á los que recurren á él, y procuran con diligencia averiguar lo que le es agradable. Acordaos que lo que se fia al papel se imprime mas en el alma, porque el cuidado de escribirlo y el tiempo que se emplea, contribuyen á grabarlo mas profundamente en la memoria. Además sucede de ordinario que se altera y borra poco á poco la memoria de las ideas mismas que mas impresion nos han hecho; por lo cual importa escribirlas mientras estan frescas en unos cuadernos donde podamos hallarlas despues, como las personas del siglo guardan en sus archivos los títulos que pueden necesitar. El provecho que se saca de leer luego estos cuadernos, se parece al de los mineros que encuentran una vena mineral que habian perdido, porque haciendo excavaciones mas profundas sacan abundantes riquezas. Tambien puede compararse al de los arquitectos, que hallando ya echados sólidos cimientos los emplean para levantar un bello edificio. Asi acostumbra proceder con nosotros la sabiduría de Dios, que se complace en comunicarse de motu proprio y por su sola misericordia, porque cuando nosotros cuidamos de recurrir á ella y somos dóciles á su voz, gusta de conducirnos de una luz en otra; y á la manera que al debil resplandor del crepúsculo se sigue mayor claridad que va siempre en aumento hasta que el sol llega á la brillantez del mediodia; asi la sabiduría de Dios favorece con luces siempre mas vivas á los que son diligentes en aprovecharse de las primeras que les concede. Y este favor se otorga especialmente á los que por una meditacion profunda se aplican á penetrar en el abismo de su bajeza, de su miseria y de su nada.

Por lo tanto no dudeis que perseverando constantemente en este santo ejercicio de la humildad y de la investigacion profunda de vuestras faltas, os colmará el

Señor de sus gracias, no solo para vuestra propia perfeccion, sino tambien para el feliz acierto de las empresas que acometais por la salvacion de los demas. Asi adquirireis la dulce experiencia de una verdad que muchos no comprenden; y es que el predicador del Evangelio no debe esperar producir grandes y verdaderos frutos sino en proporcion del sincero desprecio que haga de sí mismo. Y aunque á veces suceda que un predicador falto de esta circunstancia saque algun fruto, no puede este llamarse un fruto completo y sólido, porque semejante á una antorcha que se consume alumbrando á los demas, este predicador encuentra su perdicion en las mismas cosas por donde proporciona el bien de sus oyentes.

§. 6. Os conjuro pues por el amor que teneis á Dios, y la gratitud que debeis á la compañía de Jesus, os ruego una, dos y tres veces, y os suplico con toda la eficacia de que soy capaz, que os entregueis sin intermision á estos ejercicios del menosprecio de vos mismo; porque si llegarais á descuidarlos ó interrumpirlos (lo que Dios no quiera), lo temeria yo todo por la salvacion de vuestra alma. Recordad cuántas veces habeis oido hablar y cuántas habeis sido testigo por vuestros propios ojos de la triste caida de muchos, que despues de predicar á los otros se han hecho réprobos solamente porque les faltaba la humildad. ¡Ah! os lo digo y os lo repito, tened cuidado de no aumentar el número de estos. ¡Ojalá tengais siempre á la vista tan deplorables ejemplos! Esté siempre presente en vuestra imaginacion la imagen lastimosa de estos infelices: ¡cuántos que tuvieron la honra de subir como vos á la sagrada cátedra, cuyos sermones eran mas concurridos que los vuestros, que hablaban con mas elegancia, con mas elocuencia, de una manera mas admirable, que sacaron frutos mas copiosos, y convirtieron mas idó-

Caidas terribles de varios predicadores orgulosos.

®

latras y redujeron mas pecadores; y sin embargo (¡oh alteza de los juicios de Dios!) despues de haber servido de instrumento al Señor para libertar una multitud de mortales de la tirania del demonio y arrancarlos de las puertas del infierno fueron precipitados ellos mismos en el fuego eterno, porque se arrogaron orgulloosamente la gloria debida á solo Dios, buscaron con ansia una vana nombradía y los aplausos mundanos, y ensoberbecidos con las alabanzas de los hombres se hincharon de vanidad; de donde resultó que levantando su soberbia cabeza con fastuosa arrogancia, encontraron los rayos que dispara el cielo contra los que se ensalzan á sí mismos (1)!

§. 7. Despues de haber visto unas caidas tan lamentables ¿podreis no sobrecogeros de espanto y no sentir vivamente la necesidad de tener bajos sentimientos de vos mismo? Sondead pues atentamente vuestro corazon, y daos cuenta fiel de vuestros motivos y deseos. De la misma manera que los mercaderes calculan exactamente sus deudas y su haber, calculad lo que en vuestra predicacion corresponde á Dios y lo que os corresponde á vos mismo; y entonces no hallareis de qué gloriaros, sino mucho por qué temblar y humillaros. Porque en todo este negocio confiado á nuestro cuidado, que se dirige á procurar la salvacion de los hombres, ¿qué es lo que podemos, por muy grandes que sean nuestros triunfos, imputarnos con justicia como gloria nuestra propia, y felicitarnos á nosotros mismos? De lo bueno nada es nuestro; pero lo que verdaderamente es nuestro, son una porcion de errores, imprudencias é infidelidades á la gracia, con que hemos perjudicado á la obra de Dios. Esa es la parte que nos pertenece en propiedad en el ejercicio de nues-

(1) *Omnis qui se exaltat humiliabitur.*

tro ministerio, porque las conversiones de los hombres son obra de Dios, que se deleita en ostentar su bondad de una manera mas maravillosa cuanto mas débiles son los instrumentos que emplea, y para manifestar su gloria á los mortales se sirve de nosotros que somos sus ministros mas viles y dignos de toda clase de oprobios.

§. 8. Fijad estos sentimientos en vuestro corazon, y cuidad de que no penetre jamás en vuestra alma la idea de preferiros á aquellos hermanos nuestros que ejercen en nuestras casas los oficios temporales, aunque sean los mas bajos. El demonio os dirá que son personas incapaces de las cosas mas grandes, y buenos solamente para oficios innobles. Pero estad firmemente persuadido que de ellos viene lo que se admira en vos, y que ellos son los que desempeñando sus cargos con la mira de Dios, y sirviendo al Señor con simplicidad y devocion, atraen sobre vuestro ministerio las gracias que le dan tanta fecundidad. Penetrado de estas reflexiones no despreciareis nunca á vuestros hermanos; al contrario los amareis, los respetareis y os rebajareis interiormente mucho mas que ellos: asi caminareis á pasos agigantados por las sendas de la perfeccion.

N.º 3.

Extracto de una carta escrita en Goa al mismo P. Gaspar Barzeo en 13 de abril de 1552.

§. 10. La vista de tantos crímenes como cometen los hombres es muy capaz de excitar una viva indignacion en nosotros; pero tened mucho cuidado de no dejaros arrebatat de un zelo imprudente, ni hablar de un modo que descubra ira. Las reprobaciones del predicador á su auditorio serán infructuosas si una modesta mansedumbre no pone freno á la lengua despues-

Evitar las reprobaciones amargas en los sermones.

latras y redujeron mas pecadores; y sin embargo (¡oh alteza de los juicios de Dios!) despues de haber servido de instrumento al Señor para libertar una multitud de mortales de la tirania del demonio y arrancarlos de las puertas del infierno fueron precipitados ellos mismos en el fuego eterno, porque se arrogaron orgulloosamente la gloria debida á solo Dios, buscaron con ansia una vana nombradía y los aplausos mundanos, y ensoberbecidos con las alabanzas de los hombres se hincharon de vanidad; de donde resultó que levantando su soberbia cabeza con fastuosa arrogancia, encontraron los rayos que dispara el cielo contra los que se ensalzan á sí mismos (1)!

§. 7. Despues de haber visto unas caidas tan lamentables ¿podreis no sobrecogeros de espanto y no sentir vivamente la necesidad de tener bajos sentimientos de vos mismo? Sondead pues atentamente vuestro corazon, y daos cuenta fiel de vuestros motivos y deseos. De la misma manera que los mercaderes calculan exactamente sus deudas y su haber, calculad lo que en vuestra predicacion corresponde á Dios y lo que os corresponde á vos mismo; y entonces no hallareis de qué gloriaros, sino mucho por qué temblar y humillaros. Porque en todo este negocio confiado á nuestro cuidado, que se dirige á procurar la salvacion de los hombres, ¿qué es lo que podemos, por muy grandes que sean nuestros triunfos, imputarnos con justicia como gloria nuestra propia, y felicitarnos á nosotros mismos? De lo bueno nada es nuestro; pero lo que verdaderamente es nuestro, son una porcion de errores, imprudencias é infidelidades á la gracia, con que hemos perjudicado á la obra de Dios. Esa es la parte que nos pertenece en propiedad en el ejercicio de nues-

(1) *Omnis qui se exaltat humiliabitur.*

tro ministerio, porque las conversiones de los hombres son obra de Dios, que se deleita en ostentar su bondad de una manera mas maravillosa cuanto mas débiles son los instrumentos que emplea, y para manifestar su gloria á los mortales se sirve de nosotros que somos sus ministros mas viles y dignos de toda clase de oprobios.

§. 8. Fijad estos sentimientos en vuestro corazon, y cuidad de que no penetre jamás en vuestra alma la idea de preferiros á aquellos hermanos nuestros que ejercen en nuestras casas los oficios temporales, aunque sean los mas bajos. El demonio os dirá que son personas incapaces de las cosas mas grandes, y buenos solamente para oficios innobles. Pero estad firmemente persuadido que de ellos viene lo que se admira en vos, y que ellos son los que desempeñando sus cargos con la mira de Dios, y sirviendo al Señor con simplicidad y devocion, atraen sobre vuestro ministerio las gracias que le dan tanta fecundidad. Penetrado de estas reflexiones no despreciareis nunca á vuestros hermanos; al contrario los amareis, los respetareis y os rebajareis interiormente mucho mas que ellos: asi caminareis á pasos agigantados por las sendas de la perfeccion.

N.º 3.

Extracto de una carta escrita en Goa al mismo P. Gaspar Barzeo en 13 de abril de 1552.

§. 10. La vista de tantos crímenes como cometen los hombres es muy capaz de excitar una viva indignacion en nosotros; pero tened mucho cuidado de no dejaros arrebatat de un zelo imprudente, ni hablar de un modo que descubra ira. Las reprobaciones del predicador á su auditorio serán infructuosas si una modesta mansedumbre no pone freno á la lengua despues-

Evitar las reprobaciones amargas en los sermones.

ta á prorumpir en expresiones picantes y palabras amargas: este es un camino resbaladizo en que no ha de penetrar uno sin considerar bien en qué paraje pone el pie. ¿Se ha hecho alguien mejor por la fogosa reprehension de un censor irritado? No, nunca lograreis corregir á los hombres si no los reprendeis sin acritud: son unos enfermos á quienes no curareis si la turbacion de vuestras palabras los hace juzgar que estais dominado de la ira; todo al contrario en vez de remediar sus males los escandalizareis, porque la gente del pueblo une la idea de vicio á toda especie de ira, y no se inclina á creer que el amor divino enciende el fuego que anima á los ministros del Señor contra los pecadores; y cuando ven prorumpir á los predicadores en reprehensiones contra los pecadores en tono irritado y con rostro encendido, deducen que tales predicadores son unos hombres semejantes á ellos, y que se dejan incitar y arrebatar de la viveza de la pasion como las almas vulgares.

N.º 4.

Extracto de una carta escrita en Goa el P. Heredia á 2 de abril de 1552.

Necesidad de la humildad.

§. 4. Acordaos que si los primeros miembros de la compañía de Jesus la han hecho célebre en el universo cristiano, es por el ejercicio de todas las virtudes, y sobre todo por el desprecio de la gloria humana: acordaos que han mirado siempre la humildad como el fundamento de la perfeccion. Imitándolos y no de otro modo os mostrareis digno de este nombre, y contribuireis á la nombradía de nuestra compañía, en vez de que siguiendo otro rumbo os extraviarais y destruiriais lo que ellos han edificado.

§. 5. Ante todas cosas no olvideis nunca que la

confianza y estima de los pueblos y la autoridad que se adquiere sobre sus ánimos, son dones de Dios, y que el soberano dueño no acostumbra concederlos mas que á los que ve sólidamente fortalecidos en la virtud para emplear este precioso talento en su salvacion y en la de las almas que le estan encomendadas. No esperen pues este favor de la divina providencia aquellos que no se han ejercitado en la humildad, porque Dios, zeloso de sus dones, no quiere que se achauen á los esfuerzos de la industria humana, y ve que esos hombres seducidos por un orgullo insensato atribuirian á su mérito y talento el fruto que su ministerio produjese. Ademas Dios no gusta de exponer el pueblo á dejarse engañar imprudentemente de la fama de los triunfos y de una falsa nombradía de santidad; de donde resultaria que este pobre pueblo tomase por santos de primer orden á unos hombres tibios y poco exactos en el servicio de Dios, y les profesase la estimacion debida á los operarios verdaderamente evangélicos (1).

Por lo tanto pedid continuamente y con instancia al Señor que os conceda el conocer bien cuán grandes son los obstáculos que por vuestra culpa poneis á los adelantamientos del Evangelio, teniendo cautiva, por decirlo así, la bondad de Dios, y quitándole que derrame sus luces y gracias sobre este pueblo tanto como lo deseaba. ¡Qué desgracia para este pobre pueblo tener un pastor que por su poco fervor y su infidelidad

(1) El santo no habla aqui mas que de lo que ocurre ordinariamente; pero no quiere decir que los orgullosos no consigan nunca producir grandes frutos para la salvacion de las almas, supuesto que en el §. 6 de la carta número 2 cita el ejemplo de los que despues de haber predicado utilmente para los demas se perdieron á sí mismos por orgullosos.

á la gracia no ha sabido atraer las miradas propicias del cielo sobre sus tareas, ni merecer que Dios le diese la confianza y cariño de sus ovejas para ponerle en estado de persuadirles las verdades de la salvacion!

§. 6. Cuando haceis el examen diario de conciencia á las horas fijadas en nuestra regla, examinad con la mayor severidad la conducta que habeis observado en vuestros sermones, en el tribunal de la penitencia y en las conversaciones particulares: contad con la mayor exactitud vuestras omisiones, negligencias é imprudencias: considerad con cuidado lo que debeis hacer para enmendaros, tomad enérgicas resoluciones, y ejecutadlas puntualmente y sin tardanza. Si obráis así, espero de la bondad de nuestro Dios que no tardará en recompensar vuestra penitencia con sus ricos dones, y os colmará tanto de sus gracias, que en vez de vuestros desgraciados esfuerzos anteriores vereis como vuestro ministerio produce en adelante frutos copiosísimos.

§. 7. Guardaos de imitar á ciertos predicadores que procuran ganar al pueblo, y conciliarse su estimacion por medios humanos, conformándose en sus acciones y palabras con lo que saben que agrada á la multitud. Esta servidumbre es indigna de un predicador evangélico, no solamente porque tiene su origen en el peligroso deseo de sorprender la vana estimacion del pueblo, sino porque es injuriosa á nuestro Señor Jesucristo. ¡Cómo! un predicador que debe buscar ante todas cosas la gloria del que le ha enviado, ¿atenderá principalmente á su propia fama? Su grande objeto ¿será conseguir alabanzas? Y ¿qué resultará de ahí? Que luego que haya conseguido el objeto de sus deseos, quedará contento, se entibiará su zelo, y no se le verá hacer grandes esfuerzos para procurar la gloria de Dios por medio de la verdadera conversion de las almas.

N.º 5.

Extracto de una carta escrita en Goa al P. Nuñez á 3 de abril de 1552.

Ocupaos continuamente en predicar, confesar, visitar y asistir á los enfermos y á los presos y en otras obras de caridad semejantes: que siempre se os vea pronto y zeloso en prestar al prójimo todos los officios propios de un corazon piadoso y compasivo. Si ven que siempre os inclináis á ellos con un santo anhelo, con humildad y con cariño al prójimo, adquirireis por la gracia de Dios la confianza y el amor de la ciudad, y aunque no tengais el don de la elocuencia, sin embargo vuestro zelo y modestia darán fuerza, y peso á vuestras palabras, y estas moverán los corazones y producirán frutos abundantísimos. Cuidad solamente (no me cansaré nunca de repetiros esta advertencia) de mantener estrecha union y amistad con el vicario general: portaos con mucha prudencia, bondad, humildad y benevolencia respecto de los otros eclesiásticos de la ciudad, así como con el gobernador y los magistrados, y generalmente con todos los habitantes. Creedme, la esperanza de buen resultado en la predicacion no va aneja á una ciencia eminente, al bello estilo ni á una feliz facilidad para expresarse con gracia. El secreto de este arte es poseer el afecto y confianza de aquellos á quienes se habla, y apoderarse de la llave de los corazones antes de llamar á la puerta de los oidos. Para persuadir uno lo que quiere es menester captarse el amor de los que le oyen, y para atraer muchos á Dios es menester no enagenarse el corazon de nadie.

Atender á
ganar los
corazones.

®

Extracto de una carta escrita en Goa al P. Juan Rodriguez, jesuita, á 22 de marzo de 1552.

Las faltas del predicador suspenden las gracias de Dios.

La satisfaccion que he tenido en saber noticias de vos por los que han llegado aqui de vuestro pais, se ha disminuido con el dolor que he sentido por no haberme traído cartas vuestras. ¿Por qué no me habeis escrito dándome cuenta del fruto que haceis, ó mas bien Dios por vuestra mano? Yo hubiera querido especialmente saber de vuestra misma boca el fruto que Dios sacaria si fuerais un instrumento fiel entre sus manos; pero que se ve obligado á omitir, porque vuestras culpas y defectos ponen un obstáculo á sus deseos. Sí, eso es lo que quita que Dios se manifieste por vos: ¡ah! deberiais hacer os un cargo continuo de que poneis un obstáculo voluntario á los designios misericordiosos del Señor: deberiais cubriros de confusion y abismaros en el dolor al ver que por culpa vuestra no halla Dios en vos un instrumento propio para las grandes y excelentes cosas que quisiera hacer por mediacion vuestra. ¿Qué motivo de dolor para vos el perjuicio inmenso que de aqui resulta, perjuicio imputable á vos solo! Vos sois la causa de que Dios esté privado de una parte de su gloria: vos sois la causa de que las almas encomendadas á vuestro cuidado no reciban mas que una debil parte de los frutos abundantes que estabais destinado á producir. ¡Oh! ¡cuántos dones y bienes celestiales estaban á punto de derramarse sobre ellas, y los habeis suspendido por la única razon de no ser vos tal como podeis y debeis ser! Por lo tanto os advierto que penseis la cuenta terrible que habreis de dar en el juicio de Dios de tanto bien que el Señor

quería y estaba dispuesto á hacer, y vos se lo quitasteis.

§. 3. Cuidad de no singularizaros, de no hacer ostentacion de vuestra ciencia, ni buscar el aura popular; al contrario manifestad que aborreceis toda ambicion de celebridad y de nombradía popular. A muchos de nuestra compañía les han perjudicado sobremanera una vana jactancia y la pretension de preeminencia. Despues que volví del Japon he despedido á algunos de la compañía, porque entre otras cosas los he hallado inficionados de este vicio (1). Semejante conducta por vuestra parte me obligaria á trataros con la misma severidad.

§. 5. Porque creo que es importantísimo para la mayor gloria de Dios que manifesteis la mas profunda sumision y la mas puntual obediencia al vicario general, os recomiendo en virtud de santa obediencia que al recibo de esta carta vayais á echaros á los pies de dicho superior y le pidais humildemente de rodillas perdon de las desobediencias y otras faltas con que le habeis dado sentimiento: despues le besareis la mano declarándole que lo haceis de mi orden, oireis con respeto todo lo que os mande, y lo cumplireis con fiel obediencia.

Obediencia á los superiores.

§. 6. Absteneos cuidadosamente en el púlpito de toda personalidad: no trateis nunca de cuestiones de pura curiosidad, ni especulaciones demasiado sutiles, ni hagais vano alarde de una vasta erudicion; mas de-

(1) Ademas de Gomez, de quien hemos hablado mas arriba, el santo á su regreso del Japon se vió precisado tambien á despedir de la compañía á Manuel Morales, de quien dice en una carta de 4 de febrero de 1552 que era un hombre dotado de preciosas cualidades para el santo ministerio. Al mismo tiempo expulsó á Francisco Gonzalez, cuyas prendas le habian dado muchas esperanzas en otro tiempo como aparece de una carta fecha 20 de junio de 1549. Tambien parece que despidió á otros.

jando á un lado todo ese fárrago de inutilidades dedicados á tratar con solidez materias verdaderamente provechosas. Clamad contra los pecados en que cae mas ordinariamente el pueblo; pero que no resplandezcan menos en vuestros discursos la modestia y la humildad que el zelo por la gloria de Dios. En cuanto á los pecadores aun los conocidos públicamente como tales, que no procuraron ocultarse, no los reprendais jamás en vuestros sermones, sino amonestadlos fraternalmente en particular.

Evitese
todo lo
que puede
ofender á
alguien.

§. 7. Estad bien seguro que el fruto que produzcais sin ruido y sin ofender á nadie, aunque no fuera mayor que la extension de una sílaba, me causará mucha mas satisfaccion que si supiera que habiais sacado fruto tan grande como la longitud de un verso entero; pero que habia sido en medio de las quejas de muchos que se daban por ofendidos, ó siquiera con la resistencia de uno solo. Y porque sé indudablemente que es una cosa importantísima y de que depende toda la esperanza de procurar el bien para la gloria de Dios, os recomiendo con todas mis fuerzas que grabeis profundamente esta advertencia en vuestro ánimo y la practiqueis siempre, desempeñando todas vuestras funciones y en especial las del santo ministerio con calma, con grandes muestras de mansedumbre y amor al prójimo, sin ninguna disputa y sin dejar traslucir la mas leve emocion de ira.

§. 9. Cuando escribais al colegio de Goa, cuidad de enviar una carta para el obispo, breve, pero llena de testimonios de vuestra profunda veneracion y entera obediencia, y dándole cuenta de lo que pasa donde estais. Le debéis este homenaje porque es nuestro superior, y ademas tiene una ternura paternal hácia nosotros y nos favorece en todo lo que está de su parte.

§. 10. Os he escrito con mucha libertad como á un

hombre de una virtud y perfeccion no comun, que recibe las amonestaciones como un servicio de buen amigo, y ama mas á los que le dan útiles reprehensiones que á los que le halagan con peligrosas lisonjas, porque su sólido discernimiento prefiere lo amargo, pero saludable, á lo que es arriesgado, aunque dulce. Yo hubiera tomado ciertas precauciones y sazonado mis palabras de todo lo que pudiese mitigar su acritud, si hubiera creido que tenia que tratar con un hombre debil á quien fuese preciso contemplar; pero lleno de confianza en el vigor de vuestra alma y en la solidez de vuestro juicio, he desechado todo rodeo y he creido deber descubrirnos con sencillez todo el fondo de mi corazon. Os exhorto á que deis gracias al Señor de haberos hecho tal, que he podido sin imprudencia presentaros la verdad desnuda y sin ningun atavío. Este es un efecto de la alta sabiduría á que habeis llegado por medio de continuos adelantamientos, que os inspira desprecio á todo lo que huele á lisonja, y hace que querais mas ser reprendido abiertamente, que si se dorase la píldora por temor de ofenderos, y por contemplaciones se ocultasen bajo las flores de las alabanzas las advertencias que se os quisieran hacer. Esta conducta insinuante es buena para con los jóvenes y los novicios; pero seria agraviar á unos soldados valientes de la milicia santa el querer nutrirlos con la leche de los niños y tratarlos con la blanda indulgencia de las nodrizas. Creedme, si yo he tomado la pluma para escribiros estas cosas con tanta sencillez y franqueza, ha sido cuando despues de implorar las luces del Espíritu Santo me he sentido incitado á escribiros con el estilo que conviene á los perfectos, á los hombres que han sacudido las debilidades de los principiantes y las delicadezas de los que estan todavia poco adelantados en el camino espiritual.



ADICION

QUE CONTIENE LA OPINION

DEL CARDENAL BELARMINO.



El piadoso y sabio Belarmino fue uno de los jesuitas mas recomendables por los grandes servicios que prestó á la iglesia. En Roma se está tratando de su beatificacion, y es de esperar que no tarde el juicio auténtico del sumo pontífice en proponer á la veneracion de los fieles la heroica santidad de aquel varon eminente. Esta razon nos ha movido á citar aqui su opinion 1.^o sobre el modo de anunciar la divina palabra, 2.^o sobre la importancia de la explicacion de la doctrina.

§. I.

Opinion de Belarmino sobre el modo de anunciar la divina palabra (1).

Hé aqui algunas reflexiones que dejó escritas Belarmino sobre este objeto:

«Un predicador tiene buenos motivos de mante-

(1) Vida del cardenal Belarmino por el P. Frizon, jesuita.

nerse en una profunda humildad y no atribuirse de ningun modo el fruto de sus sermones: *ni el que planta, ni el que riega*, es el que hace germinar la semilla: *Dios es el que hace que la buena simiente eche raiz, y le da incremento* (1). Todo nuestro poder se reduce á llamar á la puerta del corazon de nuestros oyentes haciendo resonar á sus oidos la divina palabra: á Dios le toca hacerla penetrar y grabarla profundamente en el alma de aquellos.

«Temamos perder el tiempo en tornear frases y disponer palabras: los sermones trabajados con arte y en cuya composicion se suda mucho, producen ordinariamente mas aplauso que provecho. No hay cosa que mejor nos prepare para la predicacion que la oracion fervorosa y las mas humildes súplicas. Todos los preceptos de la elocuencia humana no nos harán jamás capaces de convertir una sola alma: esta es una conquista reservada á la gracia de Jesucristo y á la eficacia de su palabra. El embajador de Jesucristo que viene en nombre del cielo á anunciar esta divina palabra, debe profesarle en verdad una veneracion que le haga evitar todo lo que pudiera disgustar á sus oyentes: no ha de debilitar su fuerza con malos razonamientos, ni hacerla desapacible con una elocuencia bárbara; pero tampoco ha de secar la uncion de quella palabra con un estilo estudiado en demasía, ni cargarla de adornos extraños, ni sujetarla á todas las reglas de los retóricos.

«La palabra de Dios quiere ser libre y no gusta de esta especie de violencia: zelosa de su celestial origen quiere depender únicamente de aquel de quien emana. A Dios solo se ha de recurrir para tener una elocuencia verdaderamente cristiana, porque á Dios toca dar

(1) *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus* (I Ep. ad cor. V, 3).

á su palabra, al ponerla en boca de su enviado, aquella magestad simple y augusta que tenia antiguamente en los labios de los profetas, y revestirla de aquella eficacia dulce é imperiosa que persuade á los mas incrédulos y triunfa de los mas rebeldes. En una palabra es menester que nos persuadamos bien que el mejor predicador no es el que trabaja mas los sermones, sino el que por su humildad y confianza en Dios atrae mas bendiciones sobre los discursos que pronuncia.

§. II.

Opinion de Belarmino sobre la importancia de la explicacion de la doctrina.

Habiendo sido nombrado Belarmino arzobispo de Capua se dedicó con esmero á averiguar las necesidades de su diócesis, y no tardó en conocer que la fuente principal de los desórdenes era la ignorancia de los pueblos, y que esta ignorancia en que yacian desgraciadamente una multitud de parroquias, provenia con especialidad del poco zelo de ciertos pastores para instruir á su rebaño. Publicó edictos muy sabios contra este abuso, recomendó sobre todo á sus curas las pláticas doctrinales y familiares, y para estimularlos con su propio ejemplo reunia á los niños en la catedral, les daba como una buena madre la leche de la doctrina cristiana, descendia hasta las explicaciones mas simples del catecismo, y repartia de cuando en cuando algunos premios á los que respondian mejor.

Lo que mas aumentó su ardiente zelo por el santo ejercicio de la doctrina, fue este caso que le reveló la profunda ignorancia no solo de la gente ruda del campo, sino de los habitantes de la ciudad y aun de las personas mas ancianas. Acostumbraba lavar los pies á

doce pobres el jueves santo: un año se halló entre estos un viejo que contaba cerca de ciento de edad. El piadoso arzobispo le recibió con suma bondad, y como solia siempre hacer algunas preguntas de doctrina á los pobres antes de lavarles los pies, le exhortó con gran ternura y unción á que empleara bien lo que le quedaba de tan larga vida para merecer la eterna bienaventuranza, y luego le dijo que rezara el credo. El viejo le respondió que no le sabia, y añadió que no era por haberle olvidado en razon de sus muchos años, sino que no le habia sabido jamás. Al oír estas palabras quedó Belarmino absorto de dolor, y notándolo el pobre anciano en la alteracion del semblante del prelado dió por excusa que si no le sabia era porque nadie se le habia enseñado. Fue tan viva la impresion que estas palabras causaron en el arzobispo, que sofocado por la violencia del dolor perdió por un rato el uso de la palabra. Al fin exhalando un hondo suspiro y vertiendo lágrimas en abundancia exclamo asi: «¡Cómo! ¡En Capua no ha habido un solo hombre en el espacio de cien años que enseñase á este pobre cristiano los artículos de la fé! ¡Cuántos viejos habrá tal vez cubiertos de canas como este y tan poco instruidos en lo necesario para salvarse! ¡Desgraciados, desgraciados tantos pastores negligentes! ¡qué cuenta darán algun dia de las almas que les están encomendadas y perecen miserablemente por falta de instruccion.»

Hé aqui lo que estimulaba el zelo del varon de Dios. Para remedar la deplorable ignorancia que presenciaba con sus propios ojos, reunia á los curas párrocos en la casa arzobispal, les recomendaba en los términos mas persuasivos el importante ministerio de explicar la doctrina, y les trazaba las reglas que habian de seguir para su buen desempeño. Ya hemos in-

dicado que él mismo les daba el ejemplo explicando la doctrina en la catedral; pero no se contentaba con eso: iba á las parroquias, congregaba los niños en la iglesia, y les explicaba la doctrina con tan paternal afecto y de un modo tan proporcionado á su capacidad, que todos aquellos pobres niños se conmovian hasta lo íntimo de su corazón. En cuanto se anunciaba que el arzobispo iba á explicar la doctrina, acudian juntamente con los niños personas de todas edades, y Belarmino se aprovechaba de esta concurrencia para dar á todos instrucciones muy sencillas y familiares, acompañadas de tanta piedad y unción, que producian un fruto admirable.

DOCTRINA

DEL SUMO PONTIFICE

BENEDICTO XIV

SOBRE LA NECESIDAD Y MEDIOS DE INSTRUIR
Á LOS PUEBLOS.

Observaciones preliminares.

Benedicto XIV tomó siempre muy á pechos la instrucción de los pueblos. Antes de ocupar el solio pontificio era arzobispo de Bolonia, y en las instrucciones pastorales que circuló entonces á sus párrocos, se notan tres sobre este objeto, la 9.^a, la 10 y la 72.

Elevado á la cátedra de S. Pedro no tardó en dirigir su voz á todos los obispos del universo cristiano, recomendandoles una obligación tan importante. Con fecha 2 de febrero de 1742 expidió la encíclica *Etsi minimè*, en la cual descende á pormenores utilísimos sobre las pláticas doctrinales y explicación del catecismo: otros hombres menos imbuidos en el espíritu de Dios los hubieran mirado tal vez como minuciosos. En 26 de junio de 1754 circuló la encíclica *Cum religiosi* sobre el mismo asunto á todos los obispos de Italia.

Dividiremos en tres artículos todo lo que hemos recopilado de la doctrina de este grande y zeloso pontífice. El primero contendrá algunas advertencias ge-

dicado que él mismo les daba el ejemplo explicando la doctrina en la catedral; pero no se contentaba con eso: iba á las parroquias, congregaba los niños en la iglesia, y les explicaba la doctrina con tan paternal afecto y de un modo tan proporcionado á su capacidad, que todos aquellos pobres niños se conmovian hasta lo íntimo de su corazón. En cuanto se anunciaba que el arzobispo iba á explicar la doctrina, acudian juntamente con los niños personas de todas edades, y Belarmino se aprovechaba de esta concurrencia para dar á todos instrucciones muy sencillas y familiares, acompañadas de tanta piedad y unción, que producian un fruto admirable.

DOCTRINA

DEL SUMO PONTIFICE

BENEDICTO XIV

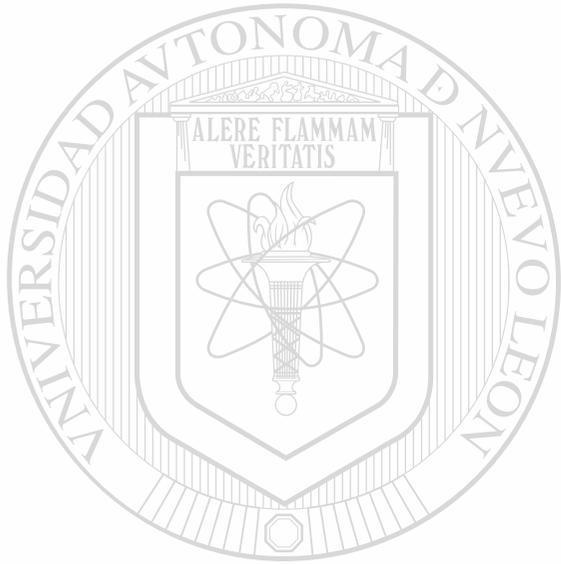
SOBRE LA NECESIDAD Y MEDIOS DE INSTRUIR
Á LOS PUEBLOS.

Observaciones preliminares.

Benedicto XIV tomó siempre muy á pechos la instrucción de los pueblos. Antes de ocupar el solio pontificio era arzobispo de Bolonia, y en las instrucciones pastorales que circuló entonces á sus párrocos, se notan tres sobre este objeto, la 9.^a, la 10 y la 72.

Elevado á la cátedra de S. Pedro no tardó en dirigir su voz á todos los obispos del universo cristiano, recomendandoles una obligación tan importante. Con fecha 2 de febrero de 1742 expidió la encíclica *Etsi minimè*, en la cual descende á pormenores utilísimos sobre las pláticas doctrinales y explicación del catecismo: otros hombres menos imbuidos en el espíritu de Dios los hubieran mirado tal vez como minuciosos. En 26 de junio de 1754 circuló la encíclica *Cum religiosi* sobre el mismo asunto á todos los obispos de Italia.

Dividiremos en tres artículos todo lo que hemos recopilado de la doctrina de este grande y zeloso pontífice. El primero contendrá algunas advertencias ge-



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que debemos orar, y se contiene en la oracion dominical, ya lo que debemos practicar y se encierra en los mandamientos de Dios y de la iglesia, ya por último lo concerniente al bautismo, la penitencia, la eucaristía y los demas sacramentos que debamos recibir (1).

Otra triste prueba de la ignorancia en materia de religion es que me ha sucedido encontrar jóvenes ya adelantados en sus estudios, que no sabian que el acto de fé debia apoyarse en la autoridad de la revelacion (2).

Deberes de los obispos y de los curas párrocos con respecto á la instruccion de los pueblos.

Es deber de los obispos castigar severamente á aquellos párrocos que por negligencia no instruyen á sus pueblos. En cuanto á los curas incapaces de cumplir una obligacion tan importante por falta de ciencia es preciso que se apliquen de nuevo al estudio con gran esmero, porque su ignorancia proviene ordinariamente de que despues de promovidos al sacerdocio han dado de mano á los libros. Y mientras la falta de ciencia ó cualquier otro motivo no les permita instruir á los pueblos como deben, han de cuidar de poner en su lugar otro que pueda desempeñar bien este ministerio (3).

La sagrada congregacion del concilio de Trento ha decidido que si los párrocos no cumplan su deber sobre este objeto, debian delegar los obispos alguno para enseñar á los pueblos señalándole una retribucion que pagaria el párroco. Lo mismo ordenó Inocencio XIII en su constitucion para las iglesias de España conforme á dicho concilio (4).

(1) Institut. 72, núm. 16.

(2) Ibid., núm. 17.

(3) Institut. 9, núm. 16.

(4) En el artículo siguiente se hallará el texto del con-

Pero no basta á un cura párroco dar con regularidad unas instrucciones cualesquiera, sino que han de ser instrucciones verdaderamente instructivas y propias para disipar las tinieblas: además debe emplear todos los medios que estan en su mano para que sus ovejas adquieran la ciencia necesaria. No le basta pues para disculparse achacar la ignorancia de sus feligreses á la negligencia en asistir á las pláticas ó á su poca inteligencia ó á la facilidad con que olvidan lo que han aprendido. Es menester que pueda darse testimonio á sí mismo de que ha trabajado segun sus fuerzas ya en sacarlos de su negligencia, ya en solicitar que los padres envíen sus hijos y criados á las pláticas doctrinales. Es menester además que antes de admitir los niños á la primera comunion examine con cuidado si estan suficientemente instruidos en la doctrina cristiana, y antes de administrar el sacramento de la penitencia se cerciore si los penitentes tienen la suficiente instruccion. Si halla algunos que ignoren lo que es necesario *de necesidad de medio*, no puede darles la absolucion hasta que lo hayan aprendido. Esta conducta debe observarse aun con respecto á los misterios de la Santísima Trinidad y la Encarnacion, porque aun aquellos teólogos que no consideran su conocimiento como necesario *de necesidad de medio*, confiesan que su opinion no puede influir en la práctica, pues cuando se trata del valor de un sacramento no es lícito seguir en la práctica una opinion simplemente probable. En cuanto á los penitentes que ignoran lo que es necesario saber *de necesidad de precepto*, hay que dilatarles la absolucion; sin embargo puede darseles si el penitente tiene verdadero dolor de

cilio de Trento, del decreto de la congregacion y de la constitucion de Inocencio XIII.

su negligencia y sincera resolucion de instruirse en lo sucesivo (1).

ARTICULO II.

INSTRUCCIONES PARTICULARES SOBRE LAS PLÁTICAS.

Habia algunos curas de parroquias rurales en la diócesis de Bolonia que descuidaban hacer pláticas con regularidad, y aun algunos de la ciudad, por otra parte recomendables por su virtud y zelo, omitian sin embargo la plática alegando por razon: 1.º que no era costumbre en su iglesia: 2.º que acudian pocos oyentes: 3.º que con frecuencia habia sermones en las otras iglesias (2).

El arzobispo de Bolonia (el cardenal Lambertini que fue luego el papa Benedicto XIV) declara que quedó asombrado de que algunos curas párrocos se creyesen dispensados de predicar despues de haber declarado el concilio de Trento que ninguna costumbre podia impedir el cumplimiento de su decreto, cuyo tenor es el siguiente: «Porque la predicacion del Evangelio es necesaria para el bien de la república cristiana, manda el santo concilio que los que gobiernan las iglesias parroquiales ú otras con cura de almas, estan obligados á apacentar con palabras de salvacion al pueblo que les está cometido segun su propia capacidad y la de este, por lo menos los domingos y fiestas solemnes, haciendolo por sí ó por sugetos idoneos si ellos estuvieren legítimamente impedidos, enseñando lo que todos nece-

(1) Institut. 72, núm. 18, 19

(2) Instit. 10, núm. 1.

Decretos del concilio tridentino sobre la obligacion de predicar.

sitan saber para la salvacion, y anunciandoles con lenguaje breve y sencillo los vicios de que deben huir, y las virtudes que conviene practicar, para que puedan evitar las penas eternas y conseguir la gloria celestial. Mas si alguno de ellos descuidare el practicarlo, no deje de proveer la solicitud pastoral de los obispos para que no se cumpla aquello: *Los párvulos pidieron pan, y no habia quien se le partiese*. Asi cuando faltaren á su deber por espacio de tres meses despues de amonestados por su obispo, sean compelidos con las censuras eclesiásticas ú otras penas á arbitrio del mismo obispo, de suerte que si le pareciere conveniente se saque de los frutos beneficales para retribuir con una decente remuneracion al que preste este servicio, hasta que enmendandose el cura propio llene su obligacion (1).»

Benedicto XIV trae despues otro decreto del mis-

(1) Quia christianæ reipublicæ necessaria est prædicationis Evangelii, quicumque parochiales vel alias curam animarum habentes ecclesias quocumque modo obtineat, per se vel per alios idoneos, si legitime impediti fuerint, diebus saltem dominicis et festis solemnibus plebes sibi commissas pro sua et earum capacitate pascant salutaribus verbis, docendo ea quæ scire omnibus necessarium est ad salutem, annuntiandoque eis cum brevitate et facilitate sermonis vitia quæ eis declinare, et virtutes quas sectari oporteat, ut pœnam æternam evadere et cœlestem gloriam consequi valeant. Id verò si quis eorum præstare negligat, provida pastoralis episcoporum sollicitudo non desit, ne illud impleatur: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*. Itaque ubi ab episcopo moniti trium mensium spatio muneri suo defuerint, per censuras ecclesiasticas seu alia ad ipsius episcopi arbitrium cogantur, ita etiam si ei sic expedire visum fuerit, ex beneficiorum fructibus alteri qui id præstet honesta aliqua merces persolvatur, donec principalis ipse respiscens officium suum impleat (Conc. Trid. ses. 5 de reform. c. 2).

mo concilio sobre la propia materia : «Deseando el santo concilio que el cargo de la predicacion se ejerza con la mayor frecuencia posible para la salud de los fieles, manda que los obispos anuncien las sagradas escrituras y la ley de Dios por medio de los curas párrocos ú otros en caso de impedimento de estos, á lo menos todos los domingos y festividades solemnes (1).»

Benedicto XIV advierte que este último decreto del concilio originó la cuestion de si los curas párrocos estan obligados á predicar sermones propiamente tales, ó si les basta hacer instrucciones familiares sin subir siquiera al púlpito y solamente volviendose en el altar de cara al pueblo. Responde el esclarecido pontifice que la sagrada congregacion del concilio decidió que bastaba una instruccion familiar del cura (2), y el mismo papa lo dispuso asi en su encíclica *Cum religiosi* de 26 de junio de 1754, añadiendo que los predicadores deben mezclar las exhortaciones y las instrucciones, porque los oyentes necesitan igualmente de unas y otras (3).

(1) *Prædicationis munus cupiens sancta synodus, quò frequentius possit, ad fidelium salutem exerceri mandat ut episcopi per parochos sive iis impeditis per alios, saltem omnibus dominicis et solemnibus diebus festis, sacras scripturas divinamque legem annuntient (Concil. Trid. ses. 24 de reform. c. 4).*

(2) Hé aqui el decreto de la sagrada congregacion expedido en el año 1598: «Satis est ut parochi, etsi formaliter non prædicent; saltem dominicis et festis diebus plebes sibi commissas et pro earum capacitate pascant salutaribus verbis; quod si id præstare minus queant, coguntur huic muneri per alium ab episcopo deputandum satisfacere ipsorum parochorum impensis.»

(3) *Nec etiam negligatur incumbens parochus omnis, quo festis diebus nisi concionem ad populum habere, certè quidem ex altari Evangelium ei explanare, ipsumque*

Por último en el prólogo de su tratado *de festis* manifiesta que es importante que al anunciar en las pláticas las fiestas que hay entre semana, se enseñe á los fieles el misterio que la iglesia propone á nuestra veneracion en la que va á celebrarse; y que con el fin de facilitar á los curas los medios de ejecutarlo compuso dicho tratado.

Ademas en la prefacion de su tratado *de sacrificio missæ* cita el decreto de la sesion 22 del concilio de Trento, en el que despues de advertir que la misa contiene grandes instrucciones para los fieles, *missa magnam continet populi fidelis eruditionem*, manda que para que las ovejas de Cristo no tengan hambre, ni los pequeños pidan pan y no haya quien se le parta, los pastores y todos los que tienen cura de almas expliquen con frecuencia algo de lo que se lee en la misa y durante la celebracion de esta ya por sí, ya por otros, y que entre otras cosas declaren algun misterio de este santísimo sacrificio, principalmente los domingos y dias festivos (1). Benedicto XIV añade que compuso tambien el tratado del sacrificio de la misa para facili-

præcipua sancta religionis nostræ mysteria. Dei præcepta et ecclesiæ ac quidquid demum opus est ut sacramentorum digne particeps fiat, edocere teneatur. Vestigia hæc sectentur quoque concionatores, quibus salutare illud iteretur monitum ut adhortationibus institutiones adjungant, quandoquidem utriusque indigent auditores.

(1) *Ne oves Christi esuriant, neve parvuli panem petant, et non sit qui frangat eis, mandat sancta synodus pastoribus et singulis curam animarum gerentibus ut frequenter inter missarum celebrationem vel per se, vel per alios ex iis quæ in missâ leguntur aliquid exponant, atque inter cætera sanctissimi hujus sacrificii mysterium aliquod declarent, diebus præsertim dominicis et festis (Sess. 22 de sacr. miss. c. 8).*

tar á los sacerdotes el cumplimiento del decreto del concilio.

Decreto de Inocencio XIII sobre la obligacion de hacer pláticas.

Ademas de este trae el susodicho sumo pontífice en su décima instruccion pastoral la constitucion de Inocencio XIII, fecha 13 de mayo de 1723, á los obispos de España, que Benedicto XIII confirmó en 23 de setiembre del año siguiente proponiendola por modelo á todos los obispos del catolicismo.

En el §. 11 despues de citar el papa Inocencio los decretos del concilio de Trento añade: «Con sumo dolor hemos sabido que á pesar de esto omiten algunos rectores de las iglesias parroquiales este oficio tan peculiar suyo esforzandose en disculpar esta falta ó con el pretexto de una costumbre inmemorial, pero á la verdad depravada, ó porque no les parece necesario hacerlo por bastar sin duda los que predicán sermones en otras iglesias y los que enseñan las verdades de la religion á los niños en las escuelas ó en las plazas públicas (1). Por lo cual para que bajo el vano pretexto de estas y otras excusas semejantes no se infiera tanta ruina á la república cristiana, mandamos rigorosamente á todos y cada uno de los obispos de España que hagan puntualmente que todos los encargados de la cura de almas cumplan los deberes susodichos por sí mismos ó por otros sugetos idoneos, si ellos estuvieren legítimamente impedidos. Mas si algunos no fueren bastante hábiles para cumplirlos, cuiden los obispos de suplirlos con otros de su eleccion á expensas de los párrocos menos idoneos; y en adelante no se confieran los beneficios que tienen cura de almas, sino á los verdade-

(1) Esto se refiere á una costumbre que habia en España de que ciertos religiosos explicaran la doctrina en las plazas.

ramente idoneos para llenar por sí la susodicha obligacion (1).

De todo lo expuesto en este artículo deduce Benedicto XIV: 1.º que los curas párrocos no necesitan predicar sermones cuidadosamente compuestos y limados, sino que deben hablar al pueblo en estilo familiar y facil, acomodado á la inteligencia de aquel: 2.º que no puede prescribir costumbre alguna contra la ley de predicar todos los domingos y fiestas solemnes: 3.º que las instrucciones y pláticas que se hacen en otras iglesias, no pueden ser nunca una razon para que un cura se dispense de predicar en la suya: 4.º que el escaso número de oyentes no es jamas suficiente excusa para omitir la plática (2).

(1) Non sine gravi animi nostri dolore accepimus quòd nihilominus nonnulli parochialium ecclesiarum rectores hæc quæ suarum partium adeo sunt, prætermittunt. Culpam hujusmodi amoliri nitentes vel prætextu immemorabilis, sed quidem pravæ consuetudinis, vel quia hæc ab ipsis præstari necesse non videatur, suppetente nimirum copiâ aliorum habentium sacras conciones in aliis ecclesiis, itemque imbuentium pueros mysteriis fidei, vel in scholis, vel in computis. Ne itaque sub inanî istarum aliarumque similium excusationum prætextu tanta christianæ reipublicæ perniciës struatur, districtè præcipimus singulis Hispaniarum episcopis ut omninò efficiant quod omnes ii qui animarum curam gerunt munia prædicta per seipos vel si legitimè impediti fuerint per alios idoneos exequantur. Si verò aliqui non satis hábiles ad illa obeunda reperiantur, iidem episcopi per alios à se deputandos sumptibus parochorum minùs idoneorum suppleri curent, et in posterum beneficia quibus animarum cura imminet, non nisi verè idoneis ad memorata officia per seipos adimplendis conferantur.

(2) Itaque credimus non perpolitam et elaboratam

ARTICULO III.

INSTRUCCIONES PARTICULARES SOBRE LA EXPLICACION DE LA DOCTRINA.

Decreto del concilio tridentino.

Cuando el cardenal Lambertini (despues papa bajo el nombre de Benedicto XIV) llegó á su diócesis de Bolonia , halló que algunos párrocos de esta ciudad no explicaban la doctrina, sino que enviaban los niños de su parroquia á oír las explicaciones que se hacian en las inmediatas. El nuevo arzobispo clamó con energia contra este abuso en su novena instruccion pastoral , en la que recuerda el decreto del concilio tridentino que manda á los obispos emplear hasta las censuras eclesiásticas para compeler á los curas párrocos á explicar la doctrina en sus parroquias , por lo menos los domingos y dias festivos (1).

concionem à parochis habendam, sed familiari facillique dicendi genere ipsos uti debere ad populi intelligentiam accommodato. Caveant tamen ne se liberos et immunes existiment ed quòd nullo unquam tempore hujusmodi consuetudo extiterit, vel quòd hæc provincia aliis ecclesiis satis superque demandata sit. Neque tandem exiguum populi numerum pro causâ excusationis afferant, qui plerumque ex negligentia rectorum dimanat, namqui suo muneri rectè satisfaciunt, de frequentia populique multitudine nunquam queruntur. Insuper non modò tridentina synodus contrariam consuetudinem penitus abrogavit, sed etiam Innocentius XIII omnes excusationis causas de medio abstulit (Inst. 10, núm. 2).

(1) Episcopi saltem dominicis et aliis festivis diebus pueris in singulis parochiis fidei rudimenta et obedientiam

Expone que despues de tomar todos los informes convenientes dió cuenta á la congregacion del concilio, la cual en su respuesta de 9 de agosto de 1732 condenó esta costumbre: 1.º porque es contraria á la disciplina del concilio de Trento: 2.º porque puede suceder que muchos niños no se instruyan: 3.º porque las ovejas deben conocer á su pastor y oír su voz: 4.º porque el pastor debe á su vez conocer á sus ovejas. Por este motivo decide la congregacion que todo cura debe explicar la doctrina en su parroquia, cuidando de que se coloquen con separacion los niños y las niñas. En consecuencia manda el arzobispo á los párrocos de la ciudad de Bolonia que cumplan puntualmente esta decision de la sagrada congregacion (1).

Decretos de la congregacion del concilio sobre la misma materia.

Recuerda á los padres que estan rigorosísimamente obligados á proporcionar la instruccion cristiana á sus hijos, y para esto les recomienda que los envíen á la doctrina. Los exhorta mucho que los acompañen ellos mismos para aprovecharse de las verdades que oigan, porque los misterios de nuestra religion contienen algo de grande y sublime, de suerte que la verdad á favor de la luz divina se descubre mas, cuanto mas se fija la atencion en ella. Ademas se enseñan muchas cosas á los niños que solamente pueden comprender en toda su latitud los que han llegado á edad mas madura.

Exhortacion á los padres.

Lo importante que es atraer las personas adultas á oír la doctrina.

Benedicto XIV estaba muy persuadido de que es importantísimo atraer las personas adultas á la explicacion de la doctrina. Fuera de las razones que acaban

erga Deum et parentes diligenter ab iis, ad quos spectabit, doceri curabunt, et si opus sit per censuras ecclesiasticas compellent, non obstantibus privilegiis et consuetudinibus (Conc. Trident. sess. 24 de reformatione, cap. 4).

(1) Inst. 9, núm. 8, 9, 10, 11.

de verse, observa tambien en su encíclica de 7 de febrero de 1742 que muchas personas adultas y hasta ancianas yacen en una funesta ignorancia de las primeras verdades de la religion, ó porque nunca fueron instruidas en la doctrina cristiana, ó porque la han olvidado poco á poco. En prueba de esta lastimosa verdad cita el ejemplo diario de lo que acontece en Roma, á donde acuden muchas personas á solicitar dispensas de matrimonio. El sumo pontífice tiene cuidado de que se preparen por medio de la instruccion conveniente á la recepcion de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía, y muchas veces los eclesiásticos encargados de esta instruccion han encontrado hombres que ignoraban hasta las verdades necesarias con necesidad de medio (1).

Examen de doctrina cristiana antes de recibir la confirmacion y la primera comunión.

Estando rigorosamente obligados los obispos á adoptar todos los medios posibles para que sus diocesanos tengan suficiente nocion de las verdades de la religion, Benedicto XIV les recomienda en la encíclica de 7 de febrero de 1742 que manden estrechamente á los curas párrocos que no admitan á nadie á la primera comunión ni á la confirmacion sin haberse cerciorado de que está instruido en los puntos principales de la doctrina cristiana y en lo concerniente al sacramento que quiere recibir (2).

Prohibese interrumpir la explicacion de la doctrina por algunos domingos.

El decreto del concilio tridentino sobre la explicacion de la doctrina está concebido en términos generales: asi comprende todos los domingos, y condena cualquier interrupcion y vacacion. Asi lo decidió la congregacion del concilio en un decreto de 5 de agosto de 1744 expedido bajo el pontificado de Benedicto XIV,

- (1) Encicl. *Etsi minimè*, §. 8.
- (2) Encicl. *Cum religiosi*, §. 1.
- (3) Encicl. *Etsi minimè*, §. 9.

el cual le confirmó en 29 del mismo mes. Hé aqui con qué ocasion. Era costumbre en la catedral de Orta en Toscana interrumpir la explicacion de la doctrina en los meses de octubre y diciembre. La congregacion manda abolir esta costumbre y continuar puntualmente la explicacion de la doctrina, aun cuando aconteciese que ocupados los hombres por aquella época en la caza, las vendimias ú otras faenas campestres no concorra mas que uno solo á oirla (1).

Clemente XI confirmó esta decision en el §. 2 del edicto de 13 de setiembre de 1713 para las parroquias de Roma, que es del tenor siguiente: «Y porque el santo concilio, juzgando que era de la mayor importancia la enseñanza de la doctrina cristiana, mandó que se verificase á lo menos todos los domingos y dias de fiesta, S. Santidad el papa Clemente XI manda expresamente conforme al decreto del concilio que no haya vacaciones para la explicacion de la doctrina ni en los domingos de octubre ni en ningun otro, porque la experiencia ha demostrado que tales vacaciones son muy perjudiciales á los niños. Solo se podrá en los dias de Pascua y Pentecostes dejar la doctrina para el tercer dia. Lo mismo se hará en Navidad si cae en Domingo. (2)»

(1) *Etiamsi eo tempore homines aucupio, vendemiis et rusticatione distenti nullus nisi unus ad eum audiendum accedat* (Collect. declarat. *Doctr. christ.* n.º 11).

(2) Tan penetrado estaba Clemente XI de la importancia de la explicacion de la doctrina, que á los primeros dias de su pontificado llamó á todos los curas de Roma, y les encargó con mucha instancia un gran zelo en instruir á sus parroquianos y principalmente á los niños: les trazó las reglas que debian seguir en este ejercicio, y los exhortó sobre todo á acomodarse á la edad y capaci-

Catecismo
de Belarmino.

En el mismo edicto se manda á los curas de Roma que no enseñen otro catecismo que el del cardenal Belarmino. Benedicto XIV opinaba lo mismo que Clemente XI sobre la excelencia de este libro, y deseaba vivamente que fuera el único que se enseñase en todo el orbe católico. Véase cómo se explica sobre este punto en la encíclica de 7 de febrero de 1742: «Siguiendo las huellas del papa Clemente VIII y otros predecesores nuestros exhortamos y recomendamos con empeño que para la enseñanza de la doctrina cristiana empleen el catecismo escrito por el cardenal Belarmino de orden del mismo Clemente, examinando cuidadosamente en una congregacion especial y aprobado y mando publicar por el mismo pontifice con el saludable intento de que todos observasen el mismo y único método para enseñar y aprender la doctrina cristiana. No hay cosa mas apetecible que esta uniformidad, nada mas conducente y oportuno para precaver los muchos errores que pudieran deslizarse en los muchos y diferentes catecismos (1).»

dad de los niños. El mismo les daba ejemplo: mas de una vez se le vió detenerse en la calle para preguntar la doctrina á los niños, y con el fin de excitar su emulacion daba medallas y rosarios á los que respondian bien.

(1) Clementis papæ VIII aliorumque prædecessorum nostrorum vestigiis inhærentes hortamur in Domino et enixè commendamus in doctrinâ christiana tradenda adhibere libellum de Clementis ejusdem mandato à cardinali Bellarmino conscriptum, mox in deputata congregatione diligenter examinatum et approbatum, ac denique ab eodem Clemente in lucem eo saluberrimo consilio edi jussum, ut unus deinceps idemque modus in docendo et discendo christianam doctrinam ab omnibus teneretur. Nil hæc uniformitate optabilius, nihil ad præcavendos qui in mul-

No debo omitir aqui una observacion importante de Benedicto XIV en su encíclica de 26 de junio de 1754, que sacó de S. Agustin, y es que el método mas util de todos para que las personas rudas se aprovechen de la explicacion de la doctrina, consiste en hacerles algunas preguntas simples y familiares para cerciorarse si han entendido lo que acaba de decirseles. Por su respuesta se conocerá si han entendido la explicacion que se les ha dado, ó necesitan que se insista mas sobre el mismo objeto.

«Es menester, añade S. Agustin, soportar con mucha paciencia y ayudar con una compasion misericordiosa á los que son de tarda comprension é inculcarles principalmente y en pocas palabras lo mas necesario de saber (1).»

Utilidad
de las
preguntas.

Por lo demas no ignoramos, dice Benedicto XIV en la encíclica de 7 de febrero de 1742, §. 6, que la multitud de parroquianos, cada uno de los cuales necesita recibir una instruccion conveniente, es causa de que no puede bastar un cura solo para una carga tan grande. Es pues obligacion de un obispo dedicarse á facilitar auxilios á los párrocos para una obra *tan importante*.

El primer auxilio que puede darles es el de los eclesiásticos, ó simplemente tonsurados, ú ordenados ya *in sacris*, ó promovidos al sacerdocio; pero que no estan colocados aun en una parroquia. Importa que los obispos hagan comprender bien á los eclesiásticos jóvenes

Primer
auxilio
para la
explicacion de la
doctrina:
la ayuda

tiplicem catechismorum varietatem irrepere possent errores, conducibilis atque opportunus (Encyclic. *Etsi minime* §. 17)

(1) Quòd si nimis tardus est, misericorditer succurrendus est, breviterque ea quæ maximè necessaria sunt, ipsi potissimum inculcanda (De catech. rud. c. 10).

de los
eclesiasti-
ticos.

con qué zelo deben ayudar á los curas párrocos á explicar la doctrina: es preciso que se vea que cuando se trata de dar los beneficios de su diócesis, se atiende particularmente á los que se han esmerado en explicar la doctrina. Tambien es bueno que en las ciudades señale á cada clérigo tonsurado ó de menores una iglesia determinada para enseñar la doctrina (1).

Segundo
auxilio:
los maes-
tros y
maestras
de escuela.

El segundo auxilio consiste en los maestros y maestras de escuela, entre cuyas principales ocupaciones debe ser una la de enseñar la doctrina á los niños conforme á las constituciones de nuestros predecesores y en particular á la de Leon X en el §. 32 de la bula *Supernæ dispositionis*, dada en el santo concilio de Letran á 5 de mayo de 1514. Su tenor es el siguiente: «Siendo el hombre propenso al mal desde la juventud es una obra muy grande é importante acostumar los niños á la virtud desde la edad mas tierna; por lo tanto ordenamos que los maestros de escuela no se contenten con enseñar á los niños los principios de las letras huma-

(1) Asi para cumplir las intenciones de Benedicto XIV es menester que un seminarista busque con zelo todas las ocasiones de enseñar á los ignorantes en tiempo de vacaciones, ya explicando la doctrina en público si el cura párroco lo aprueba, ya instruyendo en particular á los que ignoran las verdades de la salvacion. El zelo por la salud espiritual de las almas es el caracter distintivo de un buen clérigo y la marca mas esencial de la vocacion al sacerdocio; y como la ignorancia es la fuente mas comun de la perdicion de las almas, el zelo por su salud inspira necesariamente el zelo por su instruccion. Asi si un seminarista no se apresura á sacar el prójimo de una fatal ignorancia, si no arde en deseos de comunicar la palabra de salvacion á los hombres, está convicto de no tener la virtud sacerdotal por excelencia, ni la marca esencial de una santa vocacion.

nas, sino que cuiden igualmente de enseñarles las verdades de la religion, y asi les enseñarán los mandamientos de Dios, los artículos de la fé, los cánticos, los salmos y la vida de los santos. Mandamos que los domingos y dias festivos no haya aula para los niños sino para tratar de las materias concernientes á la religion y buenas costumbres, y que se dediquen los maestros á instruirlos en la doctrina cristiana y á exhortarlos con toda la diligencia de que sean capaces: por último queremos que se haga concurrir á los niños á la iglesia no solamente para que oigan misa, sino para que asistan á visperas y á los divinos oficios, como tambien á las pláticas y sermones (1).

El tercer auxilio está en manos de los padres á quienes los curas deben repetir á menudo la obligacion que tienen de cuidar que sus hijos se instruyan bien en las verdades cristianas (2). Muchas veces los padres en los lugares envian á sus hijos á apacentar el ganado en vez de enviarlos á la doctrina; por lo cual es necesario que los párrocos hagan conocer á los padres el peligro inminente de eterna condenacion á que se exponen si descuidan la instruccion de sus hijos. Deben recomendarles tambien que acompañen sus hijos á la doctrina para aprender ellos mismos lo que acaso no entendieron bien cuando eran muchachos, ó lo que han olvidado (3).

El cuarto auxilio consiste en las asociaciones piadosas instituidas para la enseñanza de la doctrina cris-

(1) Benedicto XIV añade en su 9.^a instruccion pastoral, n.º 13, que los curas párrocos deben examinar si los maestros de escuela tienen suficiente capacidad para enseñar la doctrina.

(2) Encicl. *Etsi minimè*. §. 7.

(3) Inst. 9, n.º 15.

congregaciones piadosas.

tiana. Ya habia empezado en Roma una asociacion de este género cuando el papa S. Pio V la fomentó por su bula *Ex debito* de 6 de octubre de 1571, exhortando con instancia á todos los obispos de la cristiandad que instituyeran semejantes asociaciones en sus diócesis. Hé aqui un extracto de dicha bula:

«Una experiencia constante prueba que los niños que han recibido una educacion cristiana, hacen casi siempre una vida casta, pura, ejemplar, y aun á veces llegan á una santidad eminente, cuando por el contrario los que por la negligencia ó pobreza de sus padres ó por cualquier otra razon han sido privados del beneficio de una educacion piadosa, se pierden casi siempre, y lo que todavia es mas deplorable, contribuyen á la perdicion de otros muchos: se hunden en el cenagal infecto de los vicios, donde probablemente no hubieran caido jamás si hubiesen sido bien educados é instruidos con cuidado en las verdades de nuestra santa religion.

Hay en nuestra ciudad de Roma fervorosos cristianos que animados por la caridad, la primera de las virtudes, han emprendido una obra muy piadosa y saludable á la república cristiana, una obra santísima, y es congrega todos los domingos y dias festivos á los niños, los pobres y demas personas que ignoran los rudimentos de la doctrina cristiana, en las iglesias y otros diversos lugares, y alli los instruyen en los misterios de la fé, los forman en las buenas costumbres, y los dirigen cuidadosamente por el camino de los mandamientos de Dios. Estas piadosas instituciones han producido hasta ahora preciosos frutos de salvacion, y esperamos que con el auxilio de Dios los producirán siempre mayores. Por lo tanto hemos resuelto convidar los fieles de todo el universo á ejercer una obra tan santa, y estimularlos con gracias paternales y la concesion de in-

dulgencias para atender á la salvacion de los niños y los pobres y aumentar el zelo de los fieles en pro de esta obra grandiosa de caridad.

«Deseoso pues de proteger con todas nuestras fuerzas una obra tan piadosa y laudable y ganar almas á Dios pedimos y exhortamos con instancia á todos los obispos encargandoles por esta bula que abracen de todo corazon una obra tan santa, y designen algunas iglesias ú otros lugares decentes donde puedan reunirse los niños para instruirse en la doctrina y elegir sugetos capaces y de buenas costumbres que instruyan á los niños y otras personas ignorantes, á lo menos los domingos, y les enseñen los artículos de la fé y los mandamientos de Dios y de la iglesia; cuidandó de instituir en virtud de la autoridad apostólica que les delegamos, tantas asociaciones y cofradías como les parezcan útiles para llevar á cabo una obra tan santa.»

«Nos pues, para que todos los fieles se estimulen con mas prontitud y anhelo á tomar este cuidado, y le tomen con tanto mas gusto cuanto conozcan que han recibido mas abundantes dones de gracia celestial, por la misericordia de Dios omnipotente, y confiado en la autoridad de sus apóstoles S. Pedro y S. Pablo, concedemos cuarenta dias de indulgencia (1) por el tenor de las presentes á todos los fieles de ambos sexos que verdaderamente arrepentidos y confesados ó con propósito firme de confesarse en el tiempo señalado entraren y se alistaren en alguna de dichas asociaciones ó hermandades donde quiera que esten establecidas, asi á los que enseñaren á otros como á los que fueren instruidos por ellos en los artículos de la

(1) Los pontífices posteriores aumentaron mucho estas indulgencias, como veremos mas adelante.

fé y en los mandamientos de la iglesia, siempre que se ocuparen en este santo ejercicio (1).^v

El papa Paulo V por la constitucion *Ex credito* de 6 de octubre de 1607 erigió en archicofradia la cofradia de la doctrina cristiana fundada en Roma, y le otorgó una multitud de indulgencias aplicables á las cofradias semejantes que se asociasen á ella en todo el universo cristiano.

(1) Nos attendentes quòd infantes et pueri bonis moribus et exercitiis educati quasi semper vitam pudicam, honestam et exemplarem ac aliquando sanctam agunt, é converso autem qui parentum carentiâ seu paupertate aut incuriâ vel ignaviâ non sic educati persæpe ducuntur in exitium, et quod pejus est secum ducunt plures in interitum, unde si diligenter educati et in doctrinâ christianâ instituti fuerint, á vitiis et multis aliis erroribus retraherentur; considerantes etiam quòd nonnulli approbatæ vitæ Christifideles caritate omnium supremâ virtute circa hoc tam pium tamque reipublicæ christianæ saluberrimum opus accersiti in singulis festivitibus et dominicis diebus in diversis ecclesiis et locis hoc opus sanctissimum amplexi sunt, et ibi eosdem infantes et pueros ac alias miserabiles personas christianæ veritatis ignaras congregari faciunt, et eos bonis moribus et sanâ doctrinâ instruunt ac diligenter in viâ mandatorum Domini dirigunt, ex quo salutiferi fructus hactenus provenerunt, et in dies magis auxiliante Domino speramus; et quòd si ad hoc opus sanctissimum ubique locorum exercendum præfatos Christifideles paternis favoribus et indulgentiarum muneribus invitaremus, proculdubio non solum eorundem infantium et puerorum ac personarum aliarum salutem consuleretur, verum etiam devotio Christifidelium omnium ad præfatum opus amplectendum multò magis augeretur.

Cupientes igitur tam pio tamque laudabili operi viribus totis favere et animas lucrifacere Creatori universos

Componiase entonces esta cofradia de dos corporaciones diferentes: una era una comunidad de clérigos regulares llamados de la doctrina cristiana, que hacian votos al año de noviciado; y la otra estaba formada de seglares piadosos agregados á la misma obra. Benedicto XIV nos informa en su constitucion *Apostolici muneris* de 15 de diciembre de 1747 que estas dos corporaciones se separaron en adelante, y formaron cada

Comunidades religiosas.

episcopos rogamus et hortamur attentè, eis per apostolica scripta mandantes quatenus hoc opus sanctissimum toto pectore amplectentes aliquas ecclesias seu loca honesta, in quibus præfati infantes et pueri ad audiendam doctrinam christianam convenire possint, deputent, et viros ad id idoneos vitæ et moribus approbatos, qui diebus saltem dominicis eosdem infantes et pueros ac alias personas divinæ legis expertes in articulis fidei et præceptis sanctæ matris ecclesiæ instruant, confirment, atque tot societates seu confraternitates, quot ad hoc tam sanctissimum opus exercendum eis opportunæ videbuntur, inibi auctoritate nostrâ erigant et instituant.

Nos enim ut promptiùs et alacriùs ad hanc curam subeundam omnes Christifideles alliciantur, et eò libentiùs curam ipsam suscipiant, quòd ex hoc dono cælestis gratiæ conspexerint se uberiùs reffectos, de omnipotentis Dei misericordiâ ac beatorum Petri et Pauli apostolorum ejus auctoritate confisi omnibus et singulis utriusque sexus Christifidelibus verè pœnitentibus et confessis seu statutis à jure temporibus firmum confitendi propositum habentibus, qui in aliquâ dictarum societatum seu confraternitatum ubilibet constitutarum intraverint et adscripti fuerint, illis videlicet tam qui alios docuerint quam qui ab illis in articulis fidei et præceptis ecclesiæ hujusmodi instructi fuerint, quotiescumque in præfato sanctissimo exercitio se occupaverint, quadraginta dies de injunctis eis pœnitentiis auctoritate apostolicâ tenore præsentium misericorditer in Domino relaxamus.

cual una institucion particular; pero la comunidad de clérigos regulares no prosperó: primeramente fue secularizada, y luego Benedicto la unió á la congregacion de clérigos seculares de la doctrina cristiana de Aviñon por la dicha constitucion (1).

No fue asi con la cofradía de seglares de la doctrina cristiana de Roma. Su separacion de los clérigos regulares no le causó ningun perjuicio; al contrario se pu-

(1) Cuando el papa S. Pio V dió la bula en favor de las asociaciones piadosas que se encargasen de la enseñanza de la doctrina cristiana, turbaban las guerras civiles el reino de Francia; pero asi que se restableció la paz, se apresuraron los obispos á corresponder á las exhortaciones del sumo pontífice. En todas partes se formaron instituciones para instruir cristianamente á los niños, siendo una de las mas notables la comunidad religiosa de los hermanos de la doctrina cristiana fundada por el piadoso eclesiástico Lasalle, que no cesa de prestar los servicios mas importantes. Tambien se formaron varias comunidades religiosas de mujeres piadosas que se consagraron á la educacion de las jóvenes. No se olvidarán jamás en la diócesis de Leon los insignes servicios que han hecho y hacen cada dia mas las hermanas de S. Carlos y S. José. Es imposible contar la multitud de jóvenes que deberán su salvacion al zelo paciente y asiduo de estas respetables religiosas, ni puede nadie formar una idea de la ternura maternal, de la compasiva bondad, de los desvelos multiplicados y penosos y de la constancia infatigable con que emplean todo género de piadosos ardides para ganar estos tiernos corazones á Jesucristo nuestro Dios, cuya gloria es el único motivo de sus afanes, y él solo puede ser su digna recompensa. ¡Dichosas las parroquias que poseen ya estas esposas de Jesucristo! ¡Ojalá se establezcan donde no las hay aun y serian tan necesarias! Estos son los vivos deseos de los que quieren ver ejecutados los planes del papa S. Pio V, manifestados en la bula susodicha.

so cada vez mas floreciente. Benedicto XIV nos manifiesta en su constitucion *Salutaris doctrinae* de 9 de marzo de 1746 que el papa Clemente XII dió á esta saludable institucion la iglesia de S. Pantaleon con las rentas de la congregacion de S. José.

«Pero, añade Benedicto XIV, estas rentas y las demas de la cofradía no bastan para los gastos, que consisten principalmente en los muchos premios que se conceden á los niños distinguidos por su aplicacion y cordura, y en las pensiones y vestidos que se dan á mas de trescientas mujeres que enseñan la doctrina. Ademas las iglesias que posee la cofradía, no bastan para las reuniones frecuentes del pueblo y para los ejercicios piadosos de instituto, de modo que á veces hay que trasladarlos á otros lugares.

«Por lo tanto, continúa, reunimos á esta cofradía la iglesia de nuestra señora *de planctu* y las rentas de la cofradía fundada en esta iglesia, que queda suprimida por esta razon, y todo cuanto posee lo donamos á la cofradía de la doctrina cristiana, la cual sucediendo en los derechos de aquella le sucede tambien en las cargas.

«Ordenamos á la cofradía de la doctrina cristiana que elija cierto número de jóvenes que se reunirán todos los domingos y fiestas solemnes para asistir á la explicacion de la doctrina y hacer ciertos ejercicios de piedad, y les concedemos cuarenta dias de indulgencia cada vez que concurren á dicha explicacion y ejercicios.»

El quinto auxilio, necesario especialmente en los lugares donde no está fundada aun la doctrina cristiana, consiste en los seglares piadosos de ambos sexos, á quienes se exhorta á la excelente obra de hacer decir de memoria á los niños las oraciones y la doctrina. Mas para excitarlos con mas eficacia es preciso expo-

Quinto auxilio: los seglares piadosos.

nerles con cuidado las grandes indulgencias que los sumos pontífices han concedido á esta obra de misericordia espiritual. Al principio se concedieron únicamente para Italia; pero los arzobispos y obispos de los países cismontanos solicitaron con empeño del papa Clemente XII que otorgara los mismos favores á los fieles de aquellas diócesis; y considerando este pontífice cuánto importaba en todas partes estimular á los fieles para que explicaran la doctrina con zelo, extendió estas indulgencias á todo el universo cristiano por la bula *Pastoralis officii* de 7 de mayo de 1736 (1). Hé aquí una nota de estas indulgencias.

1.

A todos los maestros de escuela que en los dias festivos lleven sus discípulos á los lugares donde se enseña la doctrina, y que se la enseñen, por cada vez *siete años* de indulgencia. *Item* á los maestros de escuela que en

Indulgencias por la explicacion de la doctrina.

(1) Nunc autem nos memorati catechismi doctrinae christianae usum et frequentiam tantopere commendabilem ac salutarem, ne fideles circumferantur tamquam parvuli fluctantes omni vento doctrinae, sed firmo fidei fundamento adhaerentes coedificentur in habitaculum Dei in Spiritu Sancto, ubique locorum ac gentium propagari magisque in dies augeri enixe cupientes supplicationibus etiam plurimorum ex venerabilibus fratribus archiepiscopis et episcopis extra Italiam existentibus concessionem indulgentiarum docentibus adultis addiscentibus catechismum seu doctrinam christianam in Italia, ad universos Christifideles ubicumque locorum nunc et pro tempore existentes, eundem catechismum doctrinamve christianam similiter docentes et adultos addiscentes auctoritate apostolica tenore praesentium in perpetuum extendimus similiter et ampliamus.

los dias de trabajo expliquen la doctrina en sus escuelas, por cada vez *cien dias* de indulgencia (*Decreto de Paulo V de 6 de octubre de 1606*).

2

A todos los padres de familia que en su casa enseñen la doctrina á sus criados, por cada vez *cien dias* de indulgencia (*Ibid*).

3.

A todos los cristianos que por espacio de media hora se apliquen á estudiar para enseñar la doctrina á los demas ó para aprenderla ellos, por cada vez *cien dias* de indulgencia (*Ibid*).

4.

A todos los fieles que tengan la costumbre de reunirse en una escuela ó en la iglesia para aprender la doctrina, si se confiesan en todas las festividades de la Virgen santísima, *tres años* de indulgencia en cada una de ellas, y á los que estan en edad de comulgar, *siete años* de indulgencia si reciben la sagrada eucaristía con devocion (*Ibid*).

5.

Siete años y siete cuarentenas de indulgencia á todos los fieles por cada vez que confesados y comulgados asistan á la explicacion de la doctrina (*Breve de Clemente XII de 27 de junio de 1735*).

6.

A todos los que tengan la costumbre de asistir á las instrucciones doctrinales ó enseñar la doctrina (con tal que estas personas se confiesen, comulguen y rueguen á Dios por la exaltacion de nuestra santa madre la igle-

sia, extirpación de las herejías y paz y concordia entre los príncipes cristianos (1)), indulgencia plenaria en los días de *Navidad*, *Pascua* y de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo (2).

Suele haber personas distinguidas que temerian envilecerse explicando la doctrina. Benedicto XIV para hacerlos superiores á un respeto humano tan inoportuno les alega el ejemplo de Gerson, canciller de la iglesia de Paris y clarísima antorcha de su siglo, á quien pocos igualarán en fama y alabanza: pues este en su edad avanzada explicaba la doctrina á los niños en la iglesia de S. Pablo de Leon, y como lo desaprobasen los demas, orgullosos con la gloria de la teología, les respondió con una célebre apología que los obligó á callar y á mudar de dictamen (3). De ningún modo mejor podemos concluir la tercera parte de esta obra que dando un extracto de la respuesta de Gerson tan ponderada por Benedicto XIV.

(1) La costumbre es rezar cinco *Pater noster* y otras tantas *Ave Maria* por la intencion del sumo pontífice.

(2) Es conveniente instruir bien á los pueblos sobre estas indulgencias, no solamente para animar á los seglares piadosos á que expliquen la doctrina, sino tambien para excitar á los niños y aun á las personas de toda edad á que asistan á la doctrina. Ademas sirve de sumo contento á un párroco el ver cuántas indulgencias gana para sí explicando la doctrina, y cuántas hace ganar á los demas.

(3) Sibi ante oculos ponant Gersonem, parisiensis facultatis cancellarium et sui temporis clarissimum lumen, ejus famam et laudem perpauca sequentur, qui maturá jam ætate christianæ legis præcepta mysteriaque pueris declarabat, et cum reliqui theologiæ gloriá superbi id valde improbant, ob celebrem ipsius Gersonis apologiam fastum simul ac sententiam deponere coacti sunt (Inst. 9, n. 11).

EXTRACTO

DE LA RESPUESTA DE GERSON (1) Á LOS QUE LE CRITICABAN PORQUE EXPLICABA LA DOCTRINA Á LOS NIÑOS (2).

Los que critican el cuidado que yo tengo de los niños, mediten bien lo que aconteció á los apóstoles cuando querian impedir que los niños se acercasen á Jesucristo, y por consiguiente que recibiesen las gracias anejas á la bendicion del divino Salvador. Jesus se indignó, *indigné tulit*, dice el evangelista (S. Marc. 10, v. 14).

¡Cuán grande debe ser el mal que excita la indignacion de Jesus, de este maestro mansísimo y bondadosísimo! Pero oid las terribles palabras que pronuncia. El que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mas le valiera que le ataran al cuello una piedra de molino, y le arrojaran en lo hondo del mar: *Qui scandalizaverit unum de pusillis istis minimis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus et demergatur in profundum maris* (San Mat. 18, 6).

(1) Opera Gersonis, t. 3, opusculum de parvulis ad Christum trahendis.

(2) Tambien se criticaba á Gerson que se ocupaba con frecuencia en confesar á los niños. Sentimos no poder presentar aqui la parte de su apología concerniente á una materia de tanta importancia; pero seria obra muy larga, y ademas no tiene una relacion bastante directa con el objeto que nos hemos propuesto.

sia, extirpación de las herejías y paz y concordia entre los príncipes cristianos (1)), indulgencia plenaria en los días de *Navidad*, *Pascua* y de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo (2).

Suele haber personas distinguidas que temerian envilecerse explicando la doctrina. Benedicto XIV para hacerlos superiores á un respeto humano tan inoportuno les alega el ejemplo de Gerson, canciller de la iglesia de Paris y clarísima antorcha de su siglo, á quien pocos igualarán en fama y alabanza: pues este en su edad avanzada explicaba la doctrina á los niños en la iglesia de S. Pablo de Leon, y como lo desaprobasen los demas, orgullosos con la gloria de la teología, les respondió con una célebre apología que los obligó á callar y á mudar de dictamen (3). De ningún modo mejor podemos concluir la tercera parte de esta obra que dando un extracto de la respuesta de Gerson tan ponderada por Benedicto XIV.

(1) La costumbre es rezar cinco *Pater noster* y otras tantas *Ave Maria* por la intencion del sumo pontífice.

(2) Es conveniente instruir bien á los pueblos sobre estas indulgencias, no solamente para animar á los seglares piadosos á que expliquen la doctrina, sino tambien para excitar á los niños y aun á las personas de toda edad á que asistan á la doctrina. Ademas sirve de sumo contento á un párroco el ver cuántas indulgencias gana para sí explicando la doctrina, y cuántas hace ganar á los demas.

(3) Sibi ante oculos ponant Gersonem, parisiensis facultatis cancellarium et sui temporis clarissimum lumen, ejus famam et laudem perpauca sequentur, qui maturá jam ætate christianæ legis præcepta mysteriaque pueris declarabat, et cum reliqui theologiæ gloriá superbi id valde improbarent, ob celebrem ipsius Gersonis apologiam fastum simul ac sententiam deponere coacti sunt (Inst. 9, n. 11).

EXTRACTO

DE LA RESPUESTA DE GERSON (1) Á LOS QUE LE CRITICABAN PORQUE EXPLICABA LA DOCTRINA Á LOS NIÑOS (2).

Los que critican el cuidado que yo tengo de los niños, mediten bien lo que aconteció á los apóstoles cuando querian impedir que los niños se acercasen á Jesucristo, y por consiguiente que recibiesen las gracias anejas á la bendicion del divino Salvador. Jesus se indignó, *indigné tulit*, dice el evangelista (S. Marc. 10, v. 14).

¡Cuán grande debe ser el mal que excita la indignacion de Jesus, de este maestro mansísimo y bondadosísimo! Pero oid las terribles palabras que pronuncia. El que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mas le valiera que le ataran al cuello una piedra de molino, y le arrojaran en lo hondo del mar: *Qui scandalizaverit unum de pusillis istis minimis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus et demergatur in profundum maris* (San Mat. 18, 6).

(1) Opera Gersonis, t. 3, opusculum de parvulis ad Christum trahendis.

(2) Tambien se criticaba á Gerson que se ocupaba con frecuencia en confesar á los niños. Sentimos no poder presentar aqui la parte de su apología concerniente á una materia de tanta importancia; pero seria obra muy larga, y ademas no tiene una relacion bastante directa con el objeto que nos hemos propuesto.

Y ¿qué es lo que hacen los que con sus críticas tratan de distraerme del cuidado que tomo por los niños? ¿Qué hacen mas que intentar poner obstáculo á la salvacion de estos párvulos tan amados de Jesucristo, incurrir así en la indignacion del hijo de Dios, y ganarse una desgracia mas grande que la de ser precipitado en el fondo del mar con una piedra de molino al cuello?

¡Qué cristianos! que censuran á un sacerdote porque da auxilios espirituales á los niños! ¿De qué palabras me valdré para hacer mi apología ante tales hombres? ¿Entienden ellos el lenguaje de la fé? ¡Ah! dadme un verdadero cristiano, un hombre que conozca la importancia de la salvacion, que sepa lo que valen los bienes que vino Jesus á traer al mundo, que se compadezca de los males espirituales de los niños, que no busque sus intereses propios, sino los de Jesucristo, un hombre dirigido por la caridad, guiado por la humildad y animado de la piedad: dadme un hombre así, y comprenderá y sentirá la fuerza de mis razones.

¿Qué son en el fondo las miserables objeciones en que fundan mis adversarios sus inspidas chanzas? Se me hacen cuatro cargos igualmente infundados.

PRIMERA OBJECION.

No debiera olvidarse Gerson de que la universidad de Paris le ha distinguido con el título de canciller: no debiera envilecer tan alta dignidad bajandose hasta explicar la doctrina á los niños: no debiera singularizarse por esta conducta extraordinaria.

RESPUESTA.

Si el rey me hubiera elegido por ayo de su hijo y

para educar al heredero presuntivo de la corona, no parecería este un cargo vil para el canciller de la universidad de Paris; al contrario se diría que es un empleo muy honorífico. Y ¿hay quien se atreva á afirmar que yo envilezco mi dignidad instruyendo á los hijos de Dios y formando en la virtud á los herederos del reino de los cielos? No, no, este es un cargo grande, noble y sublime, que no puede menos de realzar la dignidad del canciller de la universidad.

Que me digan los que me acusan de singularizarme qué es una conducta extraordinaria en un sacerdote. Por mi parte no conozco otra conducta extraordinaria que la que es contraria al orden instituido por Jesucristo. Y ¿cuál es este? Que los sacerdotes de cada diócesis no deben enseñar sin haber recibido antes su mision del obispo, á quien puso el Espíritu Santo para gobernar el rebaño del Señor. Pero ¿ignoran mis adversarios que yo obro por consejo del obispo, que he recibido mi mision de él, y que aplaude el conato que manifiesto por la juventud? Cesen pues de llamar *extraordinaria* una conducta conforme al orden instituido por nuestro divino maestro.

SEGUNDA OBJECION.

Gerson no piensa de día ni de noche mas que en los niños, y los busca por todas partes para hablarles de Dios: para él todos los tiempos y lugares son buenos á este fin. Verdaderamente es un viejo que vuelve á la edad de los niños.

RESPUESTA.

Quando la mies es mucha y pocos los operarios, es

menester que estos no pierdan tiempo (1). ¡Ah! la juventud cristiana es como un campo, en el cual pocos obreros quieren emplear su sudor. ¡Qué abandonada está esta mies! ¡Cuán desamparados estos pobres niños! ¡Oh! en tanto que yo conserve algunas fuerzas, todas las consagraré á esta obra. ¡Cómo! si yo empleara una parte del dia en pasearme, no parecería mal, y se me critica que invierto todo el tiempo en atender á estos párvulos tan interesantes á los ojos de un cristiano y tan faltos de auxilios espirituales.

TERCERA OBJECION.

Gerson no debería enterrar su ciencia y talento, sino emplearlos en alguna cosa mas grande é importante.

RESPUESTA.

Y ¿cuáles son esas cosas mas grandes é importantes á que se quisiera que yo me dedicase? Por mas que examino por todas partes, no hallo cosa mas grande que preservar con la virtud de Dios las almas de las fauces del perro infernal y de las mismas puertas del infierno, y plantar y regar estas almas de los párvulos que son una parte no indigna del huerto de la iglesia (2).

(1) Quisquis attenderit quàm multa est messis dominica et operarii pauci, videbit quòd nullus dies, nulla hora, nullus locus ab hac operatione secludi deberet.

(2) Quod superadditur meam occupationem in majoribus esse debere, nescio prorsus an quidquam majus esse possit in quo parvitas mea proficere valeat, quàm Deo dante virtutem à faucibus canis infernalis et ab ipsis gehennæ

Es una gran verdad, que han defendido con razon hombres muy prudentes, que si se quieren reformar las costumbres, ha de empezar la reforma por la educacion de la niñez (1). En efecto hay niños que no han perdido todavía su inocencia: ¡cuán importante es conservarlos en este dichoso estado! ¡Cómo gusta Dios de ser servido por estas almas puras! ¡Qué dicha conservar el Espíritu Santo estos santuarios donde se complace en habitar! ¡Con qué gozo recibe Dios las primicias de sus afectos y la ofrenda de un corazon que el soplo contagioso del mundo no ha manchado! ¡Cuán importante es hacer que estos buenos sentimientos perseveren, tomen incremento y fructifiquen en ellos, y evitar que la perversidad del siglo sofoque sus nacientes virtudes!

Confieso que una multitud de niños no se hallan en tan dichoso estado. Seducidos por las tentaciones del mundo y arrastrados por las malas compañías no han conservado la inocencia que ha naufragado tristemente, y aun á veces han contraido costumbres perversísimas. Pero cualquiera que sea el grado de corrupcion á que hayan llegado, es cierto que siempre será mas facil corregirlos entonces que si se aguarda á que las pasiones hayan cobrado todas sus fuerzas, y hayan envejecido en sus corazones las raices de los hábitos pecaminosos (2). Asi como pueden enderezarse mas facil-

portis animas eripere et tales parvulorum animas quasi plantare aut rigare, partem non indignam horti ecclesiastici.

(1) Non fallebatur, sed circumspèctissimè considerabat qui affirmavit reparationem morum, si quærat fieri, inchoandam esse à parvulis.

(2) Quia enim minus corrupti minusque tenaciter infecti sunt, capaciores inveniuntur doctrinarum salubrium.

mente los árboles cuando son tiernos todavía, y tomar buena forma bajo la mano del jardinero; tambien es mucho mas facil corregir las costumbres de la mayor parte de los niños que las de las personas de edad avanzada.

¡Pobres niños! ¡qué compadecido estoy de vuestra suerte! ¡Cuántos escollos os rodean por todas partes! En una edad tan sujeta á recibir todo género de impresiones y sobre todo las que favorecen la naturaleza corrompida, ¿qué es lo que hallais á vuestro rededor? Muchas veces malas compañías de otros niños ya corrompidos, que os inficionan con su veneno. ¿Qué veis, qué oís entre los hombres de edad madura cuyas lecciones debieran servir de guia? ¡Cuántos ejemplos malos! ¡Cuántas máximas falsas! ¡Ah! quizás vuestros mismos padres descuidan daros una educacion cristiana.

¿Qué será de vosotros? Teneis una necesidad urgente de que alguno os alimente con la divina palabra y oponga un dique al torrente de iniquidades que va á tragáros; ¿y se admirarán de que yo vuele apresuradamente á vuestro socorro? Si cae en una hoya un buey ó un asno, corriendo se irá á sacarle; y causará sorpresa que corra yo á alargaros una mano caritativa cuando os veo en el borde del precipicio? Si se prende fuego en una casa y amenaza comunicarse á toda la ciudad, todo el mundo grita que ha hecho una grande accion y salvado la poblacion el hombre intrépido que sube á los tejados y apaga el fuego; y sin embargo ¿qué es lo que ha hecho? Ha salvado algunas casas de piedra y de madera. Mas las almas de los niños son los templos de Dios vivo, los santuarios del Espiritu Santo, la ciudad de Dios; ¿y yo los he de ver presa del fuego de las pasiones y de las llamas del infierno? Los demonios se apresurarán por todas partes á dar pábulo á este

incendio; y si yo ministro de Jesucristo trabajo en extinguirle, ¿se dirá que no me ocupo en una tarea grande ni digna de mí?

No quiera Dios que yo dé oidos á semejante lenguaje. No habló asi mi divino maestro. Las lecciones de su Evangelio y la voz todavía mas poderosa de sus ejemplos me llaman al socorro de los niños. De él aprendo á portarme con ellos como una gallina con sus polluelos: ved cómo vela esta sobre ellos con una solitud continua, cómo va siempre llamandolos con ternura, como los defiende de sus enemigos y se olvida de su propio sustento por atender únicamente á las necesidades de aquellos. Ese es el modelo que me propuso Jesucristo; ¡y mi corazon habia de mostrarse tibio y desfallecido con estos niños! ¡Y habia de tener yo valor de fijar solamente ciertos tiempos para cuidar de ellos! ¡y habia de pasar yo meses enteros en el descanso! No, no (1).

Dicese que pierdo el tiempo y el trabajo con los niños: que son embusteros, frívolos é inconstantes y no se aprovechan de la instruccion que se les da. Confieso que los hay de este caracter; pero es una insigne calumnia suponer que lo son todos. Aun cuando yo no consiguiese mas que servir á uno solo, ni salvase mas que una alma en un mes ó en un año; ¿llamareis esto

(1) Non ita docuit Christus, non hæc egit. Nam in congregandis animabus comparavit se gallinæ, quæ nullum aliud animal erga fœtus suos, ut sanctus Augustinus ait, magis infirmatur pietate, demittuntur alæ, plumæque hirtæ sunt, raucessit vox querula, obliviscitur ipsa sibi, et incredibili supra vires animositate pullos tuetur. Et nos qui Christi sectatores dici volumus, in hoc opere torpescemus, observabimus, tempora mensibus totis quiescimus! Absit.

tiempo perdido (1)? Pero por la misericordia divina se aprovechan mucho mayor numero de mis desvelos; y ¡qué consuelo es para mí verlos caminar por la senda de la salvacion!

Bien sé que hay niños que perseveran empedernidos, y otros que despues de haber obrado bien por algun tiempo abandonan la santa carrera que habian empezado á seguir; pero ni aun para estos miro como perdido mi trabajo, porque ademas de la recompensa que recibiré del soberano maestro, espero que la palabra de Dios que yo haya sembrado en sus corazones, pueda producir fruto en otro tiempo. ¿No vemos algunos hombres que cuando han llegado á edad madura, y sobre todo cuando se ven hechos el blanco de grandes adversidades, recuerdan las lecciones que recibieron en la infancia, sienten no haberlas aprovechado mejor, y vuelven sinceramente á Dios? No me cansaré pues de plantar y regar, y Dios dará el incremento cuando y como quiera.

Conozco delante de Dios que soy un gran pecador, que he ofendido mucho á la magestad divina, y que mis iniquidades no tienen número; pero el apostol Santiago me enseña que el que hiciere convertir al pecador del extravío de su vida, cubrirá la multitud de sus pecados: *qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, operiet multitudinem peccatorum* (Ep. Jac. V, 20). Estas palabras son mi consuelo y mi grande esperanza. Mi buen maestro ve mis desvelos por sus hijos para convertir á los unos del mal, para mantener á los otros en el bien, para procurar la salvacion de todos: él los ve, y su mano misericordiosa se apresurará á lavar todos mis pecados en su sangre.

(1) Si vel sic sola anima in mense vel anno salvatur, non perdita est occupatio.

CUARTA OBJECION.

Gerson es un buen hombre que no sabe hablar á los niños mas que en tono de afabilidad y bondad: toma parte en sus inocentes juegos y diversiones, y siempre los recibe con los brazos abiertos y con una expresion de gusto y contento. ¿No es este porte ridiculo? Es menester ser muy simple para no conocer que solo una cara ceñuda, un rostro siempre serio y una mirada continuamente severa pueden contener la ligereza de esta edad.

RESPUESTA.

Yo pudiera responder con el ejemplo de Sócrates que jugaba con los niños, y algunas veces se le vió andar á caballo en un palo con ellos. ¡Oh! si le hubieran visto asi los censores de nuestro siglo, ¡cómo se hubieran reido á carcajadas, y burladose del filósofo mas estimado de la antigüedad pagana!

Pero hablo con cristianos, los cuales deben saber que no hay cosa mas grande ni mas sabia que humillarse para ganar almas á Dios. Es oráculo del Espíritu Santo (Eccl. 3, 2): *Quantò major es, humilia te in omnibus*. Y ¿no dijo nuestro divino legislador á sus apóstoles poniendo un niño en medio de ellos: *Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cælorum, et qui suscepit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit?*

Necesito que los niños oigan mis palabras con gusto y hagan lo que les digo, sin lo cual no conseguiria nunca hacerlos cuerdos; pero para lograrlo debo ganar su corazon, y solamente con la dulzura y la bondad pueden ganarse, porque como dice un poeta: *Non bene*

conveniunt nec eadem sede moruntur majestas et amor.
Me despojaré pues de todo aire de grandeza y magestad y me haré pequeño con los pequeños para ganarlos á Jesucristo.

Séneca advierte que está en la naturaleza del hombre rebelarse contra los mandatos, y dejarse llevar por la insinuacion. Asi lo vemos hasta en los animales, que se domestican mas facilmente con blandas caricias que con terribles amenazas.

He leído en S. Pablo que los padres deben tratar á sus hijos con bondad por no hacerlos pusilánimes, *ne pusillo animo fiant* (1), y él mismo era para los fieles *tamquam si nutrix foveat filios suos* (2); pues yo quiero guardar tambien con los niños la misma conducta que una tierna nodriza con sus criaturas. El mismo apostol nos recomienda que instruyamos á nuestro prójimo con mansedumbre, cuando queramos levantarle del pecado en que ha caído: *si praeoccupatus fuerit homo in aliquo delicto vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis* (3). No exceptúa á los niños; pues ¿por qué se quiere que yo los trate con rigor?

Pero oigamos sobre todo á nuestro divino legislador, que tan bien conoce el corazon humano: despues de convidar á que recurran á él todos los que sufren y están cargados: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis*; añade que los recibirá con mucha bondad y una tierna compasion, *quia mitis sum et humilis corde*. ¡Ah! Bien sabia que no hay cosa mas propia para atraer los hombres que la certeza de ser recibido con ternura y amor. ¡O mi divino maestro! yo quiero imitaros, y por mas que digan, no desistiré de mi condescendencia con los niños.

(1) Ep. ad colos. 3, 2.

(2) I Ep. ad Thessal. 2, 7.

(3) Ep. ad galat. 6, 1.

En mi vejez ¿qué modelo mas excelente puedo seguir que el de aquel venerable anciano, el apostol San Juan, que á la edad de cerca de cien años corria tras de la oveja descarriada para restituirla al aprisco? Todo el mundo sabe esta interesante historia; pero no puedo resistir al deseo de referir aqui algunas de las principales circunstancias de ella.

Un joven confiado por S. Juan á un obispo se habia pervertido despues de vivir algun tiempo en la virtud, y se retiró á los montes donde se hizo un famoso salteador por sus robos y muertes. S. Juan no supo tan triste nueva hasta mucho tiempo despues: al instante montó á caballo á pesar de sus muchos años, y se fue á los montes en busca del ladron. En cuanto este le columbró, huyó; pero el santo le siguió gritando con todo afecto de su corazon paternal: «Hijo mio, ¿por qué huyes de tu padre? Apíadate de mi, hijo mio. Escucha al Señor que te llama á la penitencia por mi voz: la puerta de la salvacion no está cerrada para tí: yo te reconciliaré con Jesucristo. Estoy pronto á dar mi vida por tí, como el Señor dió la suya por todos los hombres. Detente, te lo suplico.»

Al oír el joven estas palabras en que rebosa la mas tierna caridad, se detiene deshecho en lágrimas, abraza al apostol como á su amoroso padre y le pide perdón; pero esconde la mano derecha manchada con tantos homicidios. S. Juan se echa á sus pies y le besa la mano escondida: asegúrale que Dios le perdonará sus pecados, y le conduce á la iglesia. Por algun tiempo ayuna y ora con él y por él citándole sin cesar los pasajes mas tiernos de la sagrada escritura para consolarle y animarle. Por último no le dejó hasta que le hubo reconciliado con Dios por la absolucion, y le admitió á la participacion de la Eucaristía.

Hé aqui la suma bondad que los varones de Dios

han empleado como el instrumento mas eficaz para conquistar las almas; y yo quiero valerme del mismo medio para alcanzar el mismo fin. ¿Quién ganó á la iglesia el gran doctor S. Agustin, ese astro luminoso? San Ambrosio. Y ¿cómo le ganó? ¿Acaso gritando: *Apartate de mí, tú que estás encenagado en los vicios mas infames, á los cuales juntas la perversa herejía de los maniqueos?* No, al contrario, recibíendole con bondad y manifestándole una cariñosa amistad. Yo empecé á amarle, cuenta el mismo S. Agustin, *no como el doctor de la verdad, sino como un hombre cariñoso para conmigo* (1).

No alegaré mas que una razon; pero es incontestable. Todas las acciones de Jesucristo son de muchísimo peso: alli se esconden tesoros de sabiduría y de ciencia: son el libro que la misma divinidad nos ofrece como el camino que conduce á la vida. Pues no sin particularísima disposicion de su inefable providencia reprehendió severamente Jesucristo á los discípulos que no dejaban acercarse los niños, á quienes bendecía y abrazaba imponiéndoles las manos: *Amplexabatur imponens eis manus et benedicebat eos* (S. Marc. 10, 4).

¡O buen Jesus! cuando os veo extender los brazos para estrechar con tanta ternura en vuestro pecho á esos niños, me conmuevo hasta lo íntimo de mi alma. ¡Oh! quiero amar á los que tanto amais, quiero imitar vuestra bondad, y quiero tener entrañas maternas para ellos como vos.

Venid pues á mí, queridos hijos, oid la voz del padre mas tierno y del amigo mas amado que os llama: *Si quis parvulus est, veniat ad me* (Prov. 9, 4). No tengais miedo, no seais tímidos: vengo en nombre del

(1) *Cœpi amare hominem, non ut doctorem veritatis; sed ut hominem benevolum in me* (Confes., lib. 5.º).

Señor á traer os palabras de salvacion. Venid á mi con confianza: no hallareis nada que os arredre: en mi semblante se retratará la satisfaccion que siento de estar con vosotros. Nos comunicaremos mutuamente los bienes espirituales: yo os daré la leche de la doctrina cristiana, y vosotros me abrireis el cielo con vuestras oraciones (1). Vosotros interesareis en mi favor á vuestros ángeles buenos que ven siempre la cara del padre celestial, y me ganareis el corazon de Jesucristo que ama tanto á los párvulos y á los que cuidan de ellos. Así lograremos todos la recompensa del cielo, yo enseñandoos y vosotros predicando lo que os enseño. Los suaves vínculos de la caridad nos unirán en Jesucristo durante esta vida, y nos llevarán á la union inefable que nos está reservada en la patria celestial, donde no cesaremos nunca de amarnos, de bendecir á Dios, tierro padre de los niños y de los párvulos, y celebrar para siempre aquellas amables palabras proferidas por la boca adorable de nuestro bondadoso Salvador: *Sinite parvulos venire ad me; talium est enim regnum Dei* (San Marc. 10, 14).

(1) En la última enfermedad de Gerson concurrían los niños á la iglesia de S. Pablo, donde les explicaba la doctrina todos los dias mientras se lo permitió su salud, y allí de rodillas delante del santísimo Sacramento repetían muchas veces aquellos niños esta oracion que él les habia recomendado:

Dios mio, criador mio, compadeceos de vuestro pobre siervo Juan Gerson.



CONSEJOS

DE S. VICENTE DE PAUL

SOBRE LA PREDICACION DE LA DIVINA PALABRA,

SACADOS DE SU VIDA QUE ESCRIBIÓ SU ANTIGUO AMIGO
EL ILUSTRÍSIMO ABELLY, OBISPO DE RHOdez.



**Palabras notables de S. Vicente tocante
á las misiones.**

Nosotros tenemos obligacion (decia un dia hablando á los de su congregacion) de trabajar en la salvacion de los pobres habitantes del campo, porque para eso nos ha llamado Dios; y S. Pablo nos convida á seguir nuestra vocacion y corresponder á los eternos designios que tiene Dios sobre nosotros. Pues este trabajo es el punto capital de nuestra congregacion: todo lo demas es accesorio; porque nunca hubieramos trabajado acerca de los ordenandos, ni los seminarios eclesiásticos si no hubiesemos juzgado que era necesario, para mantener los pueblos en buen estado y conservar los frutos de las misiones, hacer de modo que hubiese buenos eclesiásticos entre ellos, imitando en esto á los guerreros conquistadores que dejan guarnicion en las plazas tomadas, por no perder lo que tanto trabajo les ha costado ganar. ¿No somos bien dichosos, hermanos mios, en ex-

presar al natural la vocacion de Jesucristo? Porque ¿quién expresa mejor que los misioneros el método de vida que Jesucristo guardó en la tierra? No lo digo solamente de nosotros, sino que lo entiendo tambien de esos grandes operarios apostólicos de diferentes órdenes que hacen misiones dentro y fuera del reino. Esos son los grandes misioneros, y nosotros no somos mas que las sombras suyas. ¿No veis cómo se trasladan á las Indias, al Japon, al Canadá para acabar la obra que empezó Jesucristo y que no ha abandonado desde el primer instante que la voluntad de su padre le dedicó á ella? Pensemos que nos dice interiormente: Salid, misioneros, é id á donde os envio. Os estan esperando unas pobres almas: su salvacion depende en parte de vuestros sermones é instrucciones. Esto es, hermanos mios, lo que debemos considerar bien, porque Dios nos ha destinado para trabajar en tal tiempo, en tales lugares y para tales personas. Asi destinaba sus profetas para ciertos lugares y personas, y no queria que fuesen a otra parte. Mas ¿qué responderiamos á Dios si sucediese que por culpa nuestra llegara á morir y perderse alguna de estas pobres almas? ¿No tendria motivo de acusarnos que eramos en cierta manera causa de su condenacion por no haberla asistido como podiamos? Y ¿no deberiamos temer que nos pidiese cuenta de ella á la hora de nuestra muerte? Al contrario si correspondemos fielmente á las obligaciones de nuestra vocacion, ¿no tendremos motivo de esperar que Dios aumente de dia en dia sus gracias en nosotros, que multiplique cada vez mas la congregacion y le dé hombres con las disposiciones convenientes para obrar con su espíritu, y que bendiga todos nuestros afanes? Y por último todas esas almas que conseguirán la salud eterna por nuestro ministerio, darán testimonio á Dios de nuestra fidelidad en el desempeño de nuestro cargo.

¡ Qué dichosos serán los que á la hora de la muerte vean cumplidas en ellos aquellas palabras preciosas de nuestro Señor: *Evangelizare pauperibus misit me Dominus*. Ved, hermanos míos, cómo parece que nuestro Señor nos quiere declarar por estas palabras que una de sus obras principales era trabajar para los pobres. Pero ¡desgraciados de nosotros si somos flojos y cobardes para servir y socorrer á los pobres! porque despues de haber sido llamados por Dios y habernos dado á él para eso descansa de cierto modo en nosotros. Acordaos de estas palabras de un santo padre: *Si non pavisti, cecidisti*, que se entienden á la verdad de la refaccion corporal; pero que pueden con la misma y aun con mas razon aplicarse á la espiritual. Juzgad si no tenemos motivo de temblar caso que lleguemos á faltar en este punto, y si á causa de la edad ó so pretexto de algun achaque ó indisposicion nos enfriamos y degeneramos de nuestro fervor primero. Por mi parte no me tengo por exento no obstante mis años de la obligacion de trabajar en servicio de los pobres; porque ¿quién podria impedirmelo? Si no puedo predicar todos los dias, predicaré dos veces á la semana, y si no tengo fuerza para que me oigan en las iglesias grandes, hablaré en las pequeñas; y si aun para esto no alcanzare mi voz, ¿quién me quitaria hablar sencilla y familiarmente á estas buenas gentes como yo os hablo ahora, haciendo que se acercaran á mí y me rodearan como vosotros ahora? Yo sé de algunos viejos que podrán levantarse contra nosotros el dia del juicio, y entre otros un buen padre jesuita, hombre de santa vida, que despues de haber predicado muchos años en la corte, acometido á la edad de sesenta de una enfermedad que le puso á orillas del sepulcro, le manifestó Dios cuán vacios é inútiles eran los mas de aquellos discursos estudiados y limados de que se servia en su

predicacion; de modo que sintió el religioso muchos remordimientos de conciencia. Luego que recobró la salud, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para ir á enseñar la doctrina y hacer exhortaciones familiares á los pobres campesinos. En estas caritativas tareas empleó veinte años y perseveró hasta la muerte, y viendose próximo á espirar pidió una gracia, y fue que enterrasen con la su cuerpo una varita que usaba en la explicacion de doctrina, para que aquella varita, decia, diese testimonio de cómo habia abandonado los empleos de la corte por servir á nuestro Señor en la persona de los pobres campesinos.

Alguno de los que buscan larga vida, podria tal vez temer que el trabajo de las misiones se la acortase y acelerase la hora de la muerte, y para esto tratase de eximirse de ellas como de una desgracia temible. Pero yo preguntaria al que tuviese este sentir: ¿es una calamidad para el que viaja por un pais extraño adelantar el camino y llegar á su patria? ¿Es una calamidad para el navegante acercarse al puerto? ¿Es una calamidad para una alma fiel ir á ver y poseer á su Dios? Por último ¿es una desgracia para los misioneros ir pronto á gozar de la gloria que les mereció su divino maestro con su pasion y muerte? ¡Cómo! ¿se teme que llegue una cosa que no podemos desear bastante y que siempre tarda demasiado en llegar?

Pues lo que digo á los sacerdotes, lo digo tambien á los que no lo son, lo digo á todos nuestros hermanos. No, hermanos míos, no creais que porque no estais empleados en la predicacion, estais exentos por eso de las obligaciones que tenemos de trabajar en la salvacion de los pobres, porque podeis hacerlo á vuestra manera, acaso tan bien como el mismo predicador y con menos riesgo para vosotros: á ello estais obligados siendo miembros de un mismo cuerpo con nosotros,

asi como todos los miembros del sagrado cuerpo de Jesucristo cooperaron cada uno á su modo á la obra de nuestra redencion, porque si la cabeza de Jesucristo fue atravesada de espinas, los pies fueron tambien traspasados con los clavos con que estaban sujetos en la cruz; y si despues de la resurreccion fue recompensada aquella cabeza sacratissima, tambien participaron los pies de la recompensa y partieron con ella la gloria de que fue coronada.

OPINION

de S. Vicente acerca de las virtudes mas necesarias á los misioneros y del método de predicar que deben observar.

Estando lleno este gran siervo de Dios de un espíritu verdaderamente apostólico, bien podia conocer cuáles eran las virtudes mas convenientes y necesarias para los misioneros, supuesto que las poseia todas en un grado eminentísimo y las habia practicado en toda su perfeccion. Decia pues no tanto por racionio quanto por experiencia propia que entre todas las virtudes necesitaban particularmente los misioneros una humildad profunda y una gran desconfianza de sí mismos para no achacar á su aplicacion y trabajo la conversion de las almas y los otros frutos de sus misiones, sino atribuir fielmente toda la gloria de ellas á Dios sin reservar nada para sí á no ser la confusion de sus culpas y faltas. Juzgaba tambien que debian tener gran fé y perfecta confianza en Dios para no desmayar en las penas y contradicciones, ni arredrarse por las dificultades que se encuentran en sus cargos, una caridad y zelo ardentísimo de la salvacion de las almas para buscarlas, socorrerlas y servir las, mucha mansedumbre y

paciencia para atraerlas y soportarlas, gran simplicidad y prudencia para guiarlas derechamente á Dios, gran desprendimiento de las cosas terrenas para estar mas libres en las faenas que emprenden por Dios y mas propios para inspirar á los demas el afecto á los bienes celestiales, una continua mortificacion corporal y espiritual para que los movimientos de la naturaleza no estorben en ellos los movimientos de la gracia, gran indiferencia respecto de los empleos, lugares, tiempos y personas para no tener otra pretension en todo que hacer la voluntad de Dios; de modo que aun aquellos mismos que hablasen en público, estuvieran siempre dispuestos á dejar el púlpito á otro enmedio de una mision, si tal fuese la voluntad del superior, y por este motivo mandaba particularmente á sus misioneros que tuvieran consideracion con los demas predicadores que hallasen en las parroquias, les cediesen gustosos el púlpito, y les manifestasen toda clase de respeto. Por último queria que sus misioneros fuesen hombres de oracion y ejemplares, creyendo que por este medio sacarian mas fruto que con toda la ciencia y elocuencia que pudieran emplear, porque la oracion les atraeria abundantes gracias y uncion interior, y el buen ejemplo dispondria los ánimos para recibir bien lo que ellos les comunicasen despues de inspirarselo Dios.

En quanto al método de predicar en las misiones S. Vicente de Paul escribia lo siguiente á uno de sus sacerdotes el año 1633:

«Por diferentes personas he sabido que la bondad de Dios se complace en derramar su bendicion sobre vuestra mision de N. Todos hemos quedado muy consolados, y porque reconocemos que esta gracia abundante viene de Dios, y solo la continúa á los humildes, los cuales confiesan que procede del Señor todo el bien que se hace por ellos, le pido de todo corazon que os

dé mas y mas el espíritu de humildad en todos vuestros ejercicios, porque debéis creer con toda seguridad que Dios os quitará esta gracia en cuanto deis entrada en vuestro espíritu á alguna vana complacencia atribuyéndoos lo que pertenece á Dios solo. Humillaos pues grandemente, atendiendo á que Judas habia recibido gracias mas excelentes que vos, y habian tenido mas efectos que las vuestras, y no obstante se perdió; y ¿qué aprovechará al mas grande predicador del mundo, dotado de las cualidades mas ventajosas haber hecho resonar su voz con aplauso en toda una provincia, y aun haber convertido á Dios millares de almas, si él llega á perder la suya?

«No os digo esto porque yo tenga ningun motivo particular de temer esa vana complacencia en vos ni en N. que trabaja en vuestra compañía, sino para que si el demonio os asalta por este lado, como sin duda lo hará, pongais suma atencion y fidelidad en rechazar sus sugerencias y honrar la humildad de nuestro Señor. Estos dias pasados tenia yo por materia de mi conferencia la vida comun que nuestro Señor quiso hacer sobre la tierra, y veia que habia amado tanto esta vida comun y abyecta de los otros hombres, que por acomodarse á ella se abatió cuanto pudo hasta el punto (¡ó cosa admirable que supera toda la capacidad del entendimiento humano!), que aunque era la sabiduría increada del padre eterno, quiso predicar su doctrina con un estilo mucho mas sencillo y humilde que el de sus apóstoles. Os ruego que veais cuáles fueron sus sermones, y los compareis con las epístolas y sermones de S. Pedro y S. Pablo y de los demas apóstoles. Parece que el estilo que usa es de un hombre de poca ciencia, y que el de sus apóstoles es propio de personas que sabian mas que él; y lo mas extraño es que quiso que su predicacion produjese

mucho menos efecto que la de sus apóstoles, porque en el Evangelio se ve que ganó á estos y á sus discipulos casi uno á uno y con trabajo y fatiga; y S. Pedro convirtió cinco mil personas en su primer sermón. Ciertamente esto me ha dado mas luz y conocimiento, segun me parece, de la suma y admirable humildad del hijo de Dios, que ninguna consideracion que haya tenido sobre esta materia.

«Todos los dias decimos en el santo sacrificio de la misa estas palabras: *In spiritu humilitatis* &c. Pues un santo personaje me decia un dia haber oido del bienaventurado obispo de Ginebra que este espíritu de humildad que pedimos á Dios en todos nuestros sacrificios, consiste principalmente en mantenernos en una continua atencion y disposicion de humillarnos sin cesar en todas ocasiones tanto interior como exteriormente. Pero ¿quiéa nos dará este espíritu de humildad? ¡Ah! nuestro Señor, si nos hacemos fieles á su gracia y diligentes en producir los actos de esta. Hagamoslo pues, os suplico, y para ello procuremos acordarnos uno de otro cuando pronunciamos estas mismas palabras en el altar: asi lo espero de vuestra caridad.»

Hablando un dia á los sacerdotes de su casa sobre este mismo asunto les decia: «Es menester que la congregacion se dé á Dios para explicar por medio de comparaciones familiares las verdades del Evangelio cuando se trabaja en las misiones. Estudiemonos pues para modelar nuestra alma á este método imitando á nuestro Señor, quien como dice el Evangelio, *sine parabolis non loquebatur ad eos*. Empleemos con parsimonia los pasajes de los autores profanos en los sermones, y aun asi ha de ser únicamente para que sirvan de escalon á la sagrada escritura.»

Tambien recomendaba á sus misioneros que no se dejasen arrebatados de un fervor excesivo en sus sermo-

nes, ni levantarán mucho el tono de la voz, sino que hablarán al pueblo sencillamente y con mediano tono, tanto para ser más útiles á su auditorio, que escucha con más gusto y recibe mejor lo que se le dice así, como para economizar las fuerzas y la salud, porque habiendo de predicar á menudo y casi diariamente durante buena parte del año, y en algunas ocasiones dos veces al día, se reducirían ellos mismos á la imposibilidad de continuar si llegaran á echar á perder la voz y debilitar el pecho á fuerza de gritar. Hé aquí lo que escribió un día á uno de sus sacerdotes:

«Me han avisado que haceis excesivos esfuerzos cuando habláis al pueblo, y que esto os debilita mucho. En nombre de Dios mirad por vuestra salud y moderad la voz y los afectos. Ya os he dicho en otra ocasión que nuestro Señor bendice los discursos que se hacen hablando en un tono común y familiar, porque así enseñó y predicó él mismo, y que siendo natural este modo de hablar, es más cómodo también que el otro que es forzado, y que el pueblo le aprueba más y saca mejor provecho. ¿Creeréis que habiendo conocido esto los cómicos han mudado de tono, y ya no le levantan para declamar como antes, sino que lo hacen á media voz como quien habla á los que le escuchan? Un sujeto que ha pertenecido á esta clase, me lo decía días atrás. Pues si el deseo de agradar más al mundo ha podido conseguir esto de los actores de teatro, ¿qué motivo de confusión no sería para los predicadores de Jesucristo si el afecto y el zelo de procurar la salud de las almas no tuvieran el mismo influjo sobre ellos?

«Por lo demás me ha contristado mucho que en vez de explicar la doctrina cristiana por la tarde hayáis predicado sermones en vuestra misión; lo cual no debe hacerse: 1.º porque el predicador de por la mañana puede tener sentimiento de este segundo sermón:

2.º porque el pueblo necesita más de esta explicación de la doctrina y aprovecha más: 3.º porque haciendo esta explicación parece en cierto modo que hay más motivo de honrar el método que observó nuestro Señor Jesucristo para instruir y convertir al mundo: 4.º porque es nuestra costumbre, y el Señor se ha servido bendecir grandemente esta práctica, en la cual se hallan más medios de ejercitar la humildad.»

ADVERTENCIAS

que hacia S. Vicente á sus misioneros tocante al modo de proceder con los herejes en las misiones.

Como suele haber herejes en los lugares donde se hacen las misiones, particularmente en algunas provincias como la Guiana, el Langüedoc, el Poitou etc, en las que se ha propagado más esta cizaña que en las otras; S. Vicente, cuya caridad no tenía límites, y que abrazaba la salud espiritual de los extraviados como la de los otros, quería que los misioneros de su congregación se emplearan según sus fuerzas en procurar la conversión de los herejes que se encontrasen en sus misiones; pero para lograrlo les prescribía diferentes máximas, cuya conveniencia había conocido por experiencia.

Primeramente estimaba que las controversias y disputas en materia de religión, y particularmente las que se hacen con un espíritu de acrimonia y palabras picantes, no eran de ningún modo propias para convertir á los herejes; y así recomendaba á los suyos que las evitaran absolutamente, sobre todo las invectivas y los cargos. A este propósito decía que las personas doctas no podían ganar nada con el diablo por la so-

berbia, mucho mas cuando estaba mas poseido de ella que aquellos; pero que por el contrario seria vencido facilmente por la humildad, porque era arma de que él no podia servirse. Añadia que no habia visto ni oido nunca que ningun hereje se hubiese convertido por la sutileza de un argumento, sino por la mansedumbre y la humildad.

Mas aunque S. Vicente no fuera de opinion que sus misioneros se empeñasen en las controversias y disputas con los herejes, les recomendaba que aprendiesen cuidadosamente todo lo relativo á la teología polémica y á las controversias para estar siempre prontos, segun la máxima del príncipe de los apóstoles, á dar razon de su fé, á sostener la verdad de ella y á convencer de falsedad los errores contrarios, conferenciando amistosamente con los herejes y respondiendo blandamente á sus objeciones mas bien para convertirlos que para confundirlos; y en todo tiempo los obligó á celebrar conferencias y á hacer un estudio particular de esta materia. Acerca de ella escribió lo siguiente en 1628 desde la ciudad de Beauvais, donde estaba entonces, al que habia dejado para que gobernara en su ausencia el colegio de los Buenos niños en Paris.

«¿Cómo está la comunidad? ¿están todos en buena disposicion y contentos? ¿Se observan las reglas? ¿Se estudia y se hacen conferencias? ¿Se observa en ellas el orden prescrito? Os suplico que trabajéis cuidadosamente en esto: que se procure poseer bien el Becan, porque es indecible cuán útil es este librito para este fin. Dios se ha dignado de servirse de este miserable (habla de sí) para la conversion de tres personas desde que salí de Paris; pero debo confesar que la mansedumbre, la humildad y la paciencia en el trato con estos pobres extraviados son como el alma de

este bien. He tenido que gastar dos dias en la conversion de uno de ellos: los otros dos no me han costado tanto tiempo. He querido decir esto para mi confusion, para que vea la comunidad que si Dios se ha dignado de servirse del mas miserable é ignorante de ella, con mas eficacia se servirá de cada uno de los demas.»

Asi su máxima era juntar á la doctrina y al estudio de las controversias una buena dosis de humildad, mansedumbre y paciencia para usarla cuando se tratase de conversar ó conferenciar con los herejes, y hasta queria que se les mostrase cierto respeto y cariño, no para halagarlos en sus errores, sino ganarlos mas facil y eficazmente: sobre todo estimaba que la vida virtuosa y ejemplar de los católicos y particularmente de los eclesiásticos y misioneros tendria mas fuerza que ninguna otra cosa para sacarlos del error y hacerlos abrazar la verdadera religion. Muchas veces inculcó esto en sus cartas, como cuando escribiendo al superior de la casa de Sedan le hablaba en estos términos:

«Cuando el rey os envió á Sedan, fue con la condicion de no disputar nunca con los herejes ni en el púlpito ni en particular, sabiendo que esto sirve poco, y que las mas veces es mas el ruido que se mete que el fruto que se saca. La buena conducta y el buen olor de las virtudes cristianas puestas en práctica atraen los extraviados al camino recto, y confirman á los católicos en él: asi es como la comunidad debe aprovechar á la ciudad de Sedan, añadiendo á los buenos ejemplos los ejercicios de nuestro ministerio, como instruir al pueblo por nuestro método ordinario, predicar contra el vicio y las malas costumbres, probar y persuadir las virtudes demostrando su necesidad, su uso y los medios de adquirirlas; en lo cual debeis trabajar prin-

principalmente. Si deseais hablar de algunos puntos de controversia, no lo hagais si el Evangelio no os excita á ello, y entonces podreis sostener y probar las verdades que los herejes combaten, y aun responder á sus razones; mas sin nombrarlos ni hablar de ellos.»

Uno de los hermanos de la congregacion, que era muy habil cirujano, tuvo inspiracion de ir á Madagascar á contribuir con los beneficios de su arte y de su caridad á la propagacion de la fé, y S. Vicente le envió para que se embarcara en la Rochela en diciembre de 1659 con algunos sacerdotes de la misma. Pero habiendo sabido aquel buen hermano que varios hugonotes iban á hacer el viaje á dicha isla en la misma nave, se disgustó sobremanera y manifestó su sentimiento á S. Vicente en una carta, á la cual el prudentísimo superior respondió en estos términos:

«Siento muchísimo saber que llevareis herejes en vuestra nave, y por consiguiente que tendreis que sufrir mucho de su parte. Pero al fin Dios es el soberano, y lo ha permitido así por razones que ignoramos, acaso para obligaros á ser mas reservado en su presencia, mas humilde y mas devoto con Dios, y mas caritativo para con el prójimo, para que vean la excelencia y santidad de nuestra religion, y por este medio se muevan á volver á ella. Será preciso evitar cuidadosamente todo género de disputas é invectivas con ellos, mostraros paciente y benigno hácia ellos, aun cuando se desaten contra vos ó contra nuestra creencia y prácticas. La virtud es tan bella y amable, que se verán forzados á amarla en vos si la practicais bien. Es de desear que en los servicios que presteis á Dios en la nave, no hagais acepcion de persona, ni diferencia entre los católicos y hugonotes, para que estos conozcan que los amais en Dios. Espero

que vuestros buenos ejemplos aprovecharán á los unos y á los otros. Cuidaos, os ruego, y cuidad á nuestros misioneros &c.»



«Hemos tenido la ventaja de conocer desde nuestros mas tiernos años al venerable sacerdote Vicente de Paul. Sus piadosas pláticas y sus prudentes consejos no contribuyeron poco á inspirarnos aficion á la verdadera y sólida piedad y amor á la disciplina eclesiástica. En la edad avanzada en que nos hallamos, no podemos recordar su memoria sin una suma alegría. Promovido al sacerdocio tuvimos la dicha de asociarnos á aquellos virtuosos eclesiásticos que se reunian todas las semanas para conferenciar de las cosas de Dios. Vicente fue el autor y el alma de estas santas reuniones. No hablaba ninguna vez que no lo oyesemos todos con infatigable avidéz y sintiesemos en nuestro corazon que Vicente era uno de aquellos varones de quienes dijo el apostol: *Si alguno habla, que parezca que Dios habla por su boca* (Bossuet, carta al papa Clemente XI para la beatificacion del V. Vicente de Paul).»

FIN.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

Advertencia.....	v
Objeto de esta obra.....	Ibid.
Idem del libro primero. S. Francisco de Sales....	Ibid.
Idem del libro segundo. Doctrina de la compañía de Jesus.....	vi
Método que se ha observado en esta obra.....	Ibid.
Objeto del libro tercero.....	viii

LIBRO PRIMERO.

Doctrina de S. Francisco de Sales sobre la predi- cacion.....	9
Observaciones preliminares.....	Ibid.
Zelo del santo.....	Ibid.
Su aplicacion á instruir á los pobres.....	Ibid.
Sus frecuentes sermones.....	10
Conversion de una protestante.....	12
Máximas del santo sobre la necesidad de la ciencia.....	13
Estudio del santo.....	Ibid.
Ciencia del santo.....	14
Conversion de los herejes.....	Ibid.
De qué manera los reducía á salir del error.....	15
Cuán versado era en la teología moral.....	16
Sus principios para la direccion de las almas....	Ibid.
La santa sede recomienda mucho los escritos del santo.....	17
Tenia ánimo de componer una obra que sirviera de guia á los predicadores.....	18

Trátase de suplir en algo la falta de ella con esta recopilacion.....	19
Relacion de los documentos que componen la primera parte de este libro.....	Ibid.
Noticia del ilustrísimo señor Fremiot, arzobispo de Bourges.....	Ibid.
De la segunda parte de este libro.....	21
Observaciones sobre el espíritu de S. Francisco de Sales.....	Ibid.
Primera parte del libro primero.....	23
N.º 1. Carta de S. Francisco de Sales al arzobispo de Bourges.....	Ibid.
Division de esta carta.....	Ibid.
CAP. I. Quién debe predicar.....	24
Mision del predicador.....	Ibid.
Doctrina del predicador.....	Ibid.
Buena conducta del predicador.....	25
Celebracion de la misa y confesion antes de predicar.....	26
CAP. II. Del fin que debe proponerse el predicador.....	27
Para esto es menester enseñar y mover.....	28
No se ha de tratar de agrandar.....	Ibid.
Cap. III. Materia de la predicacion.....	30
La sagrada escritura.....	Ibid.
Los doctores cristianos.....	Ibid.
Las historias de los santos.....	Ibid.
Las historias profanas.....	Ibid.
Las fábulas de los poetas.....	31
La historia natural.....	32
Cómo ha de emplearse la sagrada escritura.....	Ibid.
Cómo han de usarse los textos de los santos padres.....	37
Cómo han de emplearse los ejemplos.....	38
De los coloquios.....	39
De las comparaciones.....	Ibid.
Necesidad del método.....	42
Método claro.....	Ibid.
Ejemplos de asuntos tratados metódicamente.....	Ibid.
Cómo han de buscarse los materiales del sermón.....	46
CAP. IV. Cómo se ha de predicar.....	48
De las cualidades de la accion.....	Ibid.

Del estilo.....	49
Conclusion de la carta.....	51
Predicacion frecuente.....	Ibid.
N.º 2. Fragmento de una carta á un obispo electo.....	53
Leccion de Fr. Luis de Granada.....	54
Se aconseja la leccion de otros libros.....	Ibid.
N.º 3. Resumen de una carta á una monja.....	55
De la influencia de la oracion en la predicacion.....	Ibid.
N.º 4. Carta al obispo de Belley sobre la perseverancia en predicar á pesar de su poco fruto.....	56
N.º 5. Resumen de la plática décima quinta á las religiosas de la Visitacion sobre el respeto á la palabra de Dios aun cuando no brillen por su saber los que la anuncian.....	57
Extracto del tratado del amor de Dios sobre la manera con que los predicadores deben subir y bajar la escala de Jacob.....	58
De los siete dones del Espíritu Santo.....	Ibid.
El temor de Dios introduce las otras virtudes.....	59
Segunda parte del libro primero.....	61
N.º 1. Uso de la sagrada escritura.....	Ibid.
N.º 2. Brevedad de los sermones.....	62
N.º 3. Auditorio poco numeroso.....	64
N.º 4. Falta de memoria.....	66
N.º 5. De la imitacion.....	67
N.º 6. Flores de elocuencia.....	69
N.º 7. Alabanzas en los sermones.....	70
N.º 8. Otro elogio en los sermones vituperado.....	72
N.º 9. Fin de la predicacion.....	75
Fijarse en un objeto particular.....	76
Dedicarse á persuadir y mover.....	77
N.º 10. Predicacion util.....	Ibid.
N.º 11. Vida edificante del predicador.....	79
N.º 12. Señal de una predicacion buena.....	80
N.º 13. Quejas contra los ausentes.....	83
N.º 14. Predicacion frecuente.....	84
N.º 15. Repeticion de las mismas verdades.....	86
N.º 16. De las controversias.....	87
En los sermones no se ha de tratar directamente la	

controversia.....	Ibid.
Utilidad de los sermones de moral aun para convertir á los herejes.....	Ibid.
Peligro de los sermones de controversia aun para los católicos.....	89
Conducta del santo en las conferencias con los herejes.....	Ibid.
Les exponía con sencillez la doctrina católica.....	90
Sufria con paciencia sus malos modales.....	Ibid.
No le gustaban las disputas en materia de religion..	91
Quería que se defendiesen las verdades católicas con zelo; pero sin disputa.....	Ibid.
Secreto admirable para refutar las objeciones de los herejes sin disputa y sin que ellos sospechen que se quiere controvertir.....	92

LIBRO SEGUNDO.

Doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion.....	95
Bosquejo de la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion.....	Ibid.
Division de este libro segundo en tres partes y un apéndice.....	99
Primera parte del libro segundo.....	101
Reglas de la compañía de Jesus para los predicadores.....	Ibid.
Observaciones preliminares.....	Ibid.
S. Ignacio se consagra á la salvacion de las almas.....	Ibid.
Estudios del santo: por qué artificios trató el demonio de impedir que saliera con su empresa.....	102
Discurso del santo á sus compañeros para animarlos á trabajar en la salvacion de las almas.....	103
Predica el santo en su patria.....	104
Su zelo por la explicacion de la doctrina cristiana.....	105
Los papas elogian el zelo con que se entregan los jesuitas á la predicacion y á la explicacion de la doctrina.....	106
Resumen de las reglas de la compañía de Jesus.....	Ibid.

1. Llenar los deberes de sacerdotes.....	Ibid.
2. Union con Dios.....	Ibid.
3. Vida ejemplar.....	107
4 y 5. Preparacion remota para la predicacion.....	Ibid.
6. Utilidad de las advertencias.....	108
7. Gustar de instruir á las personas rudas.....	Ibid.
8. Ceder el puesto á otro predicador.....	Ibid.
9. Acomodarse á la capacidad de los oyentes.....	Ibid.
10 y 11. Cosas que han de recomendarse.....	Ibid.
12. No reprender en el púlpito á los eclesiásticos ni á los magistrados.....	Ibid.
13. Manifestar grande respeto á los religiosos.....	Ibid.
14. No se debe sentar ninguna cosa incierta.....	109
15. Consultar al superior antes de publicar una cosa.....	Ibid.
16. Nada de chanzas ni de cosas extraordinarias.....	Ibid.
17. Preparacion próxima para la predicacion.....	Ibid.
18. Humildad.....	Ibid.
19. Dedicarse á persuadir.....	Ibid.
20. No buscar los adornos del estilo.....	110
21. Evitar la lisonja.....	Ibid.
22. De la accion y de la voz.....	Ibid.
23. Duracion del sermon.....	Ibid.
24. Comida frugal.....	Ibid.
Segunda parte del libro segundo.....	111
Tratado de S. Francisco de Borja sobre el modo de predicar.....	Ibid.
Observaciones preliminares.....	Ibid.
Prudencia de S. Francisco de Borja.....	Ibid.
Su conocimiento del corazon humano.....	Ibid.
Reglas que le da S. Ignacio: el estudio de la teología.....	Ibid.
Cómo ejecutó S. Francisco de Borja los consejos de S. Ignacio.....	112
Junta al estudio de la teología escolástica el de la ascética.....	Ibid.
Sermon que dijo despues de su segunda misa.....	113
Enseña la doctrina cristiana.....	Ibid.
Predica en Valladolid con fruto maravilloso.....	114

Conversion notable de una señora de la corte.....	113
Método del santo para persuadir	116
Su diligencia para formar los jesuitas jóvenes destinados á la predicacion	117
Les recomienda el adelantamiento en la virtud y en la ciencia.....	Ibid.
Diferentes ediciones del tratado del santo sobre el método de predicar.....	118
Tratado sobre el método de predicar	120
CAP. I. El temor y la confianza en Dios son necesarios para predicar con fruto.....	Ibid.
CAP. II. El cuidado que se ha de poner en la predicacion.....	124
CAP. III. De la meditacion que debe preceder á la predicacion.....	128
CAP. IV. De la disposicion del discurso.....	131
CAP. V. De la preparacion próxima para la predicacion.....	136
CAP. VI. De la preparacion inmediata para predicar.....	139
CAP. VII. Deber del predicador en el púlpito.....	140
CAP. VIII. Lo que debe hacer el predicador despues del sermon.....	147
Tercera parte del libro segundo.....	151
Advertencias del P. Aquaviva á los predicadores.....	Ibid.
Observaciones preliminares.....	Ibid.
Noticia del P. Claudio Aquaviva.....	Ibid.
Epístola del P. Claudio Aquaviva sobre el modo de formar buenos predicadores.....	154
CAP. I. De los medios que nos ayudan á alcanzar el objeto de la predicacion.....	Ibid.
1. Fama de santidad.....	Ibid.
2. Estudios bien dirigidos.....	155
3. Estudio de la sagrada escritura y de los santos padres.....	Ibid.
4. Leccion de buenos libros.....	156
5. Advertencias de los hombres juiciosos.....	Ibid.
6. Asistir á los sermones de los buenos predicadores.....	Ibid.

7. Ventajas sacadas de la manera como hablamos, de los oyentes á quienes nos dirigimos, y de la autoridad divina del ministerio que ejercemos... Ibid.	
CAP. II. De los obstáculos que nos impiden conseguir el fin de la predicacion.....	159
1. No tener pureza de intencion.....	Ibid.
2. Aplicacion á estudios mal elegidos.....	160
3. Estudio mal dirigido.....	Ibid.
4. No meditar la sagrada escritura.....	Ibid.
5. No profundizar los santos padres.....	Ibid.
6. Ostentacion de memoria.....	161
7. Lectura de brillantes sermonarios.....	Ibid.
8. Adornos afectados.....	162
9. Plagios mal colocados.....	163
10. Predicacion superficial.....	Ibid.
11. No rumiar lo que ha de decirse.....	Ibid.
12. Imitacion servil de los predicadores célebres.....	164
13. Buena opinion de sí mismo.....	165
14. Costumbres defectuosas.....	Ibid.
15. No estar profundamente persuadido de lo que se predica.....	Ibid.
16. No prepararse á la predicacion con la oracion.....	Ibid.
CAP. III. De los arbitrios para conseguir el objeto de la predicacion.....	166
1. Evitar los obstáculos anteriores.....	Ibid.
2. Una gran piedad.....	Ibid.
3. Buen uso de la sagrada escritura.....	Ibid.
4. Limitarse á persuadir dos ó tres cosas.....	167
5. Evitar los respetos humanos.....	168
6. No hablar sin grande preparacion.....	169
7. Extender en lugares comunes el fruto de sus lecciones.....	Ibid.
8. Aficionarse á S. Juan Crisóstomo.....	Ibid.
9. Remision á la instruccion para los predicadores.....	Ibid.
10. Traducir y decir el sermon de un santo.....	170
11. Dos obras útiles para los predicadores.....	Ibid.
12. Exhortacion á los superiores para que formen los nuevos predieadores.....	Ibid.

Cuarta parte del libro segundo.	172
Advertencias de S. Francisco Javier á los predicadores.	Ibid.
Observaciones preliminares.	Ibid.
Males espirituales de los pueblos de las Indias.	Ibid.
Catequesis y sermones del santo en Goa.	175
Noticia del P. Gaspar Barzeo.	176
Noticia del P. Antonio Gomez.	Ibid.
Cartas del santo.	179
Indicacion de los documentos que componen la cuarta parte de este libro.	Ibid.
N.º 1. Extracto de una carta al P. Barzeo fecha en marzo del año 1549.	181
Dedicarse á enseñar la doctrina.	Ibid.
Verdades sobre las cuales se debe predicar.	182
Evitar las personalidades.	183
Informarse de las costumbres de aquellos á quienes se predica.	Ibid.
Pintar con vivos colores el estado de los pecadores.	185
N.º 2. Carta sin fecha al P. Barzeo.	187
Medios de conservar la humildad en medio de los triunfos de la predicacion.	Ibid.
Importancia de que un predicador ponga sus ideas por escrito.	189
Caidas terribles de varios predicadores orgullosos.	191
N.º 3. Extracto de una carta al P. Barzeo fecha 15 de abril de 1552.	193
Evitar las reprensiones amargas en los sermones.	Ibid.
N.º 4. Extracto de una carta al P. Heredia á 2 de abril de 1552.	194
Necesidad de la humildad.	Ibid.
N.º 5. Extracto de una carta al P. Nuñez.	197
Atender á ganar los corazones.	Ibid.
N.º 6. Extracto de una carta al P. Juan Rodriguez.	198
Las faltas del predicador suspenden las gracias de Dios.	Ibid.
Obediencia á los superiores.	199
Evitese todo lo que pueda ofender á alguien.	200
Adicion.—Opinion de Belarmino sobre el modo de	

anunciar la divina palabra.	202
Opinion de Belarmino sobre la importancia de la explicacion de la doctrina.	204

LIBRO TERCERO.

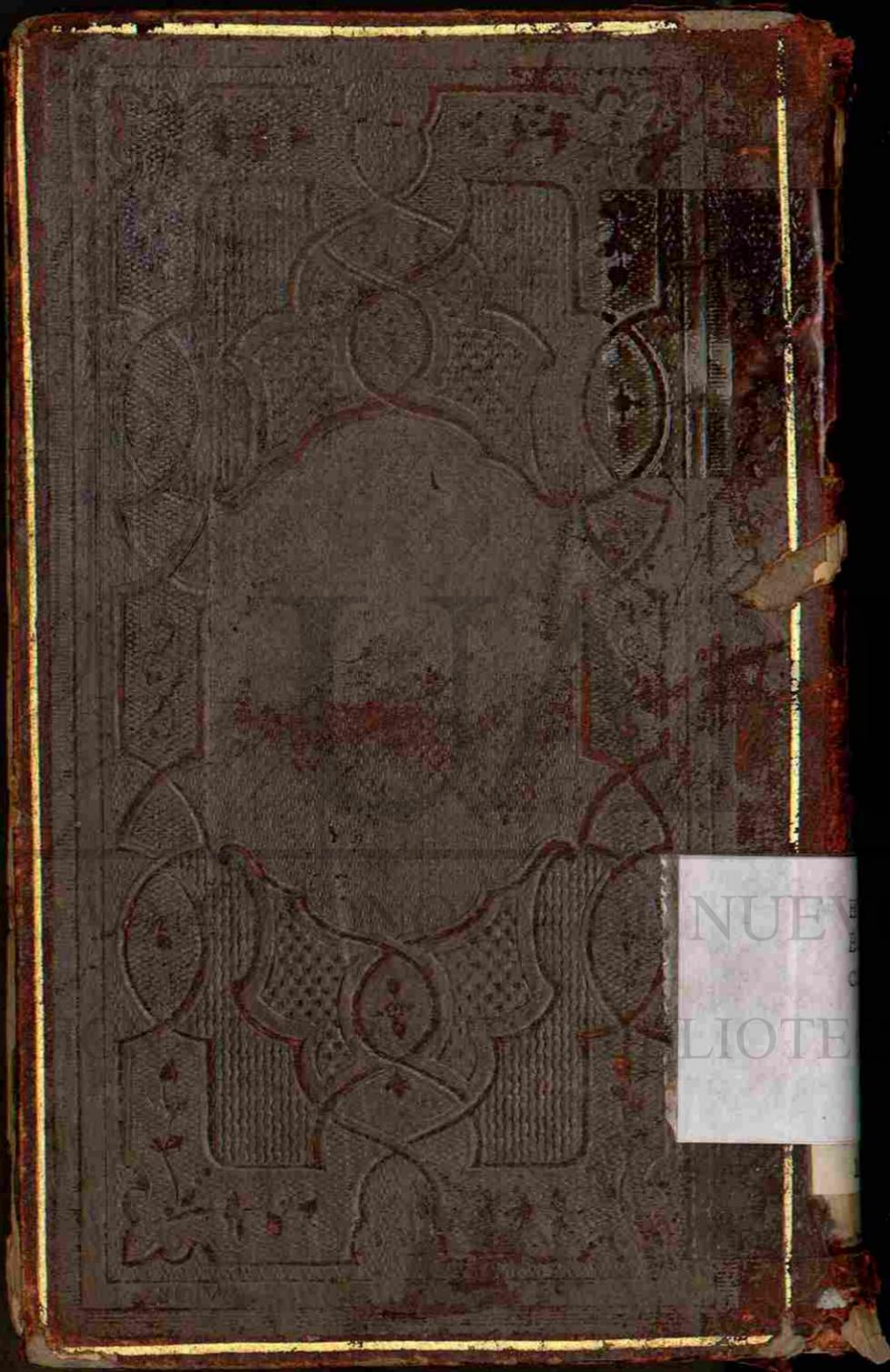
Doctrina del sumo pontífice Benedicto XIV sobre la necesidad y medios de instruir á los pueblos.	207
Observaciones preliminares.	Ibid.
Art. 1.º Advertencias generales.	208
No desmayar por las dificultades.	Ibid.
Verdades que es necesario conocer y creer.	209
Deberes de los obispos y de los curas párrocos con respecto á la instruccion de los pueblos.	210
Art. 2.º Advertencias particulares sobre las pláticas.	212
Decretos del concilio tridentino sobre la obligacion de predicar.	Ibid.
Decreto de Inocencio XIII sobre el mismo objeto.	216
Art. 3.º Instrucciones particulares sobre la explicacion de la doctrina.	218
Decreto del concilio tridentino sobre este objeto.	Ibid.
Decretos de la congregacion del concilio sobre la propia materia.	219
Exhortacion á los padres.	Ibid.
Lo importante que es atraer las personas adultas á oír la doctrina.	Ibid.
Examen de doctrina cristiana antes de recibir la primera comunión y la confirmacion.	220
Prohibicion de interrumpir la explicacion de la doctrina por algunos domingos.	Ibid.
Catecismo de Belarmino.	222
Utilidad de las preguntas.	223
Primer auxilio para la explicacion de la doctrina. la ayuda de los eclesiásticos.	Ibid.
Segundo auxilio: los maestros y maestras de escuela.	Ibid.
Tercer auxilio: los padres.	225
Cuarto auxilio: las asociaciones piadosas.	Ibid.
Comunidades religiosas.	229

Quinto auxilio: los seglares piadosos.....	231
Indulgencias por las instrucciones catequísticas. . .	232
Resumen de la respuesta de Gerson á los que le criticaban que explicase la doctrina á los niños.....	235
Primera objecion: que Gerson envilece su dignidad.....	236
Segunda objecion: que Gerson pone demasiado anhelo en hablar de Dios á los niños.....	237
Tercera objecion: que Gerson debería emplear su talento y ciencia en cosas mas grandes.....	238
Cuarta objecion: que Gerson es demasiado bondadoso para con los niños.....	243
Consejos de S. Vicente de Paul sobre la predicacion de la divina palabra.....	248
Palabras notables de S. Vicente tocante á las misiones.....	Ibid.
Opinion de S. Vicente tocante á las virtudes mas necesarias á los misioneros y al método de predicar que deben seguir.....	252
Advertencias que hacia S. Vicente á sus misioneros sobre el modo de portarse con los herejes en las misiones.....	257

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV
LIOTE